ALIANZA
EDITORIAL

PASCAL
PENSAMIENTOS

Blaise Pascal: Pensamientos

Traducción, introducción y notas
de J. Llansó

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



®

Título original: *Pensées*
Traductor: J. Llansó

Primera edición en "El Libro de Bolsillo": 1981
Tercera reimpresión en "El Libro de Bolsillo": 1996

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 393 88 88
ISBN: 84-206-1800-4
Depósito legal: M. 21.320-1996
Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.
Impreso en Lavel, S. A., Pol. Ind. Los Llanos
C/ Gran Canaria, 12. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

Introducción

«Cuando se ve el estilo natural, uno se asombra y se entusiasma, pues se esperaba ver a un autor y se halla a un hombre.»

Estas palabras del propio Pascal resumen admirablemente su obra y su personalidad, encierran el sentido último al que remite toda su actividad: el matemático, el físico, el escritor, el teólogo, el filósofo, se reúnen todos en torno al hombre, al hombre Pascal, al Pascal de carne y hueso —como diría nuestro Unamuno—, al Pascal que siente, vive, duda, capaz de todo y de nada, de grandezas y de miserias; al Pascal contradictorio, inconstante, permanentemente envuelto en lucha con lo concreto y lo abstracto, continuamente comprometido con lo particular y abocado irremediablemente a lo universal. Tras toda su actividad se esconde el hombre, y es el hombre, y no el autor, el que nos sorprende; es el hombre, el hombre Pascal, y no su obra, el que realiza el misterio del acercamiento al hombre, al hombre que toma su obra y se sumerge en ella, al hombre que no halla en ésta un pensamiento acabado, total, capaz de darle una visión completa de las cosas, sino un pensamiento que, de modo irregular, le abre al pronto a un universo, a una visión del mundo que es en ocasiones uniforme y en ocasiones dislocada, desmesuradamente abierta a los espacios infinitos; una visión del mundo que tiene como fundamento último lo absolutamente indemostrable, lo oculto, lo inaccesible, lo remoto, aquello que deseamos y no llegamos a hacer nuestro. El lector se transforma al pronto en el hombre que es, y entra en

contacto con otro hombre, el hombre Pascal, quien con su inconstancia, su duda, su larga e interminable lucha con la existencia diaria, nos ha introducido, al tiempo, en nuestra propia existencia, en nuestra duda, en nuestra inconstancia: el mundo se vuelve del revés, y todo, absolutamente todo se cuestiona. Junto a la firmeza de la fe —una fe en el hombre, en sus justos límites, en su grandeza y miseria; una fe que articula lo concreto y lo universal—, junto a la exaltación de la vida real —que se define por y a través de una duda que bien puede llamarse *existencial*—, el resquebrajamiento total de un orden estático, fijo, predeterminado; junto al pensamiento —dignidad última del hombre—, un yo corrompido, una imaginación que nos induce al error, unos sentidos que nos engañan: una naturaleza, en definitiva, caída, pero que a cada instante realiza el esfuerzo de superarse, de espiritualizarse. Junto al rechazo del mundo, el cálido abrazo del mundo: el retiro del hombre lejos de la mundana vanidad se articula, contradictoriamente, con su vivir en el mundo, con ese enraizamiento del hombre en la llama siempre viva de la existencia. Porque esa contradicción, esa luz que, intermitentemente, se apaga y se enciende, se muestra y se oculta en nuestro horizonte —el horizonte del hombre Pascal, del lector hombre— tiene su fundamento en un Dios escondido, *deus absconditus*, en un Dios que es, asimismo, luz y oscuridad; un Dios que intuimos, del que conocemos su realidad, que está inevitablemente envuelto en la existencia del hombre, que sentimos a nuestro lado, imposiblemente presente, como una sombra próxima y remotamente lejana, presta a la fuga, pero que en cada acto de nuestra vida —junto a nuestra duda, nuestra inconstancia, nuestro temor— la sentimos a nuestro lado, anclada con firmeza en la fe. Ese Dios escondido, al que ansiamos llegar ardientemente y al que sin embargo no llegamos es, por consiguiente, el fundamento último que informa la visión desgarrada del todo, la contradicción, la inconstancia, el deseo, la firmeza, el abrazo y el rechazo del mundo; el fundamento que nos explica el hallazgo: dejamos de ser el lector para ser un hombre, porque no hallamos a un autor, al autor Pascal, sino a un hombre. Y por ello precisamente su obra pervive y pervivirá junto a nosotros en el paso del tiempo.

«Las condiciones más fáciles de vivir según el mundo son las más difíciles de vivir según Dios; y al contrario: nada es tan difícil según el mundo como la vida religiosa; nada es más fácil de vivirla según Dios. Nada es más fácil que tener un gran cargo y grandes bienes según el mundo; nada es más difícil que vivir en él según Dios, y sin tomar en él parte ni gusto.»

El hombre con el que nos encontramos, el hombre de carne y hueso, vive una inevitable tragedia, acaso la tragedia que todos los hombres, desde el alba del mundo, han vivido: el mundo —el mundo real y concreto que le rodea, con el que diariamente se enzarza en apasionada lucha— y el deseo. Lo particular, el aquí y el ahora cotidianos, y el ansia del espíritu que, necesariamente, se escurre hacia lo universal. La tragedia que escinde al hombre perpetuamente: la lucha entre lo finito y lo infinito. Pero «*tenemos un instinto que no podemos reprimir* —dice Pascal—, *y que nos eleva*». Estamos abocados a lo infinito, no podemos someter a nuestro deseo, a ese deseo que, inconscientemente, se escurre hacia la luz. Pero, al tiempo, nuestra limitación nos enseña la frontera, el lugar del que ya no podemos pasar. Somos finitud —un yo concreto que vive, ama, odia y duda en el mundo— y, al tiempo, todo nos remite a la infinitud. La tragedia del hombre —admirablemente dibujada por Pascal— se estrecha en torno a esta contradicción insalvable: nuestra realidad, en equilibrio inestable entre la nada y el infinito. Y por ello «*las condiciones más fáciles de vivir según el mundo son las más difíciles de vivir según Dios*». El hombre rechaza el mundo, pero al tiempo lo abraza; el hombre vive en una realidad que se llama mundo, pero al tiempo se ve necesariamente empujado a transcenderla; el hombre se ve inmerso, en definitiva, en la antinomia libertad-necesidad. Es esta la realidad más íntima del hombre Pascal, lo que precisamente hace que no encontremos en él a un autor, sino a un hombre. Y así su vida y su obra se articulan admirablemente: la misma contradicción, la misma duda, la misma inseguridad, el mismo doloroso desgarramiento. Porque si su obra es un desesperado intento de poner orden donde aparentemente no lo hay, un extraordinario esfuerzo por asentar el puesto del hombre en el cosmos y conjugar con él su deambular cotidiano, su vida marcha pareja a este esfuerzo. Tan pronto se abandona a la vida mundana como cae arrebatado por el éxtasis cercano a lo místico; una y otra vez abandona y vuelve a su trabajo científico; sufre dos *conversiones* en su vida, dos vuelcos en su quehacer diario, y, cuando se retira del mundo recluyéndose en Port-Royal, abrazando definitivamente la doctrina jansenista, mantiene en París un negocio de alquiler de carrozas a cinco soles. Y, una vez más, eso es precisamente lo que nos hace encontrar en él a un hombre y lo que permite, asimismo, que su obra no sea nunca una obra acabada, total, suficiente. Lo que distingue a Pascal no es el resultado, sino la búsqueda; una búsqueda que no sólo nos señala el terreno en el que se mueve —el terreno mismo de la existencia—, sino que nos apunta también hacia un rasgo preeminente de su personalidad: la extraordinaria originalidad que le carac-

teriza. En efecto, sus trabajos matemáticos no tienen, desde luego, la consistencia de los de un Fermat o los de un Leibniz, por citar a dos matemáticos contemporános suyos, pero sin embargo la originalidad de sus obras matemáticas ha abierto una nueva vía de investigación. Baste con decir que es Pascal el que asienta los fundamentos de la futura teoría de probabilidades. Es así que todas las materias a las que se extiende el campo de su actividad se ven enriquecidas por la originalidad de sus planteamientos, por la profunda visión con que las aborda, capaz de revelar la esencia misma de esas disciplinas. Un hombre enteramente comprometido con el mundo, en lucha constante con su espíritu, no podía producir obras acabadas, minuciosamente desarrolladas; por el contrario, un espíritu profundamente desgarrado necesariamente tenía que saltar de aquí a allá, abriendo nuevas vías de acercamiento a la realidad, pero no profundizando excesivamente en ellas. Con esto no quiere decirse, sin embargo, que su obra sea superficial; esa originalidad que le caracteriza produce resultados asombrosos: a través de su obra, el hombre asoma sorprendido a dimensiones para él insospechadas. Por ello se dice de Pascal, con acierto, que se convierte en prototipo del hombre moderno. Su pensamiento nos acerca a las raíces mismas de la modernidad. Después de él —después de haber descubierto dimensiones nuevas capaces de empujar al hombre por caminos nuevos—, se abre toda una nueva vía en la historia del espíritu. Su visión del mundo y del hombre encuentra eco en pensadores como Schopenhauer, Nietzsche, Unamuno, Kierkegaard o Barth. Si con Descartes se dice que se abre paso la filosofía moderna, con Pascal se abre paso también una nueva dirección del espíritu: aquella que apunta al hombre y al mundo, conjugados ambos en el terreno ineludible de la existencia. Con Descartes, es la filosofía en cuanto tal; la filosofía pura, esa filosofía abiertamente rechazada por Pascal, la filosofía del método, que soporta en sus bases mismas una compleja estructura que lentamente trata de acercarse, de modo sistemático, al conocimiento del hombre y del mundo. Pero es este un conocimiento que quiere ser objetivo, distante, no comprometido. Corresponde a lo que Pascal llama *esprit geométrique*. Pero junto al *esprit géométrique*, Pascal coloca el *esprit de finesse*, la intuición viva que penetra, de una sola mirada, en la esencia misma de las cosas. Es así que con Pascal, en contraposición a Descartes, el hombre se arroja directamente en la existencia, en el aquí y en el ahora, y con una profunda visión de la realidad más esencial trata de llegar, a través de esa intución vital que significa el *esprit de finesse*, a la realidad misma de las cosas, y en su totalidad: toca las fibras más íntimas del alma humana, y desmenuza al hombre que vive, al hombre que

cotidianamente se compromete con la existencia. No es ya la filosofía «oficial», esa «filosofía moderna» que se abre con Descartes, sino una filosofía que trata de descubrir el subterráneo palpitar de la realidad total. «*Burlarse de la filosofía es verdaderamente filosofar*», sentencia Pascal.

Las dos nuevas vías del pensamiento, abiertas por Pascal y Descartes en el siglo XVII, han de llegar, por último, en el XIX, a su máxima expresión: Hegel y Kierkegaard reavivan, con coincidencias extraordinarias, la disputa abierta por Descartes y Pascal, y ello es un signo inequívoco de la modernidad de ambos filósofos, y acaso sea signo también de que estas dos direcciones del espíritu nacidas en el siglo XVII son dos direcciones esencialmente contrapuestas y, quizá, irreconciliables.

La obra que aquí ahora presentamos al lector español es, sin lugar a dudas, la obra más importante de Pascal. Su influencia en la historia del pensamiento y del espíritu ha sido y continúa siendo enorme. No ha perdido actualidad, sino que, bien al contrario, ha ido potenciándose con el paso del tiempo. Las sucesivas ediciones que han ido apareciendo, cada vez más perfectas y cada vez más ajustadas al estado de los papeles a la muerte de Pascal, en 1662, han ido revelando paulatinamente la enorme fuerza de su pensamiento a unos lectores cada vez más asombrados. Pero quizá haya sido en nuestro siglo cuando más y más profundamente se le ha comprendido. La actualidad de los *Pensées* es extraordinaria. Sin embargo, acaso sea necesario ver en su inacabamiento, en su estructura aforística, uno de los motivos fundamentales de su constante estudio. En esta obra más que en ninguna otra, el pensamiento de Pascal se abre hacia múltiples direcciones. Al no existir una estructura lo suficientemente clara como para dar una idea definitiva de lo que Pascal quería hacer, ya que la enfermedad, y por fin la muerte, truncó su trabajo, las ideas vertidas en los *Pensées* tienen, en ocasiones, vida propia, es decir, nos abren a una visión de las cosas rica en posibilidades y en revelaciones. Los *Pensées*, tal y como han llegado hasta nosotros, son chispazos e intuiciones, sentimientos y argumentaciones más o menos acabadas sobre diversos temas. Como base misma, es indiscutible que Pascal trata de construir una bien cimentada apología del cristianismo, una manera íntima de acercarnos al hombre, al mundo y a Dios a través del pensamiento cristiano. Quizá si la obra hubiera podido ser terminada, el valor que le da ese inacabamiento que posee —inacabamiento que se concreta en ese desgarrar el mundo, hincar en él la mirada y enfrentarse cara a cara con él— se hubiera visto disminuido claramente. Porque si los *Pen-*

samientos es una de las obras cúlmines de la literatura francesa, y esa riqueza literaria que posee, al llevar Pascal a la lengua francesa a una de sus más altos cotas de belleza, expresividad y naturalidad, podía incluso haberse visto acrecentada de haberse terminado, es también una de las obras cúlmines del pensamiento, y lo es precisamente por no verse sujeta a una estructura determinada, fija y acabada. Quizá el secreto de los *Pensées*, el secreto que explica las cuantiosas y diferentes interpretaciones que de esta obra se han hecho, el motivo por el cual con cada nueva lectura uno es capaz de hallar cosas nuevas, nuevas apreciaciones, visiones incluso diferentes de una misma consideración, lo encontremos en estas palabras de Unamuno, escritas a propósito del título mismo de la obra: «*La idea es algo sólido, fijo; el pensamiento es algo fluido, cambiable, libre. Un pensamiento se hace de otro, una idea choca contra otra. Podría decirse acaso que un pensamiento es una idea en acción, o una acción en idea; una idea es un dogma.*»

El ser del hombre está, por su propia naturaleza, amputado. Soporta una limitación que es, esencialmente, constitutiva. El mundo que el hombre ha de vivir, que incluso ha de construir y delimitar, le viene, desde el origen, impuesto: «*Cuando considero la corta duración de mi vida* —dice Pascal—, *absorbida en la eternidad precedente y siguiente, el pequeño espacio que ocupo e incluso que veo, abismado en la infinita inmensidad de los espacios que ignoro y que me ignoran, me espanto y me asombro de verme aquí y no allí, porque no existe ninguna razón de estar aquí y no allí, ahora y no en otro tiempo. ¿Quién me ha puesto aquí? ¿Por orden y voluntad de quien este lugar y este tiempo han sido destinados a mí?*» La primera pregunta, pues, que el hombre ve obligado hacerse interroga el puesto que ocupa en el mundo. El hecho mismo del nacimiento limita al hombre en algo tan fundamental como es el *ser* y el *estar*. ¿Por qué estoy aquí y no en otro lugar? ¿Por qué soy?, ¿por qué existo?; he aquí las preguntas que todo hombre se hace a sí mismo. De la misma manera, se ve también obligado a preguntarse por la ineludible desaparición de su ser. Toda su actuación en el mundo, su estar y su ser, se ve así limitada no sólo por el nacimiento, sino también por la muerte: «*Imagínese un número de hombres encadenados, y condenados todos a muerte, varios de los cuales son degollados cada día a la vista de los otros, quienes ven su propia condición en la de sus semejantes y, mirándose unos a otros con dolor y sin esperanza, aguardan su turno. Esta es la imagen de la condición de los hombres.*»

Por el nacimiento nos hemos visto obligados a coger el mundo en marcha. Por la muerte, tenemos que abandonarlo. La posición del hombre en el mundo ha cambiado radicalmente. El hombre, arrojado contra su voluntad en la antinomia libertad-necesidad, tiene que ponerlo todo en cuestión. Comenzar desde el principio. Ante él, un mundo que se abre en libertad; un mundo que ha de vivir, y en el que amará, odiará y dudará, pero un mundo también que le ha sido impuesto, que no ha escogido libremente y que, además, se ve obligado a abandonar. Es así que se verá limitado desde la acción v desde la visión. Desde la acción, puesto que esa misma acción, cualquier acción determinada, es una y no otra, es decir, el hombre se ve abocado a realizar tal o cual acto, teniendo que dejar a un lado otros muchos posibles. Desde la visión, o lo que es lo mismo: desde el conocimiento. Si ha sido embarcado en el mundo, si ha tenido que cogerlo en marcha, si este mundo estaba ya ahí antes de que él fuera arrojado a la vida, si tenía unas estructuras determinadas a las cuales su ser debía replegarse, aceptándolo, el conocimiento que de él pueda tener debe ser forzosamente limitado. Pero al tiempo, el hombre tiene una visión determinada —un conocimiento determinado—, preferida a otras muchas visiones. En la conformación general del mundo, él ha escogido una perspectiva sobre otras muchas posibles. De la misma manera, elige aquella acción que va a ejecutar entre otras varias acciones posibles. Hay un cierto poder de decisión, un grado de libertad incuestionable. Junto a la necesidad encontramos la libertad: he aquí la paradoja que define al hombre. Puede escoger, cierto, pero no menos cierto es también que se ha visto obligado a escoger. El hombre tiene que ser así, por consiguiente, un hombre contradictorio, paradójico. La limitación constitutiva que soporta le conduce necesariamente hacia la paradoja. Y es en la paradoja donde se afirma, donde se revela como lo que es, un hombre «*capaz de poco y de mucho, de todo y de nada*», «*ni ángel ni bestia, sino hombre*». «*Negar, creer y dudar*» son las tres características que lo definen, y que lo definen como un ser esencialmente paradójico, un ser que es «*naturalmente crédulo* (e) *incrédulo, tímido* (y) *temerario*», que alberga en sí mismo la dependencia y la necesidad junto al deseo de independencia, que aspira a la verdad, a la justicia y al bien y que al tiempo su condición le define por la «*inconstancia*, (el) *tedio* (y la) *inquietud*». Por ello, el hombre puede decir, en la suprema expresión de su condición, que «*pocas cosas nos consuelan porque pocas cosas nos afligen*».

Este hombre contradictorio, esencialmente paradójico, viene a definirse por la grandeza y por la miseria. Aquí Pascal muestra a un hombre que es visto desde una perspectiva

absolutamente distinta: el hombre medieval, el hombre que, protegido por el esquema férreo impuesto por la Iglesia, es centro mismo del universo, criatura gloriosa a lo que todo se remite, se resquebraja y se hunde. La tierra, y con ella el hombre, ha dejado de ser el centro de todo lo creado. Primero Copérnico, después Giordano Bruno —al que tanto y en tantas cosas se asemeja Pascal—, ponen los cimientos del nuevo orden. Con Pascal, el hombre cae definitivamente de su pedestal. «*Bogamos en un vasto medio* —nos dice—, *siempre inciertos y flotantes, empujados de uno a otro extremo; cualquier término donde pensáramos adherirnos y afirmarnos, vacila y nos abandona, y, si le seguimos, escapa a nuestra captura, se nos escurre y huye, en una huida eterna; nada se detiene para nosotros.*» El hombre se halla en equilibrio inestable entre la nada y el infinito, ocupa el punto medio entre dos infinitos, entre el infinito en grandeza y el infinito en pequeñez. «*¿Qué es el hombre en la naturaleza?*», pregunta Pascal, y al pronto responde: «*Una nada frente al infinito, un todo frente a la nada, un medio entre nada y todo, infinitamente alejado de la comprensión de los extremos* (...) *igualmente incapaz de ver la nada de donde ha sido sacado y el infinito donde es absorbido.*» El hombre es, pues, grandeza y miseria, contradicción, paradoja. He aquí la condición del hombre que Pascal nos dibuja admirablemente. El hombre caído del lugar que verdaderamente le corresponde, el hombre que se define por su miseria, desgarrado y limitado en su propio ser, se contrapone, sin embargo, a un hombre que se define, asimismo, por su grandeza. Junto a la miseria, el espíritu humano se distiende hacia el infinito: «... *Ardemos en deseos de encontrar un asiento firme y una última base constante para edificar sobre ella una torre que se alce al infinito.*» Junto a la miseria, la grandeza; junto a la grandeza, la miseria. La contradicción se extiende a todos los ámbitos. El mundo es así, también, paradójico, y lo es en cuanto que el hombre ha de vivir necesariamente en él. Aceptación y negación del mundo: he aquí la situación del hombre con respecto a él.

Para Pascal, lo que constituye una tarea de primer orden es edificar esa torre que se alce al infinito. La condición del hombre, contradictoria y paradójica, debe ser, de algún modo, superada. Pero ¿cómo? Esa misma condición tiene su fundamento en que el hombre viene considerado desde la perspectiva de su existencia concreta, del aquí y del ahora. La fe acompaña, con toda su firmeza, esa perspectiva, y va a ser la fe la que salve al hombre en última instancia. Si Dios es indemostrable, si el fundamento del nuevo orden —ese mismo Dios—, no puede ser irrefutablemente demostrado, si Dios, el Dios bíblico de Pascal es un Dios escondido, un Dios que se muestra y se oculta, que es luz y oscuridad; si la religión cristiana no tiene pruebas que puedan ser consideradas definitivas e irrefutables, el hombre se verá abocado a construir esa torre que le eleve al infinito desde sí mismo, desde su propia existencia. La limitación constitutiva que sobre él pesa, le obliga a escoger a cada instante; hace que su vida, que cada uno de los actos cotidianos de su vida, sea una interminable apuesta. Así, el hombre —guiado sólo por la fe, como último reducto inquebrantable— tiene que apostar por la propia existencia de Dios. Si Dios está junto a él, si lo siente a su lado, si accede por la fe e impulsado por la vía de conocimiento que el corazón representa, en vinculación recíproca a la razón, a esa última realidad que Dios es, el hombre, el hombre de carne y hueso, se ve abocado a apostar, está embarcado.

El célebre argumento de la apuesta, sobre el que tantas y tantas páginas se han escrito, quizá sea uno de los textos claves para acercarnos adecuadamente al pensamiento pascaliano. No sólo es un texto central, debido a la enorme importancia que cobra en relación al conjunto de su pensamiento, sino que además es también uno de los textos que más ha influido a lo largo de la historia de la filosofía. En este sentido, no vacilamos al afirmar que las bases mismas sobre las que se plantea las apuesta —la apuesta por la existencia de Dios—, es uno de los antecedentes más claros del existencialismo. Nos vemos así obligados a situar a Pascal con mayor exactitud: el punto de partida, una vez más, es la existencia concreta del individuo. La propia condición del hombre dibujada por Pascal se asentaba sobre este presupuesto. Y este mismo presupuesto supone una rebelión para su época, el racionalismo. No vamos a negar que en muchos aspectos Pascal es, indudablemente, hijo de su tiempo. Pero en otros se escapa a él. En efecto, la Edad de la Razón desprecia todo aquello que limita el campo del conocer humano. La razón es, para los siglos XVII y XVIII, el máximo instrumento que el hombre posee para conocer la realidad, de tal modo que la preponderancia del pensamiento abstracto se impone de manera total y absoluta. Con respecto a esto, Pascal significa un formidable giro, un cambio de valores que en muchos aspectos consideramos sustancial. Frente al pensamiento abstracto opone la existencia, el modo de ser del hombre, su condición, sus estructuras y su modo de estar en el mundo. Parte Pascal, pues, del ser mismo del hombre, o lo que viene a ser igual: se acepta la naturaleza humana con todas sus limitaciones y también con todas sus capacidades. No en vano decíamos que el hombre se define, paradójicamente, por su grandeza y por su miseria. Al hombre se

llega a través, no de presupuestos teóricos, sino de su existencia misma y de todo lo que ella significa. Por ello, Pascal, en este sentido, se opone radicalmente a Descartes. Mientras éste descubre la existencia desde el pensar —lo que expresa a través del célebre aforismo *«cogito ergo sum»*—, Pascal hace justamente lo contrario, y por ello podría decir, con Hamman, *«Soy, luego pienso»*, anteponiendo la naturaleza del hombre —su existencia, mediante la cual el hombre puede *pensar*— al pensamiento abstracto.

Desde esta perspectiva, pues, absolutamente fundamental para conocer a Pascal, y para conocer asimismo al Dios de Pascal, al Dios bíblico, *«al Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob»*, debemos abordar el argumento de la apuesta; argumento, como decimos, clave en muchos aspectos, y sobre todo en uno: refleja el Dios indemostrable pascaliano, el Dios escondido, que se muestra y se oculta, alrededor del cual Pascal va a edificar toda su metafísica. Una vez que haya apostado por su existencia, levantará el andamiaje de la doctrina. El hombre ya no estará solo, sino que el hombre será un hombre con Dios. Porque es éste precisamente el supuesto fundamental de la apuesta. La apuesta no se basa en el objeto por el cual se lleva a cabo, su *necesidad* no viene dada por su objeto —a fin de *apostar por Dios*—, sino que su necesidad se encuentra, por el contrario, en el sujeto que va a apostar, en el sujeto que está abocado a apostar. La situación cambia: no es ya el problema de si Dios existe o no existe, sino otro muy distinto: escoger la posibilidad de existir con Dios o sin El. Estamos, así, ante una situación inequívocamente existencial. *«Yo soy, luego apuesto»*, concluye Gouhier.

Dios es, como venimos diciendo, indemostrable. Accedemos a El por la fe. El argumento de la apuesta no es, en modo alguno, y como muchos han dicho, una demostración de la existencia de Dios. Y no lo es porque el problema básico no reside en saber si Dios existe o no existe, sino en saber si queremos vivir con El o no. Pascal lo resume admirablemente diciendo: *«Estáis embarcados»*, es decir, tenéis que apostar necesariamente; veamos lo que más conviene. *«Estáis embarcados»* significa: estáis aquí, en este mundo que no habéis escogido, que habéis tomado en marcha, limitados en la acción y en el conocimiento, y es necesario que toméis partido. Hay que apostar: es, pues, una situación existencial, un modo de compromiso con el mundo. Si hay un *instinto que nos eleva*, debemos satisfacerlo. Hay que ir hacia Dios. Hay que apostar por Dios, *«estáis embarcados»*. Y este *«estáis embarcados»* conduce asimismo a concebir la idea de Dios como esperanza. ¿Qué es más ventajoso, *hacer* como si no existiese, u obrar, por el contrario, como si existiese? Esta es la cuestión. Dios como esperanza. Por eso dice Pascal en otro célebre fragmento que es preciso *«trabajar para lo incierto»* Que la religión sea indemostrable e incierta, es algo natural, que, como muestra Pascal a través de numerosos fragmentos, se concluye de las propias Escrituras. Pero hay que *trabajar para lo incierto*, trabajar para la religión, para Dios; *hacer* como si Dios existiese. Es una situación existencial que hay que resolver. Y Pascal, inmediatamente después de exponer las condiciones de la apuesta, trata de demostrar —en lo que se ha querido llamar el *«argumento matemático»*— que es más ventajoso para el hombre apostar por la existencia de Dios. Quizá sea esta la parte de todo el argumento que menos importancia tenga. Lo fundamental son los presupuestos mismos sobre los que la apuesta se hace posible y necesaria.

Una vez que ha mostrado la conveniencia de apostar por Dios, se vuelve de nuevo a una situación concreta. Después de haber reconocido que es preciso apostar por Dios, se pone una última objeción: *«¿Qué queréis que yo haga?,»* dice el interlocutor. El resultado de la apuesta es un mayor compromiso si cabe del hombre con el mundo. Las consecuencias son absolutamente prácticas: hay que obrar para creer, es necesario anteponer el *«entender»* al *«creer»*. Para *«creer»* hay que *«entender»*, y hay que obrar. Es necesario, dice Pascal, apartar de mi camino todo aquello que suponga un obstáculo en mi marcha hacia Dios. *«Seguid el modo con el que ellos han comenzado* —dice Pascal refiriéndose a los que han encontrado el camino que conduce a Dios— (haciendo) *como si creyesen, tomando agua bendita, encargando misas, etc.»* Es decir, comprometiéndose con el mundo desde esta nueva perspectiva. Es necesario combatir a las pasiones. *«Habría abandonado inmediatamente a las pasiones, dicen, si tuviera fe. Y yo os digo: Tendríais al punto la fe si hubiérais abandonado los placeres.»* De donde se deduce la lucha que el hombre ha de establecer contra las pasiones, la *«guerra intestina del hombre entre la razón y las pasiones»*.

Hemos llegado así a un punto igualmente central en el pensamiento pascaliano: las relaciones razón-fe. En ello, debe mucho Pascal a San Agustín, auténtica piedra angular sobre la que se apoya el jansenismo que profesa Pascal. La razón y la fe van estrechamente relacionadas, al igual que en San Agustín. Para creer, como dijimos, es necesario entender. La *razón* y lo que Pascal gusta llamar el *corazón* se convierten en las dos únicas vías del conocimiento humano. De ninguna manera, por tanto, se puede afirmar que el pensamiento de Pascal —como tantas y tantas veces se ha dicho— sea un pensamiento irracionalista. Tal afimación no es cierta en ningún sentido: no

sólo el corazón, sino también la razón juega un papel fundamental en el pensamiento pascaliano.

La razón, para Pascal, ocupa un lugar preeminente: otorga al hombre su dignidad. Ahora bien, la valoración que Pascal da a la razón ha de calibrarse con toda exactitud: no se trata de hacer de la razón el máximo instrumento del conocimiento —como efectivamente hace el racionalismo—, sino, muy al contrario, de colocarla en sus justos límites. A la razón no sólo la superan las cosas sobrenaturales, sino una infinidad de cosas naturales: *«El último paso de la razón consiste en reconocer que hay una infinidad de cosas que la sobrepasan. Es débil si no alcanza a conocer esto. Y si las cosas naturales la sobrepasan, ¿qué diremos de las sobrenaturales?»* El motivo más profundo de esta valoración de la razón, que en gran medida se opone a su tiempo, estriba en que el campo del conocimiento es, para el hombre, inestable. Recordemos al respecto que la limitación constitutiva que le caracterizaba arrojaba una inestabilidad que se extendía en todas direcciones. *«Anhelamos la verdad* —dice Pascal— *y no hallamos en nosotros más que incertidumbre.»* La inestabilidad del conocimiento es, pues, algo que se deriva inevitablemente de las propias estructuras cognoscitivas del hombre. Ahora bien, no es que la realidad toda sea, por sí misma, incognoscible, sino más bien lo contrario: es el sujeto el que no puede conocer al objeto. Nada es incognoscible, el objeto no contiene en sí elementos que el hombre no pueda conocer; es la estructura cognoscitiva del hombre —el sujeto de conocimiento— la que no puede conocer la realidad. Los órganos de conocimiento del hombre no son capaces de abarcar el todo. Es así que éste deberá usar dos vías diferenciadas de conocimiento: la vía de la razón y la vía del corazón. Y ello porque la razón, como decimos, no puede conocer y abarcar toda la realidad.

Situar a la razón en sus justos límites: he aquí un rasgo que nos acerca a la modernidad. Por un lado, la razón —incapacitada para conocer muchas cosas—, es principio de error; por otro, la razón en Pascal alcanza su máxima grandeza: es considerada, repetimos, teniendo en cuenta sus justos límites. *«Que es grande por su naturaleza, que es miserable por sus defectos»*: he aquí la expresión que define admirablemente la consideración pascaliana de la razón. Al tiempo que nos proporciona una serie de conocimientos extraordinariamente útiles, se muestra incapaz de alcanzar el conocimiento total de la realidad. Es grande porque, en relación al universo, le otorga al hombre la conciencia de su condición, pero es miserable porque no puede alzarnos hasta el conocimiento de Dios e, incluso, en ocasiones, nos aparta y es contrario a Él. Por ello el hombre deberá hacer uso del corazón, la otra vía de conocimiento

capaz de acercarnos a Dios. Pero la razón y el corazón se necesitan mutuamente, están estrechamente relacionados, hasta el punto de que, como afirma Perdomo García, *«la determinación de los límites de la razón parece ser el proemio obligado de toda teoría del corazón»*. Razón y corazón no son dos vías de conocimiento esencialmente contrapuestas. Si bien la una se subordina a la otra, no menos cierto es que ambas se correlacionan a un mismo tiempo. *«Conocemos la verdad no solamente por la razón, sino también por el corazón»*, dice Pascal. La correlación y el apoyo mutuo de corazón y razón es algo que se deriva naturalmente, en cuanto que ambas vías de conocimiento son naturales en el hombre. La una se complementa con la otra, y esto porque *«la razón actúa con lentitud y con tantas miras sobre tantos principios, que ha de tener siempre presentes, que a cada momento se adormece o se extravía por no tener presentes todos sus principios. El sentimiento* —o el corazón, pues Pascal emplea ambos términos con el mismo significado—, *no obra así: actúa en un instante y siempre está dispuesto a actuar»*. Pascal hace referencia aquí al *esprit de géométrie* y al *esprit de finesse.* Pero esta complementariedad entre razón y corazón no excluye el que ambas vías se diferencien nítidamente: *«El corazón tiene su orden; el espíritu tiene el suyo que procede por principio y demostración. El corazón tiene otro.»* Es así que el corazón y la razón son *«marcas de dos naturalezas»* distintas, y la razón debe someterse al corazón, pues éste nos acerca más a las cosas sobrenaturales y, concretamente, a Dios. *«Todo razonamiento* —dice Pascal— *se reduce a ceder al sentimiento.»* O dicho en otras palabras: *«El corazón tiene razones que la razón no conoce.»*

No debemos ver en el corazón y en la razón lo que muchos han querido: las dos caras posibles de una misma moneda. Es decir, interpretar el corazón pascaliano como vía irracional de conocimiento, frente a la vía limitada de la razón, máximo exponente de lo racional. No creemos, en modo alguno, que el corazón en Pascal designe algún tipo de irracionalismo. El corazón pascaliano se apoya fundamentalmente en el amor, pero un amor natural —residuo de nuestra primera naturaleza, caída por el pecado original—, que nos eleva hacia Dios, y en este amor no puede haber irracionalismo alguno. Más bien el corazón responde a un *sentimiento vital.* Es, en primer lugar, una visión radical y profunda de la realidad, aquello por lo cual el hombre manifiesta su *esprit de finesse.* La captación intuitiva del todo. Pero, al mismo tiempo, hace posible el conocimiento de la razón, lo posibilita vivencialmente. Así, el corazón puede conceptuarse como aquella intuición o evidencia que alcanza de manera inmediata y directa la unidad e integridad de las cosas y, por consiguiente, a Dios: *«Es*

el corazón el que siente a Dios y no la razón.» Sin embargo, por encima de la razón y por encima incluso del corazón, se halla la fe. Si el corazón puede remitirse a Dios es por la fe, última instancia a la que se hace preciso recurrir y en la que culmina toda la metafísica de Pascal: *«Es menester, pues, poner nuestra fe en el sentimiento; de otro modo será siempre vacilante.»*

El corazón, que tiene como fundamento último a la fe, se remite a Dios. El hombre sin Dios, el hombre soberbio, paradójico, contradictorio, que soporta sobre sí la gloria de la grandeza y el abajamiento de la miseria; ese hombre suspendido entre la nada y el infinito, entre la cumbre y el ocaso, recobra ahora su lugar perdido: a través de la locura de la cruz, logra al fin entrar en comunicación con Dios. Jesucristo —el Jesucristo desgarrado por la pasión— se transforma en el *punto medio*, en el mediador que restablece la vieja alianza bíblica: la voz de Dios, esa voz que se había diluido en la infinita extensión del universo —*«el silencio eterno de los espacios infinitos me espanta»*, exclamaba entonces Pascal—, llega de nuevo hasta los hombres. A partir de este momento, Pascal puede ya levantar toda su metafísica. El hombre y el mundo cobran un sentido diferente. Se ha edificado la torre, y su techo roza el infinito. El hombre es ya un hombre con Dios. Vive y se alimenta del tronco común que el cristianismo representa. No puede ya vivir para sí mismo: tiene que dejar de hacerse centro de todo y dejar también de someter a los demás hombres. La moral pascaliana se funda, precisamente, en esa comunidad de intereses y aspiraciones, y por ello el odio al yo se hace absolutamente necesario; porque el yo —siempre dispuesto a engendrar el orgullo y la soberbia— debe diluirse en el alma universal. Al tiempo, los instintos y las pasiones deben ser destruidos. El último paso para hallar definitivamente ese verdadero bien que, tan largamente buscado, no pudo ser hallado; el último paso para comprometerse en el mundo según Dios: el ascetismo pascaliano, lo que hace que *«las condiciones más cómodas para vivir según el mundo* (sean) *las más difíciles para vivir según Dios»*.

El pensamiento de Pascal es un pensamiento vivo, un pensamiento que sigue levantando disputas, un pensamiento que no permite el reposo. El Dios que importa a Pascal, el Dios de los cristianos, el Dios bíblico, es un Dios que vive estrechamente unido a su pueblo, un Dios que sufre y se alegra con él, un Dios de rostro humano, profundamente conmovedor, con el que necesariamente nos vemos implicados. Del mismo modo, el verdadero cristianismo, ese cristianismo que se define por y a través de Jesucristo, mediador entre Dios y los hombres; el cristianismo de la locura y de la cruz, el cristianismo que llama a la vigilancia constante, a la lucha perpetua; el cristianismo que se concluye del Jesús de la pasión, cuando Pascal dice: *«Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo, no hay que dormir durante ese tiempo»*; el cristianismo definido como *extraño*, que ordena al hombre reconocerse vil y abominable, y le ordena, al mismo tiempo, asemejarse a Dios; el cristianismo incierto, que guarda tras de sí la imagen inalcanzable de un Dios escondido, de un Dios que es permanente luz y oscuridad; este cristianismo, pues, es un cristianismo vivo, polémico, enraizado profundamente en la existencia, frente al que no se puede adoptar la posición tibia del indiferente. A lo largo de gran parte de los *Pensées*, Pascal nos muestra una y otra vez la riqueza de este cristianismo, y nos exalta o nos solivianta pero nos compromete siempre. No nos ofrece una visión del mundo y de la naturaleza humana que haya sido superada, sino, muy al contrario: en ella están las bases mismas del pensamiento moderno. Por ello puede decir Mauriac que *«al cabo de tres siglos él aún está ahí, vivo, tomando parte en nuestras disputas. Hasta sus mínimos pensamientos nos confunden, entusiasman o incomodan, pero él es comprendido al momento, desde la primera palabra, mucho mejor que en su propio tiempo...»*.

J. LLANSO
Junio de 1980

Nota a la edición

La traducción de los *Pensamientos* que presentamos sigue el texto establecido por Louis Lafuma en las *Obras Completas* de Pascal, publicadas por Editions du Seuil en 1963 y dentro de la colección L'Intégrale.

La razón por la cual hemos escogido este texto, y no las ediciones clásicas de Brunschvicg o Chevalier —ya vertidas al castellano—, obedece, simplemente, a que la edición de Lafuma es, sin lugar a dudas, la más actualizada del momento, aquella que, después de una laboriosa investigación de los manuscritos existentes, parece acercarse con mayor fidelidad al estado en que la obra quedó a la muerte de Pascal en agosto de 1662. Esta edición presenta, además, la ventaja de publicar una serie de fragmentos hasta hace muy poco inéditos, de tal modo que podemos considerarla completa.

«*Cuando no se sabe la verdad de una cosa* —dice Pascal en el fr. 744—, *es bueno que haya un error común que fije el espíritu de los hombres...*»

Como señala el propio Lafuma, esta observación de Pascal explica admirablemente la historia de las diversas ediciones de los *Pensamientos* durante ciento setenta y cinco años (desde 1776). En efecto, el error común a todos los editores fue el de creer que Pascal había dejado sus notas en un desorden tal que cada uno de ellos se hallaba autorizado a presentarlas en el orden que creyera oportuno.

Pero como puede leerse con claridad en el Prefacio a la edición de 1670, escrito por Etienne Périer, a la muerte de Pascal, «*lo primero que se hizo fue hacerlas copiar tal como estaban, y en la misma confusión en que se las había encontrado*».

No obstante, y siguiendo una práctica al uso en el siglo XVII, la edición de 1670 las presenta en «*un cierto orden*», y es así que sólo se publican aquellos fragmentos que presentan una estructura coherente, es decir, los que se consideran más claros y acabados.

En 1842, Victor Cousin llama la atención de los editores sobre el hecho de que aquella edición sólo presenta una selección de los fragmentos y advierte la necesidad de remitirse a los manuscritos existentes, tratando así de presentar una edición completa y fidedigna de los *Pensamientos.*

Sin embargo, el problema subsiste ¿Qué orden seguir? ¿El del *Recueil original* (B. N. ms. 9202) o el de la *Copie des Pensées* (B. N. ms. 9203)? Al no hallar una respuesta convincente, los editores, una vez más, dejan correr su imaginación a la hora de presentar el texto que creen más adecuado.

Ahora bien, contrariamente a lo afirmado por E. Périer en el Prefacio citado, Pascal no tomó sus notas sobre «*pequeños trozos de papel*», sino que lo hizo sobre grandes hojas, que marcó con una cruz en la parte superior y en las que, para separar las notas, se valió de una línea que él mismo trazaba de un lado a otro del papel. Pascal comenzó a cortar estas hojas durante el segundo semestre de 1658 y las fue clasificando y haciendo con ellas diversos legajos. Preparaba así la *Conferencia* que dio a sus amigos en octubre o noviembre de ese mismo año con el fin de exponer el plan de la obra que planeaba escribir: una *Apología de la religión cristiana.* Pero una enfermedad, que habría de llevarle a la muerte, le impidió proseguir, desde finales de enero de 1659, la clasificación emprendida. Por ello, la *Copia 9.203* nos presenta, por un lado, 28 legajos de papeles clasificados, debidamente titulados y ordenados, que contienen notas destinadas a su futura obra; por otro, se hallan en ella 34 series de textos no clasificados, cada una de las cuales habían sido cuidadosamente separadas por el copista por medio de diversos signos terminales. Dichas series contienen notas que afectan tanto a la obra en cuestión como a otros escritos.

Es precisamente de esta copia de la que nos habla E. Périer en el Prefacio a la edición de 1670. No puede tratarse, por tanto, de la selección efectuada por sus amigos con posterioridad. La clasificación que ella nos presenta es, pues, la del propio Pascal. El *Recueil original* no recoge, como se ha creído, el estado real de los papeles de Pascal

en 1662, sino el de 1710. La presente edición de Lafuma sigue, por consiguiente, la *Copie 9.203*, añadiéndole una serie de fragmentos perdidos o no, transmitidos a los copistas por diversas razones.

Al igual que en la edición francesa, el paso de un papel autógrafo a otro viene representado por un espacio en blanco correspondiente a la altura de dos líneas (ejem.: entre los números 1 y 2).

Las separaciones que Pascal señaló (en el interior de un mismo papel) a través de espacios en blanco o de trazos a pluma, vienen representadas por un espacio en blanco correspondiente a la altura de una línea (ejem.: en el interior del número 1). Los textos subrayados en los originales son aquí transcritos entre paréntesis y en cursiva. Algunos están subrayados porque, estando escritos en un papel destinado a un determinado legajo ya clasificado, no estaban destinados a este legajo. Es el caso de los números 84, 102, 195, 196 y 197.

En lo que respecta a nuestra traducción, el criterio seguido no ha sido otro que el de respetar, y en la medida de lo posible y dentro de los mínimos exigidos por la estructura de nuestra lengua, el texto original. En este sentido, pensamos que uno de los valores fundamentales de toda obra fragmentaria o aforística —como es aquí el caso—, es su inacabamiento, el cual otorga al conjunto de la obra toda su riqueza. La única manera de transmitir dicho inacabamiento es la de respetar el texto original en el máximo posible. No obstante, a menudo nos hemos visto obligados a variar la puntuación que el original presenta, y cuando así ha sucedido hemos consultado la establecida en las ediciones Brunschvicg y Chevalier. Por otro lado, esta traducción da referencia de dichas ediciones. Es así que el primer número que aparece en cada fragmento responde al dado por Lafuma, y se colocan entre paréntesis los correspondientes a las ediciones Brunschvicg y Chevalier, respectivamente. Si a ello añadimos, como se ha hecho, las correspondientes tablas de concordancias, creemos ofrecer al lector interesado en el estudio de Pascal un útil instrumento a la hora de consultar un fragmento determinado.

Sección I

Papeles clasificados

I. ORDEN

1 (596-404) Los salmos se cantan por toda la tierra.

¿Quién da testimonio de Mahora? él mismo.
J.C. quiere que su testimonio no valga nada.

La cualidad de los testigos hace que sea necesario que estén siempre, y en todas partes, y miserables. El está solo.

2 (227-353) Orden por diálogos.
¿Qué debo hacer? No veo por todas partes más que oscuridades. ¿Creeré que no soy nada? ¿Creeré que soy Dios?

3 (227/244-353/362) Todas las cosas cambian y se suceden.
Os equivocais, hay...
¡Y qué!, ¿no decís vosotros mismos que el cielo y los pájaros prueban a Dios? No. ¿Y no lo dice vuestra religión? No. Porque si eso es cierto en un sentido para aquellas almas a las que Dios da esta luz, es, sin embargo, falso para la mayoría.

4 (183-365) Carta para llevar a la búsqueda de Dios [1].
Y después buscarle en los filósofos, pirronianos y dogmáticos, que atormentan a quien los estudia.

1 La referencia explícita a una *carta*, que se repite en otros fragmentos, hace suponer que Pascal tenía el proyecto de escribir sobre algunas cuestiones tal y como lo hiciera, con indudable éxito, en las cartas Provinciales.

5 (247-442) Orden.
Una carta de exhortación a un amigo para inducirle a buscar. Y él responderá: ¿De qué me sirve buscar? Nada aparece. Y contestarle: No deseseperéis. Y responderá que sería feliz si encontrara alguna luz. Pero que según esta religión, incluso cuando así lo creyera, no le serviría de nada. Y que por ello no desea buscar. Y contestar a esto: la Máquina [2].

6 (60-73) (1) parte: Miseria del hombre sin Dios
(2) parte: Felicidad del hombre con Dios.

de otra manera:
(1) parte: Que la naturaleza está corrompida por la naturaleza misma.
(2) parte: Que hay un Reparador, por la Escritura.

7 (248-471) Carta que señala la utilidad de las pruebas.
Por la Máquina.
La fe es diferente de la prueba. La una es humana y la otra es un don de Dios. *Justus ex fide vivit* [3]. Es ésta la fe que Dios mismo pone en el corazón, cuyo instrumento es a menudo la prueba, *fides ex auditu* [4]. Pero esta fe está en el corazón y hace decir no *scio*, sino *credo*.

8 (602-405) Orden.
Ver lo que hay de claro y de incontestable en toda la situación de los judíos.

9 (291-232) En la carta de la injuscticia puede entrar.
La broma de los primogénitos que lo tienen todo. Amigo mío, usted ha nacido de este lado de la montaña; es, pues, justo que su primogénito lo tenga todo.
¿Por qué me mata?

10 (167-215) Las miserias de la vida humana han dado lugar a todo eso. Como ellos lo han visto, han escogido el divertimiento [5].

---

2 La referencia a la «máquina», no del todo clara, parece apuntar a la teoría pascaliana de que, para acercarse a Dios, es útil en ocasiones llevar a cabo una serie de prácticas religiosas de forma sistemática, tales como las genuflexiones, tomar agua bendita, rezar, etc. En este aspecto —en el automatismo de los animales-máquinas, referido fundamentalmente a la consideración del cuerpo— no puede ocultar Pascal su influencia cartesiana. Véase, al respecto, la última parte del célebre argumento de la apuesta, fr. 418 (233-451), así como el fr. 821 (252-470).

3 Rom., I, 17: *«La justicia de Dios, en efecto, está revelada por la fe y para la fe, y es así que está escrito:* el justo vive de la fe.»

4 Rom., X, 17: «La fe *viene pues* por la audición, *y la audición por la palabra de Cristo.»*

5 Hemos optado por traducir el término francés *divertissement* por *divertimiento*, término que, a nuestro juicio, se ajusta más a su verdadera significación que el nuestro de *diversión*. En efecto, el divertimiento pascaliano debe ser entendido como necesidad ontológica del hombre ante la visión *affreux* de la vida. El hombre sin Dios, para escapar de su nada, afirma el carácter ontológico del divertimiento.

11 (246-441) Orden. Después de la carta sobre la búsqueda de Dios, escribir la carta sobre cómo salvar los obstáculos, que es el razonamiento de la Máquina, de preparar la Máquina, de buscar por medio de la razón.

12 (187-1) Orden.
Los hombres menosprecian la religión. La odian y tienen miedo de que sea verdadera. Para remediar esto hace falta comenzar por mostrar que la religión no es contraria a la razón. Venerable, hacerla respetar.
Hacerla después amable, hacer desear a los buenos que sea verdadera y mostrar luego que es verdadera.
Venerable porque conoce bien al hombre.
Amable porque promete el verdadero bien.

II. VANIDAD

13 (133-115) Dos rostros parecidos, de los cuales ninguno hace reír en particular, hacen reír juntos por su parecido.

14 (338-313) Los verdaderos cristianos obedecen, sin embargo, a las locuras, no porque respeten las locuras, sino el orden de Dios que, para castigo de los hombres, les ha sometido a estas locuras. *Omnis creatura subjecta est vanitati, liberabitur* [6]. Así, Santo Tomás explica la posición de Santiago sobre la preferencia de los ricos que, si no lo son a la vista de Dios, salen del orden de la religión.

15 (410-268a) Perseo, rey de Macedonia. Pablo Emilio.
Se reprochaba a Perseo de que no se matase.

16 (161-178) Vanidad. Que una cosa tan clara como es la vanidad del mundo sea tan poco conocida, que sea una cosa extraña y sorprendente el decir que es una necedad buscar las grandezas. Eso es admirable.

17 (113-173) Inconstancia y rareza.
No vivir más que de su trabajo y reinar sobre el más poderoso estado del mundo son cosas muy opuestas. Están unidas en la persona del gran Señor de los turcos.

18 (955-IV) Un trozo de capuchón arma a 25.000 monjes [7].

19 (318-302a) Tiene cuatro lacayos.

20 (292-233) Vive al otro lado del agua.

21 (381-85) Si se es demasiado joven no se juzga bien; demasiado viejo, lo mismo.

---

6 Rom., VIII, 20-21; Ecle., 3, 19: «Toda criatura sujeta a la vanidad será liberada.»

7 Alusión a la querella de los Hermanos Menores.

Si no se piensa en ello lo bastante, si se piensa demasiado, se obstina y se encapricha.

Si se considera su obra nada más haberla terminado, se está todavía muy prevenido; si demasiado tiempo después, no se acaba de entrar en ella.

Así los cuadros vistos desde demasiado lejos y desde demasiado cerca. Y no hay más que un punto indivisible que sea el verdadero lugar.
Los otros están demasiado cerca, demasiado lejos, demasiado altos o demasiado bajos. La perspectiva lo asigna en el arte de la pintura; pero en la verdad y en la moral, ¿quién lo asignará?

22 (367-96) El poder de las moscas: ganan batallas, impiden a nuestra alma actuar, comen nuestro cuerpo.

23 (67-196) Vanidad de las ciencias.
La ciencia de las cosas exteriores no me consolará de la ignorancia de la moral en tiempos de aflicción, pero la ciencia de las costumbres me consolará siempre de la ignorancia de las ciencias exteriores.

24 (127-199) Condición del hombre.
Inconstancia, tedio, inquietud.

25 (308-293) La costumbre de ver a los reyes acompañados de guardias, tambores, oficiales y de todas las cosas que doblegan la máquina hacia el respeto y el terror, hace que su rostro, cuando alguna vez está solo y sin acompañamientos, imprima en sus personas el respeto y el terror, porque no se separa en el pensamiento sus personas de sus séquitos, que se ven de ordinario juntos. Y el mundo, que no sabe que este efecto proviene de esta costumbre, cree que nace de una fuerza natural. Y de ahí vienen estas palabras: el carácter de la divinidad está impreso en su rostro, etc.

26 (330-297) El poder de los reyes está fundado sobre la razón y sobre la locura del pueblo, y sobre todo en la locura. La cosa más grande e importante del mundo tiene por fundamento la debilidad. Y este fundamento es admirablemente seguro, porque no hay nada más que eso, que el pueblo será débil. Lo que está fundado sobre la sana razón está muy mal fundado, como la estima de la sabiduría.

27 (354-318) La naturaleza del hombre no consiste en ir siempre; tiene sus idas y venidas.
La fiebre tiene sus escalofríos y sus ardores. Y el frío muestra tanto la magnitud del ardor de la fiebre como el calor mismo.

Los inventos de los hombres de siglo en siglo proceden de la misma manera; con la bondad y la malicia del mundo, en general, sucede lo mismo.
Plerumque gratae principibus vices[8].

28 (436-197 y a) Debilidad.
Todas las ocupaciones de los hombres tienden a conseguir el bien, y no sabrían presentar título para mostrar que lo poseen por justicia, puesto que no tienen más que la fantasía de los hombres, ni fuerza para poseerlo con seguridad.
Lo mismo sucede con la ciencia. Pues la enfermedad la quita.
Somos incapaces de la verdad y del bien.

29 (156-155) *Ferox gens nullam esse vitam sine armis ratis*[9].
Ellos prefieren la muerte a la paz, los otros prefieren la muerte a la guerra.
Toda opinión puede ser preferible a la vida, cuyo amor parece tan fuerte y natural.

30 (320-296) No se elige para gobernar una nave al viajero de mejor familia.

31 (149-152) En las ciudades por donde pasamos no nos ocupamos de ser estimados. Pero cuando debemos quedarnos en ellas durante algún tiempo, nos preocupamos de ello. ¿Cuánto tiempo hace falta? Un tiempo proporcionado a nuestra duración vana y mezquina.

32 (317bis-303a) Vanidad.
Los respetos significan: «Incomodaos».

33 (374-185). Lo que más me sorprende es ver que no todo el mundo está extrañado de su debilidad. Se obra seriamente y cada uno sigue su condición, no porque sea bueno, en efecto, el seguirla, sino porque está de moda, como si cada uno supiera con certeza dónde está la razón y la justicia. Se encuentra decepcionado a cada momento, y, por una divertida humildad, cree que es culpa suya, y no del arte que se vanagloria siempre de tener. Pero es bueno que en el mundo haya tanta gente de ésa, que no sea pirroniana, para gloria del pirronismo, a fin de demostrar que el hombre es capaz de las más extravagantes opiniones, puesto que es capaz de creer que él no se encuentra

---

[8] Horacio, *Odas*, III, 29: «La mayor parte de las veces los cambios agradan a los príncipes.» (Montaigne, *Ensayos*, I, 42.)
[9] Tito Livio, XXXIV, 17: «Feroz nación, que no entiende la vida sin llevar armas.» (Montaigne, *Ensayos*, I, 14.)

en esa debilidad natural e inevitable, y de creer que se halla, por el contrario, en la sabiduría natural.

Nada fortalece más al pirronismo como el que haya quienes no son pirronianos. Si todos lo fueran, no tendrían razón.

34 (376-186) Esta secta se fortalece más por sus enemigos que por sus amigos, pues la debilidad del hombre aparece más claramente en los que no la conocen que en los que la conocen.

35 (117-126) Tacón de zapato.

¡Oh, qué bien torneado está!, ¡he ahí un hábil obrero!, ¡qué soldado tan audaz! He aquí la fuente de nuestras inclinaciones y de la elección de las condiciones. ¡Cuánto bebe aquél!, ¡qué poco bebe éste!: he ahí lo que hace a la gente sobria y borracha, soldados, cobardes, etc.

36 (164-211) Quien no ve la vanidad del mundo es bien vano él mismo. Pero, ¿quién no la ve, excepto los jóvenes que están completamente sumidos en el ruido, en el divertimiento y en el mañana?

Mas quitadles su divertimiento, les veréis consumirse de tedio. Sienten entonces su nada sin conocerla, pues es ser muy desgraciados el estar en una tristeza insoportable, tan pronto como uno se ve reducido a pensar en sí mismo y a no estar entretenido.

37 (158-154) Oficios.

La dulzura de la gloria es tan grande que, aunque se adhiera a algún objeto, incluso a la muerte, se la ama.

38 (71-84b) Demasiado y demasiado poco vino.

No se lo deis: no podrá encontrar la verdad.

Dadle demasiado: tampoco.

39 (141-177) Los hombres se ocupan en seguir una pelota y una liebre: es, incluso, el placer de los reyes.

40 (134-116) ¡Qué vanidad la de la pintura, que atrae la admiración por el parecido de cosas, cuyos originales no se admiran!

41 (69-84a) Cuando se lee demasiado deprisa o demasiado despacio no se entiende nada.

42 (207-90) ¡Cuántos reinos nos ignoran!

43 (136-175) Pocas cosas nos consuelan porque pocas cosas nos afligen.

44 (82-104-/92) Imaginación.

Es esa parte dominante en el hombre, esa maestra de error y falsedad, y tanto más engañosa en cuanto que no

lo es siempre, pues sería regla infalible de verdad, si lo fuera infalible de la mentira. Entonces...

Pero, siendo falsa normalmente, no da ninguna señal de su cualidad, marcando con el mismo carácter lo verdadero y lo falso. No hablo de los locos, hablo de los más cuerdos, y es entre ellos donde la imaginación tiene el gran don de persuadir a los hombres. Por mucho que la razón grite, no puede poner precio a las cosas.

Esta soberbia potencia enemiga de la razón, que se place en controlarla y dominarla, para demostrar su poder en todas las cosas, ha establecido en el hombre una segunda naturaleza. Ella tiene sus dichosos, sus desgraciados, sus sanos, sus enfermos, sus ricos, sus pobres. Hace creer, dudar, negar a la razón. Suspende el uso de los sentidos, los hace sentir. Tiene sus locos y sus cuerdos. Y nada nos desagrada más que ver cómo llena a sus huéspedes de una satisfacción plena y entera, aunque de modo distinto que la razón. Los capacitados de imaginación se complacen a sí mismos de manera diferente a como los prudentes se pueden razonablemente complacer. Miran a la gente con dominio, discuten con insolencia y confianza —los otros con temor y desconfianza—, y este ademán de regocijo les da a menudo ventaja en la opinión de los oyentes, hasta el punto de que los sabios imaginarios gozan de favor ante jueces de igual condición. Ella no puede hacer cuerdos a los locos, pero les hace felices, al contrario que la razón, que no puede hacer a sus seguidores más que miserables: la una los cubre de gloria, la otra de vergüenza.

¿Quién dispensa la reputación?, ¿quién da el respeto y la veneración a las personas, a las obras, a las leyes, a los grandes, sino esta facultad imaginativa? Todas las riquezas de la tierra (son) insuficientes sin su consentimiento. ¿No decís que ese magistrado, cuya venerable vejez impone el respeto a todo un pueblo, se gobierna por una razón pura y sublime, y que juzga a las cosas por su naturaleza sin detenerse en esas vanas circunstancias que no hieren más que la imaginación de los débiles? Vedle entrar en un sermón, adonde lleva consigo un celo muy devoto, reforzando así la solidez de su razón con el ardor de su caridad; vedle dispuesto a escuchar con un respeto ejemplar. Pero que aparezca el predicador, que si la naturaleza le ha dotado de voz ronca y extraño gesto en el rostro, su barbero le ha afeitado mal y el azar todavía le ha embadurnado aún más, cualquiera que sean las grandes verdades que pronuncie, apuesto a que nuestro senador pierde la gravedad.

El más grande filósofo del mundo, sobre una plancha más larga de lo que es preciso, si tiene bajo sí un precipicio, aunque la razón le convenza de su seguridad, su ima-

ginación prevalecerá. Algunos no serían capaces de aguantar este pensamiento sin palidecer ni sudar.

No quiero especificar todos sus efectos. ¿Quién no sabe que el ver gatos, ratas, el aplastar un carbón, etc., saca de quicio a la razón? El tono de voz impone a los más cuerdos y cambia de fuerza un discurso y un poema.

La afección o el odio cambian de cara a la justicia, ¡y cuánto más justa encuentra un abogado, bien pagado de antemano, la causa que defiende! ¡Cuánto mejor le hace parecer a los jueces su gesto decidido, engañados por esta apariencia! ¡Triste razón, que el viento lleva en todas partes! Referiría casi todas las acciones de los hombres, las cuales casi no se bambolean mas que por sus sacudidas. Pues la razón se ha visto obligada a ceder y la más sabia toma como suyos aquellos principios que la imaginación de los hombres han introducido temerariamente en cada lugar. *(Quien no siguiera más que la razón estaría loco. Es necesario, puesto que así le place, trabajar todo el día para los bienes reconocidos como imaginarios, y cuando el sueño nos ha relajado de las fatigas de nuestra razón, hay que levantarse inmediatamente sobresaltado para ir a correr tras los vientos y sufrir las impresiones de esta dueña del mundo.)*

(... He aquí uno de los principios de error, pero no el único.)

(El hombre ha hecho bien en aliar a esas dos potencias, aunque dentro de esta paz la imaginación tenga amplia ventaja, ya que en la guerra la tiene mayor. Jamás la razón (sobrepasa) totalmente a la imaginación, (pero lo) contrario sucede a menudo.)

Nuestros magistrados han conocido bien este misterio. Sus togas rojas, los armiños en los que se envuelven como gatos, los palacios donde juzgan, las flores de lis, todo este aparato augusto era muy necesario, y si los sacerdotes no tuvieran sotanas y mulas, y los doctores no usaran bonetes cuadrados y togas demasiado amplias, de cuatro partes, jamás hubieran engañado al mundo, que no puede resistir esta auténtica ostentación. Si tuvieran la verdadera justicia, y si los médicos tuvieran el verdadero arte de curar, no tendrían que llevar bonetes cuadrados. La majestad de esas ciencias sería lo suficientemente venerable en sí misma, pero, no teniendo más que ciencias imaginarias, es preciso que tomen esos vanos instrumentos que llaman a la imaginación, con la cual tienen relación; y por ahí, en efecto, se atraen el respeto.

Sólo los guerreros no se disfrazan de esa guisa, porque su papel es, en efecto, más esencial. Estos se imponen por la fuerza, los otros por disimulo.

Es así que nuestros reyes no han buscado esos disfraces. No se han enmascarado con ropas extraordinarias pàra parecer tales, pero se han hecho acompañar de guardias, de alabardas (?). Esas tropas armadas, que no tienen manos y fuerza más que para ellos, las trompetas y los tambores que marchan delante, y esas legiones que les rodean, hacen temblar a los más firmes. No tienen el ropaje, solamente la fuerza. Haría falta tener una razón muy depurada para mirar como a un hombre cualquiera al gran señor, rodeado, en su soberbio serrallo, de cuarenta mil jenízaros.

No podemos ver ni siquiera a un abogado en sotana y con bonete en la cabeza sin tener una opinión ventajosa de su suficiencia.

La imaginación dispone de todo: hace la belleza, la justicia y la felicidad, que es el todo en el mundo.

Me gustaría ver el libro italiano, del cual sólo conozco el título, que vale él sólo por muchos libros, *dell'opinone regina del mondo*. Lo suscribo sin conocerlo, salvo el mal, si lo hay en él.

He aquí, poco más o menos, los efectos de esta facultad engañosa, que parece habernos sido dada adrede para inducirnos a un necesario error. Tenemos de ello otros muchos principios.

Las impresiones antiguas no son las únicas capaces de engañarnos, los encantos de la novedad tienen el mismo poder. De ahí viene toda la disputa de los hombres que se reprochan, bien de seguir sus falsas impresiones de la infancia, bien de correr temerariamente tras las novedades. ¡Quien posea el justo medio que venga y que lo pruebe! No hay principio, por natural que sea, *(al que no)* se haga pasar, incluso después de la infancia, por una falsa impresión, sea de educación, sea de los sentidos.

Puesto que, se dice, habéis creído desde la infancia que un cofre estaba vacío cuando no veíais nada en él, habéis creído posible el vacío. Es una ilusión de vuestros sentidos, fortificada por la costumbre, que es menester que la ciencia corrija. Y los otros dicen: Puesto que se os ha dicho en la escuela que el vacío no existe, se ha corrompido vuestro sentido común, que lo comprendía tan netamente después de esta mala impresión, el cual es preciso corregir recurriendo a vuestra naturaleza primera. ¿Quién ha engañado, pues? ¿Los sentidos o la educación?

Tenemos otro principio de error: las enfermedades. Nos echan a perder el juicio y el sentido. Y si las grandes lo alteran sensiblemente, no dudo de que las pequeñas lo hagan en su proporción.

Nuestro propio interés es además un maravilloso instrumento para abrirnos los ojos agradablemente. No le está permitido al hombre más equitativo del mundo ser juez en su causa. Yo sé de quienes, para no caer en este amor propio, han sido a contracorriente los más injustos del

mundo. El medio seguro de perder un asunto totalmente justo consistía en hacerse recomendar por sus parientes próximos. La justicia y la verdad son dos puntos tan sutiles que nuestros instrumentos son demasiado romos para dar con ellos exactamente. Si los tocan, ocultan la punta y lo apoyan todo en su derredor, más sobre lo falso que sobre lo verdadero.

(El hombre está, pues, tan felizmente fabricado que no tiene ningún principio justo de lo verdadero, y varios excelentes de lo falso. Veamos ahora cuántos.

Pero la más divertida causa de sus errores es la guerra que existe entre los sentidos y la razón.)

45 (83-92) El hombre no es más que un sujeto lleno de error natural, e inefable sin la gracia. Nada le muestra la verdad. Todo le engaña. Estos dos principios de verdad, la razón y los sentidos, al margen de que carecen cada uno de ellos de sinceridad, se engañan recíprocamente el uno al otro. Los sentidos engañan a la razón con falsas apariencias. Y este mismo fraude que hacen a la razón, lo reciben de ella a su vez; se toma la revancha. Las pasiones del alma los oscurecen y les otorgan falsas impresiones. Mienten y se engañan a porfía.

Pero además de este error que acontece por accidente y por falta de entendimiento entre esas facultades heterogéneas...

(Es preciso comenzar por ahí el capítulo de las potencias engañosas.)

46 (163-180a) Vanidad.

Las causas y los efectos del amor. Cleopatra.

47 (172-168) No nos atenemos jamás al tiempo presente. Recordamos el pasado. Anticipamos el futuro como algo que tarda demasiado en llegar, como para apresurar su curso, o recordamos el pasado para retenerlo como algo demasiado fugaz; tan imprudentes, que erramos por los tiempos que no son nuestros y no pensamos en el único que nos pertenece, y tan vanos, que soñamos en aquellos que no existen ya y dejamos escapar sin darnos cuenta al único que subsiste. Es que el presente, de ordinario, nos hiere. Lo ocultamos a nuestra vista porque nos aflige, y si nos es agradable nos lamentamos al verlo escapar. Tratamos de retenerlo a través del futuro, y pensamos en disponer las cosas que no están en nuestra mano para un tiempo al que no tenemos seguridad alguna de llegar.

Que cada uno examine sus pensamientos. Los hallará ocupados todos en el pasado o en el futuro. Casi no pensamos en el presente, y, si pensamos en él, no es más que para sacar de él la luz con que disponer el porvenir. El presente no es nunca nuestro fin.

El pasado y el presente constituyen nuestros medios: sólo el futuro es nuestro fin. Así, no vivimos nunca, pero esperamos vivir, y, disponiéndonos siempre a ser felices, es inevitable el que no lo seamos jamás.

48 (366-95) El espíritu de este soberano juez del mundo no es tan independiente como para que no se vea turbado por la primera algarabía que se produce a su alrededor. No es necesario el ruido de un cañón para perturbar sus pensamientos. Basta el ruido de una veleta o de una polea. No os asombréis si no razona bien en el momento, una mosca zumba en sus oídos: esto es bastante para hacerlo incapaz de emitir un buen consejo. Si queréis que pueda hallar la verdad, cazad a ese animal que tiene en jaque a su razón y turba a esa poderosa inteligencia que gobierna las ciudades y los reinos.

¡Mira qué bufonada de Dios! ¡Oh, ridiculísimo héroe!

49 (132-179) César estaba demasiado viejo, me parece a mí, para ir a divertirse en la conquista del mundo. Esta diversión era buena para Augusto y Alejandro. Estos eran jóvenes difíciles de detener, pero César debía ser más maduro.

50 (305-291) *(Raptus est)* (?).

Los suizos se ofenden al ser llamados gentilhombres y prueban la bajeza de su raza para ser juzgados dignos de grandes empleos.

51 (293-233) ¿Por qué me matas? Yo no tengo armas. —¡Cómo!, ¿acaso no vives al otro lado del agua? Amigo mío, si vivieses en este lado, sería un asesino y sería injusto matarte de ese modo. Pero, ya que vives del otro lado, soy un valiente, y eso es justo.

52 (388-381) El buen sentido.

Se ven forzados a decir: vosotros no obráis de buena fe, nosotros no dormimos, etc. ¡Cómo me gusta ver a esta orgullosa razón humillada y suplicante! Porque éste no es el lenguaje de un hombre, a quien se disputa su derecho, y que lo defiende con las armas y con la fuerza en la mano. No se contenta con decir que no se obra con buena fe, sino que castiga esa mala fe con fuerza.

III. MISERIA

53 (429-369) Bajeza del hombre hasta someterse a los animales, hasta llegar a adorarlos.

54 (112-171) Inconstancia.

Las cosas tienen diversas cualidades y el alma diversas inclinaciones, pues nada de lo que se ofrece al alma es

simple, y el alma no se ofrece jamás simple a ningún objeto. De ahí viene que se llore y que se ría por una misma cosa.

55 (111-172) Inconstancia.
Se cree tocar órganos ordinarios al tocar al hombre. Son órganos, es cierto, pero extraños, cambiantes, variables. *(Aquellos que no saben tocar más que los ordinarios)* no conseguirán acordes de éstos. Es preciso saber dónde están las (teclas).

56 (181-164) Somos tan desgraciados que no podemos tener placer en una cosa más que a condición de disgustarnos si resulta mal, lo que mil cosas pueden hacer y hacen a cada momento. (Quien) hubiera encontrado el secreto de alegrarse del bien sin disgutarse del mal contrario, habría encontrado el punto. Es el movimiento perpetuo.

57 (379-326) No es bueno ser demasiado libre.

No es bueno tener todas las necesidades.

58 (332-244) La tiranía consiste en el deseo de dominación, universal y fuera de orden.
Diversos grupos de fuertes, de nobles, de espíritus selectos, de piadosos, cada uno de los cuales reina en sí mismo, no en otra parte. Y algunas veces se encuentran y el fuerte y el noble se baten, tontamente, por quién será el dueño del otro, pues su poderío es de distinto género. No se entienden. Y su error consiste en querer reinar en todas partes. Nada lo consigue, ni siquiera la fuerza: ésta no tiene nada que hacer en el reino de los sabios, sólo es dueña de las acciones exteriores. —Así, estos razonamientos son falsos...

58 (332-244) Tiranía.
La tiranía consiste en querer conseguir por un medio aquello que no se puede conseguir más que por otro. Se rinden diferentes homenajes a los distintos méritos: homenaje de amor al atractivo, homenaje de temor a la fuerza, homenaje de crédito a la ciencia.
Se deben rendir esos homenajes, es injusto rehusarlos, e injusto exigir otros. Así, estos razonamientos son falsos y tiránicos: Soy noble, luego se me debe temer; soy fuerte, luego se me debe amar; soy... E igualmente es falso y tiránico el decir: No es fuerte, luego no le estimaré; no es inteligente, luego no le temeré.

59 (296-234) Cuando está en cuestión juzgar si se debe hacer la guerra y matar a tantos hombres, condenar a tantos españoles a la muerte, es un solo hombre quien decide, e incluso interesado: esto debería hacerlo un tercero indiferente.

60 (294-230) *(En verdad, la vanidad de las leyes se liberará; es, pues, útil engañarla.)*
¿Sobre qué basará la economía del mundo que quiere gobernar? ¿Será sobre el capricho de cada particular? ¡Qué confusión! ¿Será sobre la justicia?: la ignora. Ciertamente, si la conociera no habría establecido aquella máxima, la más general de todas las que existen entre los hombres, de que cada uno siga las costumbres de su país. El brillo de la verdadera equidad habría sometido a todos los pueblos. Y los legisladores no habrían tomado como modelo, en lugar de aquella justicia constante, las fantasías y caprichos de persas y alemanes. La veríamos establecida en todos los estados del mundo, y en todos los tiempos, en vez de ver que no hay justo o injusto que no cambie de cualidad al cambiar de clima. Tres grados de elevación hacia el polo cambian toda la jurisprudencia; un meridiano decide sobre la verdad. En pocos años de posesión las leyes fundamentales cambian, el derecho tiene sus épocas, la entrada de Saturno en Leo nos señala el origen de tal crimen. ¡Curiosa justicia que un río limita! Verdad a este lado de los Pirineos, error al otro.
Confiesan que la justicia no se sustenta en esas costumbres, sino que reside en las leyes naturales comunes a todo país. Ciertamente, lo sostendrían con obstinación si la temeridad del azar que ha sembrado las leyes humanas hubiera encontrado al menos una que fuese universal. Pero lo curioso es que el capricho de los hombres está tan bien diversificado, que no hay ni siquiera una.
El hurto, el incesto, el asesinato de los hijos y de los padres, todo ha encontrado su lugar entre las acciones virtuosas. ¿Puede haber algo más ridículo que el que un hombre tenga derecho a matarme porque viva más allá del agua y su príncipe esté querellado con el mío, aunque yo no lo esté con él?
Existen, sin duda, leyes naturales, pero esta bella razón corrompida ha corrompido todo. *Nihil amplius nostrum est, quod nostrum dicimus artis est. Ex senatus-consultis et plebiscitis crimina exercentur. Ut olim vitiis sic nunc legibus laboramus* [10].
De esta confusión proviene el que uno diga que la esencia de la justicia es la autoridad del legislador; otro, la comodidad del soberano; otro más, la costumbre del mo-

[10] Cicerón, *De finibus*, V, 21: «Nada hay nuestro. Lo que decimos nuestro, lo es por pura convención.» Séneca, Ep., 95: «En virtud de los senadoconsultos y plebiscitos se cometen los crímenes.» Tácito, *Anales*, III, 25: «Así como antes sufríamos por nuestros vicios, ahora sufrimos por nuestras leyes.» (Montaigne, *Ensayos*, III, 1-13.)

mento, y esto es lo más seguro. Nada según la sola razón es justo en sí, todo se tambalea con el tiempo. La costumbre (constituye) toda la equidad, por la sola razón de que ha sido recibida. Es el fundamento místico de su autoridad. Quien la remite a su principio, la anula. Nada es tan defectuoso como esas leyes que reparan las faltas. Quien las obedece porque son justas, obedece a la justicia que él imagina, pero no a la esencia de la ley. Esta se halla aglutinada toda en sí misma. Es ley y nada más. Quien quiera examinar el motivo lo encontrará tan débil y tan frágil, que, si no está acostumbrado a contemplar los prodigios de la imaginación humana, se admirará de que un siglo le haya dado tanta pompa y reverencia. El arte de atacar, de conmover los estados, consiste en quebrar las costumbres establecidas, sondeando hasta su raíz, para señalar su falta de autoridad y de justicia. Es menester, dicen, recurrir a las leyes fundamentales y primitivas del estado, que una costumbre injusta ha abolido. Es un juego seguro para perderlo todo; nada será justo con esta balanza. Sin embargo, el pueblo presta fácilmente oídos a estas razones; se sacuden el yugo desde que lo reconocen, y los grandes se aprovechan de su ruina y de las de esos curiosos examinadores de costumbres recibidas. Es así por lo que el más sabio de los legisladores decía que, para el bien de los hombres es preciso, a menudo, engañarlos; y otro, buen político, *Cum veritatem qua liberetur ignoret, expedit quod fallatur*[11]. No es menester que sienta la verdad de la usurpación; habiendo sido introducida otras veces sin razón, ha llegado a ser razonable. Es preciso hacerla ver como auténtica, eterna, y ocultar su origen, si se quiere que no llegue pronto a su fin.

61 (309-237) Justicia.
Como la moda hace el agrado, así hace la justicia.

62 (177-224) *(Tres huéspedes).*
Quien hubiera tenido la amistad del rey de Inglaterra, del rey de Polonia y de la reina de Suecia, ¿hubiera creído que le iba a faltar retiro y asilo en el mundo?

63 (151-149) La gloria.
La admiración echa a perder todo desde la infancia. ¡Oh, qué bien dicho está eso!, ¡qué bien hecho!, ¡qué sabio es!, etc.

Los niños de P. R., a los que no se les da este aguijón de deseo y de gloria, caen en la indolencia.

---

11 San Agustín, *Ciudad de Dios*, IV, 27: «Como desconoce la verdad que libera, se estima que debe ser engañado.» (Montaigne, *Ensayos*, II, 12.)

64 (295-231) Mío, tuyo.
Este perro es mío, decían esos pobres niños. Ese es mi lugar al sol. He ahí el comienzo y la imagen de la usurpación de toda la tierra.

65 (115-29) Diversidad.
La teología es una ciencia, pero, al mismo tiempo, ¿cuántas ciencias encierra? Un hombre es un supuesto pero si se le anatomiza, ¿será la cabeza, el corazón, el estómago, las venas, cada vena, cada porción de vena, la sangre, cada humor de la sangre?

Una ciudad, un campo, de lejos es una ciudad y un campo, pero a medida que uno se aproxima son casas, árboles, tejas, hojas, hierbas, hormigas, hasta el infinito. Todo ello se encierra bajo el nombre de campo.

66 (326-288) Injusticia.
Es peligroso decir al pueblo que las leyes no son justas, porque no obedece más que a causa de que las cree justas. Por ello es preciso decirles, al mismo tiempo, que hay que obedecerlas porque son leyes, de la misma manera que hace falta obedecer a los superiores, no porque sean justos, sino porque son superiores. He ahí por donde toda sedición queda prevenida si se puede hacer entender eso, y **(ésta es)** propiamente la definición de la justicia.

67 (879-811) Injusticia.
La jurisdicción no se confiere para (el) jurisdiciente, sino para el jurisdiciado: es peligroso decírselo al pueblo, pero el pueblo tiene demasiada fe en vosotros; esto no le perjudicará y puede serviros. Es preciso, pues, publicarlo. *Pasce oves meas*, no *tuas*[12]. Vosotros me debéis pasto.

68 (205-88) Cuando considero la corta duración de mi vida, absorbida en la eternidad precedente y siguiente —*memoria hospitis unius diei praetereuntis*[13]—, el pequeño espacio que ocupo e incluso que veo, abismado en la infinita inmensidad de los espacios que ignoro y que me ignoran, me espanto y me asombro de verme aquí y no allí, porque no existe ninguna razón de estar aquí y no allí, ahora y no en otro tiempo. ¿Quién me ha puesto aquí? ¿Por orden y voluntad de quién este lugar y este tiempo han sido destinados a mí?

69 (174-bis-169a) Miseria.
Job y Salomón.

---

12 Jn., XXI, 17: «Apacienta mis ovejas, no las tuyas.»
13 Sab., V, 15: «*La esperanza del pecador es como* la memoria de un huésped, que, alojado por un día, se queda otro más.»

70 (165bis-212) Si nuestra condición fuera verdaderamente feliz no nos haría falta distraernos para dejar de pensar en ella.

71 (405-143) Contradicción.
Orgullo, contrapesando todas las miserias; o esconde sus miserias, o las descubre. Se glorifica de conocerlas.

72 (66-81) Es necesario conocerse a sí mismo. Aunque no sirviera para hallar lo verdadero, serviría al menos para reglar su vida, y nada hay más justo.

73 (110-170) El sentimiento de falsedad de los placeres presentes y la ignorancia de la vanidad de los placeres ausentes causa la inconstancia.

74 (454-137) Injusticia.
No han encontrado otro medio de satisfacer su concupiscencia sin hacer daño a otros.
Job y Salomón.

75 (389-367)13 El Eclesiastés enseña que el hombre sin Dios está en la ignorancia de todo y en inevitable desgracia, porque es ser desgraciado el querer y no poder. Ahora bien, quiere ser feliz y estar seguro de alguna verdad; y, sin embargo, ni puede saber, ni no desear saber. Ni siquiera puede dudar.

76 (73-189) *(Pero puede ser que este asunto sobrepase el alcance de la razón. Examinemos, pues, sus descubrimientos acerca de las cosas que le son propias. Si hay alguna cosa a la que su propio interés ha debido aplicarse con más seriedad, es la búsqueda de su soberano bien. Veamos, por tanto, dónde lo han colocado esas almas fuertes y clarividentes. Y si están de acuerdo en ello.*

El uno dice que el soberano bien está en la virtud, el otro lo pone en la voluptuosidad, el otro en seguir la naturaleza, el otro en la verdad —felix qui potui rerum cognoscere causas [14]—, *el otro en la ignorancia total, el otro en la indolencia, los otros en resistir a las apariencias, el otro en no admirar nada* —nihil mirari prope res una quae possit facere et servare beatum [15]—, *y los valerosos pirronianos en su ataraxia, duda y eterna suspensión. Y otros, más sabios, no lo pueden encontrar, ni siquiera deseándolo. ¡Pues sí que estamos bien pagados!*

[14] Virgilio, *Geórgicas*, II, 489: «Dichoso aquel que ha podido conocer la causa de las cosas.» (Montaigne, *Ensayos*, III, 10.)
[15] Horacio, *Ep.*, I, VI, 1: «No asombrarse de nada: es casi la única cosa que puede dar y conservar la felicidad.» (Montaigne, *Ensayos*, II, 12.)

Transponer luego las leyes al artículo siguiente.

Puesto que es preciso reconocer que esta bella filosofía no ha adquirido nada de cierto de un trabajo tan largo y tan tenso, puede ser que al menos el alma se conozca a sí misma. Escuchemos a los doctos del mundo acerca de este asunto. ¿Qué han pensado de su sustancia? 395 *¿Han sido más felices al localizarla?* 395 *¿Qué han hallado sobre su origen, su duración y su partida?*

(¿Será, pues, que el alma es todavía un tema demasiado noble para sus débiles luces? Descendámosla hasta la materia. Veamos si sabe de qué está hecho el propio cuerpo que ella anima y los otros que contempla y mueve a su antojo

¿Qué saben de esto, esos grandes dogmáticos que nada ignoran?

(393) Harum sententiarum [16].
Eso bastaría sin duda si la razón fuera razonable. Lo es lo bastante como para confesar que no ha podido todavía encontrar nada firme. Pero no desespera aún de poderlo conseguir; al contrario, está más animada que nunca en esta búsqueda y segura de poseer en sí misma las fuerzas necesarias para esta conquista.

Es menester, pues, acabarla, y después de haber examinado sus potencias en sus efectos, reconozcámoslas en sí mismas. Veamos si tiene algunas fuerzas y algunos asideros capaces de hacer suya la verdad.

IV. TEDIO

77 (152-146) Orgullo.
Curiosidad no es más que vanidad. Ordinariamente no se quiere saber más que para hablar de ello, de lo contrario no se viajaría por el mar para no poder contar nada nunca y por el solo placer de ver, sin ninguna esperanza de poderlo comunicar.

78 (126-160) Descripción del hombre.
Dependencia, deseo de independencia, necesidades.

79 (128-200) El fastidio que se tiene al abandonar las ocupaciones a las que se está apegado. Un hombre vive a gusto en su oficio; que vea a una mujer que le guste, que

[16] Cicerón, *Tusc.*, I, 11: «De esas opiniones, *¿cuál es la verdadera? Un Dios lo verá.*» (Montaigne, *Ensayos*, II, 12.)

juegue 5 ó 6 días con placer: vedle entonces desgraciado si vuelve a su primera ocupación. Nada es más corriente que eso.

V. RAZON DE LOS EFECTOS

80 (317-303) El respeto significa: Incomodaos.

Eso es vano en apariencia, pero muy justo; porque significa decir: me incomodaría mucho si tuviéseis necesidad de ello, puesto que yo lo hago así sin que ello os sirva; además de que el respeto es para distinguir a los grandes. Ahora bien, si el respeto consistiera en estar en un sillón, se respetaría a todo el mundo, y así no se distinguiría a nadie. Pero, estando incomodado, se distingue muy bien.

81 (299-238) Las únicas reglas universales son las leyes del país en las cosas ordinarias y la mayoría en las demás. ¿De dónde procede eso?: de la fuerza que en ello hay.

Y de ahí viene que los reyes, que por otra parte tienen la fuerza, no sigan a la mayoría de sus ministros.

Sin duda, la igualdad de bienes es justa, pero

No pudiendo hacer que sea forzoso el obedecer a la justicia, se ha hecho que sea justo el obedecer a la fuerza. No pudiendo fortalecer la justicia, se ha justificado la fuerza, a fin de que el justo y el fuerte se uniesen y que fuera posible la paz, que es el soberano bien.

82 (271-464) La sabiduría nos devuelve a la infancia. *Nisi efficiamini sicut parvuli*[17].

83 (327-308) El mundo juzga bien de las cosas, porque está en la ignorancia natural, que es el verdadero estado del hombre. Las ciencias tienen dos extremos que se tocan: el primero es la pura ignorancia natural en la que se hallan todos los hombres al nacer; el otro extremo es aquel al que llegan las grandes almas, las cuales hallan que, habiendo recorrido todo aquello que los hombres pueden saber, no saben nada, y se vuelven a encontrar en esa misma ignorancia de donde habían partido; pero es ésta una ignorancia sabia, que se conoce a sí misma. Aquellos, de entre estos dos extremos, que han salido de la ignorancia natural y no pueden llegar a la otra, tienen cierto tinte de esta ciencia suficiente, y se hacen los entendidos. Estos trastornan el mundo y juzgan mal de todo.

El pueblo y los intelectuales señalan el curso del mundo; aquéllos, lo desprecian y son despreciados. Juzgan mal de todas las cosas, y el mundo juzga bien.

---

17 Mat., XVIII, 3, 4: «Si no os convertís y hacéis como niños...»

84 (79-192) *(Descartes.*

Es preciso decir de forma aproximada: eso se hace por figura y movimiento, pues es verdad. Pero decir cuáles y componer la máquina, eso es ridículo. Pues es inútil e incierto y penoso. Y aun cuando fuera verdad, no estimamos que toda la filosofía valga una hora de esfuerzo.)

85 (878-821) *Summus jus, summa injuria*[18].

La opinión de la mayoría es la mejor vía, puesto que es visible y tiene fuerza para hacerse obedecer. Sin embargo, es la opinión de los menos inteligentes.

Si se hubiera podido, se habría puesto la fuerza en manos de la justicia; pero como la fuerza no se deja manejar como se quisiera, porque es una cualidad palpable, mientras que la justicia es una cualidad espiritual de la que se dispone como se quiere, se la ha puesto en las manos de la fuerza, y así se llama justo a lo que es fuerza observar.

(De ahí) viene el derecho de la espada, pues la espada otorga un verdadero derecho.

De otro modo, se vería a la violencia de un lado y a la justicia del otro. Fin de la 12 provincial.

De ahí procede la injusticia de la Fronda, que alza su pretendida justicia contra la fuerza.

No sucede lo mismo en la Iglesia, porque existe una justicia verdadera y ninguna violencia.

86 (297-235) *Veri juris*[19]. Ya no lo tenemos. Si lo tuviéramos, no tomaríamos como regla de justicia el seguir las costumbres de su país.

Es por ello que, no pudiendo hallar lo justo, se ha encontrado lo fuerte, etc.

87 (307-292) El canciller se mantiene grave y revestido de ornamentos. Pues su puesto es falso y no así el del rey. Este posee la fuerza, y no tiene que usar la imaginación. Los jueces, médicos, etc., no tienen más que imaginación.

88 (302-241) Ese es el efecto de la fuerza, no de la costumbre, porque son raros aquellos que son capaces de inventar. Los más numerosos no desean más que seguir y dejan la gloria para esos inventores que la buscan por sus inventos, y si se obstinan en quererla conseguir y en despreciar a los que no inventan nada, los otros les pondrán nombres ridículos, les darán de palos. Que uno no se pique, pues, con esta sutileza, o que se contente consigo mismo.

---

18 Cf. Terencio, Heautont., Iv., 5, 47: Cicerón, de offic., I, 10; Charron, *De la sabiduría*, I, XXXVII, 5: «Lo extremadamente justo es extremadamente injusto.»

19 Cf. Montaigne, *Ensayos*, III, 1: Cicerón, de offic., III, 17: «Del verdadero derecho.»

89 (315-299) Razón de los efectos.
Esto es admirable: ¡pues no quieren que reverencie a un hombre vestido de brocado y seguido de 7 u ocho lacayos! ¡Y qué! Me hará azotar si no le saludo. Este vestido es una fuerza. Es exactamente lo mismo que un caballo bien enjaezado con respecto a otro. Montaigne resulta ridículo al no ver qué diferencia hay y al admirarse de que se encuentre y al preguntar a la razón. Verdaderamente, dice, ¿de dónde viene?, etc.

90 (337-312) Razón de los efectos.
Gradación. El pueblo reverencia a las personas de alta cuna. Los medio inteligentes los desprecian diciendo que el nacimiento no es un privilegio de la persona, sino del azar. Los inteligentes los honran, no por el pensar del pueblo, sino por su propio pensar. Los devotos, que poseen más celo que ciencia, los desprecian a pesar de esa consideración que los hace ser honrados por los inteligentes, porque juzgan con una nueva luz que la piedad les da. Pero los perfectos cristianos los honran con otra luz superior.
Así, las opiniones se van sucediendo en favor o en contra, según sea la luz que se tenga.

91 (336-331) Razón de los efectos.
Es menester tener un pensamiento propio, y juzgar todo según él, hablando, sin embargo, como el pueblo.

92 (335-310) Razón de los efectos.
Es verdad, pues, decir que todo el mundo está en la ilusión, ya que, aunque las opiniones del pueblo sean sanas, no lo son en su cabeza, porque piensa que la verdad está donde no lo está. La verdad está ciertamente en sus opiniones, pero no hasta el punto en que se figuran. Es cierto que hay que honrar a los gentilhombres, pero no porque el nacimiento sea una ventaja efectiva, etc.

93 (328-309) Razón de los efectos.
Cambio continuo del pro al contra.
Hemos demostrado, pues, que el hombre es vano por la estima que tiene de cosas que no son en absoluto esenciales. Y todas estas opiniones están destruidas.
Hemos demostrado después que todas estas opiniones son muy sanas, y que así, al estar todas esas vanidades perfectamente fundadas, el pueblo no es tan vano como se dice. Y de este modo hemos destruido la opinión que destruía la del pueblo.
Pero es preciso destruir ahora esta última proposición y demostrar que sigue siendo siempre verdad que el pueblo es vano, aunque sus opiniones sean sanas, ya que no ve dónde está la verdad, y, poniéndola donde no está, sus opiniones son siempre muy falsas y muy malsanas.

94 (313-295) Opiniones sanas del pueblo.
El mayor de los males son las guerras civiles.
Son seguras si se quiere recompensar los méritos, porque todos dirán que los merecen. El mal que hay que temer de un necio que sucede por derecho de nacimiento, no es ni tan grande ni tan seguro.

95 (316-298) Opiniones sanas del pueblo.
Ser valiente no es algo demasiado vano, porque es demostrar que un gran número de personas trabajan para uno. Es mostrar, por sus cabellos, que se tiene una ayuda de cámara, un perfumador, etc.; por su golilla, el hilo, el jalón, etc. Ahora bien, eso no es meramente superficial, ni un simple enjaecimiento, sino tener varios brazos.
Cuantos más brazos se tiene, más fuerte se es. Ser valiente es mostrar su fuerza.

96 (329-300) Razón de los efectos.
La debilidad del hombre es la causa de tantas bellezas como se establecen, así como saber tocar bien el laúd no es un mal más que por razón de nuestra debilidad.

97 (334-247) Razón de los efectos.
La concupiscencia y la fuerza son las fuentes de todas nuestras acciones. La concupiscencia hace las voluntarias, la fuerza las involuntarias.

98 (80-101) ¿De dónde viene que un cojo no nos irrite y un espíritu cojo nos irrite? De que un cojo reconozca que nosotros andamos bien y un espíritu cojo diga que somos nosotros quienes cojeamos. Si no fuera por eso, tendríamos piedad de él y no cólera.
Epícteto pregunta aún más enérgicamente: ¿Por qué no nos enfadamos si se dice que tenemos dolor de cabeza y nos enfadamos de que se diga que razonamos mal, o que escogemos mal?

99 (80/536-101/102) Lo que causa esto es que estamos seguros que no tenemos dolor de cabeza ni somos cojos, pero no estamos tan seguros de que escojamos lo verdadero. De suerte que, no teniendo seguridad más que de aquello que vemos por nuestros propios ojos, cuando otro ve con toda claridad lo contrario, nos deja en suspenso y nos asombra. Y aún más cuando otros mil se burlan de nuestra elección, pues preferimos nuestras luces a las de los demás. Y eso es arduo y difícil No existe jamás esta contradicción en los sentidos en lo que respecta a un cojo.

El hombre está hecho de tal manera, que a fuerza de decirle que es un tonto, se lo cree. Y a fuerza de decírselo

él a sí mismo, se lo llega a creer, porque el hombre mantiene consigo mismo una conversación interior, que importa reglar convenientemente. *Corrumpunt bonos mores colloquia prava*[20]. Hay que mantenerse en silencio tanto como se pueda y no conversar más que de Dios, que sabemos es la verdad; y así nos persuadiremos de ella a nosotros mismos.

100 (467-691) Razón de los efectos.
Epícteto. Aquellos que dicen: (Tenéis) dolor de cabeza, no es lo mismo. Se está seguro de la salud y no de la justicia, y, en efecto, la suya era una estupidez.
Y, sin embargo, él creía demostrarla al decir: En nuestro poder o no.
Pero no se daba cuenta de que no está en nuestras manos el reglar el corazón, y no tenía razón al concluirlo del hecho de que existan cristianos.

101 (324-307) El pueblo tiene opiniones muy sanas. Por ejemplo:
1. Haber elegido el divertimiento, y la caza mejor que la presa. Los no del todo sabios se burlan de ella y triunfan al mostrar en eso la locura del mundo, pero por una razón que no alcanzan a ver. Se tiene razón.
2. De haber distinguido a los hombres por lo exterior, como la nobleza o los bienes. El mundo triunfa aun al mostrar hasta qué punto es esto contrario a la razón. Pero es muy razonable. Los caníbales se ríen de un niño rey.
3. De ofenderse por haber recibido una bofetada, o desear tanto la gloria. Pero es muy deseable, a causa de otros bienes esenciales que están unidos a ello. Y un hombre que ha recibido una bofetada sin resentirse se verá abrumado de injurias y de necesidades.
4. Trabajar para lo incierto, viajar por mar, pasar sobre una tabla.

102 (759-513) *(Es preciso que los judíos o los cristianos sean malos.)*

103 (298-285)+ Justicia, fuerza.
Es justo que se siga lo que es justo; es necesario que se siga lo que es más fuerte.
La justicia sin la fuerza es impotente; la fuerza sin la justicia es tiránica.
La justicia sin fuerza es contradictoria, porque siempre hay malvados. La fuerza sin la justicia es acusada. Es preciso, pues, unir la justicia y la fuerza, y para ello hacer que lo que es justo sea fuerte o lo que es fuerte sea justo.

[20] I Cor., XV, 33: «Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres.»

La justicia está sujeta a discusión. La fuerza es perfectamente reconocible y sin discusión. Así, no se ha podido dar la fuerza a la justicia, porque la fuerza ha contradicho a la justicia y ha dicho que era injusta, y que ella era la justa.
Y, por tanto, no pudiendo hacer que lo que es justo sea fuerte, se ha hecho que lo que es fuerte sea justo.

104 (322-305) Que la nobleza es una gran ventaja que desde los 18 años coloca al hombre en buena situación, conocido y respetado, tal y como otro podía haberlo merecido a los 50 años. Son 30 años ganados sin esfuerzo.

VI. GRANDEZA

105 (342-260) Si un animal hiciese por espíritu lo que hace por instinto, y si hablase por espíritu lo que habla por instinto, en la caza y para advertir a sus compañeros que ha encontrado o perdido la presa, hablaría también de cosas que le afectan más, como para decir: Roed esta cuerda que me hiere, ahí donde yo no alcanzo.

106 (403-283) Grandeza.
Las razones de los efectos señalan la grandeza del hombre, el haber extraído de la concupiscencia un orden tan bello.

107 (343-261) El pico del papagayo que él limpia, aunque esté limpio.

108 (339bis-355) ¿Qué es lo que siente el placer en nosotros? ¿Es la mano, el brazo, la carne, la sangre? Se verá que es preciso que sea alguna cosa inmaterial.

109 (392-383) Contra el pirronismo.
(Es, pues, una cosa extraña que no se puedan definir esas cosas sin oscurecerlas. Hablamos de ellas a cada momento.) Suponemos que todos las conciben de la misma manera. Pero lo suponemos gratuitamente, porque no tenemos ninguna prueba de ello. Veo bien que se apliquen estos términos en las mismas ocasiones, y que siempre que dos hombres vean a un cuerpo cambiar de lugar expresen ambos la visión de ese mismo objeto con idéntico término, diciendo, uno y otro, que se ha movido; y de esta conformidad de aplicación se deduce una patente conjetura de conformidad de ideas; pero esto no es absolutamente convincente, con una última convicción, aunque haya razón para apostar por la afirmativa, puesto que se sabe que a menudo

se deducen las mismas consecuencias de suposiciones diferentes.

Esto basta, al menos, para embrollar la materia, no que extinga absolutamente la claridad natural que nos cerciora de estas cosas. Los académicos habrían apostado, pero la reblandece y turba a los dogmáticos, para gloria de la cábala pirrónica, que consiste en esta ambigua ambigüedad, y en una cierta oscuridad dudosa, en la cual las dudas no pueden disipar toda la claridad, ni nuestras luces naturales explicar todas las tinieblas.

(Verso 109-213) *La menor cosa es de esta naturaleza. Dios es el comienzo y el fin. Ecle.*

1. La razón.

110 (282-479) Conocemos la verdad no solamente por la razón, sino también por el corazón. Es de este último modo como conocemos los primeros principios, y en vano el razonamiento, que no tiene parte alguna en ello, intenta combatirlos. Los pirronianos, que no tienen por objeto mas que eso, trabajan inútilmente. Sabemos que no soñamos en absoluto. Sea cual fuere la incapacidad en que nos encontremos para probarlo por la razón, dicha incapacidad no concluye otra cosa que la debilidad de nuestra razón, pero no la incertidumbre de todos nuestros conocimientos, como ellos pretenden. Pues l(os) conocimientos de los primeros principios: espacio, tiempo, movimiento, números, son tan firmes como los que nos dan nuestros razonamientos, y sobre esos conocimientos del corazón y del instinto es preciso que se apoye la razón y que fundamente todo su discurso. El corazón siente que hay tres dimensiones en el espacio y que los números son infinitos, y la razón demuestra después que no hay dos números cuadrados de los cuales uno sea el doble del otro. Los principios se sienten, las proposiciones se concluyen; y todo con certeza, aunque por diferentes vías —y es tan inútil y tan ridículo que la razón demande al corazón pruebas de sus primeros principios, para querer consentir en ellos, como sería ridículo que el corazón demandara a la razón un sentimiento de todas las proposiciones que ésta demuestra, para quererlas recibir.

Esta incapacidad no debe servir, pues, más que para humillar a la razón —que quisiera juzgarlo todo—, pero no para combatir nuestra certeza. ¡Cómo si sólo la razón fuera capaz de instruirnos! ¡Plugiese a Dios que, por el contrario, no tuviésemos jamás necesidad de ella y que conociésemos todas las cosas por instinto y por sentimiento! Pero la naturaleza nos ha negado ese bien; no nos ha otorgado, por el contrario, más que muy pocos conocimientos de esa índole; todos los demás no pueden ser adquiridos más que por razonamiento.

Y es por lo que, aquellos a quienes Dios ha dado la religión por sentimiento de corazón, son muy felices y están legítimamente convencidos; pero a quienes no la poseen así no podemos dársela mas que por razonamiento, esperando que Dios se la dé por sentimiento de corazón, sin lo cual la fe no es más que humana e inútil para la salvación.

111 (339-258) Puedo concebir perfectamente a un hombre sin manos, pies, cabeza, porque no es sino la experiencia la que nos enseña que la cabeza es más necesaria que los pies. Pero no puedo concebir al hombre sin pensamiento. Sería una piedra o un bruto.

112 (344-272) Instinto v razón, huellas de dos naturalezas.

113 (348-265) Caña pensante.

No es en el espacio donde debo buscar mi dignidad, sino en el orden de mi pensamiento. No tendría ninguna ventaja en el hecho de poseer tierras. Por el espacio el universo me abarca y me absorve como un punto: por el pensamiento, yo lo comprendo.

114 (397-255) La grandeza del hombre es grande en cuanto se conoce miserable; un árbol no se conoce miserable.

Es, pues, ser miserable conocer(se) miserable, pero es ser grande conocer que se es miserable.

115 (349-356) Inmaterialidad del alma.

En los filósofos que han domado sus pasiones, ¿qué materia lo ha podido hacer?

116 (398-269) Todas estas miserias incluso prueban su grandeza. Son miserias de gran señor. Miserias de un rey desposeído.

117 (409-268) La grandeza del hombre.

La grandeza del hombre es tan visible que se deduce incluso de su miseria, porque lo que es naturaleza en los animales lo llamamos, en el hombre, miseria; por donde reconocemos que, siendo hoy su naturaleza semejante a la de los animales, ha decaído de una naturaleza mejor, que le era propia en otro tiempo.

Porque, ¿quién se siente desgraciado por no ser rey, sino un rey destronado? ¿Se sentía Pablo Emilio desgraciado de no ser cónsul? Por el contrario, todo el mundo pensaba que estaba feliz de haberlo sido, pues su condición no era la de serlo siempre. Sin embargo, Perseo se sentía tan desgraciado de no ser ya rey, ya que su condición era la de serlo siempre, que se encontraba extraño que pudiera soportar la vida. ¿Quién se siente desgraciado de no tener más que una boca?, ¿y quién no se

sentirá desgraciado de no tener más que un ojo? No se puede estar nunca afligido de no tener tres ojos, pero es inconsolable el no tener ninguno en absoluto.

118 (402-284) Grandeza del hombre en su misma concupiscencia, al haber conseguido una regulación admirable y haber hecho de ella un cuadro de la caridad.

VII. CONTRARIEDADES

119 (423-331) Contrariedades. Después de haber mostrado la bajeza y la grandeza del hombre. Que el hombre, ahora, se estime en lo que vale. Que se ame, porque hay en él una naturaleza capaz de bien; pero que no por esto ame las bajezas que en él hay. Que se desprecie, porque esta capacidad está vacía; pero que no desprecie por esto su capacidad natural. Que se odie, que se ame: posee en sí mismo la capacidad de conocer la verdad y de ser feliz; pero no existe en modo alguno verdad constante o satisfactoria.

Yo quisiera, pues, llevar al hombre a desear encontrarla, a estar presto y desligado de pasiones, para seguirla allí donde la encontrara, sabiendo hasta qué punto su conocimiento es oscurecido por las pasiones. Yo bien quisiera que odiara en sí mismo la concupiscencia que le determina por sí misma, a fin de que no le ciegue al hacer la elección, y que no le detenga una vez que haya escogido.

120 (148-151) Somos tan presuntuosos que quisiéramos ser conocidos en toda la tierra, e incluso de gente que ha de venir cuando ya no existamos. Y somos tan vanos que la estima de 5 ó 6 personas que nos rodean nos agrada y nos contenta.

121 (418-328) Es demasiado peligroso hacer ver al hombre hasta qué punto es semejante a las bestias, sin mostrarle su grandeza. Y es igualmente demasiado peligroso hacerle ver su grandeza sin su miseria. Es todavía más peligroso dejarle ignorar lo uno y lo otro, pero es muy beneficioso representarle ambas cosas.

No hace falta que el hombre crea que es semejante a las bestias, o a los ángeles, ni que ignore lo uno y lo otro, sino que sepa lo uno y lo otro.

122 (416-314) APR. Grandeza y miseria.

Al deducirse la miseria de la grandeza y la grandeza de la miseria, los unos han deducido la miseria tanto más cuanto que han tomado como prueba la grandeza, y los otros deducen la grandeza con tanta más fuerza cuanto que la han deducido de la miseria misma. Todo lo que unos han podido decir para mostrar la grandeza no ha servido a los otros más que de argumento para deducir la miseria, puesto que se es tanto más miserable cuanto que se ha caído de más alto, y viceversa. Se han ido llevando los unos a los otros, en un círculo sin fin, resultando cierto que, a medida que los hombres tienen luz, hallan grandeza y miseria en el hombre. En una palabra, el hombre conoce que es miserable. Es, pues, miserable, por lo que es; pero es grande, porque lo conoce.

123 (157-156) Contradicción: desprecio de nuestro ser, morir por nada, odio de nuestro ser.

124 (125-159) Contrariedades.

El hombre es naturalmente crédulo, incrédulo, tímido, temerario.

125 (92-119) ¿Qué son nuestros principios naturales, sino nuestros principios acostumbrados? ¿Y en los niños, que han recibido la costumbre de sus padres, como la caza en los animales?

Una costumbre diferente nos dará otros principios naturales. Eso se ve por experiencia, y si los hay indelebles a la costumbre, también hay costumbres contra la naturaleza, indelebles a la naturaleza y a una segunda costumbre. Depende de la disposición.

126 (93-120) Los padres temen que el amor natural de los hijos desaparezca. ¿Qué naturaleza, pues, es ésta, sujeta a ser abolida?

La costumbre es una segunda naturaleza que destruye la primera. Pero, ¿qué es la naturaleza?, ¿por qué la costumbre no es natural? Mucho temo que esta naturaleza no sea más que una primera costumbre, como la costumbre es una segunda naturaleza.

127 (415-254) La naturaleza del hombre se considera de dos maneras: una, según su fin, y es entonces grande e incomparable; otra, según la mayoría, como se juzga de la naturaleza del caballo y del perro, según la opinión de la mayoría, al verles correr, *et animum arcendi*[21], y entonces el hombre es abyecto y vil. Y he ahí las dos vías que hacen juzgar de él diversamente y que tanto hacen polemizar a los filósofos.

Pues uno niega la suposición del otro. Uno dice: No ha nacido para este fin, porque todas sus acciones le repugnan; otro dice: Se aleja de su fin cuando ejecuta esas bajas acciones.

21 *Animum arcendi* parece señalar al instinto del perro guardián. (Nota de la edición Brunschvicg.)

128 (396-271) Dos cosas informan al hombre de toda su naturaleza: el instinto y la experiencia.

129 (116-125) Oficio. Pensamientos.
Todo es uno, todo es diverso.
¡Qué de naturaleza en la del hombre! ¡Qué de vocaciones! ¡Y por qué azar toma cada uno de ordinario lo que ha oído estimar! Tacón bien torneado.

130 (420-330) Si él se ensalza yo le humillo.
Si él se humilla yo le ensalzo.
Y le contradigo siempre.
Hasta que comprenda.
Que es un monstruo incomprensible.

131 (434-438) Las principales fuerzas de los pirronianos, prescindiendo de las menos importantes, residen en que no tenemos ninguna certidumbre de la verdad de estos principios, fuera de la fe y la revelación, sino en cuanto los sentimos naturalmente en nosotros. Ahora bien, este sentimiento natural no es una prueba convincente de su verdad, puesto que no teniendo en modo alguno certeza fuera de la fe de si el hombre ha sido creado por un Dios bueno, por un demonio malo o al azar, se halla en la duda de si estos principios nos han sido dados como verdaderos o falsos, o inciertos, según nuestro origen.

Además nadie tiene seguridad, fuera de la fe, de si está despierto o duerme, ya que durante el sueño creemos estar despiertos tan firmemente como si lo estuviéramos de hecho. Como a menudo soñamos que soñamos, amontonando un sueño sobre otro, ¿no se puede pensar que esta mitad de la vida no es ella misma más que un sueño, sobre el cual se acumulan otros, del que despertamos con la muerte, y durante la que consideramos tan poco los principios de la verdad y el bien como durante el sueño natural? Todo este transcurrir del tiempo, de la vida, y estos diversos estados que sentimos, estos diferentes pensamientos que nos agitan, no son quizá más que ilusiones, semejante al fluir del tiempo y los vanos fantasmas de nuestros sueños. Creemos ver espacios, figuras, movimientos; sentimos transcurrir el tiempo, lo medimos; y, en fin, obramos lo mismo que cuando estamos despiertos. De suerte que, pasándonos la mitad de la vida durmiendo, por propia confesión, estado en el que, aun cuando no nos lo parezca, no tenemos idea alguna de lo verdadero, siendo entonces ilusiones todos nuestros sentimientos, ¿quién sabe si esta otra mitad de la vida en la que creemos estar en vigilia no es otro sueño, algo diferente del primero? *(Y, ¿quién duda de lo que nuestros sueños han acumulado, tal y como aparece en nuestro sueño —del cual despertamos cuando pensamos dormir—?, ¿quién duda de que, si soñáramos en compañía, y por azar los sueños fueran acordes, lo que es —bastante— corriente, y veláramos en soledad, no creeríamos las cosas trastocadas?)*

He aquí las principales fuerzas de una y otra parte. Omito las menos importantes, como los razonamientos que han hecho los pirronianos contra las impresiones de la costumbre, de la educación, de los usos de los países y demás cosas parecidas, las cuales, aun cuando arrastran a la mayor parte de los hombres corrientes, que no dogmatizan más que sobre estos vanos fundamentos, son echadas por tierra al menor soplo de los pirronianos. No hay más que ver sus libros; si no estamos lo bastante persuadidos de ello, muy rápidamente lo estaremos, y quizá demasiado.

Me detengo en lo único fuerte de los dogmáticos, a saber: que hablando de buena fe y sinceramente no se puede dudar de los principios naturales.

Contra lo cual los pirronianos oponen, en una palabra, la incertidumbre de nuestro origen, que encierra, asimismo, la de nuestra naturaleza. A lo que los dogmáticos no han respondido todavía desde que el mundo existe.

(Quien quiera enterarse con mayor detalle del pirronismo, que consulte sus libros. Pronto se convencerá, y quizá demasiado.)

He aquí la guerra abierta entre los hombres, en la cual es preciso que cada uno tome partido, y se adscriba necesariamente al dogmatismo o al pirronismo. Porque, quien pretenda permanecer neutral, será pirroniano por excelencia. Esta neutralidad es la esencia de la cábala (pirroniana). Quien no está contra ellos, está por excelencia con ellos: en esto se muestra su ventaja. No están por ellos mismos: son neutros, indiferentes, en suspenso ante todo, sin exceptuarse.

¿Qué hará, pues, el hombre en este estado? ¿Durará de todo? ¿Dudará de si vela, de si se le pellizca, de si se le quema?, ¿durará de si duda?, ¿durará de si existe?

No se puede llegar hasta ahí, y doy por sentado que no ha habido jamás un pirroniano perfecto. La naturaleza sostiene a la razón impotente, y le impide disparatar hasta ese punto.

¿Dirá, pues, por el contrario, que posee ciertamente la verdad, él, que a poco que se le acose, no puede mostrar ningún título de ella y se ve forzado a abandonar la presa?

¿Qué quimera es, pues, el hombre? ¿Qué novedad, qué monstruo, qué caos, qué sujeto de contradicciones, qué prodigio? Juez de todas las cosas, imbécil gusano de tierra, depositario de lo verdadero, cloaca de incertidumbre y de error, gloria y desecho del universo.

¿Quién desenredará este embrollo? *(Ciertamente, esto supera al dogmatismo y pirronismo, y a toda la filosofía hu-*

mana. El hombre supera al hombre. Concedamos, pues, a los pirronianos lo que tanto han pregonado, que la verdad no está a nuestro alcance, ni es objetivo de nuestra caza, no habita en la tierra, es doméstica del cielo, se aloja en el seno de Dios, y que no la podemos conocer sino en la medida en que a Él le plazca revelarla. Aprendamos, pues, de la verdad increada e incarnada nuestra verdadera naturaleza.

No podemos evitar, al buscar la verdad por la razón, una de estas tres sectas. —No se puede ser pirroniano ni académico sin acallar a la naturaleza; no se puede ser dogmático sin renunciar a la razón.)

La naturaleza confunde a los pirronianos *(y a los académicos)* y la razón confunde a los dogmáticos. ¿En qué, pues, os convertiréis, hombres que buscáis cuál es vuestra verdadera condición a través de vuestra razón natural? No podéis huir de una de esas *(tres)* sectas, ni subsistir en ninguna.

Reconoced, pues, soberbios, qué paradoja sois para vosotros mismos. ¡Humillaos, razón impotente! Callad, naturaleza imbécil, sabed que el hombre supera infinitamente al hombre y escuchad, de vuestro maestro, vuestra verdadera condición, que ignoráis.

Escuchad a Dios.

(¿No está, pues, claro como el día que la condición del hombre es doble?) Porque, en fin, si el hombre no hubiera estado jamás corrompido, gozaría de su inocencia, y de la verdad y de la felicidad con seguridad; y si el hombre no hubiera estado nunca más que corrompido, no tendría idea alguna, ni de la verdad, ni de la beatitud. Pero, para desgracia nuestra, y mayor que si no hubiera grandeza alguna en nuestra condición, tenemos una idea de la felicidad y no podemos llegar a ella. Sentimos una imagen de la verdad y no poseemos más que la mentira. Incapaces de ignorar absolutamente y de saber ciertamente, tan manifiesto es que hemos estado en un grado de perfección del que hemos desgraciadamente caído.

(Concibamos, pues, que la condición del hombre es doble.)

(Concibamos, pues, que el hombre supera infinitamente al hombre, y que sería inconcebible a él mismo sin el socorro de la fe. Porque, ¿quién no ve que sin el conocimiento de esta doble condición de la naturaleza estaríamos en una ignorancia invencible de la verdad de su naturaleza?)

Resulta sorprendente, sin embargo, que el misterio más alejado de nuestro conocimiento, como es el de la transmisión del pecado, sea algo sin lo cual no podamos tener conocimiento alguno de nosotros mismos.

Porque es indudable que no hay nada que repugne más a nuestra razón que el decir que el pecado del primer hombre ha hecho culpables a aquellos que, estando tan alejados de este origen, parecen incapaces de participar en él. Esta corriente no sólo nos parece imposible, sino que nos parece incluso sumamente injusta; porque, ¿qué hay más contrario a las reglas de nuestra miserable justicia que condenar eternamente a un niño incapaz de voluntad por un pecado en el que parece haber tenido tan poca parte, cometido seis mil años antes de que él llegara a ser? Ciertamente, nada nos contraría más rudamente que esta doctrina. Y sin embargo, sin este misterio, el más incomprensible de todos, somos incomprensibles para nosotros mismos. El nudo de nuestra condición se repliega y se retuerce dentro de este abismo. De suerte que el hombre es más inconcebible sin este misterio que lo que este misterio es inconcebible para el hombre.

(De donde parece que Dios, queriendo darnos la dificultad de nuestro ser ininteligible a nosotros mismos, ha escondido el nudo tan alto, o mejor dicho, tan bajo, que seríamos absolutamente incapaces de llegar a él. De manera que no es por las soberbias agitaciones de nuestra razón, sino por la simple sumisión de la razón, por lo que podemos verdaderamente conocernos.)

(Estos fundamentos, sólidamente establecidos sobre la autoridad inviolable de la religión, nos hacen conocer que hay dos verdades de fe igualmente constantes.

Una, que el hombre, en el estado de la creación, o en el de la gracia, ha sido elevado por encima de toda la naturaleza, hecho como semejante a Dios y partícipe de la divinidad; la otra, que en el estado de corrupción y de pecado, ha decaído de este estado y ha sido hecho semejante a las bestias. Estas dos proposiciones son igualmente firmes y ciertas.

La Escritura nos lo declara manifiestamente cuando dice en algunos pasajes —deliciae meae esse cum filiis hominum —effundam spiritum meum super omnem carnem, etc —dii estis[22]*, y cuando dice en otros: omnis caro foenum, homo asimilatus est jumentis insipientibus et similis factus est illis, dixi in corde meo de filiis hominum*[23] *—ecle. 3.*

Por donde se ve claramente que el hombre, por medio de la gracia, ha sido hecho semejante a Dios y partícipe de su divinidad, y que sin la gracia es considerado semejante a las bestias brutas.)

---

22 Prov., VIII, 31: «Mis placeres están junto a los hijos de los hombres.» Joel, II, 28; Is., 44, 3: «Derramaré mi espíritu sobre toda carne.» Ps., LXXXI, 6: «Sois dioses.»

23 Ps., XL, 6: «Yo digo en mi corazón de los hijos de los hombres: Toda carne es heno.» Ps., XLIX, 13: «El hombre ha sido asimilado a las bestias brutas.» Ecle., II, 18: «Y ello les hace ser semejantes a ellas.»

VIII. DIVERTIMIENTO

132 (170-216) Divertimiento. —Si el hombre fuera feliz, lo sería tanto más cuanto menos divertido, como los santos y Dios. Sí, ¿pero acaso no es ser feliz el poder estar alegre con la diversión?

—No; porque procede de otra parte y de fuera; y así es dependiente, y en todo momento sujeto a ser turbado por mil accidentes, que hacen inevitables las aflicciones.

133 (168-213) Divertimiento.

Los hombres, al no haber podido remediar la muerte, la miseria, la ignorancia, se han puesto de acuerdo, para ser felices, en no pensar en ello.

134 (169-214) No obstante estas miserias, él quiere ser feliz y nada más que feliz, y no puede no querer serlo.

Pero, ¿cómo lo conseguirá? Sería necesario, para lograrlo, que se hiciera inmortal; pero, al no poder, ha decidido dejar de pensar en ello.

135 (469-443) Siento que puedo no haber sido, pues el yo consiste en mi pensamiento; por tanto, yo, que pienso, no habría existido si mi madre hubiese muerto antes de haber yo nacido; luego no soy un ser necesario. No soy tampoco ni eterno ni infinito, pero me doy cuenta de que hay en la naturaleza un ser necesario, eterno e infinito.

136 (139-205) Divertimiento.

Cuando algunas veces me he puesto a considerar las diversas agitaciones de los hombres, y los peligros, y las penas a las que se exponen en la Corte, en la guerra, de donde nacen tantas querellas, pasiones, empresas audaces y a menudo malas, etc., he dicho frecuentemente que toda la desgracia de los hombres procede de una sola cosa, que es no saber permanecer en reposo en una habitación. Un hombre que tuviera bastante para vivir, si supiera permanecer en su casa con gusto, no saldría de ella para ir al mar o para sentarse en una plaza. No se compraría tan caro un puesto en el ejército si no resultara insoportable no moverse de la ciudad, y no se buscan las conversaciones y las diversiones de los juegos sino porque no se permanece en casa con gusto. Etc.

Pero cuando lo he pensado más de cerca, y cuando, después de haber hallado la causa de todas nuestras desgracias, he querido descubrir las razon(es) de ellas, he encontrado que hay una muy efectiva, que consiste en la desgracia natural de nuestra condición débil y mortal, y tan miserable que nada puede consolarnos cuando pensamos de cerca en ello.

Cualquier condición que uno se figure, si se le reúnen todos los bienes que pueden pertenecernos, la realeza es el más hermoso puesto del mundo; y, sin embargo, cuando uno se imagina en él, acompañado de todas las satisfacciones que puedan afectarle, si está sin diversión, y se le deja considerar y reflexionar en lo que él es —esta lánguida felicidad no se sostendrá ya—, caerá necesariamente en las visiones que le amenazan, en las revueltas que puedan acaecer, y, en fin, en la muerte y en las enfermedades que son inevitables; de suerte que, si no tiene eso que se llama divertimiento, hele ahí desgraciado, y más desgraciado que el más ínfimo de sus súbditos, que juega y se divierte.

(El único bien de los hombres consiste, pues, en estar divertidos, en no pensar en su condición, bien por una ocupación que les aparte de ello, bien por cualquier pasión agradable y nueva que les entretenga, bien por el juego, la caza, cualquier espectáculo atractivo, y, en fin, por lo que se llama divertimiento.)

De ahí viene que el juego y la conversación de las mujeres, la guerra, los grandes empleos, estén tan solicitados. Esto no significa, en efecto, que haya ahí felicidad, ni que uno se imagine que la verdadera dicha sea tener el dinero que se puede ganar en el juego, o corriendo la liebre; uno no lo querría si le fuese ofrecido. No es este uso suave y apacible y que nos deja pensar en nuestra desgraciada condición lo que se busca, ni los peligros de la guerra, ni el trabajo de los empleos, sino el ajetreo que nos impide pensar en ello y nos divierte. Razón por la que se ama más la caza que la presa.

De ahí viene que los hombres amen tanto el ruido y el alboroto. De ahí viene que la prisión sea un suplicio tan horrible; de ahí viene que el placer de la soledad sea algo incomprensible. Y es, en fin, el mayor motivo de felicidad de la condición de los reyes que se intente sin cesar divertirles y procurarles toda clase de placeres. El rey está rodeado de gentes que no piensan más que en divertir al rey y en impedirle pensar en sí mismo. Porque será desgraciado, por muy rey que sea, si piensa en ello.

He ahí todo lo que los hombres han podido inventar para ser felices, y los que hacen en esto de filósofos y creen que el mundo es muy poco razonable al pasarse todo el día corriendo tras una liebre, que no querrían haber comprado, apenas conocen nuestra naturaleza. Esta liebre no nos protegerá de la muerte y de las miserias que nos rodean, pero la caza nos protege de ella. Y así, el consejo que daban a Pirrón de tomar el reposo que él iba buscando con tantas fatigas, encerraba muchas dificultades.

(Decirle a un hombre que permanezca en reposo es decirle que viva feliz. Es aconsejarle A

A *tener una condición enteramente feliz, y que puede con-*

siderar con sosiego, sin hallar en ella motivo de aflicción. (—Eso no es, pues, entender la naturaleza.)

Por eso, los hombres que sienten naturalmente su condición, no evitan nada tanto como el reposo; no hay nada que no hagan para buscar la agitación.

Así, no es fácil censurarlos; su falta no está en que busquen la agitación, si la buscaran como una diversión, sino que el mal está en que la buscan como si la posesión de las cosas que buscan les fuera a hacer verdaderamente felices, y es en esto en lo que se tiene razón en acusar su búsqueda de vanidad, de suerte que, en todo ello, los que censuran y los que son censurados no entienden la verdadera naturaleza del hombre.) Y así, cuando se les reprocha que lo que buscan con tanto ardor no será capaz de satisfacerles, si respondieran, como deberían hacerlo si pensaran bien en ello, que no buscan en eso más que una ocupación violenta e impetuosa que los aparte de pensar en sí, y que por esto se proponen un objeto atractivo que les encante y les atraiga con ardor, dejarían a sus adversarios sin réplica... —La vanidad, el placer de mostrarla a los demás. —La danza, es preciso pensar dónde pondrá uno los pies —pero no responden esto, porque no se conocen a sí mismos. No saben que no es más que la caza, y no la presa, lo que ellos buscan —el gentilhombre cree sinceramente que la caza es un gran placer y un placer real, pero su montero no es de esa opinión. —Se imaginan que, si hubieran obtenido este cargo, reposarían en seguida con gusto, y no sienten la naturaleza insaciable de su codicia. Creen buscar sinceramente el reposo, y no buscan, en verdad, más que la agitación.

Tienen un secreto instinto que les lleva a buscar el divertimiento y la ocupación en lo exterior, el cual procede del resentimiento de sus continuas miserias. Y tienen otro secreto instinto que permanece como residuo de la grandeza de nuestra primera naturaleza, el cual les hace conocer que la felicidad no está, en verdad, más que en el reposo, y no en el tumulto. Y, de esos dos instintos contrarios, se forma en ellos un confuso proyecto, el cual se esconde a su vista en el fondo de su alma, que les lleva a tender hacia el reposo por medio de la agitación y a figurarse siempre que la satisfacción que no tienen les llegará si, superando algunas dificultades que ven, pueden abrirse por ahí la puerta al reposo.

Así transcurre toda la vida; se busca el reposo combatiendo algunos obstáculos, y, si se les ha superado, el reposo deviene insoportable por el tedio que engendra. Es preciso salir de ello y mendigar el tumulto.

Porque, o se piensa en las miserias que se tienen, o en las que nos amenazan. Y aunque uno se viera lo suficientemente al abrigo por todas partes, el tedio, con su autoridad privada, no dejaría de surgir del fondo del corazón, donde tiene raíces naturales, y de llenar el espíritu con su veneno.

B.

B. Por eso, el hombre es tan desgraciado que se aburriría incluso sin motivo ninguno de aburrimiento, por el estado propio de su complexión. Y es tan vano, que, estando lleno de mil causas esenciales de tedio, la menor cosa, como un billar y la pelota que él lance, bastan para divertirle.

C. Pero, diréis, ¿qué fin tiene él en todo esto? El de vanagloriarse mañana entre sus amigos de que ha jugado mejor que otro. De igual modo, otros sudan en su despacho para demostrar a los sabios que han resuelto un problema de álgebra que no se había podido resolver hasta entonces; y tantos otros se exponen a peligros extremos para vanagloriarse inmediatamente de una plaza que han tomado, tan tontamente a mi juicio; y otros, en fin, se matan por observar todas estas cosas, no para llegar a ser más sabios, sino solamente para mostrar que las saben, y éstos son los más tontos de la panda, puesto que lo son con conocimiento, mientras que se puede pensar de los otros que dejarían de serlo si tuviesen ese conocimiento.

Tal hombre pasa su vida sin tedio, jugando todos los días a alguna cosa. Dadle todas las mañanas el dinero que pueda ganar cada día, con la obligación de que no juegue: le haréis desgraciado. Se dirá quizá que lo que él busca es el entretenimiento del juego y no la ganancia. Hacedle, pues, jugar por nada, no se enardecerá y se aburrirá de ello. No es, pues, el solo entretenimiento lo que busca. Un entretenimiento languideciente y sin pasión le aburrirá. Hace falta que se enardezca, y que se engañe a sí mismo imaginándose que sería feliz al ganar lo que no quisiera que se le diera a condición de no jugar, a fin de que se forme un objeto de pasión y que se excite sobre ello su deseo, su cólera, su temor por este objeto que él se ha formado, como los niños que se asustan de la cara que han embadurnado.

¿De dónde viene que este hombre que ha perdido hace pocos meses a su hijo único y que, abrumado de procesos y querellas, estaba esta mañana tan turbado, no piense ahora más en ello? No os extrañe, está muy ocupado en ver por dónde pasará ese jabalí que sus perros persiguen con tanto ardor desde hace seis horas. No necesita más. El hombre, por lleno de tristeza que esté, si se puede conseguir el hacerle entrar en alguna diversión, será feliz durante ese tiempo; y el hombre, por muy feliz que sea, si no está divertido y ocupado por alguna pasión o algún entretenimiento, que impida al tedio esparcirse, pronto estará

triste y desgraciado. Sin divertimiento no hay alegría; con divertimiento no hay tristeza. Y esto es también lo que constituye la felicidad de las personas. D.

D. de noble condición, que disponen de un número de personas que les divierten y que tienen el poder de mantenerse en ese estado.

Poned atención: ¿qué otra cosa es ser superintendente, canciller, primer presidente, sino estar en un estado donde se dispone desde la mañana de un gran número de personas que vienen de todos lados para no dejarles una hora en el día en que puedan pensar en sí mismos?; y cuando caen en desgracia y se les envía a sus casas de campo, donde no les faltan ni bienes ni criados para asistirles en sus necesidades, no dejan de ser miserables ni abandonados porque nadie les impide pensar en sí mismos.

137 (142-206) Divertimiento.

La dignidad real, ¿no es lo bastante grande por sí misma para aquel que la posee, como para hacerle feliz con la simple visión de lo que él es?; ¿hará falta distraerle de este pensamiento, como a las personas ordinarias? Me doy cuenta que es hacer a un hombre feliz el distraerle de la visión de sus miserias familiares para llenar todo su pensamiento en el cuidado de bailar bien, pero ¿ocurrirá lo mismo con un rey, y será más feliz atándose a esos vanos entretenimientos que a la visión de su grandeza? ¿Y qué objeto más satisfactorio podría darse a su espíritu? ¿No sería eso, pues, dañar su alegría, ocupar su alma en el pensamiento de ajustar sus pasos a la cadencia de un aire, o en colocar diestramente una barra, en lugar de dejarle gozar con tranquilidad en la contemplación de la gloria majestuosa que le rodea? Háganse las pruebas, déjese a un rey completamente solo, sin ninguna satisfacción de los sentidos, sin ninguna preocupación en el espíritu, sin compañías ni diversiones, pensar en él con toda tranquilidad, y se verá que un rey sin divertimiento es un hombre lleno de miserias. También se evita eso cuidadosamente, y nunca deja de haber en torno a los reyes un gran número de personas que velan para que el divertimiento siga a sus negocios y que están atentos todo el tiempo cuidando les sean suministrados placeres y juegos, de suerte que no haya un momento vacío. Es decir, que están rodeados de personas que ponen un esmero maravilloso en procurar que el rey no esté solo y en situación de pensar en sí, sabiendo perfectamente que será miserable, por muy rey que sea, si piensa en ello.

Con respecto a todo esto, no hablo en absoluto de reyes cristianos en tanto que cristianos, sino solamente en tanto que reyes.

138 (166-218) Divertimiento.

La muerte es más fácil de soportar sin pensar en ella que el pensamiento de la muerte sin peligro.

139 (143-207) Divertimiento.

Se encarga a los hombres, desde su infancia, del cuidado de su honor, de su bien, de sus amigos, e incluso de los bienes y del honor de sus amigos; se les abruma de tareas, del aprendizaje de lenguas y de ejercicios, y se les hace comprender que no podrían ser felices sin que su salud, su honor, su fortuna y la de sus amigos estén en buen estado, y que la falta de una sola cosa les haría desgraciados. Así, se les encomienda cargos y tareas que les hace preocuparse desde que apunta el día. ¡He ahí, diréis, una extraña manera de hacerles felices! ¿Qué se podría hacer mejor para hacerlos desgraciados? ¡Cómo! ¿Qué se podría hacer?: no habría más que quitarle todos sus cuidados, porque entonces se verían a sí mismos, pensarían en lo que son, de dónde vienen, a dónde van, y así no se puede ocuparles demasiado y distraerlos. Y es por lo que, después de haberles preparado tantas tareas, si tienen algún tiempo de descanso, se les aconseja lo empleen en divertirse, y en jugar, y en estar siempre ocupados por entero.

¡Qué vacío y lleno de basura está el corazón del hombre!

IX. FILOSOFOS

140 (466-692) Aun cuando Epícteto haya visto perfectamente bien el camino, dice a los hombres: Seguís uno falso. Muestra que hay otro, pero no conduce a él. Es querer lo que Dios quiere. Sólo J.-C. nos lleva a él. *Vie veritas*[24].

Los vicios del mismo Zenón.

141 (509-377) Filósofos.

¡Bonita cosa gritar a un hombre que no se conoce, que vaya por sí mismo a Dios! ¡Y bonita cosa decírselo a un hombre que se conoce!

142 (463-379) *(Contra los filósofos que tienen a Dios sin J.-C.)* Filósofos.

Creen que sólo Dios es digno de ser amado y admirado, y han deseado ser amados y admirados de los hombres, y no conocen su corrupción. Si se sienten llenos de sentimientos para amarle y adorarle, y si encuentran en ello su alegría principal, y si se estiman buenos, ¡enhorabuena! Pero si se hallan repugnantes, si no (tienen) ninguna otra inclinación más que la de quererse situar en la estima de

24 Jn., XIV, 6: «*Yo soy el* camino de la verdad *y de la vida.*»

los hombres, y si, por toda perfección, hacen solamente que, sin forzar a los hombres, les hagan encontrar su felicidad en amarles a ellos, diré que esta perfección es horrible. ¡Qué! Han conocido a Dios y han deseado únicamente que los hombres les amasen, que los hombres se detuviesen en ellos. Han querido ser el objeto de la felicidad voluntaria de los hombres.

143 (464-390) Filósofos.
Estamos llenos de cosas que nos arrojan hacia fuera.
Nuestro instinto nos hace sentir que es preciso buscar nuestra felicidad fuera de nosotros mismos. Nuestras pasiones nos empujan hacia fuera, aun cuando los propios objetos no se ofrecieran para excitarlas. Los objetos de fuera nos tientan en sí mismos y nos llaman, aun cuando no pensemos en ellos. Y así los filósofos tienen por bien decir: Recogeos en vuestro interior, encontraréis en él vuestro bien; no se les cree, y los que les creen son los más vacíos y los más necios.

144 (360-376) ¡Lo que los estoicos proponen es tan difícil y tan vano!

Los estoicos proponen: Todos aquellos que no están en el más alto grado de sabiduría son igualmente locos, y viciosos, como aquellos que están a dos dedos bajo el agua.

145 (461-373) Las tres concupiscencias han producido tres sectas, y los filósofos no han hecho otra cosa que seguir una de las tres concupiscencias.

146 (350-374) Estoicos.
Concluyen que se puede siempre lo que se puede alguna vez, y que, puesto que el deseo de la gloria hace obrar bien a los que están poseídos de él de alguna manera, también los otros lo podrán hacer.
Son movimientos febriles que la salud no puede imitar.
Epícteto concluye del hecho que hay cristianos constantes, que cada uno bien lo puede ser.

X. EL SOBERANO BIEN

147 (361-375) El soberano Bien. Disputas del soberano Bien.
Ut sis contentus temetipso et ex te nascentibus bonis[25].
Hay contradicción, porque aconsejan al fin suicidarse.
¡Oh, qué vida tan feliz, de la que uno se libra como de la peste!

[25] Séneca, Ep., XX: «A fin de que estés satisfecho de ti mismo y de los bienes que nacen de ti.»

148 (425-370) Segunda parte.
Que el hombre sin la fe no puede conocer el verdadero bien, ni la justicia.
Todos los hombres buscan ser felices. Esto no tiene excepción, por diferentes que sean los medios que emplee en ello. Todos tienden a este fin. Lo que hace que unos vayan a la guerra y que otros no vayan es ese mismo deseo que está en los dos, acompañado de diferentes visiones. La voluntad no da nunca el menor paso si no es hacia este fin. Es el motivo de todas las acciones de todos los hombres, incluso de los que van a perderse.
Y, sin embargo, después de tantos años nadie jamás, sin la fe, ha llegado a ese punto al que todos se dirigen continuamente. Todos se lamentan: príncipes, súbditos, nobles, plebeyos, viejos, jóvenes, fuertes, débiles, sabios, ignorantes, sanos, enfermos, de todos los países, de todos los tiempo, de todas las edades y de todas las condiciones.
Una experiencia tan larga, tan continua y tan uniforme debería convencernos de nuestra incapacidad de llegar al bien por nuestros esfuerzos. Pero el ejemplo nos enseña poco. No es nunca tan perfectamente semejante que no haya alguna delicada diferencia, y es por ello que esperamos que nuestra esperanza no se verá decepcionada en esta ocasión como en la otra, y así el presente no nos satisface jamás, la experiencia nos engaña, y de desgracia en desgracia nos lleva hasta la muerte, que es su colmo eterno.
¿Qué es, pues, lo que nos grita esta avidez y esta impotencia, sino que ha habido en otro tiempo en el hombre una verdadera felicidad, de la que no le queda ahora sino la señal y la huella absolutamente vacía, y que trata inútilmente de llenar con todo lo que le rodea, buscando en las cosas ausentes el auxilio que no obtiene en las presentes, pero que son totalmente incapaces de ello, porque ese abismo infinito no puede ser llenado más que por un objeto infinito e inmutable, es decir, por Dios mismo?
Sólo El es su verdadero bien. Y desde que le ha abandonado es una cosa extraña que no haya nada en la naturaleza que no haya sido capaz de ocupar su plaza: astros, cielo, tierra, elementos, plantas, coles, puerros, animales, insectos, terneras, serpientes, fiebre, peste, guerra, hambre, vicios, adulterio, incesto. Y desde que ha perdido el verdadero bien todo puede igualmente parecerle tal, hasta su propia destrucción, aunque tan contraria a Dios, a la razón y a la naturaleza al mismo tiempo.
Unos lo buscan en la autoridad, otros en las curiosidades y en las ciencias, otros en las voluptuosidades.
Otros, que se han acercado en verdad más a él, han considerado que es necesario que este bien universal que todos los hombres desean no consista en ninguna de las co-

sas particulares que no pueden ser poseídas sino por uno solo, y que, siendo compartidas, afligen más a sus poseedores por la falta de la parte que no tienen de lo que les contentan por el gozo de la que les pertenece. Han comprendido que el verdadero bien debe ser tal que todos puedan poseerlo a la vez sin disminución y sin envidia, y que nadie pueda perderlo contra su voluntad; y su razón es que, siendo este deseo natural al hombre, puesto que está naturalmente en todos, y que no puede dejar de tenerlo, concluyen...

XI. A.P.R.[26]

149 (430-483) A.P.R. comienzo, después de haber explicado la incomprensibilidad.

Las grandezas y las miserias del hombre son de tal manera visibles, que es absolutamente preciso que la verdadera religión nos enseñe que hay cierto gran principio de naturaleza en el hombre y que hay un gran principio de miseria.

Hace falta, incluso, que nos dé razón de estas sorprendentes contrariedades.

Es menester que, para hacer al hombre feliz le demuestre que hay un Dios, que estamos obligados a amarle, que nuestra verdadera felicidad consiste en estar en El, y nuestro único mal estar separado de El; que reconozca que estamos llenos de tinieblas que nos impiden conocerle y amarle, y que así, obligándonos nuestros deberes a amar a Dios y apartándonos de ello nuestras concupiscencias, estamos llenos de injusticia. Es preciso que nos dé razón de estas oposiciones que tenemos en Dios y en nuestro propio bien. Hace falta que nos enseñe los remedios para estas impotencias, y los medios para obtener esos remedios. Que se examinen sobre este punto las religiones del mundo, y que se vea si hay alguna fuera de la cristiana que satisfaga.

¿Serán los filósofos, que nos proponen por todo bien los bienes que están en nosotros? ¿Han hallado ellos el remedio a nuestros males? ¿Es curar la presunción del hombre el haberlo puesto en igualdad con Dios? Los que nos han igualado a las bestias, y los mahometanos, que por todo bien nos han dado los placeres de la tierra, incluso en la eternidad, ¿han aportado el remedio a nuestras concupiscencias?

[26] Estas letras, que significan *a Port-Royal*, indican que el fragmento —así como cuantos llevan dichas iniciales— formaban parte de las notas preparadas por Pascal para su conferencia de 1658, en la que expuso el plan de su Apología.

¿Qué religión nos enseñará, pues, a curar el orgullo, y la concupiscencia?, ¿qué religión, en fin, nos mostrará nuestro bien, nuestros deberes, las debilidades que nos apartan de ellos, la causa de estas debilidades, los remedios que pueden curarlas, y el medio de obtener estos remedios? Todas las otras religiones no lo han logrado. Veamos lo que hará la sabiduría de Dios.

No esperéis, dice, oh hombres, ni verdad, ni consolación por parte de los hombres. Yo soy la que os ha formado y la única que puede enseñaros quiénes sois.

Pero ya no estáis ahora en el estado en que os he formado. Yo he creado al hombre santo, inocente, perfecto; lo he llenado de luz y de inteligencia, le he comunicado mi gloria y mis maravillas. El ojo del hombre veía entonces la majestad de Dios. No estaba entonces en las tinieblas que le ciegan, ni en la mortalidad y miserias que le afligen.

Pero no ha podido sostener tanta gloria sin caer en la presunción. Ha querido hacerse centro de sí mismo e independiente de mi ayuda. Se ha sustraído a mi dominio, e, igualándose a mí por el deseo de encontrar su felicidad en él mismo, lo he abandonado a sí; y rebelando a las criaturas que le estaban sometidas, las he hecho sus enemigas, de suerte que hoy el hombre se ha hecho semejante a las bestias, y se encuentra en tal alejamiento de mí que apenas conserva una confusa luz de su autor, ¡hasta tal punto se han extinguido o turbado todos sus conocimientos! Los sentidos, independientes de la razón, y a menudo dueños de la razón, le han empujado a la búsqueda de los placeres. Todas las criaturas o le afligen o le tientan, y le dominan, bien sometiéndole con su fuerza, bien hechizándole con su dulzura, lo que constituye una dominación más terrible y más injuriosa.

He ahí el estado en el que se encuentran hoy los hombres. Les queda cierto instinto impotente de la felicidad de su primera naturaleza, y están sumidos en las miserias de su ceguera y de su concupiscencia, que ha llegado a ser su segunda naturaleza.

Por este principio que os descubro podéis reconocer la causa de tantas contrariedades que han asombrado a todos los hombres y que les han dividido en tan diversos sentimientos. Observad, ahora, todos los movimientos de grandeza y de gloria que el infortunio de tantas miserias no puede ahogar, y ved si no es preciso que la causa se halle en otra naturaleza.

A.P.R. Para mañana. Prosopopeya.

En vano, oh hombres, buscáis en vosotros mismos el remedio a vuestras miserias. Todas vuestras luces no pueden llegar más que a conocer que no es en vosotros mismos donde encontraréis la verdad y el bien.

Los filósofos os lo han prometido y no han podido cumplirlo.

No saben ni cuál es vuestro verdadero bien, ni cuál es *(vuestro verdadero estado).*

¿Cómo podrían daros unos remedios a vuestros males que ni siquiera ellos han conocido? Vuestras principales enfermedades son el orgullo, que os sustrae de Dios, la concupiscencia, que os ata a la tierra; y ellos no han hecho otra cosa que entretener, al menos, una de esas enfermedades. Si os han dado a Dios como fin, no ha sido más que para excitar vuestra soberbia; os han hecho pensar que érais semejantes a El y conformes por vuestra naturaleza. Y los que han visto la vanidad de esta pretensión os han arrojado en el otro precipicio, dandoos a entender que vuestra naturaleza era parecida a la de las bestias, y os han llevado a buscar vuestro bien en las concupiscencias, que son lo propio de los animales.

No reside ahí el medio de curar vuestras injusticias, que esos sabios no han conocido en absoluto. Yo sólo os puedo hacer entender que sois, lo...

(Yo no os exijo una creencia ciega.)

Adán, J.-C.

Si se os une a Dios es por la gracia, no por naturaleza.

Así esta doble capacidad.

No os halláis en el estado de vuestra creación.

Estando a la vista estos dos estados, es imposible que no los reconozcáis.

Seguid vuestros movimientos. Observaros a vosotros mismos y ved si no encontraríais los caracteres vivientes de esta dos naturalezas.

¿Tantas contradicciones se encontrarían en un sujeto simple?

Incomprensible.

Todo lo que es incomprensible no deja por ello de ser. El número infinito, un espacio infinito igual a lo infinito.

Increíble que Dios se una a nosotros.

Esta consideración no se obtiene más que de la visión de nuestra bajeza; pero si la veis muy sincera, seguidla tan lejos como yo y reconoced que estamos, en efecto, tan bajos, que somos incapaces de conocer por nosotros mismos si su misericordia puede hacernos capaces de El. Porque quisiera saber de dónde procede en este animal que se reconoce tan débil el derecho a medir la misericordia

de Dios y de ponerle los límites que su fantasía le sugiere. Sabe tan poco lo que es Dios, que no sabe lo que es él mismo. Y completamente turbado ante la vista de su propio estado, osa decir que Dios no puede hacerle capaz de su comunicación. Pero quisiera preguntarle si Dios pide otra cosa de él, sino que le ame y le conozca, y por qué cree que Dios no puede hacerle cognoscible y amable para él, ya que es naturalmente capaz de amor y de conocimiento. No hay duda de que, al menos, conoce que existe, y que ama algo. Por tanto, si ve alguna cosa en las tinieblas en que se halla, y si encuentra algún objeto de amor entre las cosas de la tierra, ¿por qué si Dios le revela algún destello de su esencia no será capaz de conocerle y de amarle de la manera que a El le place comunicarse con nosotros? Hay, pues, sin duda, una presunción insoportable en esos tipos de razonamientos, aunque parezcan fundados sobre una aparente humildad, que no es ni sincera ni razonable si no nos hace confesar que, no sabiendo por nosotros mismos quiénes somos, no podemos aprenderlo más que de Dios.

No entiendo que sometáis vuestra creencia a mí sin razón, y no pretendo someteros con tiranía. Tampoco pretendo daros razón de todas las cosas. Y para armonizar estas contrariedades, quiero haceros ver claramente, por pruebas convincentes, señales divinas en mí que os convenzan de lo que soy, y me atraigan autoridad a través de maravillas y pruebas que no podáis refutar; y que, inmediatamente, creáis las cosas que os muestro, siempre que no encontréis en ello otro motivo de refutarlas, sino el que no podéis conocer por vosotros mismos si ellas son o no.

Dios ha querido rescatar a los hombres y ofrecer la salvación a aquellos que la busquen; pero los hombres se han hecho tan indignos de ello, que es justo que Dios rechace a algunos, a causa de su endurecimiento, lo que concede a otros por una misericordia que no les es debida.

Si hubiera querido superar la obstinación de los más endurecidos, lo hubiera podido hacer, descubriéndose tan manifiestamente a ellos que no hubieran podido dudar de la verdad de su esencia; como aparecerá en el último día, con un tal fulgor de rayos y un tal cambio en la naturaleza, que los muertos resucitarán y los ciegos verán. No ha querido aparecer de esta manera en su advenimiento de dulzura; porque tantos hombres se hacen indignos de su clemencia, ha querido dejarles en la privación del bien que no quieren. No era, pues, justo que apareciera de una manera manifiestamente divina y absolutamente capaz de convencer a todos los hombres, pero no era justo tampoco que viniera de un modo tan oculto que no pudiera ser reconocido por aquellos que le buscaran sinceramente. Ha

querido hacerse perfectamente cognoscible a éstos, y así, queriendo mostrarse al descubierto a los que le buscan de todo corazón, y oculto a los que le huyen de todo corazón, ha moderado.

A.P.R. Para mañana. 2.
moderado su conocimiento, de suerte que ha dado señales visibles de sí a los que le buscan y no a los que no le buscan.
Hay la suficiente luz para los que no desean sino ver, y suficiente oscuridad para los que tienen una disposición contraria.

XII. COMIENZO

150 (226-361) Los impíos que hacen profesión de seguir a la razón deben ser extraordinariamente rigurosos al razonar.

¿Qué dicen, pues?

¿No vemos, dicen, morir y vivir a las bestias como los hombres, y a los turcos como los cristianos?; tienen sus ceremonias, sus profetas, sus doctores, sus santos, sus religiosos, como nosotros, etc.

¿Es esto contrario a la Escritura?, ¿no dice ella todo esto?

Si no os preocupáis de saber la verdad, eso es bastante para dejaros tranquilos. Pero si deseáis conocerla de todo corazón, no es suficiente, mirad con detalle. Eso sería suficiente para una cuestión de filosofía; pero aquí, donde nos va todo... Y, sin embargo, después de una ligera reflexión como ésta, van a divertirse, etc.

Que se informen de esta religión aun cuando no dé razón de esta oscuridad, quizá nos lo enseñe.

151 (211-351) Nos complace reposar en la sociedad de nuestros semejantes, miserables como nosotros, impotentes como nosotros; no nos ayudarán: moriremos solos.

Es preciso, pues, hacer como si estuviéramos solos. Y entonces, ¿construiríamos casas soberbias? Buscaríamos la verdad sin vacilar. Y si se la rechaza, testificamos valorar más la estima de los hombres que la búsqueda de la verdad.

152 (213-349) Entre nosotros y el infierno o el cielo no existe más que la vida, que es la cosa más frágil del mundo.

153 (238-455) ¿Qué me prometéis, en fin, porque diez años es el partido, sino diez años de amor propio, de intentar agradar sin conseguirlo, aparte de las penas ciertas?

154 (237-454) Partidos[27].

Es preciso vivir de otro modo en el mundo, según estas diversas suposiciones.

1. *(Si es seguro que estará siempre en él.)* Si se pudiera permanecer siempre en él.
2. *(Si es incierto si se estará o no siempre en él.)*
3. *(Si es seguro que no se estará siempre en él —pero que se asegure de estar en él por mucho tiempo.)*
4. *(Si es cierto que no se estará siempre en él, e incierto —si se estará en él —no— por mucho tiempo —falso.)*
5. Si es seguro que no se estará en él por mucho tiempo, e incierto si se estará una hora.

Esta última suposición es la nuestra.

155 (281-478) Corazón.
Instinto.
Principios.

156 (190-12) Compadecer a los ateos que buscan, pues, ¿no son bastante desgraciados? Lanzar invectivas contra los que se envanecen de serlo.

157 (225-360) Ateísmo denota fuerza de espíritu, pero hasta un cierto grado solamente.

158 (236-453) Por los partidos debéis hacer el esfuerzo de buscar la verdad, porque si morís sin adorar al verdadero principio estáis perdidos.

Pero —decís, si hubiese querido que yo lo adorase, me hubiera dejado señales de su voluntad. Así lo ha hecho, pero las despreciais. Buscadlas, pues; bien lo vale.

159 (204-344 y a) Si debemos dar ocho días de la vida, debemos dar cien años.

160 (257-364) No existen más que tres clases de personas: unas, que sirven a Dios, habiéndole encontrado; otras, que se esfuerzan en buscarlo, no habiéndole encontrado; otras, que viven sin buscarle sin haberle encontrado. Las primeras son razonables y felices, las últimas son locas y desgraciadas. Las del medio son desgraciadas y razonables.

161 (221-354) Los ateos deben decir las cosas perfectamente claras. Ahora bien, no está perfectamente claro que el alma sea material.

---

27 Con el término *partidos*, Pascal hace referencia a la *regla de los partidos*, teoría combinatoria que puede considerarse como el embrión de la moderna teoría de probabilidades. Dicha teoría está expuesta en tres cartas dirigidas por Pascal al matemático Fermat con fechas de 29 de julio, 24 de agosto y 27 de octubre de 1654.

162 (189-11) Comenzar por compadecer a los incrédulos; son bastante desgraciados por su condición.

No habría que injuriarles más que en el caso en que ello sirviera, pero les daña.

163 (200-342) Un hombre en un calabozo, no sabiendo si su arresto está decretado, no teniendo más que una hora para saberlo, esta hora es suficiente si sabe que le ha sido dada para hacerlo revocar. Es contra naturaleza que emplee esa hora, no para informarse si el arresto ha sido decretado, sino para jugar al piquet.

Así, es extraño que el hombre, etc. Es un entorpecimiento de la mano de Dios.

Así, no solamente el celo de los que le buscan prueba a Dios, sino también la ceguera de los que no le buscan.

164 (218-346) Comienzo. Calabozo.

Me parece bien que no se profundice la opinión de Copérnico. Pero esto:

Importa para toda la vida saber si el alma es mortal o inmortal.

165 (210-227) El último acto es sangriento, por bello que sea el resto de la comedia. Se echa, al fin, tierra sobre la cabeza, y eso para siempre.

166 (183-226) Corremos sin temor hacia el precipicio después de haber puesto delante de nosotros algo que nos impida verlo.

XIII. SUMISION Y USO DE LA RAZON

167 (269-463) Sumisión y uso de la razón: en lo que consiste el verdadero cristianismo.

168 (224-359) ¡Cómo odio esas necedades de no creer en la Eucaristía, etc.!

Si el Evangelio es verdadero, si J.-C. es Dios, ¿qué dificultad hay en ello?

169 (812-625) Yo no sería cristiano sin los milagros, dice San Agustín.

170 (268-461) Sumisión.

Es menester saber dudar donde hace falta, asegurar donde hace falta, someterse donde hace falta. Quien no procede así no comprende la fuerza de la razón. Hay quienes van en contra de estos tres principios, o asegurando todo como demostrable, sin conocer su demostración, o dudando de todo, sin saber dónde es menester someterse, o sometiéndose a todo, sin saber dónde es preciso juzgar.

Pirroniano, geómetra, cristiano: duda, seguridad, sumisión.

171 (696-524c) *Susceperunt verbum cum omni aviditati scrutantes scripturas si ita se haberent*[28].

172 (185-9) La conducta de Dios, que dispone de todas las cosas con dulzura, consiste en transmitir la religión al espíritu por medio de razones y al corazón por medio de la gracia, pero quererla imponer en el espíritu y en el corazón por la fuerza y con amenazas, no es imponer la religión, sino el terror. *Terrorem potius quam religionem*[29].

173 (273-4) Si se somete todo a la razón, nuestra religión no tendrá nada de misterioso y de sobrenatural.

Si se choca contra los principios de la razón, nuestra religión será absurda y ridícula.

174 (270-462) San Agustín. La razón no se sometería jamás si no juzgase que hay ocasiones en las que se debe someter.

Es, pues, justo que se someta cuando juzgue que debe someterse.

175 (563-2) Una de las confusiones de los condenados será ver que han sido condenados por su propia razón, con la cual pretendieron condenar a la religión cristiana.

176 (261-248) Aquellos que no aman la verdad toman el pretexto de la oposición y de la mayoría de los que la niegan, y así su error no proviene más que de que no amen la verdad o la caridad. Y por ello no tienen excusa.

177 (384-250) La contradicción es una mala señal de verdad.

Muchas cosas ciertas son controvertidas.

Muchas falsas pasan sin contradicción.

Ni la contradicción es señal de falsedad ni la no contradicción es señal de verdad.

178 (747bis-779a) Ved las dos clases de hombres en el capítulo: Perpetuidad.

179 (256-781) Hay pocos cristianos verdaderos. Lo digo incluso para la fe. Hay muchos que creen, pero por superstición. Hay muchos que no creen, pero por libertinaje; pocos son los que se sitúan entre los dos.

28 Act., XVII, 11: «Recibieron la palabra con la mayor avidez, buscando todos los días en las Escrituras si ello era así.»

29 «El terror mejor que la religión.»

No incluyo en esto a los que viven en la verdadera piedad de costumbres y a todos los que creen por un sentimiento del corazón.

180 (838-620) J.-C. hizo milagros, y los apóstoles después. Y los primeros santos, en gran número, porque, no estando todavía cumplidas las profecías, y cumpliéndose con ellos, nada testimoniaba más que los milagros. Estaba predicho que el Mesías convertiría a las naciones. ¿Cómo se iba a cumplir esta profecía sin la conversión de las naciones?, y ¿cómo iban las naciones a convertirse al Mesías, no viendo este último efecto de las profecías que lo prueban? Antes, pues, de que hubiera muerto, resucitado y convertido a las naciones, no estaba todo cumplido, y así hicieron falta los milagros durante todo ese tiempo. Ahora, ya no son necesarios contra los judíos, porque las profecías cumplidas son un milagro permanente.

181 (255-780) La piedad es diferente de la superstición.

Mantener la piedad hasta llegar a la superstición significa destruirla.

Los herejes nos reprochan esta sumisión supersticiosa; es hacer lo mismo que nos reprochan.

Impiedad al no creer en la Eucaristía, basándose en que no se la ve.

Superstición al creer proposiciones, etc.

Fe, etc.

182 (272-465) No hay nada tan conforme a la razón como esta desaprobación de la razón.

183 (253-3) 2 excesos.
excluir la razón, no admitir más que la razón.

184 (811-624) No se pecaría al no creer en Jesucristo sin los milagros.
Videte an mentiar[30].

185 (265-459) La fe dice lo que los sentidos no dicen, pero no lo contrario de lo que ellos ven; está por encima, y no en contra.

186 (947-XLII)[31] Abusáis de la creencia que el pueblo tiene en la Iglesia y sus asuntos de fe.

---

30 Job, VI, 28: «Ved si miento.»

31 Creemos interesante recoger aquí sucintamente la finalidad de una serie de fragmentos de difícil comprensión e incluso de difícil traducción. Dicha finalidad aparece reseñada en la edición Chevalier de los

187 (254-280) No es raro que haya que reprender al mundo por demasiada docilidad.
Es un vicio natural como la incredulidad, y tan pernicioso como ella.
Superstición.

188 (267-466) El último paso de la razón consiste en reconocer que hay una infinidad de cosas que la sobrepasan. Es débil si no alcanza a conocer esto.
Y si las cosas naturales la sobrepasan, ¿qué diremos de las sobrenaturales?

XIV. EXCELENCIA

189 (547-730) Dios por J.-C.
No conocemos a Dios sino por J.-C. Sin este mediador desaparece toda comunicación con Dios. Por J.-C. conocemos a Dios. Todos los que han pretendido conocer a Dios y probarle sin J.-C. no tenían más que pruebas insuficientes. Pero para probar a J.-C. tenemos las profecías, que son pruebas sólidas y palpables. Y estas profecías, estando cumplidas y probadas como verdaderas por el acontecimiento, señalan la certidumbre de estas verdades y por tanto la prueba de la divinidad de J.-C. En El y por El conocemos, pues, a Dios. Fuera de El y sin la Escritura, sin el pecado original, sin mediador necesario, prometido y llegado, no se puede probar absolutamente a Dios, ni enseñar, ni buena doctrina, ni buena moral. Pero por J.-C. y en J.-C. se prueba a Dios y se enseña la moral y la doctrina. J.-C. es, pues, el verdadero Dios de los hombres.
Pero conocemos, al tiempo, nuestra miseria, pues este Dios no es otra cosa que el reparador de nuestra miseria.

Pensamientos, y a esta numeración vamos a hacer referencia, aunque el lector podrá consultar la correspondencia de los fragmentos con las ediciones Lafuma y Brunchvicg en la tabla de concordancia incluida en este volumen.

Los fragmentos que van del I al XVII comprenden una serie de notas, casi todas de la mano del propio Pascal, que parecen ser ideas recogidas al azar y más tarde destinadas a las cartas *Provinciales* o a los *Factums*. Así, el fr. I ha sido utilizado en las cuatro primeras *Provinciales* y en la 8.ª; el II, en la 5.ª y 6.ª; el III, IV, V, VI, en las 13.ª, 14.ª 15.ª y 16.ª; el VII (sobre las cinco proposiciones) en las 17.ª; del VIII al XVI, en diversas *Provinciales* y otras obras; el XVII, en la *Carta de un abogado al parlamento*.

Los fragmentos que van del XVIII al XLIX, están escritos con el fin de criticar la moral de los casuistas y la doctrina de las opiniones probables. Por fin, los comprendidos entre el L y el LXIII —escritos entre septiembre de 1656 y noviembre de 1657—, responden a los ataques prodigados contra el milagro de la Santa Espina. En ellos hace mención también a la censura de Arnauld por la Sorbona y a la bula de Alejandro VII, que confirmaba la condenación de las cinco proposiciones (bula de Inocencio X).

Así, no podemos conocer bien a Dios sin conocer nuestras iniquidades.

Así, los que han conocido a Dios sin conocer su miseria no le han glorificado, sino que se han glorificado con ello. *Quia non cognovit per sapientiam, placuit deo per stultitiam predicationis salvos facere*[32].

190 (543-5) Prefacio. Las pruebas metafísicas de Dios están tan lejos del razonamiento de los hombres, y tan implicadas, que impresionan poco, y aun cuando eso sirviera a algunos, no serviría más que durante el instante en que ven esta demostración; pero una hora después temen haberse equivocado.

Quod curiositate cognoverunt, superbia amiserunt[33].

Esto es lo que produce el conocimiento de Dios que se obtiene sin J.-C., lo cual significa comunicar sin mediador con el Dios que se ha conocido sin mediador.

Mientras que los que han conocido a Dios a través del mediador conocen su miseria.

191 (549-728) Es no solamente imposible, sino inútil, conocer a Dios sin J.-C. No se han alejado, sino acercado; no se han abajado, sino... *Quo quisque optimus eo pessimus si hoc ipsum quod sit optimus ascribat sibi*[34].

192 (527-75) El conocimiento de Dios sin el de la miseria propia produce el orgullo.

El conocimiento de su miseria sin el de Dios produce la desesperación.

El conocimiento de J.-C. constituye el punto medio, porque en él encontramos a Dios y a nuestra miseria.

XV. TRANSICION

193 (98-124) La prevención que induce al error.

Es deplorable ver a todos los hombres deliberar sobre los medios y no sobre el fin. Cada uno piensa cómo satisfacerá su condición, pero la elección de la condición y de la patria nos la da la suerte.

---

[32] I Cor., 1, 21: «Porque el hombre lo ha conocido por su sabiduría, le ha complacido a Dios obrar la salvación por la locura de la predicación.»

[33] S. Agustín, Sermón CXLI: «Lo que su curiosidad les había descubierto, su soberbia les hizo perderlo.»

[34] S. Bernardo, *In Cantica Sermones*, LXXXIV: «En lo que cada uno es mejor, es también lo peor, si se lo atribuye a sí mismo.» (Ed. Migne, t. II, p. 1184, referencia dada por la edición de los *Pensamientos* de La Bonne Compagnie, París 1947.)

Es lamentable ver a tantos turcos, herejes, infieles, seguir el modo de vivir de sus padres, por la sola razón de que han sido prevenidos cada cual de qué es lo mejor, y esto es lo que determina a cada uno en cada condición, de cerrajero, soldado, etc.

Es por ello que los salvajes no tienen más que hacer la Provenza.

194 (208-89) ¿Por qué está limitado mi conocimiento, mi talla, mi duración a 100 años y no a 1000?, ¿qué razón ha tenido la naturaleza para dármela tal y de escoger este punto medio mejor que otro de entre la infinidad, ante los cuales no hay mayor razón para escoger uno y no otro, no atrayendo ninguno más que otro?

195 (37-42) *(Un poco de todo.) Puesto que no se puede ser universal, sabiendo todo lo que puede saberse de todo, hace falta saber un poco de todo, pues es mucho más bello saber algo de todo que saber todo de una cosa. Esta universalidad es la más bella. Si se pudiera tener las dos, aún mejor; pero si es preciso escoger, hay que escoger alguna. Y el mundo lo sabe y lo hace, pues el mundo es con frecuencia un buen juez.*

196 (86-110) *(Mi fantasía me hace odiar a los que graznan y a los que soplan al comer. La fantasía tiene un gran peso. ¿Qué provecho sacaremos de ello?, ¿el seguir este peso a causa de que es natural?; no, sino que le resistiremos.)*

197 (163bis-180) *(Nada me demuestra mejor la vanidad de los hombres que el considerar la causa y los efectos del amor, pues todo el universo ha cambiado por ello. La nariz de Cleopatra.)*

198 (693-393) H. 5. Al ver la ceguera y la miseria del hombre, al contemplar a todo el universo enmudecido y al hombre sin luz, abandonado a sí mismo y como extraviado en este rincón del universo, sin saber quién lo ha puesto en él, qué ha venido a hacer aquí, qué será de él al morir, incapaz de todo conocimiento, me aterrorizo como un hombre al que se hubiera llevado dormido a una isla desierta y espantosa, y que se despertara sin saber dónde está y sin medio para salir de ella. Y por esto me admiro de cómo no se cae en la desesperación ante un estado tan miserable. Veo a otras personas junto a mí, con una naturaleza semejante. Les pregunto si están mejor instruidas que yo. Me dicen que no, y a pesar de ello estos miserables descarriados, habiendo mirado alrededor suyo y habiendo visto algunos objetos agradables, se han entregado y atado a ellos.

Por lo que a mí respecta, no he podido apegarme a ellos, y, considerando que, según todas las apariencias, existe alguna otra cosa distinta de lo que veo, me he preguntado si este Dios no habrá dejado alguna señal de sí.

Veo muchas religiones contrarias, y, por tanto, todas falsas, excepto una. Cada una de ellas quiere ser creída por su propia autoridad, y amenaza a los incrédulos. Por tanto, por lo dicho más arriba, no creo en ellas. Todos pueden decir esto. Cada uno puede decirse profeta, pero veo la cristiana y encuentro en ella las profecías, y esto es lo que no todos pueden hacer.

199 (72-84) H. Desproporción del hombre.

9. *(He ahí dónde nos llevan los conocimientos naturales. Si no son verdaderos, no hay verdad en el hombre; si lo son, encuentra en ellos un gran motivo de humillación, forzado a rebajarse de una u otra manera.*

Y, puesto que no puede subsistir sin creerlos, deseo que, antes de entrar en mayores investigaciones acerca de la naturaleza, la considere una vez seriamente y sin prisa, que se mire también a sí mismo —y que juzgue si tiene alguna proporción con ella, por la comparación que hará de sus dos extremos.)

Que el hombre, pues, contemple la naturaleza entera en su alta y plena majestad; que aleje su vista de los objetos bajos que le rodean. Que mire esa brillante luz puesta como una lámpara eterna para iluminar el universo, que la tierra le parezca como un punto en comparación de la vasta órbita que este astro describe, y que se asombre al comprobar que esa vasta órbita no es más que un frágil punto al lado del que esos astros, que giran en el firmamento, abrazan. Pero si nuestra vista se detiene ahí, que la imaginación siga adelante; antes se cansará ella de concebir que la naturaleza de suministrar. Todo este mundo visible no es más que un trazo imperceptible en el amplio seno de la naturaleza. Ninguna idea se le aproxima. Podemos enriquecer nuestra concepciones hasta más allá de los espacios imaginables, pero no concebiremos más que átomos en comparación con la realidad de las cosas. Es una esfera infinita cuyo centro está en todas partes, la circunferencia en ninguna. En fin, el mayor rasgo sensible de la omnipotencia de Dios es que nuestra imaginación se pierda en este pensamiento.

Que el hombre, volviendo en sí, considere lo que él es en comparación con lo que es; que se vea a sí mismo como perdido, y que, desde esa pequeña celda en la que se encuentra alojado, quiero decir el universo, aprenda a estimar la tierra, los reinos, las ciudades, las casas y a sí mismo, en su justo valor.

¿Qué es el hombre en el infinito?

Pero para presentarle otro prodigio igualmente asombroso, que busque, dentro de lo que conoce, las cosas más delicadas. Que un cirón le ofrezca en la pequeñez de su cuerpo partes incomparablementes más pequeñas, patas con coyunturas, venas en estas patas, sangre en esas venas, humores en esa sangre, gotas en esos humores, vapores en esas gotas; que, dividiendo todavía estas últimas cosas, agote sus fuerzas en estas concepciones, y que el último objeto donde pueda llegar sea ahora el de nuestro discurso. Pensará quizá que es la extrema pequeñez de la naturaleza.

Quiero hacerle ver ahí dentro un nuevo abismo. No solamente quiero pintarle el universo visible, sino la inmensidad que de la naturaleza puede concebirse en el recinto de esta abreviación de átomo. Que vea ahí una infinidad de universos, de los que cada uno tiene su firmamento, sus planetas, su tierra, en la misma proporción que el mundo visible; en esta tierra, animales, y, en fin, cirones, en los que volverá a encontrar aquello que los primeros mostraron, y hallando todavía en los otros las mismas cosas sin fin y sin reposo, que se pierda en esas maravillas, tan asombrosas en su pequeñez como las otras en su extensión; pues, ¿quién no admirará que nuestro cuerpo, que no hace mucho no era perceptible en el universo, imperceptible él mismo en el seno del todo, sea ahora un coloso, un mundo, o más bien un todo respecto de la nada a donde no se puede llegar? Quien se considere de esta manera se asustará de sí mismo, y, viéndose sostenido en la masa que la naturaleza le ha dado, entre los dos abismos del infinito y de la nada, temblará a la vista de tales maravillas; y yo creo que, transformada en admiración su curiosidad, estará más dispuesto a contemplarlas en silencio que a buscarlas con presunción.

Porque, al fin, ¿qué es el hombre en la naturaleza? Una nada frente al infinito, un todo frente a la nada, un medio entre nada y todo, infinitamente alejado de la comprensión de los extremos. El fin de las cosas y sus principios están para él invenciblemente escondidos en un secreto impenetrable.

Igualmente —incapaz de ver la nada de donde ha sido sacado y el infinito donde es absorvido.

¿Qué hará, pues, sino percibir alguna apariencia del medio de las cosas, en una eterna desesperanza de conocer ni su principio ni su fin? Todas las cosas han salido de la nada y van hacia el infinito. ¿Quién seguirá este sorprendente avance? El autor de estas maravillas las comprende. Nadie más puede hacerlo.

Faltos de la contemplación de esos infinitos, los hombres se han lanzado temerariamente a la búsqueda de la naturaleza como si tuvieran alguna proporción con ella.

Es una cosa extraña que hayan querido comprender los principios de las cosas y, a partir de ahí, llegar a conocer el todo, con una presunción tan infinita como su objeto. Porque no cabe duda que no se puede lograr tal cosa sin una presunción o sin una infinita capacidad, como la naturaleza.

Cuando uno está instruido, comprende que, habiendo grabado la naturaleza su imagen y la de su autor en todas las cosas, gocen casi todas ellas de su doble infinitud. Así vemos que todas las ciencias son infinitas en la extensión de sus investigaciones, pues, ¿quién duda que la geometría, por ejemplo, tenga una infinidad de infinidades de proposiciones que exponer? Son también infinitas en la multitud y delicadeza de sus principios, pues, ¿quién no ve que aquellos que se proponen como últimos no se sostienen por sí mismos, y que están apoyados en otros que, teniendo a otros por apoyo, no toleran jamás un último?

Pero nosotros hacemos últimos a los que parecen a la razón, como se hace en las cosas materiales, donde llamamos punto indivisible a aquel más allá del cual nuestros sentidos no perciben nada, aunque divisible infinitamente y por su naturaleza.

De estos dos infinitos de las ciencias, el de grandeza es mucho más sensible, y es por lo que pocas personas pretenden conocer todas las cosas. Voy a hablar de todo, decía Demócrito.

Pero la infinidad en lo pequeño es mucho menos visible. Los filósofos han pretendido, sin embargo, llegar hasta ella, y es ahí donde todos han fracasado. Es lo que ha dado lugar a estos títulos tan corrientes, *De los principios de las cosas, De los principios de la filosofía*, y otros parecidos, tan fastuosos en sus efectos, aunque menos en apariencia, como este otro que hiere a la vista: *De omni scibili.*

Nos creemos naturalmente mucho más capaces de llegar al centro de las cosas que de abrazar su circunferencia, y la extensión visible del mundo nos supera con claridad. Pero como somos nosotros quienes superamos a las pequeñas cosas, nos creemos más capaces de poseerlas, y, sin embargo, no es necesaria menos capacidad para llegar hasta la nada que hasta el todo. Es preciso que sea infinita para lo uno y para lo otro, y me parece que quien llegara a comprender los últimos principios de las cosas podría también llegar a comprender el infinito. Lo uno depende de lo otro, y lo uno conduce a lo otro. Estos extremos se tocan y se reúnen a fuerza de estar alejados, y se encuentran en Dios y solamente en Dios.

Conozcamos, pues, nuestro alcance. Somos algo y no somos todo. Lo que tenemos de ser no sustrae el conocimiento de los primeros principios, que nacen de la nada, y lo poco que tenemos de ser nos oculta la visión del infinito.

Nuestra inteligencia posee, en el orden de las cosas inteligibles, el mismo rango que nuestro cuerpo en la extensión de la naturaleza.

Limitados en todos los órdenes, este estado que ocupa el punto medio entre dos extremos se halla en todas nuestras potencias. Nuestros sentidos no perciben nada extremo: demasiado ruido, nos ensordece; demasiada luz, nos deslumbra; demasiada distancia y demasiada proximidad impiden la visión. Demasiada longitud y demasiada brevedad en el discurso, lo oscurecen; demasiada verdad, nos aturde. Sé de quienes no pueden comprender que si de cero se quitan cuatro, quedan cero. Los primeros principios poseen demasiada evidencia para nosotros; demasiado placer, disgusta; demasiada consonancia, desagrada en la música, y demasiados beneficios, irritan. Queremos tener con qué sobrepagar la deuda. *Beneficia eo usque laeta sunt dum videntur exsolvi posse. Ubi multum antevenere pro gratia odium redditur*[35]. No sentimos ni el calor extremo ni el frío extremo. Las cualidades excesivas nos son enemigas y no sensibles; no las sentimos, las sufrimos. Demasiada juventud y demasiada vejez, debilitan al espíritu; demasiada y demasiada poca instrucción.

En fin, las cosas extremas son para nosotros como si no existieran, y nada somos nosotros para ellas; nos escapan, o nosotros a ellas.

He ahí nuestro verdadero estado. Lo que nos hace incapaces de saber con certeza y de ignorar absolutamente. Bogamos en un vasto medio, siempre inciertos y flotantes, empujados de uno a otro extremo; cualquier término donde pensáramos adherirnos y afirmarnos, vacila y nos abandona, y, si le seguimos, escapa a nuestra captura, se nos escurre y huye, en una huida eterna; nada se detiene para nosotros. Es el estado que nos es natural, y sin embargo el más contrario a nuestra inclinación. Ardemos en deseos de encontrar un asiento firme y una última base constante para edificar sobre ella una torre que se alce a(l) infinito, pero todo nuestro fundamento cruje, y la tierra se abre hasta los abismos.

No busquemos, pues, seguridad y firmeza; nuestra razón se ve siempre frustrada por la inconstancia de las apariencias: nada puede fijar lo finito entre los dos infinitos que le rodean y le huyen.

Habiendo comprendido bien esto, creo que cada cual se mantendrá en reposo, en el estado en que la naturaleza le ha colocado.

35 Tácito, Ann., IV, 18: «Los beneficios son agradables mientras consideramos que podemos corresponder; cuando pasan de ahí, el reconocimiento se convierte en odio.»

Estando este punto medio que nos ha tocado en suerte siempre distante de los dos extremos, ¿qué importa que alguien tenga un poco más de inteligencia de las cosas?; si la tiene, y si las ve desde un poco más arriba, ¿no está siempre infinitamente alejado del término, y no está la duración de nuestra vida de igual modo infinitamente *(alejada)* de la eternidad, aunque dure diez años más?

A la vista de estos infinitos, todos los finitos son iguales, y no veo por qué asentar su imaginación en uno mejor que en otro. La sola comparación que hacemos de nosotros con lo finito nos apena.

Si el hombre se estudiase a sí mismo, vería lo incapaz que es de seguir adelante. ¿Cómo podría una parte conocer al todo? Pero al menos aspirará, quizá, a conocer las partes con las cuales tiene proporción. Mas las partes del mundo tienen todas tal relación y tal encadenamiento unas con otras, que creo imposible conocer a una sin otra y sin el todo.

El hombre, por ejemplo, tiene relación con todo lo que conoce. Tiene necesidad de un lugar para contenerlo, de tiempo para durar, de movimiento para vivir, de elementos para componerlo, de calor y alimentos para nutrirlo, de aire para respirar. Ve la luz, siente los cuerpos; en fin, todo cae bajo su alianza. Hace falta, pues, para conocer al hombre, saber de dónde procede el que tenga necesidad de aire para subsistir; y para conocer el aire, saber por qué tiene esta relación con la vida del hombre, etc.

La llama no subsiste sin el aire; así pues, para conocer al uno hace falta conocer al otro.

Por lo tanto, siendo todas las cosas causadas y causantes, ayudadas y ayudantes, mediatas e inmediatas, y manteniéndose todas por un lazo natural e insensible que liga las más alejadas y las más diferentes, tengo por imposible conocer las partes sin conocer el todo, así como conocer el todo sin conocer particularmente las partes.

(La eternidad de las cosas en sí mismas o en Dios debe todavía sorpreder a nuestra pequeña duración.

La inmovilidad fija y constante de la naturaleza, en comparación con el cambio continuo que tiene lugar en nosotros, debe hacer el mismo efecto.)

Y lo que completa nuestra impotencia para conocer las cosas es que ellas son simples en sí mismas y que nosotros estamos compuestos de dos naturalezas opuestas y de distinto género, de alma y de cuerpo. Porque es imposible que la parte que razona en nosotros no sea espiritual; y aun cuando uno pretendiera que fuéramos simplemente materiales, nos impediría todavía más el conocimiento de las cosas, no habiendo nada tan inconcebible como decir que la materia se conoce a sí misma. No nos es posible conocer cómo ella se conocería.

Y así, si *(somos)* simplemente materiales, no podemos conocer nada de nada, y si estamos compuestos de espíritu y materia, no podemos conocer perfectamente las cosas simples, espirituales o corporales.

De ahí viene que casi todos los filósofos confundan las ideas de las cosas, y hablen de las cosas corporales espiritualmente y de las espirituales corporalmente, porque dicen con atrevimiento que los cuerpos tienden hacia abajo, que aspiran a su centro, que huyen de su destrucción, que temen el vacío, que *(tienen)* inclinaciones, simpatías, antipatías, cosas todas que no pertenecen más que a los espíritus. Y al hablar de los espíritus, los consideran como en un lugar, y les atribuyen movimiento de un sitio a otro, que son cosas que no pertenecen más que a los cuerpos.

En lugar de recibir las ideas de estas cosas puras, las teñimos de nuestras cualidades e impregnamos nuestro ser compuesto *(de)* todas las cosas simples que contemplamos.

¿Quién no creería, al vernos componer todas las cosas de espíritu y de cuerpo, que esta mezcla nos sería muy comprensible? Sin embargo, es la cosa que menos se comprende; el hombre es, en sí mismo, el más prodigioso objeto de la naturaleza, porque no puede concebir lo que es el cuerpo y menos aún lo que es el espíritu, y menos que ninguna otra cosa cómo un cuerpo puede estar unido a un espíritu. Esto constituye el colmo de sus dificultades, y es, sin embargo, su propio ser: *modus quo corporibus adherent spiritus comprehendi ab homine non potest, et hoc tamem homo est*[36].

En fin, para consumar la prueba de nuestra debilidad, terminaré con estas dos consideraciones...

200 (347-264) H. 3. —El hombre no es más que una caña, la más frágil de la naturaleza, pero es una caña pensante. No hace falta que el universo entero se arme para destruirla; un vapor, una gota de agua es suficiente para matarlo. Pero, aun cuando el universo le aplastase, el hombre sería todavía más noble que lo que le mata, puesto que él sabe que muere y la ventaja que el universo tiene sobre él. El universo no sabe nada.

Toda nuestra dignidad consiste, pues, en el pensamiento. De ahí es de donde tenemos que elevarnos y no del espacio y del tiempo, que no sabríamos llenar. Trabajemos, pues, en pensar bien: he ahí el principio de la moral.

201 (206-91) El silencio eterno de esos espacios infinitos me espanta.

---

36 S. Agustín, *Ciudad de Dios*, XXI, 10: «El modo por el que el espíritu está unido al cuerpo, no puede ser comprendido por el hombre; y, sin embargo, esto es el hombre.»

202 (517-657) Consolaos: no es de vosotros de quien debéis esperarlo, sino al contrario, debéis esperarlo sin esperar nada de vosotros.

XVbis. LA NATURALEZA ESTA CORROMPIDA

(Se trata de una carpeta de la que Pascal había previsto el título, pero en la que no clasificó ningún pensamiento.)

XVI. FALSEDAD DE OTRAS RELIGIONES

203 (595-399) Falsedad de otras religiones.
Mahoma, sin autoridad.
Haría falta, por tanto, que sus razones fueran muy poderosas, al no tener más que su propia fuerza.
¿Qué dice, pues? Que es preciso creerle.

204 (592-396) Falsedad de otras religiones.
No tienes testigos. Estos los tienen.
Dios desafía a las demás religiones a que produzcan tales señales. Is. 43, 9-44, 8.

205 (489-431) Si hay un solo principio de todo, un solo fin de todo —todo por él, todo para él—, es necesario, pues, que la verdadera religión nos enseñe a no adorarle más que a El y a no amarle más que a El. Pero, como nos encontramos en la imposibilidad de adorar lo que no conocemos y de amar a otra cosa que a nosotros mismos, es menester que la religión que instruye acerca de estos deberes nos instruya también acerca de estas impotencias y nos enseñe asimismo los remedios. Ella nos enseña que por un hombre se ha perdido todo y se ha roto la conexión entre Dios y nosotros, y que, por un hombre, la unión ha sido restablecida.
Nacemos tan contrarios a este amor de Dios, y es tan necesario, que es preciso que nazcamos culpables, o Dios sería injusto.

206 (235-452a) *Rem viderunt, causam non viderunt* [37].

207 (597-401) Contra Mahoma.
El Corán no es más de Mahoma que el Evangelio de San Mateo. Porque está citado por muchos autores de siglo en siglo. Los mismos enemigos, Celso y Porfirio, no lo han desaprobado jamás.

[37] S. Agustín, *Contra Pelagio*, IV, 60: «Vieron el efecto, no la causa.» Esta reflexión está hecha a propósito del tercer libro de *La República*, de Cicerón, en el cual éste describe la miseria del hombre, pero sin llegar a señalar su causa.

El Corán dice que San Mateo era hombre de bien; por tanto, era falso profeta, o por llamar gentes de bien a los malos, o por no estar de acuerdo con lo que ellos han dicho de J.-C.

208 (435-439) Sin estos divinos conocimientos, ¿qué han podido hacer los hombres, sino elevarse en el sentimiento interior que les queda de su pasada grandeza, o abatirse ante la visión de su debilidad presente? Porque, al no ver la verdad entera, no han podido alcanzar una perfecta virtud; considerando unos la naturaleza como incorrupta, otros como irreparable, no han podido evitar el orgullo o la pereza, que son las dos fuentes de todos los vicios, puesto que no pueden sino abandonarse por cobardía o alzarse por orgullo. Porque, si conocían la excelencia del hombre, ignoraban su corrupción, de suerte que evitaban fácilmente la pereza, pero se perdían en la soberbia; y si reconocían la imperfección de la naturaleza, ignoraban su dignidad, de manera que podían evitar fácilmente la vanidad, pero precipitándose en la desesperación.
De ahí proceden las diversas sectas de estoicos y epicuros, de dogmáticos y de académicos, etc.
Sólo la religión cristiana ha podido curar estos dos vicios, no expulsando el uno por el otro por medio de la sabiduría de la tierra, sino expulsando al uno y al otro mediante la simplicidad del Evangelio. Porque enseña a los justos, a los que eleva hasta la participación de la divinidad misma, que en ese sublime estado llevan todavía la fuente de toda corrupción, la cual les hace estar durante toda la vida sujetos al error, a la miseria, a la muerte, al pecado; y grita a los más impíos que son capaces de la gracia de su Redentor. Así, haciendo temblar a los que justifica y consolando a los que condena, atempera con tanta justeza el temor con la esperanza, por esta doble capacidad común a todos de la gracia y el pecado, que abaja infinitamene más de lo que la razón puede hacer, pero sin desesperar, y eleva infinitamente más que el orgullo de la naturaleza, pero sin engreir, y haciendo ver con ello que, siendo la única exenta de error y de vicio, no corresponde más que a ella el instruir y corregir a los hombres.
¿Quién puede, por tanto, rehusarse a creer y a adorar estas luces celestiales? Pues, ¿no está más claro que el día que sentimos en nosotros mismos caracteres indelebles de excelencia?, ¿y no es también verdadero que experimentamos a cada momento los afectos de nuestra deplorable condición?
¿Qué nos grita, pues, este caos y esta monstruosa confusión, sino la verdad de esos dos estados, con una voz potente que es imposible resistir?

209 (599-402) Diferencia entre J.-C. y Mahoma.

Mahoma no predice, J.-C. predice.

Mahoma matando, J.-C. haciendo matar a los suyos.

Mahoma prohibiendo leer, los apóstoles ordenando leer.

En fin, hay tantas cosas contrarias que si Mahoma ha tomado el camino de triunfar humanamente, J.-C. ha tomado el de perecer humanamente, y que en lugar de concluir que, como Mahoma ha triunfado, J.-C. pudo haber triunfado, es preciso decir que, ya que Mahoma ha triunfado, J.-C. debía perecer.

210 (451-134) Todos los hombres se odian naturalmente el uno al otro. Uno se ha servido como ha podido de la concupiscencia para ponerla al servicio del bien público. Pero eso no es más que fingir y una falsa imagen de la caridad, porque en el fondo no es sino odio.

211 (453-135) Se ha fundado y sacado de la concupiscencia reglas admirables de policía, de moral y de justicia.

Pero en el fondo, ese villano fondo del hombre, ese *figmentum malum* no está más que encubierto. No ha sido quitado.

212 (528-678) J.-C. es un Dios a quien uno se acerca sin orgullo y bajo el cual uno se humilla sin desesperación.

213 (551-773) *Dignior plagis quam osculis*
non timeo quia amo[38].

214 (491-432) La verdadera religión debe tener como señal el obligar a amar a su Dios. Esto es muy justo, y sin embargo ninguna lo ha ordenado; la nuestra lo ha hecho.

Incluso debe haber conocido la concupiscencia y la impotencia; la nuestra lo ha hecho.

Debe haber aportado remedios para ellas; uno es la oración. Ninguna religión ha pedido a Dios amarle y seguirle.

215 (433-426) Después de haber entendido toda la naturaleza del hombre, es preciso, para hacer que una religión sea verdadera, que haya conocido nuestra naturaleza. Debe de haber conocido la grandeza y la pequeñez, y la razón de una y otra. ¿Cuál la ha conocido, sino la cristiana?

216 (493-435) La verdadera religión enseña nuestros deberes, nuestras impotencias, orgullo y concupiscencia, y los remedios, humillación, mortificación.

---

[38] S. Bernardo, *In Cantica Sermones*, LXXXIV: «Mereciendo golpes mejor que besos, no temo porque amo.» (Ed. Migne, t. II, p. 1186. Referencia dada por la edición de los *Pensamientos* de la Bonne Compagnie, París 1947.)

217 (650-552) Hay figuras claras y demostrativas, pero hay otras que parecen sacadas un poco por los pelos, y que no prueban más que a los que están persuadios por otra parte. Estas son parecidas a las apocalípticas.

Pero la diferencia está en que ninguna es indudable, de tal manera que no hay nada tan injusto como mostrar que las suyas están tan bien fundadas como algunas de las nuestras. Porque no tienen figuras demostrativas como algunas de las nuestras.

La partida no es, pues, igual. Es necesario no igualar y confundir estas cosas, ya que parecen ser semejantes por un extremo, siendo tan diferentes por el otro. Son las claridades las que merecen, cuando son divinas, que se reverencien las oscuridades.

(Es como aquellos entre los cuales existe un cierto lenguaje oscuro; los que no lo entendieran, no comprenderían más que insensateces.)

218 (598-400) No es por lo que hay de oscuro en Mahoma, y que se puede interpretar en un sentido misterioso, por lo que yo quiero que se le juzgue, sino por lo que hay de claro, por su paraíso y por lo demás. Es en esto que resulta ridículo. Y por ello no es justo tomar sus oscuridades por misterios, habiendo visto que sus claridades son ridículas. No sucede lo mismo con la Escritura. Convengo en que haya oscuridades que sean tan extrañas como las de Mahoma, pero hay claridades admirables y profecías manifiestas y cumplidas. La partida no es, pues, igual. No hay que igualar y confundir las cosas que no se parecen más que por la oscuridad y no por la claridad que merece el que se reverencien las oscuridades.

219 (251-834) Las otras religiones, como las paganas, son más populares, pues descansan en lo exterior, pero no son para las personas cultas. Una religión puramente intelectual sería más adecuada para los cultos, pero no serviría para el pueblo. Sólo la religión cristiana se adecua a todos, siendo una mezcla de lo exterior y lo interior. Eleva al pueblo con lo interior y rebaja a los soberbios con lo exterior, y no es perfecta sin ambas cosas, porque hace falta que el pueblo entienda el espíritu de la letra y que los cultos sometan su espíritu a la letra.

220 (468-700) Ninguna otra religión ha propuesto odiarse, ninguna otra religión puede agradar, pues, a quienes se odian y buscan un ser verdaderamente amable. Y éstos, aunque jamás hubiesen oído hablar de la religión de un Dios humillado, la abrazarían inmediatamente.

XVII. HACER LA RELIGION AMABLE

221 (774-642) J.-C. para todos. Moisés para un pueblo.
Los judíos bendecidos en Abraham. Bendeciré a los que te bendicieron, pero todas las naciones bendecidas en su descendencia.

Parum est ut, etc. Isaías / *Lumen ad revelationem gentium*[39].

Non fecit taliter omni nationi[40], decía David, hablando de la ley. Pero hablando de J.-C. es menester decir: *fecit taliter omni nationi, parum est ut,* etc.[41] Isaías.

También es J.-C. un ser universal; la Iglesia misma no ofrece el sacrificio más que por los fieles. J.-C. ha ofrecido el de la cruz por todos.

222 (747-516) Los judíos carnales y los paganos tienen miserias, y los cristianos también. No hay Redentor para los paganos, sólo porque no le esperan. No hay Redentor para los judíos: lo esperan en vano. No hay Redentor más que para los cristianos.

Ver perpetuidad.

XVIII. FUNDAMENTOS

223 (570-571) Hay que poner en el cap. de los *Fundamentos* lo que en el de los *Figurativos* se refiere a la causa de las figuras. ¿Por qué J.-C. profetizó en su primer advenimiento?, ¿por qué profetizó oscuramente en el modo?

224 (816-281) Incrédulos los más crédulos: creen en los milagros de Vespasiano por no creer en los de Moisés.

225 (789-638) Así como J.-C. ha permanecido desconocido entre los hombres, así la verdad permanece entre las opiniones comunes, sin diferencia en lo exterior. Así la Eucaristía entre el pan común.

226 (523-675) Toda la fe consiste en J.-C. y en Adán y toda la moral en la concupiscencia y en la gracia.

227 (223-358) ¿Qué tienen ellos que decir contra la resurrección y contra el alumbramiento de la Virgen? ¿Qué es más difícil, producir un hombre o un animal, o reproducirlo? Si no hubiesen visto jamás una especie de animales, ¿podrían adivinar si se producen sin la compañía de unos y otros?

---

[39] Is., XLIX, 6: «*El señor ha dicho:* Es poco que *me sirvas para levantar las tribus de Jacob y convertir al reino de Israel.*» *Lc.*, II, 32: «Luz para iluminación de todos los gentiles.»
[40] Ps., CXLVII, 20: «No hay nada así hecho a otra nación.»
[41] «Lo que ha hecho así con toda nación, es poco que...»

228 (751-591) ¿Qué dicen los profetas de J.-C.?, ¿qué será evidentemente Dios? No, sino que es un Dios verdaderamente oculto, que será desconocido, que no se pensará que sea El, que será un escollo, con el cual muchos tropezarán, etc.

Que ya no se nos reproche, pues, la falta de claridad, puesto que hacemos profesión de ella. Pero —se dice—, hay oscuridades, y sin eso no se chocaría con J.-C. Y éste es uno de los designios formales de los profetas: *excaeca.*

229 (444-833) Lo que los hombres por medio de sus mayores luces hubieran podido conocer, esta religión lo enseñaba a sus hijos.

230 (430bis-483) Todo lo que es incomprensible no deja por ello de ser.

231 (511-605) *(Si se quiere decir que el hombre es demasiado poco para merecer la comunicación con Dios, hace falta ser ciertamente grande para juzgarlo.)*

232 (566-573) No se entiende nada de las obras de Dios si no se toma como principio que ha querido cegar a unos e iluminar a otros.

233 (796-633) J.-C. no dice que El no es de Nazaret para dejar a los malos en la ceguera, ni que no es hijo de José.

234 (581-596) Dios quiere disponer más a la voluntad que al espíritu; la claridad perfecta serviría al espíritu y perjudicaría a la voluntad.

Abatir la soberbia.

235 (771-658) J.-C. vino a cegar a los que veían claro y a otorgar la vista a los ciegos, a curar a los enfermos, y a dejar morir a los sanos, a llamar a la penitencia y a justificar a los pecadores, y a dejar a los justos en sus pecados, a llenar a los indigentes y a dejar vacíos a los ricos.

236 (578-582) *Cegar. Iluminar.* San Agus. Montaig. Sebonde.
Hay bastante claridad para iluminar a los elegidos y bastante ocuridad para humillarlos. Hay suficiente oscuridad para cegar a los réprobos y suficiente claridad para condenarlos y hacerlos inexcusables.

La genealogía de J.-C. en el Antiguo Testamento está repartida entre tantas otras inútiles, que no puede ser discernida. Si Moisés no hubiera llevado registro más que de los antepasados de J.-C., esto habría sido demasiado visible; si no hubiera señalado la de J.-C., no habría sido lo bastante visible. Pero, después de todo, quien lo mire de cerca ve la de J.-C. bien discernida por Thamar, Ruth, etc.

Aquellos que ordenaban estos sacrificios sabían de su inutilidad y los que declararon su inutilidad no han dejado de practicarlos.

Si Dios no hubiera permitido más que una sola religión, habría sido demasiado reconocible. Pero miren de cerca, se discierne bien la verdadera de esta confusión.

Principio: Moisés era un hombre inteligente. Si, pues, se gobernaba por su espíritu, no debía hacer nada que fuera directamente contra el espíritu.

Así, todas las debilidades más aparentes son fuerzas. Ejemplo: Las dos generaciones de San Mateo y San Lucas. ¿Qué hay más claro sino que esto ha sido hecho de común acuerdo?

237 (795-637) Si J.-C. no hubiese venido más que para santificar, toda la Escritura y todas las cosas tenderían a ello y sería muy fácil convencer a los infieles. Si J.-C. no hubiese venido más que para cegar toda su conducta sería confusa, y no tendríamos medio alguno de convencer a los infieles; pero como ha venido *In sanctificationem et in scandalum*[42], como dice Isaías, no podemos convencer a los infieles. Y ellos no pueden convencernos; pero, por eso mismo, nosotros los convencemos, puesto que decimos que no hay convicción en toda su conducta ni por una ni por otra parte.

238 (645-561) Figuras.

Dios, queriendo privar a los suyos de bienes perecederos, para mostrar que no era por impotencia, hizo al pueblo judío.

239 (510-484) El hombre no es digno de Dios, pero no es incapaz de llegar a ser digno de Él.

Es indigno de Dios unirse al hombre miserable, pero no es indigno de Dios sacarle de su miseria.

240 (705-524) Prueba.

Profecía con su cumplimiento.

Lo que ha precedido y lo que ha seguido a J.-C.

241 (765-601) Fuente de contrariedades. Un Dios humillado hasta morir en la cruz. 2 naturalezas en J.-C. 2 advenimientos. 2 estados de la naturaleza del hombre. Un Mesías triunfando de la muerte por su muerte.

242 (585-598) Que Dios ha querido ocultarse.

Si no hubiera más que una religión Dios estaría en ella plenamente manifiesto.

[42] Is., VIII, 14: «En santificación y en escándalo.»

Si no hubiera mártires más que en nuestra religión, lo mismo.

Por estar Dios así oculto, toda religión que no diga que Dios está oculto no es verdadera, y toda religión que no dé razón de ello no es instructiva. La nuestra hace todo esto. *Vere tu es deus absconditus*[43].

243 (601-413) *(Fundamento de nuestra fe.)*

La religión pagana no tiene fundamento *(hoy se dice que en otro tiempo lo tuvo en los oráculos que hablaban. Pero ¿cuáles son los libros que nos lo aseguran?, ¿son ellos tan dignos de fe por la virtud de sus autores?, ¿están conservados con tanto esmero como para que podamos asegurar que no se hallan corrompidos?).*

La religión mahometana tiene por fundamento el Corán, y Mahoma. Pero este profeta, que debía ser la última esperanza del mundo, ¿ha sido predicho? Y, ¿qué marca tiene que no tenga también todo hombre que quiera decirse profeta? ¿Qué milagros dice haber hecho él mismo? ¿Qué misterios, según su propia tradición, ha enseñado? ¿Qué moral y qué felicidad?

La religión judía debe ser considerada de manera diferente. Tanto en la tradición de los Libros Santos como en la tradición del pueblo. En la tradición del pueblo, su moral y su felicidad es ridícula, pero es admirable en la de sus santos. Su fundamento es admirable. Es el libro más antiguo del mundo y el más auténtico; y mientras Mahoma, para hacer subsistir el suyo, ha prohibido leerlo, Moisés, para hacer subsistir el suyo, ha ordenado leerlo a todo el mundo. Y con toda religión sucede lo mismo.

Porque la cristiana es muy diferente, en los Libros Santos y en las casuísticas.

Nuestra religión es tan divina, que otra religión divina no ha sido más que su fundamento.

244 (228-352) Objeción de los ateos.

Pero nosotros no tenemos ninguna luz.

XIX. LEY FIGURATIVA

245 (647-549) Que la ley era figurativa.

246 (657-562b) Figuras.

Los pueblos judío y egipcio claramente predichos por estos dos hechos particulares que Moisés encontró: el egipcio combatiendo al judío, Moisés vengándole y matando al egipcio y el judío siéndole ingrato.

[43] Is., 45, 15: «Tú eres verdaderamente un Dios escondido.»

247 (674-572a) Figurativos.
Haz todo según el modelo que te ha sido mostrado en la montaña, en base a lo cual San Pablo dice que los judíos han pintado las cosas celestes.

248 (653-562d) Figuras.
Los profetas profetizaban por medio de figuras de cintura, barba y cabellos ardientes, etc.

249 (681-568a) Figurativos.
Clave de la cifra.
Veri adoratores. Ecce agnus dei qui tollit peccata mundi[44].

250 (667-519a) Figurat.
Los términos de espada, escudo, *potentissime*[45].

251 (900-550b) Quien quiere dar el sentido de la Escritura y no lo toma de la Escritura es enemigo de la Escritura. Aug. d. d. Ch.

252 (648-550) Dos errores. 1. Tomar todo literalmente. 2. Tomar todo espiritualmente.

253 (679-567) Figuras.
J.-C. les abrió el espíritu para entender las Escrituras.
Dos grandes aperturas son estas: 1. Todas las cosas les acontecían en figuras —*Vere Israelitae, Vere liberi*[46], Verdadero pan del cielo.
2. Un Dios humillado hasta la cruz. Ha sido preciso que el Cristo haya sufrido para entrar en su gloria, que venciera a la muerte por su muerte —dos advenimientos.

254 (649-551) Hablar contra los figurativos demasiado grandes.

255 (758-589) Dios, para hacer al Mesías reconocible a los buenos e irreconocible a los malos, lo hizo predecir de este modo. Si la manera del Mesías hubiera sido predicha claramente, no hubiera habido oscuridad ni siquiera para los malos.
Si el tiempo hubiera sido predicho oscuramente, hubiera habido oscuridad incluso para los buenos *(porque la bondad de su corazón)* nos les hubiera hecho comprender que, por ejemplo, (el mem) significa 600 años. Pero el

44 Jn., IV, 23: *«Pero llegará un hora, y ha llegado ya, en la que los* verdaderos adoradores *adorarán al Padre en espíritu y en verdad.»* Jn., I, 29: «He aquí el cordero de Dios que quita los pecados del mundo.»
45 Ver nota 98.
46 Jn., I, 47: *«Jesús, al ver venir hacia sí a Nathanael, dijo acerca de él: he aquí un* verdadero israelita.» Jn., VIII, 36: *«... si el Hijo os da la libertad, seréis* verdaderamente libres.»

tiempo ha sido predicho claramente, y la manera en figuras.
Por este medio, los malos, tomando los bienes prometidos por materiales, se extravían, a pesar del tiempo predicho claramente, y los buenos no se extravían.
Porque la inteligencia de los bienes prometidos depende del corazón, que llama «bien» a lo que ama; pero la inteligencia del tiempo prometido no depende del corazón. Y así, la predicción clara del tiempo y oscura de los bienes no decepciona más que a los malos.

256 (662-577) Los judíos carnales no entendían ni la grandeza, ni la humillación del Mesías predicho en sus profecías. Lo desconocieron en su grandeza predicha, como cuando dice que el Mesías será señor de David, aunque hijo suyo, que es antes que Abraham, y que le ha visto. No le creían tan grande que fuese eterno, y le desconocieron igualmente en su humillación y en su muerte. El Mesías, decían, permanece eternamente, y éste dice que morirá. No le creían, pues, ni mortal ni eterno; no buscaban en El más que una grandeza carnal.

257 (684-558) Contradicción.
No se puede hacer una buena fisonomía más que concordando todas nuestras contradicciones, y no es suficiente seguir una serie de cualidades concordantes sin concordar las contrarias; para entender el sentido de un autor, es necesario concordar todos los pasajes contrarios.
Así, para entender la Escritura hace falta encontrar un sentido con el que todos los pasajes contrarios concuerden; no basta tener uno que convenga a varios pasajes concordantes, sino que hay que encontrar uno que concuerde incluso con los pasajes contrarios.
Todo autor tiene un sentido con el cual todos los pasajes contrarios concuerdan, o no tiene sentido ninguno. No se puede decir esto de la Escritura y de los profetas: tenían seguramente demasiado buen sentido. Es menester, pues, buscar uno que haga concordar todas las contradicciones.
El verdadero sentido no es, por consiguiente, el de los judíos; pero en J.-C. todas las contradicciones concuerdan.
Los judíos no sabían hacer concordar el cese de la realeza y del principado, predicha por Oseas, con la profecía de Jacob.
Si se toma a la ley, a los sacrificios y al reino por realidades, no pueden concordarse todos los pasajes; por tanto, tienen por necesidad que ser sólo figuras. Incluso no se podrían hacer concordar los pasajes de un mismo autor, ni de un mismo libro, ni en ocasiones de un mismo capítulo, lo que señala suficientemente cuál era el sentido

del autor; como cuando Ezequiel, cap. 20, dice que se viva en los mandamientos de Dios y que no se viva en ellos.

258 (728-535c) No estaba permitido hacer sacrificios fuera de Jerusalén, que era el lugar que el Señor había escogido, ni siquiera comer en otra parte los diezmos. Deut., 12, 5, etc. Deut., 14, 23, etc.; 15, 20, 16, 2, 7, 11, 15.

Oseas predijo que estarían sin rey, sin príncipe, sin sacrificios, etc., sin ídolos, lo que hoy se ha cumplido, no pudiendo haber sacrificio legítimo fuera de Jerusalén.

259 (685-559) Figura.

Si la ley y los sacrificios son la verdad, es preciso que ella agrade a Dios y no le desagrade. Si son figuras, es menester que agraden y desagraden.

Ahora bien, en toda la Escritura agradan y desagradan. Se dice que la ley será cambiada, que el sacrificio será cambiado, que estarán sin rey, sin príncipes y sin sacrificios, que se hará una nueva alianza, que la ley será renovada, que los preceptos que han recibido no son buenos, que sus sacrificios son abominables, que Dios no los ha pedido.

Se dice, por el contrario, que la ley durará eternamente, que esta alianza será eterna, que el sacrificio será eterno, que el cetro no saldrá jamás de entre ellos, puesto que no debe salir hasta que el rey eterno llegue.

Todos estos pasajes, ¿indican que sea realidad? No. ¿Señalan asimismo que sean figura? No, sino que es realidad o figura; pero los primeros, excluyendo la realidad, muestran que no es más que figura.

Todos estos pasajes juntos no pueden decirse de la realidad, todos pueden decirse de la figura. No se dicen de la realidad, sino de la figura.

Agnus occisus est ab origine mundi, juez sacrificador[47].

260 (678-566) Un retrato comporta ausencia y presencia, placer y desagrado. La realidad excluye ausencia y desagrado.

Figuras.

Para saber si la ley y los sacrificios son realidad o figura es preciso ver si los profetas, al hablar de estas cosas, detuvieron en ellas su vista y su pensamiento, de suerte que no hubieran visto más que esta antigua alianza, o si vieron en ella cualquier cosa, de la que son pintura. Porque en un retrato se ve la cosa figurada. Para ello basta examinar lo que dicen.

47 Apoc., VIII, 8: «El cordero muerto desde el origen del mundo», sacrificio perpetuo.

Cuando dicen que será eterna, ¿se refieren a la alianza, de la que dicen que será cambiada; y lo mismo de los sacrificios, etc.?

La cifra tiene dos sentidos. Cuando se sorprende una carta importante, en la que se encuentra un sentido claro, y en donde se dice, sin embargo, que su sentido está velado y oscurecido, que está oculto, de tal manera que se verá esta carta sin verla y se entenderá sin entenderla, ¿qué deberá pensarse, sino que es una cifra con doble sentido?

Y tanto más cuanto que se encuentran en ella contradicciones manifiestas en el sentido literal.

Los profetas han dicho claramente que Israel sería siempre amado por Dios y que la ley sería eterna, y han dicho que no entendería su sentido y que éste estaba velado.

¡Cuánto se deberá estimar, pues, a los que nos descubren la cifra y nos enseñan a conocer el sentido oculto, y sobre todo cuando los principios que muestran de él son absolutamente naturales y claros! Esto es lo que ha hecho J.-C. Y los apóstoles. Han levantado el sello. Han roto el velo y han descubierto el espíritu. Nos han enseñado para ello que los enemigos del hombre son sus pasiones, que el redentor sería espiritual y espiritual su reino; que habría dos advenimientos, el uno de miseria, para humillar al hombre soberbio, el otro de gloria, para elevar al hombre humillado; que J.-C. sería Dios y hombre.

261 (757-590) El tiempo del primer advenimiento está predicho, el tiempo del segundo no lo está; porque el primero debía estar oculto, el segundo debía ser deslumbrante y de tal manera manifiesto que sus enemigos mismos debían reconocerlo. Pero no debía venir más que oscuramente y para ser conocido por aquellos que sondearan las Escrituras.

262 (762-521) ¿Qué podrían hacer los judíos, sus enemigos? Si le reciben, le prueban por su recepción, porque los depositarios de la espera del Mesías le habían recibido, y si renuncian a él, le prueban por su renuncia.

263 (686-559a) Contrariedades. El cetro hasta el Mesías, sin rey —ni príncipe. Ley eterna, cambiada. Alianza eterna, nueva alianza. Ley buena, preceptos malos. Ezeq. 20.

264 (746-494) Los judíos estaban acostumbrados a los grandes y deslumbrantes milagros, y así, habiendo tenido los grandes efectos del Mar Rojo y la tierra de Canaan como un compendio de las grandes cosas de su Mesías, esperaban otras aún más deslumbrantes, de las cuales las de Moisés no eran sino señales.

265 (677-565) Figura comporta ausencia y presencia, placer y desagrado.

Cifra de doble sentido. Uno claro y en el que se dice que el sentido está oculto.

266 (719-535b) Se podría quizá pensar que, aun cuando los profetas predijeron que el cetro no saldría nunca de Judea hasta la llegada del rey eterno, hablaban para halagar al pueblo, y que su profecía había de encontrarse falsa con Herodes. Pero para mostrar que éste no es su sentido, y que ellos, por el contrario, sabían perfectamente que este reino temporal debía acabar, dicen que llegarán a estar sin rey y sin príncipe. Y durante largo tiempo. Oseas.

267 (680-568) Figuras.

Desde que se ha desvelado este secreto es imposible no verlo. Léase el Antiguo Testamento en este sentido, y véase si los sacrificios eran verdaderos, si el parentesco de Abraham era la verdadera causa de la amistad de Dios, si la tierra prometida era el verdadero lugar de reposo. No; por lo tanto eran figuras. Véase asimismo todas las ceremonias ordenadas y todos los mandamientos que no son por la caridad; se verá que son figuras. Todos estos sacrificios y ceremonias eran, pues, figuras o necedades; ahora bien, hay cosas claras demasiado elevadas para estimarlas necedades. Saber si los profetas detenían su mirada en el Antiguo Testamento o si veían en él otras cosas.

268 (683-569) La letra mata — Todo llegaba en figuras — Era preciso que el Cristo sufriera — Un Dios humillado — He aquí la cifra que San Pablo nos da.

Circuncisión del corazón, verdadero ayuno, verdadero sacrificio, verdadero templo: los profetas han indicado que hacía falta que todo esto fuera espiritual. No la carne que perece, sino la que no perece. Seréis verdaderamente libres; por consiguiente, la otra libertad no es más que una figura de libertad. Yo soy el verdadero pan del cielo.

269 (692-570) Hay quienes ven perfectamente que no hay más enemigo del hombre que la concupiscencia, que les aparta de Dios, y no otros (enemigos), ni otro bien que Dios, y no una tierra fértil. Los que creen que el bien del hombre está en la carne y el mal en lo que le aparta de los placeres de los sentidos, que se sacie(n) de ellos y que en ellos muera(n). Pero los que buscan a Dios con todo su corazón, que no tienen otro disgusto que el de estar privados de su vista, que no tienen otro deseo que el de poseerle y otros enemigos que los que le apartan de El, que se afligen al verse rodeados y dominados por tales enemigos, que se consuelen: les anuncio una feliz noticia; existe un Liberador para ellos; yo se lo haré ver; les mostraré que hay un Dios para ellos; no se lo haré ver a los demás. Les haré ver que ha sido prometido un Mesías para liberarlos de los enemigos, y que ha venido uno para liberarlos de las iniquidades, pero no de los enemigos.

Cuando David predijo que el Mesías liberaría a su pueblo de sus enemigos, se puede creer que será de los egipcios. Y entonces yo no sabría mostrar que la profecía está cumplida, pero puede creerse perfectamente también que será de las iniquidades. Porque, en verdad, los egipcios no son enemigos, pero las iniquidades sí lo son.

El término «enemigos» es, pues, equívoco, pero si además dice, como lo hace, que liberará a su pueblo de sus pecados, lo mismo que Isaías y otros, el equívoco desaparece, y el sentido doble de «enemigos» se reduce al sentido simple de «iniquidades». Pues si tenía los pecados en la mente podía perfectamente señalarlos como enemigos, pero si pensaba en los enemigos no podía designarlos como iniquidades.

Ahora bien, Moisés y David e Isaías usaban los mismos términos. ¿Quién dirá, por tanto, que no tenían un mismo sentido, y que el sentido de David, que era manifiestamente el de iniquidades cuando hablaba de enemigos, no es el mismo que el de Moisés al hablar de enemigos?

Daniel, IX, ora por la liberación del pueblo de la cautividad de sus enemigos. Pero pensaba en los pecados, y, para mostrarlo, dice que Gabriel vino a decirle que le había sido concedido y que no había de esperar más que 70 semanas, después de las cuales el pueblo sería liberado de las iniquidades. El pecado llegaría a su fin, y el Liberador, el santo entre los santos, traíría la justicia eterna; no la legal, sino la eterna.

270 (670-583) A. Figuras.

Los judíos habían envejecido con estos pensamientos terrenos: que Dios amaba a su padre Abraham, a su carne y a lo que de ella salía, que por eso les había multiplicado y distinguido de todos los otros pueblos sin permitir que se mezclasen con ellos, que cuando languidecían en Egipto les sacó de ahí con todos sus grandes signos a su favor, que les alimentó del maná en el desierto, que les llevó a tierra muy fértil, que les dio reyes y un templo bien construido para ofrecer en él animales y que, por medio de la efusión de su sangre, eran purificados y, en fin, que tenía que enviarles al Mesías para hacerlos dueños de todo el mundo, y predijo el tiempo de su venida.

Habiendo el mundo envejecido con estos errores carnales, vino J.-C. en el tiempo predicho, pero no con el esplendor esperado, y así no pensaron que fuera él. Después de su muerte, vino San Pablo a enseñar a los hombres que todas estas cosas habían sucedido en forma de figuras; que el reino de Dios no consistía en la carne, sino en el espíritu; que los enemigos de los hombres no eran los babilonios, sino sus pasiones; que Dios no se complacía en los templos hechos con la mano, sino en un corazón puro y humilde; que la circuncisión del cuerpo era inútil, pero que era pre-

cisa la del corazón; que Moisés no les había dado el pan del cielo, etc.

Pero, Dios, no habiendo querido descubrir estas cosas a ese pueblo que era indigno de El, y, habiendo querido hacerlas, sin embargo, para que fuesen creídas, predijo claramente su tiempo y las expresó algunas veces con claridad, pero abundando en figuras, a fin de que aquellos que amaban las cosas figurantes se detuvieran en ellas, y aquellos que amaban las figuradas las viesen en aquellas.

Todo lo que no conduce a la caridad es figura.

El único objeto de la Escritura es la caridad.

Todo lo que no conduce al único bien es figura suya. Porque, como no hay más que un fin, todo lo que no conduce a él con palabras propias es figura.

Dios diversifica así este único precepto de caridad para satisfacer nuestra curiosidad que busca la diversidad por esta diversidad que nos lleva siempre a nuestro único necesario. Porque una sola cosa es necesaria, y nosotros amamos la diversidad; y Dios satisface lo uno y lo otro a través de estas diversidades que conducen a lo único necesario.

Los judíos amaron tanto las cosas figuradas y las esperaron tanto, que desconocieron la realidad cuando vino en el tiempo y modo predichos.

Los rabinos toman como figura los senos de la esposa y todo lo que no expresa el único fin que tienen, los bienes temporales.

Y los cristianos toman a la Eucaristía misma como figura de la gloria a la que tienden.

271 (545-689) J.-C. no hizo otra cosa que enseñar a los hombres que, amándose a sí mismos, eran esclavos, ciegos, enfermos, desgraciados y pecadores; que hacía falta que El les liberara, iluminara, beatificara y curara; que esto se haría posible odiándose a sí mismos y siguiéndole en la miseria y la muerte en la cruz.

272 (687-555) Figuras.

Cuando la palabra de Dios, que es verdadera, es literalmente falsa, es verdadera espiritualmente. *Sede a dextris meis*[48]: esto es literalmente falso, luego es espiritualmente verdadero.

[48] Ps., CIX, 1: «*El Señor ha dicho a mi Señor:* Sentaros a mi derecha.»

En estas expresiones se habla de Dios a la manera de los hombres. Y esto no significa otra cosa sino que la intención que los hombres tienen al hacer sentar a su derecha, la tendrá también Dios. Es, pues, una señal de la intención de Dios, no de su manera de ejecutarla.

Así, cuando dice: Dios ha recibido el olor de vuestros perfumes y os dará en recompensa una tierra fértil; es decir, la misma intención que tendría un hombre que, complacido por vuestros perfumes, os diera en recompensa una fértil tierra, la tendría igualmente Dios para con vosotros, porque habéis tenido para con El la misma intención que un hombre tiene para con aquel a quien da perfumes.

Así, *iratus est*, Dios celoso, etc. Porque, al ser inexpresables las cosas de Dios, no pueden ser dichas de otro modo, y la Iglesia de hoy las usa todavía: *quia confortavit seras*[49], etc.

No está permitido atribuir a la Escritura sentidos que no nos ha revelado tener. Así, decir que el (men) de Isaías significa 600, no ha sido revelado. No se ha dicho que los (tsade) y los (he) deficientes significarían misterios. No está, pues, permitido decirlo. Y aún menos decir que es la manera de la piedra filosofal. Sin embargo, nosotros decimos que el sentido literal no es el verdadero, porque los profetas mismos lo han dicho.

273 (745-515) Los que tienen dificultad en creer buscan un motivo en el hecho de que los judíos no creen. Si esto fuera tan claro, dicen, ¿por qué ellos no habrían de creer?; y casi querrían que creyesen para no ser detenidos por el ejemplo de su repulsa. Pero es que es su propio rechazo el fundamento de nuestra creencia. Estaríamos mucho menos dispuestos a ello si fueran de los nuestros: tendríamos entonces un pretexto mucho más amplio.

Es admirable el haber hecho a los judíos grandes amantes de las cosas predichas y grandes enemigos de su cumplimiento.

274 (642-541) Pruebas de los dos testamentos a la vez.

Para probar de una vez a los dos no hay más que ver si las profecías de uno se cumplen en el otro.

Para examinar las profecías es preciso entenderlas.

Porque si se cree que no tienen más que un sentido, es seguro que el Mesías no ha venido; pero si tienen dos sentidos, es seguro que ha venido en J.-C.

Toda la cuestión está, pues, en saber si poseen dos sentidos.

Que la Escritura tiene dos sentidos.

Que J.-C. y los apóstoles han dado, pues, aquí, las pruebas.

[49] Ps., CXLVII, 13: «... Porque ha echado lo cerrojos de tus puertas.»

1. Prueba por la Escritura misma.
2. Pruebas por los rabinos. Moisés Mammon dice que tiene dos caras, y que los profetas no han profetizado más que sobre J.-C.
3. Pruebas por la cábala.
4. Pruebas por la interpretación mística que los mismos rabinos dan a la Escritura.
5. Pruebas por los principios de los rabinos, que hay dos sentidos, que hay dos advenimientos del Mesías, glorioso o abyecto según su mérito —que los profetas no han profetizado más que sobre el Mesías— la ley no es eterna, sino que debe cambiar con el Mesías —que entonces nadie se volverá a acordar del mar Rojo— que los judíos y los gentiles se mezclarán.
6. *(Pruebas por la clave que J.-C. y los apóstoles nos dan de ello.)*

275 (643-560) A. Figuras.

Isaías —51. El mar Rojo, imagen de la redención.

Ut sciatis quod filius hominis habet potestatem remitendi peccata, tibi dico: surge[50].

Dios, queriendo hacer ver que podía formar un pueblo santo de una santidad invisible y llenarlo de gloria eterna, ha hecho cosas visibles. Como la naturaleza es una imagen de la gracia, ha hecho en los bienes de la naturaleza lo que debía hacer en los de la gracia, a fin de que creyésemos que podía hacer lo invisible, ya que hace bien lo visible.

Salvó así al pueblo del diluvio, le hizo nacer de Abraham, le rescató de entre sus enemigos y le dio la paz.

El objeto de Dios no era salvar del diluvio, y hacer nacer a todo un pueblo de Abraham, para no introducirnos sino en una tierra fértil.

E incluso la gracia no es más que la figura de la gloria. Porque no es el último fin. Ha sido figurada por la ley y figura ella misma de la gracia; pero es su figura y el principio o la causa.

La vida ordinaria de los hombres es semejante a la de los santos. Buscan todos su satisfacción y no difieren más que en el objeto donde la sitúan. Llaman enemigos a los que se la impiden, etc. Dios ha mostrado, pues, el poder que tiene de dar bienes invisibles por el que ha demostrado tener sobre los visibles.

276 (691-558a) De dos personas que narran cuentos estúpidos, y una tiene doble sentido, entendido en la cábala, y la otra sólo uno, si alguien que no está en el secreto oye discurrir a las dos de esta manera, se hará de ellas el mis-

[50] Mc., II, 10-11: «Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad de perdonar los pecados, a ti te digo: Levántate.»

mo juicio. Pero si a continuación, en el resto del discurso, uno dice cosas angelicales y el otro siempre cosas vulgares y comunes, juzgará que uno hablaba con misterio y el otro no; habiendo demostrado uno suficientemente que es incapaz de tales estupideces y capaz de ser misterioso, demuestra el otro que es incapaz de misterio y capaz de estupidez.

El Antiguo Testamento es una cifra.

XX. RABINAZGO

277 (635-512a) Cronología del rabinismo.

Las citas de páginas están referidas al libro Pugio[51].
p. 27. R. Hakadosch.
autor del Mischna o ley vocal, o segunda ley.
—año 200.

Comentarios del Mischna	uno siphra Barajetot Talmud Hierosol Tosiphtot	año 340

Bereschit Rabah, por R. Osaía Rabah, comentario del Mischna.

Bereschit Rabah, Bar Nachoni, son discursos sutiles, agradables, históricos y teológicos.

Este mismo autor ha compuesto libros llamados Rabot.

Cien años después del Talmud Hieros fue compuesto el Talmud babilónico, por R. Ase, con el consentimiento universal de todos los judíos, que están necesariamente obligados a observar todo lo contenido en él.

La edición de R. Ase se llama Gemara, es decir, el comentario del Mischna.

Y el Talmud comprende tanto el Mischna como el Gemara.

278 (446-421a) Tradición amplia del pecado original según los judíos.

Sobre la palabra del Génesis, 8. La composición del corazón del hombre es mala desde su infancia.

R. Moyse Haddarschan. Esta mala levadura ha sido puesta en el hombre desde la hora en que fue formado.

[51] Al respecto, anota Brunschvicg: «Todas estas referencias han sido tomadas de una obra de la Edad Media, titulada: *Pugio christianorum ad impiorum perfidiam jugulandam, et maxime Judaeorum.*» Conocido corrientemente como *Pugio Fidei,* es su autor el dominico catalán del siglo XIII Ramón Martín.

Sassachet Succa. Esta mala levadura tiene siete nombres: en la Escritura es llamada mal, prepucio, inmundo, enemigo, escándalo, corazón de piedra, aquillón; todo esto significa la malignidad que está oculta e impresa en el corazón del hombre. Misdrach Tillim dice lo mismo, y que Dios liberará a la buena naturaleza del hombre de la mala.

Esta malignidad se renueva todos los días contra el hombre, como está escrito en Ps. 137. «El impío observa al justo y busca su muerte, pero Dios no le abandonará nunca.»

Esta malignidad tienta al corazón del hombre en esta vida, y le acusará en la otra.

Todo esto se encuentra en el Talmud.

Midrasch Tillim, sobre el Ps. 4. «Estremeceos, y no pequéis. Estremeceos y amedrentad vuestra concupiscencia, y no os inducirá a pecar.» Y sobre el Ps. 36. «El impío ha dicho en su corazón: que el temor de Dios no esté delante de mí», es decir, que la malignidad natural del hombre ha dicho eso al impío.

Midrasch v Kohelet, «Mejor es el niño pobre y sabio que el rey viejo y loco que no sabe prever el futuro.» El niño es la virtud y el rey es la malignidad del hombre. Se la llama rey porque todos los miembros la obedecen, y vieja porque está dentro del corazón del hombre desde la infancia hasta la vejez, y loca porque conduce al hombre en el camino de (per)dición que no prevé.

Lo mismo en Midrasch Tillim.

Breschist Rabba, sobre el Ps. 35. «Señor, todos mis huesos te bendecirán, porque libras al pobre del tirano, y ¿hay tirano mayor que la mala levadura?»

Y sobre los Proverbios 25. «Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer», es decir, si la mala levadura tiene hambre, dale el pan de la sabiduría, del que habla Proverbio, 9. Y si tiene sed, dale del agua de la que habla Isaías, 55.

Midrasch Tillim dice lo mismo, y que la Escritura, en este pasaje, al hablar de nuestro enemigo, se refiere a la mala levadura, y que dándole este pan y este agua se le amontonarán carbones sobre la cabeza.

Midrasch Kohelet, sobre el Ecles. 9. «Un gran rey ha sitiado una pequeña ciudad.» Este gran rey es la mala levadura. Las grandes máquinas con las que la rodea son las tentaciones, y ha sido —encontrado un hombre sabio y pobre que la ha liberado, es decir, la virtud.

Y sobre el Ps. 41. «Bienaventurado quien tiene consideración con los pobres.»

Y sobre el Ps. 78. «El espíritu se va y no vuelve más», de donde algunos han deducido erróneamente la inmortalidad del alma; pero el sentido es que ese espíritu es la mala levadura, que va con el hombre hasta la muerte y no volverá con la resurrección.

Y sobre el Ps. 103 lo mismo.

Y sobre el Ps. 16.

Principios de los rabinos: dos Mesías.

XXI. PERPETUIDAD

279 (690-493) Una palabra de David o de Moisés, como que «Dios circundará su corazón», permite juzgar de su espíritu.

Aunque todos sus otros discursos sean equívocos y dudosos de ser filosóficos o cristianos, una palabra de esta naturaleza determina toda las demás, como una palabra de Epícteto determina en su contra todo el resto. Hasta ahí, la ambigüedad dura, pero no después.

280 (614-777) Los estados perecerían si no se hiciese plegar a menudo las leyes a la necesidad; pero nunca la religión ha sufrido eso ni lo ha usado. Así, hacen falta acomodaciones o milagros.

No es extraño que se conserven doblegándose, lo cual no es propiamente mantenerse, y aún así acaban pereciendo por entero. No hay ninguno que haya durado 1.000 años. Pero que esta religión se haya mantenido, e inflexible... Esto es divino.

281 (613-776) Perpetuidad.

Esta religión, que consiste en creer que el hombre ha caído de un estado de gloria y de comunicación con Dios en un estado de tristeza, de penitencia y de alejamiento de Dios, pero que después de esta vida seremos restablecidos por un Mesías que debía venir, ha existido siempre sobre la tierra.

Todas las cosas han pasado, y ha subsistido ésta, por la cual todas las cosas son.

Los hombres, en la primera edad del mundo, fueron arrastrados a toda suerte de desórdenes, y había, sin embargo, santos como Enoch, Lamech y otros, que esperaban pacientemente al Cristo prometido desde el comienzo del mundo. Noé vio la malicia de los hombres en su más alto grado y mereció salvar al mundo en su persona por la esperanza del Mesías, de quien era figura. Abraham estaba rodeado de idólatras cuando Dios le dio a conocer el misterio del Mesías, que saludó de lejos; en tiempos de Isaac y de Jacob, la abominación estaba extendida por toda la tierra; pero estos santos vivían en su fe, y Jacob, moribundo y bendiciendo a sus hijos, exclama, en un estado tal que le hace interrumpir su discurso: Espero, Dios mío, el Salvador que habéis prometido, *salutare tuum expectabo domine.*

Al estar los egipcios infectados de idolatría y de magia, el pueblo mismo de Dios se veía arrastrado por sus ejemplos. Pero, sin embargo, Moisés y otros creían en Aquél que no veían y le adoraban al ver los dones eternos que les preparaba.

Los griegos, y los latinos después, hicieron reinar a falsas deidades; los poetas han construido cientos de teologías diversas. Los filósofos se han separado en mil sectas diferentes. Y, sin embargo, había siempre en el corazón de Judea escogidos que predecían la venida de este Mesías, a quien sólo ellos conocían.

Vino, al fin, en la consumación de los tiempos; y después, se han visto nacer tantos cismas y herejías, caer tantos estados, tantos cambios en todas las cosas; y esta Iglesia, que adora a Aquél que siempre ha sido, ha subsistido siempre, y lo que es admirable, incomparable y totalmente divino, es que esta religión, que ha existido siempre, haya sido siempre combatida. Mil veces ha estado a las puertas de una destrucción universal, y siempre que se ha encontrado en esta situación, Dios la ha levantado por medio de hechos extraordinarios de su poder. Pues lo que es sorprendente es que se haya mantenido sin doblegarse ni plegarse a la voluntad de los tiranos, ya que no es extraño que un estado subsista cuando algunas veces se hace ceder a sus leyes ante la necesidad; pero que —ved el círculo en Montaigne [52].

282 (616-774) Perpetuidad.

Se ha creído siempre en el Mesías. La tradición de Adán todavía estaba reciente en Noé y Moisés. Los profetas le han predicho desde entonces, siempre que han predicho otras cosas, cuyo acontecer, que llegaba de vez en cuando a la vista de los hombres, señalaba la verdad de su misión y, en consecuencia, la de sus promesas acerca del Mesías. J.-C. hizo milagros, y también los apóstoles, que convirtieron a todos los paganos, y por ello, al cumplirse todas las profecías, se ha probado al Mesías para siempre.

283 (655-549a) Las seis edades, los seis padres de las seis edades, las seis maravillas en el pórtico de las seis edades, los seis orientes en el pórtico de las seis edades.

284 (605-727) La única religión contra la naturaleza, contra el sentido común, contra nuestros placeres, es la única que ha existido siempre.

52 Con el término *«rond»*, en francés, Pascal hace referencia al círculo que él mismo trazara en un pasaje afín de su ejemplar de los *Ensayos* de Montaigne.

285 (867-816) Si la antigua Iglesia estaba en el error, la Iglesia ha caído. Aun cuando aquélla existiera hoy, no es lo mismo, porque tiene siempre la máxima suprema de la tradición en la fe de la antigua Iglesia. Y así esta sumisión y esta conformidad con la antigua Iglesia prevalece y corrige todo. Pero la antigua Iglesia no suponía la Iglesia futura ni la consideraba, como nosotros suponemos y consideramos a la antigua.

286 (609-497) 2 clases de hombres en cada religión.

Entre los paganos, adoradores de animales, y otros, adoradores de un solo Dios en la religión natural.

Entre los judíos, los carnales y los espirituales, que constituían los cristianos de la antigua ley.

Entre los cristianos, los groseros, que son los judíos de la nueva ley.

Los judíos carnales esperaban a un Mesías carnal y los cristianos groseros creen que el Mesías les ha dispensado de amar a Dios. Los verdaderos judíos y los verdaderos cristianos adoran a un Mesías que les hace amar a Dios.

287 (607-495) Quien juzgue de la religión de los judíos por los groseros la conocerán mal. Es visible en los libros santos y en la tradición de los profetas, que han dado a entender suficientemente que no entendían la ley a la letra. Así, nuestra religión es divina en el Evangelio, los apóstoles y la tradición, pero es ridícula en los que la tratan mal.

El Mesías, según los judíos carnales, debe ser un gran príncipe temporal. J.-C., según los cristianos carnales, ha venido a dispensarnos de amar a Dios, y a darnos sacramentos que tienen plena eficacia sin nosotros; ni lo uno ni lo otro es la religión cristiana, ni la judía.

Los verdaderos judíos y los verdaderos cristianos han esperado siempre a un Mesías que les hará amar a Dios y, a través de este amor, triunfar de sus enemigos.

288 (689-492) Moisés, Deut. 30, promete que Dios circuncidará su corazón para hacerles capaces de amarle.

289 (608-496) Los judíos carnales ocupan el lugar medio entre los cristianos y los paganos. Los paganos no conocen a Dios y no aman sino la tierra; los cristianos conocen al verdadero Dios y no aman la tierra. Los judíos y los paganos aman los mismos bienes. Los judíos y los cristianos conocen al mismo Dios.

Los judíos eran de dos clases. Unos no tenían sino inclinaciones paganas, otros tenían inclinaciones cristianas.

XXII. PRUEBAS DE MOISES

290 (626-491) Otro círculo [53].

La extensión de la vida de los patriarcas, en lugar de hacer que las historias de las cosas pasadas se perdieran, servía, por el contrario, para conservarlas. Pues lo que hace que en ocasiones no estemos lo suficientemente versados en la historia de nuestros antepasados, es que no hemos vivido con ellos, y que han muerto antes de que hubiéramos alcanzado la edad de la razón. Ahora bien, cuando los hombres vivían tanto tiempo, los niños vivían mucho tiempo con sus padres. Les educaban durante mucho tiempo. Ahora bien, ¿de qué les iban a educar, sino de la historia de sus antepasados, puesto que toda historia se reducía a ésa, ya que no tenían estudios, ni ciencias, ni artes, que ocupan una gran parte del transcurso de la vida? Así se ve que en este tiempo los pueblos tenían un cuidado particular en conservar sus genealogías.

291 (587-827) Esta religión tan grande en milagros, santos, puros, irreprochables, sabios y grandes testigos, mártires; reyes —David— establecidos; Isaías, príncipe de la sangre; tan grande en ciencia, después de haber desplegado todos sus milagros y toda su sabiduría, reprueba todo esto y dice que no tiene ni sabiduría ni signo, sino la cruz y la locura.

Porque los que por estos signos y esta sabiduría han merecido vuestro crédito y os han probado su carácter, os declaran que nada de todo esto puede cambiarnos y hacernos capaces de conocer y amar a Dios, sino la virtud de la locura de la cruz, sin sabiduría ni signo, y no los signos sin esta virtud.

Así, nuestra religión es loca si consideramos la causa eficaz y sabia, si consideramos la sabiduría que la prepara.

292 (624-489) Pruebas de Moisés.

¿Por qué Moisés va a hacer la vida de los hombres tan larga y de tan pocas generaciones?

Porque no es la longitud de los años, sino la multitud de las generaciones lo que vuelve a las cosas oscuras.

Porque la verdad no se altera más que con el cambio de los hombres.

Y, sin embargo, pone dos cosas, las más memorables que jamás se hayan imaginado, a saber, la creación y el diluvio, tan próximas que se tocan.

293 (204bis-344a) Si se deben dar ocho días, se debe dar toda la vida.

---

[53] Cf. nota anterior.

294 (703-502) Mientras que hubo profetas para mantener la ley el pueblo fue negligente. Pero después de que no hubo más profetas, surgió el celo.

295 (629-511a) José oculta la vergüenza de su nación.

Moisés no oculta la vergüenza propia ni...

Quis mihi det ut omnes prophetent [54].

Estaba harto del pueblo.

296 (625-490) Sem, que vio a Lamech, que vio a Adán, vio también a Jacob, que vio a los que vieron a Moisés: luego el diluvio y la creación son verdaderos. Esto es concluyente entre cierta gente que lo entiende bien.

297 (702-501) Celo del pueblo judío por su ley y principalmente después de que no hubo más profetas.

XXIII. PRUEBAS DE JESUCRISTO

298 (283-72) El orden. Contra la objeción de que la Escritura no tiene orden.

El corazón tiene su orden; el espíritu tiene el suyo, que procede por principio y demostración. El corazón tiene otro. No se prueba que se deba ser amado exponiendo por orden las causas del amor; eso sería ridículo.

J.-C., San Pablo, tienen el orden de la caridad, no el del espíritu, pues querían humillar [55], no instruir.

San Agustín lo mismo. Este orden consiste principalmente en la digresión sobre cada punto que tenga relación con el fin, para demostrarlo siempre.

299 (742-540) El Evangelio no habla de la virginidad de la Virgen hasta el nacimiento de J.-C. Todo con referencia a J.-C.

300 (786-631) J.-C. en una oscuridad (según lo que el mundo llama oscuridad) tal que los historiadores, no escribiendo más que las cosas importantes de los estados, apenas se percataron de El.

301 (772-650) Santidad.

Effundam spiritum meum [56]. Todos los pueblos estaban en la infidelidad y en la concupiscencia, toda la tierra enardeció de caridad: los príncipes abandonan su grandeza, las jóvenes sufren el martirio. ¿De dónde viene esta fuer-

---

[54] Núm., XI, 29: «¡Ojalá que todos profetizaran!»

[55] Tanto Chevalier como Brunschvicg leen *échauffer* y no *rabaisser*. Aquel se basa en las *Oeuvres chrétiennes et spirituelles de Saint-Cyran*, de Arnauld d'Audilly, para concluir que debe leerse *échauffer* y no *rabaisser*.

[56] Joel, II, 28: «Derramaré mi espíritu *sobre toda carne...*»

za? Es que el Mesías ha llegado. He ahí el efecto y las señales de su venida.

302 (809-627a) Las combinaciones de los milagros.

303 (799-743) Un artesano que habla de riquezas, un procurador que habla de la guerra, de la realeza, etc.; pero el rico habla bien de las riquezas, el rey habla fríamente de un gran don que acaba de conceder, y Dios habla bien de Dios.

304 (743-539) Pruebas de J.-C.
¿Por qué se ha conservado el libro de Ruth?
¿Por qué la historia de Thamar?

305 (638-509) Pruebas de J.-C.
No es haber estado cautivo el haberlo estado con la seguridad de ser liberado en 70 años; pero ahora lo están sin esperanza alguna.
Dios les prometió que, aunque los dispersara en los confines del mundo, si eran, sin embargo, fieles a su ley, los reuniría. Son muy fieles a ella y continúan oprimidos.

306 (763-635) Los judíos, al comprobar si era Dios, han mostrado que era hombre.

307 (764-634) La Iglesia ha puesto tanto esfuerzo en demostrar que J.-C. era hombre, contra los que lo negaban, como en demostrar que era Dios, y las apariencias eran igualmente grandes.

308 (793-829) La distancia infinitá de los cuerpos a los espíritus simboliza la distancia infinitamente más infinita de los espíritus a la caridad, porque ésta es sobrenatural.

Todo el esplendor de las grandezas no significa nada para la gente que se ocupa en las búsquedas del espíritu.

La grandeza de la gente de espíritu es invisible a los reyes, a los ricos, a los capitanes, a todos estos materialmente grandes.

La grandeza de la sabiduría, que es nula si no es de Dios, es invisible a los carnales y a las gentes de espíritu. Son tres órdenes diferentes de género.

Los grandes genios tienen su imperio, su esplendor, su grandeza, su victoria y su brillo, y no tienen ninguna necesidad de las grandezas carnales, con las que no tienen relación. Se les ve, no con los ojos, sino con los espíritus. Es bastante.

Los santos tienen su imperio, su esplendor, su victoria, su brillo, y no tienen ninguna necesidad de las grandezas

carnales o espirituales, con las que no tienen relación alguna, porque ni añaden ni quitan. Son vistos por Dios y por los ángeles, y no por cuerpos y espíritus curiosos. Dios les basta.

Arquímedes, sin esplendor, estaría en la misma veneración. No ha dado batallas para los ojos, pero ha suministrado sus inventos a todos los espíritus. ¡Oh, cómo ha brillado ante los espíritus!

J.-C., sin bienes y sin ninguna aportación a la ciencia, está en su orden de santidad. No ha aportado inventos. No ha reinado, sino que ha sido humilde, paciente, santo, santo, santo en Dios, terrible a los demonios, sin pecado alguno. ¡Oh, con qué gran pompa y prodigiosa magnificencia ha venido a los ojos del corazón que ven la sabiduría!

Hubiese sido inútil para Arquímedes hacer de príncipe en sus libros de geometría, aunque lo fuese.

Hubiese sido inútil a N.-S. J.-C., para brillar en su reino de santidad, venir como rey; pero vino con el brillo de su orden.

Es ridículo escandalizarse de la bajeza de J.-C., como si esta bajeza fuera del mismo orden del que es la grandeza que él venía a hacer aparecer.
Considérese esta bajeza en su vida, en su pasión, en su oscuridad, en su muerte, en la elección de los suyos, en su abandono, en su secreta resurrección y en lo demás. Se la verá tan grande que no habrá motivo para escandalizarse de una bajeza que no existe.

Pero hay quienes no pueden admirar más que las grandezas carnales, como si no las hubiera espirituales. Y otros que no admiran más que las espirituales, como si no las hubiera infinitamente más elevadas en la sabiduría.

Todos los cuerpos, el firmamento, las estrellas, la tierra y sus reinos, no valen la mitad que los espíritus. Porque éstos conocen todo eso, y a sí mismos; y los cuerpos, nada.

Todos los cuerpos juntos y todos los espíritus juntos y todas sus producciones, no valen el menor movimiento de caridad. Este es de un orden infinitamente más elevado.

De todos los cuerpos juntos no se sabría conseguir un pequeño pensamiento. Es imposible y de otro orden. De todos los cuerpos y espíritus no se sabría obtener un movimiento de verdadera caridad; es imposible, y de otro orden sobrenatural.

309 (797-744) Pruebas de J.-C.
J.-C. ha dicho las cosas grandes tan sencillamente que parece que no las ha pensado, y tan claramente, sin embargo, que se ve bien lo que pensaba. Esta claridad unida a esta ingenuidad es admirable.

310 (801-739) Pruebas de J.-C.
La hipótesis de los apóstoles impostores es bien absurda. Sígasela hasta el fin, imagínese a estos doce hombres reunidos después de la muerte de J.-C., haciendo el complot de decir que ha resucitado. Atacan por ahí todos los poderes. El corazón de los hombres está extrañamente inclinado a la ligereza, al cambio, a las promesas, a los bienes; a poco que uno de ellos se hubiese desmentido por todos estos atractivos, y, lo que es más, por las prisiones, por las torturas y por la muerte, estaban perdidos. Sígase esto.

311 (640-505) Es cosa sorpredente y digna de extraña atención el ver a este pueblo judío subsistir desde hace tantos años y verlo siempre miserable; pues es necesario para la prueba de J.-C. que subsista para probarle y que sea miserable, puesto que ellos lo han crucificado. Y aunque el ser miserable y el subsistir sean cosas contrarias, subsiste, sin embargo, siempre, a pesar de su miseria.

312 (697-534e) *Prodita lege.*
Impleta cerne.
Implenda collige[57].

313 (569-785) Canónicos.
Los herejes, en el comienzo de la Iglesia, sirven para probar los canónicos.

314 (639-508) Cuando Nabucodonosor se llevó al pueblo judío por miedo a que se creyera que le iba a ser quitado el cetro a Judá, les dijo de antemano que estarían allí poco, que estarían allí y que serían restablecidos.

Fueron consolados siempre por los profetas; sus reyes continuaron.
Pero la segunda destrucción fue sin promesa de restablecimiento, sin profetas, sin rey, sin consolación, sin esperanza, porque el cetro se les quitó para siempre.

315 (752-592) Moisés, primero, enseña la Trinidad, el pecado original, el Mesías.
David, gran testigo.

57 «Lee las profecías. Ve lo que se ha cumplido. Recoge lo que se ha de cumplir.»

Rey, bueno, perdonador, bella alma, buen espíritu, poderoso. Profetiza y su milagro llega. Esto es infinito.

No tenía más que decir que él era el Mesías, si hubiera sido vanidoso, porque las profecías son más claras con respecto a El que a J.-C.

Y San Juan lo mismo.

316 (800-741) ¿Quién ha enseñado a los evangelistas las cualidades de un alma perfectamente heroica, para pintarla tan perfectamente en J.-C.? ¿Por qué le muestran débil en su agonía? ¿No saben pintar una muerte constante? Sí, porque el mismo San Lucas pinta la de San Esteban más fuerte que la de J.-C.
Le muestran capaz de temor, antes de que la necesidad de morir haya llegado, y después lleno de fuerza.
Pero cuando le muestran tan turbado es cuando se turba él mismo, y cuando los hombres le turban aparece fuerte.

317 (701-503/544) El celo de los judíos por su rey y su templo. Josefo y el judío Filón, *ad Caium*.

¿Qué otro pueblo tiene tal celo?; era necesario que lo tuviese.

J.-C. predicho en cuanto al tiempo y estado del mundo. El duque despojado de la pata de cordero, y la 4.ª monarquía.

¡Qué feliz se es al tener esta luz en esta oscuridad!
¡Qué hermoso es ver por los ojos de la fe, Darío y Ciro, Alejandro, los romanos, Pompeyo y Herodes, obrar sin saberlo para gloria del Evangelio!

318 (755-644) La discordancia aparente de los Evangelios.

319 (699-525) La sinagoga ha precedido a la Iglesia, los judíos a los cristianos. Los profetas han predicho a los cristianos. San Juan. J.-C.

320 (178-225a) Macrobio. De los inocentes muertos por Herodes.

321 (600-403) Todo hombre puede hacer lo que hizo Mahoma. Pues no hizo milagros, ni fue predicho. Ningún hombre puede hacer lo que hizo J.-C.

322 (802-738) Los apóstoles fueron engañados o engañadores. Lo uno y lo otro es difícil. Porque no es posible tomar a un hombre para ser resucitado.

Mientras J.-C. estaba con ellos, El les podía sostener; pero después de esto, si no se les apareció, ¿quién les impulsó a obrar?

XXIV. PROFECIAS

323 (773-642a) Ruina de los judíos y de los paganos por J.-C.: *omnes gentes venient et adorabunt eum. Parum est ut*, etc. *Postula a me.*

Adorabunt eum omnes reges.

Testes iniqui.

Dabit maxillam percutienti. Dederunt fel in escam[58].

324 (730-614) Que entonces la idolatría sería derribada, que este Mesías acabaría con todos los ídolos y haría entrar a los hombres en el culto del verdadero Dios.

Que los templos de los ídolos serían abatidos y que entre todas las naciones y en todos los lugares del mundo le sería ofrecida una hostia pura, no animales.

324 (730-614) Que sería rey de los judíos y de los gentiles; y he ahí a este rey de los judíos y de los gentiles, oprimido por unos y otros, que conspiran a su muerte, dominador de unos y otros, y destruyendo el culto de Moisés en Jerusalén, que era su centro, del cual hizo su primera Iglesia, y el culto de los ídolos en Roma, que era su centro, y del que hizo su principal Iglesia.

325 (733-616) Que enseñaría a los hombres la vía perfecta.

Y nunca ha venido, ni antes ni después, ningún hombre que haya enseñado algo divino semejante a esto.

326 (694-522) Y lo que culmina todo esto es la predicción, a fin de que no se diga que es el azar el que lo ha hecho.

Cualquiera que no tenga más que 8 días de vida, se inclinará por creer que todo esto no es un golpe de azar.

Ahora bien, si las pasiones no nos atenazan, 8 días y cien años son una misma cosa.

327 (770-611) Después de que viniera mucha gente antes, vino al fin Jesucristo a decir: Heme aquí, y aquí el tiempo. Lo que los profetas dijeron que debía suceder en el curso del tiempo, os digo que mis apóstoles lo van a hacer. Los judíos van a ser rechazados. Jerusalén será pronto destruida y los paganos entrarán en el conocimiento de Dios. Mis apóstoles lo harán después de que hayáis matado al heredero de la viña.

Y después los apóstoles dijeron a los judíos: Vais a ser malditos. Celso se burlaba de ello. Y a los paganos: Vais a entrar en el conocimiento de Dios, y eso ha sucedido.

328 (732-617) Que entonces no se enseñará más al prójimo diciendo: He aquí al Señor. Porque Dios se hará sentir a todos. Vuestros hijos profetizarán. Yo pondré mi espíritu y mi temor en vuestro corazón.

Todo esto es lo mismo.

Profetizar es hablar de Dios, no a través de pruebas exteriores, sino por sentimiento interior e inmediato.

329 (734-543) Que J.-C. sería pequeño en su comienzo y se acrecentaría enseguida. La pequeña piedra de Daniel.

Aunque no hubiera oído hablar en modo alguno del Mesías, después, sin embargo, de las predicciones tan admirables del orden del mundo que veo cumplidas, veo que eso es divino; y si se supiera que esos mismos libros predicen un Mesías, me aseguraría de que fuera cierto, y viendo que ponen su tiempo antes de la destrucción del 2.° templo, diría que había venido.

330 (725-532a) Profecías.

La conversión de los egipcios.

Is. (19. 19.). Un altar en Egipto al verdadero Dios.

331 (748-517) En tiempos del Mesías el pueblo se dividió.

Los espirituales abrazaron al Mesías, los groseros quedaron para servirle de testigos.

332 (710-528) Profecías.

Si un solo hombre hubiera compuesto un libro de predicciones de J.-C. en cuanto al tiempo y a la manera y J.-C. hubiera venido conforme a estas profecías, esto tendría una fuerza divina.

Pero hay aquí mucho más. Es una sucesión de hombres durante cuatro mil años, que, constantemente y sin variaciones, vienen uno tras otro a predecir el mismo acontecimiento. Es todo un pueblo entero quien lo anuncia, y que subsiste, después de 4.000 años, para rendir en conjunto testimonios de sus seguridades acerca de ello, y de las cuales no se les puede apartar por cualesquiera amenazas y persecuciones que se les haga. Esto es muy considerable.

333 (708-546) Profecías.

El tiempo predicho por el estado del pueblo judío, por el estado del pueblo pagano, por el estado del templo, por el número de años.

---

[58] Ps., XXI, 28: «... Y todas las naciones vendrán y le adorarán.» Is., 49, 6: «*El señor ha dicho:* Es poco *que me sirvas para levantar las tribus de Jacob y convertir al resto de Israel.*» Ps., II, 8: «Pedidme, *y os dejaré las naciones en herencia.*» Ps., XXXIV, 11: «Testigos inicuos *se han levantado.*» Lam., III, 30: «Ofrecerá la mejilla a quien le golpea. Se le llenará de oprobios.»

334 (716-535f) Oseas — 3 (4).

Isaías 4 (2) 48. Lo predije desde hace mucho tiempo, a fin de que se sepa que soy yo. 54. 60 (61) y último.

Jaddus a Alejandro.

335 (706-526) La más grande de las pruebas de J.-C. son las profecías. Es lo que más ha procurado Dios, porque el acontecimiento que las ha realizado es un milagro que subsiste desde el nacimiento de la Iglesia hasta el fin. Por eso, Dios suscitó profetas durante 1.600 años, y durante 400 años después dispersó todas estas profecías, con todos los judíos que las transmitían, en todos los lugares del mundo. He ahí cuál ha sido la preparación del nacimiento de J.-C., cuyo Evangelio, debiendo ser creído por todo el mundo, ha hecho falta, para hacerlo creer, no sólo que haya habido profetas, sino que estas profecías se extendieran por todo el mundo para hacerlas abrazar por todo el mundo.

336 (709-547) Es menester ser audaz para predecir una misma cosa de tantas maneras.

Era preciso que las cuatro monarquías, idólatras o paganas, el fin del reino de Judá, y las 70 semanas llegasen al mismo tiempo, y todo antes de que el 2.° templo fuera destruido.

337 (753-593) Herodes creyó al Mesías. Había quitado el cetro a Judá, pero no era de Judá. Esto produjo una secta considerable.

Y Barcosba y otro recibido por los judíos. Y el rumor que se extendía por todas partes en ese tiempo.

Suet. Tácito. Josefo.

¿Cómo hacía falta que fuera el Mesías, ya que por El el cetro debía estar eternamente en Judá y a su llegada el cetro debía haber sido quitado a Judá?

Para conseguir que viendo no vean y que oyendo no entiendan, nada podía haberse hecho mejor.

Maldición de los griegos contra los que cuentan los períodos de tiempo.

338 (724-535) Predicción.

Que en la 4.ª monarquía, antes de la destrucción del 2.° templo, antes de que la dominación de los judíos fuera quitada en la 70 semana de Daniel, mientras la duración del 2.° templo, los paganos serían instruidos y llevados al conocimiento de Dios adorado por los judíos; que los que le aman serían liberados de sus enemigos, henchidos de su temor y de su amor.

Y sucedió que en la 4.ª monarquía, antes de la destrucción del 2.° templo, etc., los paganos en masa adoraron a Dios y llevaron una vida angélica.

Las jóvenes consagran a Dios su virginidad y su vida, los hombres renuncian a todos los placeres. Lo que Platón no pudo inculcar a algunos pocos hombres escogidos y tan instruidos, una fuerza secreta lo inculca en cien millones de hombres ignorantes, por la virtud de unas pocas palabras.

Los ricos abandonan sus bienes, los niños dejan la casa delicada de sus padres para ir a la austeridad de un desierto, etc. Ver Filón el judío.

¿Qué es todo esto? Es lo que ha sido predicho desde tanto tiempo antes; desde hacía 2.000 años ningún pagano había adorado al Dios de los judíos, y en el tiempo predicho la mayoría de los paganos adoran a este único Dios. Los templos son destruidos, los reyes mismos se someten a la cruz. ¿Qué es todo esto? Es el espíritu de Dios que se ha extendido sobre la tierra.

Ningún pagano desde Moisés hasta J.-C. según los rabinos mismos; la muchedumbre de paganos después de J.-C. cree en los libros de Moisés, y observa su esencia y su espíritu, y no rechaza sino lo inútil.

339 (738-536) Habiendo dado los profetas diversas señales que debían cumplirse todas con el advenimiento del Mesías, hacía falta que todas esas señales se cumpliesen al mismo tiempo. Por eso, era preciso que la cuarta monarquía llegara cuando las setenta semanas de Daniel se hubieran cumplido y que entonces el cetro hubiera salido de Judá.

Y todo esto sucedió sin ninguna dificultad; y que entonces llegara el Mesías, y J.-C. llegó entonces y se dijo el Mesías; y todo esto también sin dificultad, e indica bien la verdad de la profecía.

340 (720-535d) *Non habemus regem nisi Caesarem*[59]

Luego J.-C. era el Mesías, puesto que no tenían más rey que un extranjero y no querían otro.

341 (723-548) Profecías.

Las 70 semanas de Daniel son equívocas en cuanto a la fecha del comienzo, a causa de los términos de la profecía. Y por la fecha final, a causa de las diversidades de los cronologistas. Pero toda esta diferencia no va más allá de 200 años.

---

59 Jn., XIX, 15: «No tenemos rey, sino César.»

342 (637-507) Profecías.
El cetro no se interrumpió por el cautiverio de Babilonia, a causa de que su retorno estaba prometido y predicho.

343 (695-524d) Profecías. El gran Pan ha muerto.

344 (756-595) ¡Qué otra cosa se puede tener sino veneración hacia un hombre que predice claramente cosas que se cumplen
y que expresa su deseo de cegar e iluminar
y que mezcla oscuridades entre cosas claras que suceden!

345 (727bis-612) *Parum est ut...* Vocación de los gentiles. (Is. LII, 15.)

346 (729-615) Predicciones.
Se predijo que en tiempos del Mesías vendría a establecerse una nueva alianza que haría olvidar la salida de Egipto — Jer., 23, 5 — Is., 43, 16 —, que pondría su ley no en lo exterior, sino en el corazón, que pondría su temor, que no había existido sino con respecto a las cosas exteriores, en medio del corazón...
¿Quién no ve en todo esto la ley cristiana?

347 (735-613) Profecías.
Que los judíos reprobarían a J.-C. y que por esta razón ellos serían reprobados por Dios; que la viña elegida no daría más que agraces; que el pueblo escogido sería infiel, ingrato e incrédulo. *Populum non credentem et contradicentem*[60].
Que Dios los cegaría y que andarían a tientas en pleno mediodía, como los ciegos.
Que un precursor vendría antes que El.

348 (718-535b) El reino eterno de la raza de David, 2, Cron., por todas las profecías y con juramento. Y no se ha cumplido temporalmente. Jer., 33, 20.

XXV. FIGURAS PARTICULARES

349 (652-562c) Figuras particulares.
(T) Doble ley, dobles tablas de la ley, doble templo, doble cautividad.

350 (623-529a) *(Jafet comienza la genealogía.)*

José se cruza de brazos y prefiere al joven.

60 Rom., X, 21: «... pueblo incrédulo y contradictorio.»

XXVI. MORAL CRISTIANA

351 (537-648) El cristianismo es extraño; ordena al hombre reconocer que es vil e incluso abominable, y le ordena querer ser semejante a Dios. Sin un tal contrapeso esta elevación le volvería horriblemente vano, o este abajamiento le volvería horriblemente abyecto.

352 (526-677) La miseria inculca la desesperación.
El orgullo inculca la presunción.
La encarnación muestra al hombre la grandeza de su miseria por la grandeza del remedio que ha sido necesario.

353 (529-679) No un abajamiento que nos haga incapaces del bien ni una santidad exenta de mal.

354 (524-676) No hay doctrina más propia del hombre que la que le instruye acerca de su doble capacidad de recibir y de perder la gracia, por causa del doble peligro al que está siempre expuesto de desesperanza o de orgullo.

355 (767-641) De todo lo que existe sobre la tierra, no toma parte más que de los disgustos, no de los placeres. Ama a sus prójimos, pero su caridad no se encierra en estos límites y se extiende a sus enemigos y después a los de Dios.

356 (539-686) ¿Qué diferencia existe entre un soldado y un cartujo en cuanto a la obediencia? Porque son igualmente obedientes y dependientes, y en ejercicios igualmente penosos; pero el soldado espera siempre llegar a ser señor y no lo consigue nunca, porque los capitanes y los príncipes mismos son siempre esclavos y dependientes; pero lo espera siempre, y trabaja siempre por alcanzarlo, mientras que el cartujo hace votos de no ser nunca más que dependiente. Así, no se diferencian en la servidumbre perpetua, que ambos tienen siempre, sino en la esperanza que el uno siempre tiene y el otro jamás.

357 (541-688) Nadie es tan feliz como un verdadero cristiano, ni razonable, ni virtuoso, ni amable.

358 (538-685) ¡Con qué poco orgullo se cree un cristiano unido a Dios! ¡Con qué poca abyección se iguala a los gusanos de la tierra! ¡Bella manera de recibir la vida y la muerte, los bienes y los males!

359 (481-714) Los ejemplos de las muertes generosas de los lacedemonios y de otros no nos afectan, porque, ¿qué es lo que nos aporta?
Pero el ejemplo de la muerte de los mártires nos afecta porque son nuestros miembros. Tenemos un lazo común con

ellos. Su resolución puede formar la nuestra, no solamente por el ejemplo, sino porque ella ha merecido quizá la nuestra.

No hay nada de esto en los ejemplos de los paganos. No tenemos conexión alguna con ellos. De la misma manera que no llega uno a ser rico por ver a un extranjero que lo es, pero sí al ver que lo son su padre o su marido.

360 (482-709) Origen de los miembros pensantes. Moral.

Habiendo hecho Dios el cielo y la tierra, que no sienten la fecilidad de su ser, ha querido hacer seres que le conociesen y que compusiesen un cuerpo de miembros pensantes. Pues nuestros miembros no sienten la felicidad de su unión, de su admirable inteligencia, del cuidado que la naturaleza tiene en inspirarles el espíritu y en hacerles crecer y durar. ¡Qué felices serían si lo sintieran, si lo vieran! Pero para eso haría falta que tuviesen inteligencia para conocerlo, y buena voluntad para consentir en la del alma universal. Pues si, habiendo recibido inteligencia, se sirvieran de ella para retener en sí mismos el alimento, sin dejarlo pasar a los otros miembros, serían no solamente injustos, sino miserables, y se odiarían más que amarse; su beatitud, así como su deber, consiste en consentir con la conducta del alma entera a la que pertenecen, la cual les ama más de lo que se aman a sí mismos.

361 (209-158) ¿Eres menos esclavo por ser amado y halagado por tu amo? Tienes un buen bien, esclavo, tu dueño te adula. Pronto te derribará.

362 (472-702) La voluntad propia no satisfacerá nunca, aun cuando tuviera poder sobre todo lo que quiere; pero se está satisfecho desde el instante en que se renuncia a ella. Sin ella no se puede estar descontento; con ella no se puede estar contento.

363 (914-XIX) Dejan obrar a la concupiscencia y retienen el escrúpulo, mientras que sería menester hacer lo contrario.

364 (249-467) Es ser supersticioso poner la esperanza en las formalidades, pero es ser soberbio no querer someterse a ellas.

365 (496-717) La experiencia nos hace ver una enorme diferencia entre la devoción y la bondad.

366 (747ter-779) Dos clases de hombres en cada religión. (Ver perpetuidad.) Superstición, concupiscencia.

367 (672-585) Para formalistas.

Cuando San Pedro y los apóstoles deliberaban si abolir la circuncisión, donde se trataba de obrar contra la ley de Dios, no consultaban a los profetas, sino simplemente a la recepción del Espíritu Santo en la persona de los incircuncisos.

Juzgan más seguro que Dios aprueba a los que llena de su espíritu que no que haya que observar la ley.

Sabían que el fin de la ley no era más que el Espíritu Santo, y que así, puesto que ya lo tenían sin circuncisión, ésta no era necesaria.

368 (474-705) Miembros. Comenzar por ahí.

Para reglar el amor que uno se debe a sí mismo es preciso imaginarse un cuerpo lleno de miembros pensantes, porque somos miembros del Todo, y ver cómo cada miembro debería amarse, etc.

369 (611-499) República.

La república cristiana e incluso la judía no ha tenido más que a Dios por maestro, como señala Filón el judío, *De la monarquía.*

Cuando combatían no era sino por Dios y no esperaban principalmente sino en Dios. No consideraban sus ciudades sino como siendo de Dios y las conservaban para Dios. 1, Paralip., 19, 13.

370 (480-708) Para hacer que los miembros sean dichosos, es menester que tengan una voluntad y que la conformen al cuerpo.

371 (473-704) Imagínese un cuerpo lleno de miembros pensantes.

372 (483-710) Ser miembro no es no tener vida, ser ni movimiento sino por el espíritu del cuerpo. Y para el cuerpo, el miembro separado, al no ver ya al cuerpo al que pertenece, no tiene más que un ser perecedero y moribundo. Sin embargo, cree ser un todo, y no viendo al cuerpo del que depende, cree no depender más que de sí y quiere hacerse él mismo centro y cuerpo. Pero, al no tener en sí principio de vida, no hace sino extraviarse, y se asombra de la incertidumbre de su ser, sintiendo claramente que no es cuerpo y, sin embargo, no viendo que sea miembro de un cuerpo. En fin, cuando llega a conocerse es como el que vuelve en sí y no se ama ya más que por el cuerpo. Lamenta sus extravíos pasados.

No podría, por su naturaleza, amar otra cosa sino para sí mismo y para sometérsela, porque cada cosa se ama más que todo.

Pero amando el cuerpo se ama a sí mismo, porque no tiene ser sino en él, por él y para él. *Qui adhaerent deo unus spiritus est*[61].

[61] I Cor., VI, 17: «Quien se adhiere a Dios en un solo espíritu con El.»

El cuerpo ama a la mano, y la mano, si tuviera una voluntad, debería amarse de la misma manera que la ama el alma; todo amor que va más allá es injusto.

Adhaerens deo unus spiritus est; uno se ama porque se es miembro de J.-C.; se ama a J.-C. porque El es el cuerpo del cual uno es miembro. Todo es uno. El uno está en el otro, como las tres personas.

373 (476-707) Es preciso no amar sino a Dios y no odiar más que a sí mismo.

Si el pie hubiera ignorado que pertenece al cuerpo y que hay un cuerpo del que depende, si no hubiera tenido sino el conocimiento y el amor de sí, y llegara a conocer que pertenece a un cuerpo del que depende, ¡qué pesar, qué confusión de su vida pasada, de haber sido inútil al cuerpo que le ha henchido de vida, que le habría aniquilado si le hubiera rechazado y separado de sí, tal y como él se separaba del cuerpo! ¡Qué plegarias para ser conservado en él!, ¡y con qué sumisión se dejaría gobernar por la voluntad que rige el cuerpo, hasta consentir en ser eliminado si fuera preciso!, o perdería su cualidad de miembro; porque es menester que todo miembro quiera perecer por el cuerpo, que es el único para el que todo es.

374 (475-706) Si los pies y las manos tuvieran una voluntad particular, jamás estarían en su orden, sino sometiendo esta voluntad particular a la voluntad primera que gobierna el cuerpo entero. Fuera de ahí, están en desorden y en desgracia; pero, no queriendo más que el bien del cuerpo, labran su propio bien.

375 (503-673) Los filósofos han consagrado los vicios poniéndolos en Dios mismo; los cristianos han consagrado las virtudes.

376 (484-713) 2 leyes bastan para reglar toda la república cristiana, mejor que todas las leyes políticas.

XXVII. CONCLUSION

377 (280-476) ¡Qué lejos está del conocimiento de Dios el amarle!

378 (470-699) Si hubiera visto un milagro, dicen, me convertiría. ¿Cómo aseguran que harían lo que ignoran? Se imaginan que esta conversión consiste en una adoración que se hace de Dios como un comercio y una conversación tal como ellos se la figuran.

La conversión verdadera consiste en anonadarse ante este ser universal al que se ha irritado tantas veces y que puede perderos legítimamente en cualquier momento, en reconocer que no se puede nada sin El y que nada se ha merecido de El sino su desgracia. Consiste en conocer que hay una oposición invencible entre Dios y nosotros y que sin un mediador no puede haber comercio con El.

379 (825-762) Los milagros no sirven para convertir, sino para condenar. 1. p. q. 113. a. 10. ad. 2.

380 (284-835) No os extrañéis al ver a personas humildes creer sin razonamiento. Dios les da el amor de El y el odio de sí mismos. Inclina su corazón a creer. No se creerá jamás, con una creencia útil y de fe, si Dios no inclina el corazón, y se creerá desde el momento en que lo incline.

Y es esto lo que David conocía bien. *Inclina cor meum Deus in*[62], etc.

381 (286-837) Los que creen sin haber leído los Testamentos es porque tienen una disposición interior enteramente santa, y lo que oyen decir de nuestra religión está conforme con ella. Sienten que un Dios les ha hecho. No quieren amar sino a Dios, no quieren odiar más que a sí mismos. Sienten que no tienen fuerza por sí mismos, que son incapaces de encaminarse hacia Dios y que si Dios no viene a ellos son incapaces de comunicación alguna con El; y oyen decir en nuestra religión que no hace falta más que amar a Dios y odiarse a sí mismo, pero que estando todos corrompidos y siendo incapaces de Dios, Dios se hace hombre para unirse a nosotros. No hace falta más para convencer a hombres que tienen esta disposición en el corazón y que tienen este conocimiento de su deber y de su incapacidad.

382 (287-838/840) Conocimiento de Dios.

Aquellos cristianos a los que vemos sin conocimiento de las profecías y de las pruebas no dejan de juzgar tan bien como los que tienen este conocimiento. Juzgan por el corazón como los otros por el espíritu. Es Dios mismo quien les inclina a creer, y están así enteramente convencidos.

(Se dirá que este modo de juzgar no es cierto y que siguiéndolo es como los herejes y los infieles se extravían.)

(Se responderá que los herejes y los infieles dirán lo mismo; pero yo contesto a esto que tenemos pruebas de que Dios —imprime— inclina verdaderamente a los que ama a creer en la religión cristiana y que los infieles no tienen prueba alguna de lo que dicen; y así, siendo nuestras proposiciones semejantes en los términos, difieren en

62 Ps., CXVIII, 36: «Inclina mi corazón, oh Dios.»

que la una es sin prueba y la otra muy sólidamente probada.)

(Eorum qui amant — Dios inclina el corazón de los que ama — Deus inclina corda eorum — aquel que le ama — aquel que El ama.)

Confieso que uno de estos cristianos que creen sin pruebas no tendrá quizá con qué convencer a un infiel, que dirá otro tanto de sí, pero los que conocen las pruebas de la religión probarán sin dificultad que ese fiel está verdaderamente inspirado por Dios, aunque él mismo no pueda probarlo.

Porque Dios, al haber dicho a través de sus profetas (que indudablemente son profetas), que en el reino de J.-C. extendería su espíritu sobre las naciones y que los hijos, las hijas y los niños de la Iglesia profetizarían, es indudable que el espíritu de Dios está con aquéllos y no con los otros.

Papeles no clasificados

SERIE I

383 (197-339) Ser insensible para despreciar las cosas interesantes, y llegar a ser insensible para lo que más nos interesa.

384 (630-512) Macabeos, desde que no hubiera habido más profetas. Massor, desde Jesucristo.

385 (707-527) Pero como no bastaba que existiesen profecías, hacía falta que fuesen distribuidas por todos los lugares y conservadas a través de todos los tiempos.

Y a fin de que no se tomara este acontecimiento como un efecto del azar, hacía falta que fuese predicho.

Es mucho más glorioso para el Mesías que sean ellos los espectadores e incluso los instrumentos de su gloria, al margen de que Dios les haya reservado.

386 (203-343) *Fascinatio nugacitatis*[63].

A fin de que la pasión no dañe hagamos como si no tuviésemos más que 8 días de vida.

387 (241-458) Orden.

Tendría mucho más miedo de equivocarme y hallar que la religión cristiana es verdadera que no de equivocarme creyéndola verdadera.

---

63 Sab., IV, 12: «Fascinación de la bagatela.» Cf. Lancelot, *Memoires sur Saint-Cyran.*

388 (740-488) J.-C., a quien los dos testamentos miran: el Antiguo, como su espera; el Nuevo, como su modelo; ambos, como su centro.

389 (794-632) ¿Por qué J.-C. no vino de una manera visible en lugar de sacar su prueba de las profecías precedentes?

¿Por qué se hizo predecir a través de figuras?

390 (617-775) Perpetuidad.

Considérese que desde el conocimiento del mundo la espera o la adoración del Mesías subsiste sin interrupción, que se han encontrado hombres que han dicho que Dios les había revelado que debía nacer un redentor que salvaría a su pueblo. Que Abraham vino después a decir que le había sido revelado que nacería de él por un hijo que tendría; que Jacob declaró que, de entre sus doce hijos, nacería de Judá; que Moisés y sus profetas vinieron después a declarar el tiempo y la manera de su venida. Que dijeron que la ley que tenían no era sino para esperar la del Mesías; que hasta entonces sería perpetua, pero que la otra duraría eternamente; que así su ley o la del Mesías, de la que era promesa, existiría siempre sobre la tierra; que, en efecto, ha durado siempre; que, por fin, vino J.-C. en todas las circunstancias predichas. Esto es admirable.

391 (749-514) Si esto está tan claramente predicho a los judíos, ¿cómo no lo han creído?, o ¿cómo no han sido exterminados por resistirse a una cosa tan clara?

Respondo. Primero, eso ha sido predicho, el que no creerían una cosa tan clara y el que no serían exterminados. Y nada es más glorioso para el Mesías, porque no bastaba con que hubiera profetas; hacía falta que fueran conservados sin sospecha. Ahora bien..., etc.

392 (644-542) Figuras.

Dios, queriendo formarse un pueblo santo, que separaría de todas las otras naciones, que liberaría de sus enemigos, que pondría en un lugar de reposo, prometió hacerlo y predijo a través de sus profetas el tiempo y la manera de su venida. Y, sin embargo, para consolidar la esperanza de sus elegidos, les hizo ver en todos los tiempos la imagen de ello, sin dejarles nunca faltos de seguridad en su poder y en su voluntad de salvarles; porque en la creación del hombre, Adán era testigo de ello y el depositario de la promesa del Salvador que debía nacer de la mujer.

Cuando los hombres estaban todavía tan próximos a la creación que no podían haber olvidado su creación y su caída, cuando los que habían visto a Adán no estaban ya en el mundo, Dios envió a Noé, y lo salvó e inundó toda la tierra por medio de un milagro que señalaba suficientemente el poder que tenía para salvar al mundo y la voluntad que tenía de hacerlo y de hacer nacer de la simiente de la mujer a Aquel que había prometido.

Este milagro bastaba para reafirmar la esperanza de los (elegidos).

El recuerdo del diluvio estaba todavía tan fresco entre los hombres cuando aún Noé vivía, que Dios hizo sus promesas a Abraham, y cuando Sem vivía aún, Dios envió a Moisés, etc.

393 (442-428) La verdadera naturaleza del hombre, su verdadero bien y la verdadera virtud y la verdadera religión, son cosas de las que el conocimiento es inseparable.

394 (288-839) En lugar de lamentaros de que Dios esté oculto, dadle gracias de que esté tan manifiesto, y dadle gracias también de que no se manifieste a los sabios soberbios, indignos de conocer a un Dios tan santo.

Dos clases de personas le conocen, los que tienen el corazón humillado y aman su bajeza, cualquiera que sea el grado de espíritu que tengan, alto o bajo; o los que tienen suficiente sensibilidad para ver la verdad, cualesquiera que sean las oposiciones que hallen.

395 (478-701) Cuando queremos pensar en Dios, ¿no hay nada que nos aparte, que nos incite a pensar en otra cosa?; todo eso es malo y nacido con nosotros.

396 (471-832) Es injusto que alguien se adhiera a mí, aunque lo haga placentera y voluntariamente. Engañaría a aquellos en quienes hiciera nacer este deseo, porque yo no soy el fin de nadie y no tengo con qué satisfacerles. ¿No estoy yo llamado a morir?, y así el objeto de su afección morirá. Así pues, como sería culpable de hacer creer una falsedad, aunque la persuadiera dulcemente, y aunque se la creyese con gusto y aunque con ello se me complaciera, de la misma manera soy culpable de hacerme amar. Y si atraigo a la gente a que se apegue a mí, debo advertir a aquellos que estuviesen dispuestos a consentir en una mentira, que no deben creerla, cualquiera que sea la ventaja que ello me reporte; y, del mismo modo, que no deben adherirse a mí, pues es menester que pasen su vida y pongan todos sus cuidados en complacer a Dios o en buscarle.

La señorita Périer tiene el original de este fragmento.

397 (426-368) Habiéndose perdido la verdadera naturaleza, todo llega a ser su naturaleza; como, habiéndose perdido el verdadero bien, todo llega a ser su verdadero bien.

398 (525-392) Los filósofos no prescribían sentimientos proporcionados a los dos estados.

Inspiraban movimientos de grandeza pura, y no es éste el estado del hombre.
Inspiraban movimientos de bajeza pura, y no es éste el estado del hombre.
Son necesarios movimientos de bajeza, no de naturaleza, sino de penitencia; no para permanecer en ellos, sino para encaminarse hacia la grandeza. Hacen falta movimientos de grandeza, no de mérito, sino de gracia, y después de haber pasado por la bajeza.

399 (438-415) Si el hombre no está hecho para Dios, ¿por qué no es feliz más que en Dios?
Si el hombre está hecho para Dios, ¿por qué es tan contrario a Dios?

400 (427-275) El hombre no sabe en qué rango situarse. Está manifiestamente extraviado y caído de su verdadero lugar, sin poderlo reencontrar. Lo busca por todas partes con inquietud y sin éxito en medio de tinieblas impenetrables.

401 (437-270) Anhelamos la verdad y no hallamos en nosotros más que incertidumbre.
Buscamos la felicidad y no hallamos más que miseria y muerte.
Somos incapaces de no desear la verdad y la felicidad, y somos incapaces de certeza y felicidad.
Este deseo se nos ha dejado tanto para castigarnos como para hacernos ver de dónde hemos caído.

402 (290-486) Pruebas de la religión.
Moral. / Doctrina. / Milagros. / Profecías. Figuras.

403 (174-169 y a) Miseria.
Salomón y Job son los que mejor han conocido y hablado de la miseria del hombre; el uno, el más feliz, y el otro el más desgraciado. El uno, al conocer por experiencia la vanidad de los placeres, el otro la realidad de los males.

404 (424-437) Todas estas contrariedades que parecían ser lo que más me alejaba del conocimiento de la religión, es lo que me ha conducido más pronto a la verdadera.

405 (421-333) Censuro igualmente a los que toman el partido de alabar al hombre, y a los que toman el de censurarle, y a los que toman el de divertirse, y no puedo aprobar sino a los que buscan entre gemidos.

406 (395-273) Instinto, razón.
Tenemos una incapacidad de probar, invencible para todo dogmatismo.

Tenemos una idea de la verdad invencible para todo pirronismo.

407 (465-391) Los estoicos dicen: recogeos en vosotros mismos, es ahí donde hallaréis vuestro reposo. Y eso no es verdad.
Los otros dicen: salid fuera y buscad la felicidad en el divertimiento. Y eso no es verdad; las enfermedades sobrevienen.
La felicidad no está ni fuera ni dentro de nosotros; está en Dios y fuera y dentro de nosotros.

408 (74-188) Una carta de la locura de la ciencia humana y de la filosofía.
Esta carta antes del divertimiento.
Felix qui potuit.
Felix nihil admirari[64].
280 clases de soberanos bien en Montaigne[65].

409 (220-348) Falsedad de los filósofos que no discuten la inmortalidad del alma.
Falsedad de su dilema en Montaigne.

410 (413-317) Esta guerra interior de la razón contra las pasiones ha hecho que los que han querido tener paz se hayan dividido en dos sectas. Unos han querido renunciar a las pasiones y llegar a ser dioses; otros han querido renunciar a la razón y llegar a ser bestias. *Des Barreaux*[66]. Pero no lo han conseguido ni unos ni otros, y la razón permanece siempre que acusa la bajeza y la injusticia de las pasiones y que turba el reposo de los que se abandonan a ellas. Y las pasiones están siempre vivas en los que quieren renunciar a ellas.

411 (400-278) Grandeza del hombre.
Teníamos una idea tan grande del alma del hombre que no podemos sufrir ser en ello despreciados y no sentirnos estimados por un alma. Y toda la felicidad de los hombres consiste en esta estima.

412 (414-184) Los hombres están tan necesariamente locos, que sería estar loco, con otra clase de locura, el no ser loco.

413 (162-180) Quien quiera conocer plenamente la vanidad del hombre no tiene más que considerar las causas y los efectos del amor. La causa es un «yo no sé qué». Corneille.

---

64 Virgilio, Georg., II, 490: «Feliz quien puede.» Horacio, Ep., II, 61: «No sorprenderse de nada...» (Montaigne, *Ensayos*, III, 10 y II, 12, respectivamente.)
65 Cf. Montaigne, *Ensayos*, II, 12. Edición de 1652, p. 424.
66 Des Barreaux (1602-1673), epicúreo del siglo XII, se hizo famoso por sus vueltas a la fe cuando se sentía enfermo.

Y los efectos son desastrosos. Ese «yo no sé qué», tan poca cosa que no se le puede reconocer, remueve toda la tierra, los príncipes, los ejércitos, el mundo entero.

Si la nariz de Cleopatra hubiera sido más corta, toda la faz de la tierra habría cambiado.

414 (171-217) Miseria.

La única cosa que nos consuela de nuestras miserias es el divertimiento. Y, sin embargo, es la más grande de nuestras miserias. Porque es ella, principalmente, la que nos impide pensar en nosotros y la que hace que nos perdamos insensiblemente. Sin ello estaríamos llenos de tedio, y este tedio nos impulsaría a buscar un medio más sólido de salir de él; pero el divertimiento nos entretiene y nos hace llegar a la muerte insensiblemente.

415 (130-202) Agitación.

Cuando un soldado se queja del esfuerzo, o un labrador, etc., que se les deje sin nada que hacer.

416 (546-690) La naturaleza está corrompida.

Sin J.-C., el hombre está necesariamente en el vicio y en la miseria. Con J.-C., el hombre está exento de vicio y de miseria.

En El reside toda nuestra virtud y toda nuestra felicidad.

Fuera de El no hay más que vicio, miseria, error, tinieblas, muerte, desesperación.

417 (548-729) No solamente no conocemos a Dios más que por J.-C., sino que no nos conocemos a nosotros mismos más que por J.-C.; no conocemos la vida, ni la muerte, más que por Jesucristo. Fuera de J.-C. no sabemos ni lo que es nuestra vida, ni nuestra muerte, ni Dios, ni nosotros mismos.

Así, sin la Escritura, la cual no tiene sino a J.-C. por objeto, no conocemos nada y no vemos más que oscuridad y confusión en la naturaleza de Dios y en la propia naturaleza.

SERIE II

418 (233-451) Infinito nada.

Nuestra alma está arrojada en el cuerpo, donde halla número, tiempo, dimensiones; razona según esto, y llama a esto naturaleza, necesidad, y no puede creer otra cosa.

La unidad sumada al infinito no le aumenta nada, lo mismo que un pie a una medida infinita; lo finito se anula en presencia del infinito y se convierta en una pura nada. Así nuestro espíritu delante de Dios, así nuestra justicia

delante de la justicia divina. No hay tanta desproporción entre nuestra justicia y la de Dios como entre la unidad y el infinito.

Es preciso que la justicia de Dios sea tan grande como su misericordia. Ahora bien, la justicia para con los réprobos es menos inmensa y debe extrañar menos que la misericordia para con los elegidos.

Sabemos que existe un infinito, e ignoramos su naturaleza de la misma manera que sabemos que es falso que los números sean finitos. Pues es verdad que hay un infinito en número, pero no sabemos qué es. Es falso que sea par, es falso que sea impar; porque añadiéndole la unidad no cambia de naturaleza. Sin embargo, es un número, y todo número es par o impar. Es verdad que esto se dice de todo número finito.

Así, se puede conocer perfectamente que hay un Dios sin saber lo que es.

¿No existe una verdad sustancial, ya que vemos tantas cosas verdaderas que no son la verdad misma?

Conocemos, por tanto, la existencia y la naturaleza de lo finito porque somos finitos y extensos como él.

Conocemos la existencia del infinito e ignoramos su naturaleza, porque tiene extensión como nosotros, pero no límites como nosotros.

Pero no conocemos ni la existencia ni la naturaleza de Dios, porque no tiene extensión ni límites.

Pero por la fe conocemos su existencia; por la gloria, conoceremos su naturaleza.

Ahora bien, ya he demostrado que se puede conocer perfectamente la existencia de una cosa sin conocer su naturaleza.

O. Sigue a la vuelta[67].

O. Hablemos ahora según las luces naturales.

Si existe un Dios, es infinitamente incomprensible, puesto que, no teniendo ni partes ni límites, no tiene relación alguna con nosotros. Somos, por consiguiente, incapaces de conocer ni lo que es, ni si es. Siendo esto así, ¿quién se atreverá a intentar resolver esta cuestión? No seremos nosotros, que no tenemos ninguna relación con él.

---

[67] Con esta indicación, en francés *tournez*, Pascal señala la continuación de este fragmento en el envés de la hoja manuscrita. Dicho fragmento fue redactado por Pascal sobre dos trozos de papel, uno de 24 por 19 cms. y el otro de 23,5 por 20,5. El estudio de estos papeles ha llevado a la conclusión de que, a juzgar por sus dobladuras, debió de permanecer en el bolsillo de Pascal durante algún tiempo. Las anotaciones cubren totalmente su superficie, y probablemente están escritas en diversos momentos.

El texto aquí presentado coloca, en primer lugar, las líneas escritas de manera continuada, pero añadiendo a este texto las correcciones y las adiciones que Pascal fue escribiendo en la parte libre del papel.

¿Quién reprochará, por tanto, a los cristianos de no poder dar razón de su creencia, ellos que profesan una religión de la que no pueden dar razón?; declaran al exponerla al mundo que es una necedad, *stultitiam*, ¡y luego os quejáis de que no la demuestren! Si la probasen incumplirían su palabra. Es faltándoles pruebas como no carecen de sentido. «Sí, pero aunque esto excusa a los que así la presentan, y les exime de la censura de producirla sin razón, no excusa a los que la reciben.» Examinemos, pues, este punto. Y digamos: «Dios existe o no existe»; pero, ¿de qué lado nos inclinaremos? La razón nada puede determinar ahí. Hay un caos infinito que nos separa. Se juega un juego en la extremidad de esta distancia infinita, donde saldrá cara o cruz. ¿Qué apostáis? Por la razón, no podéis escoger ni lo uno ni lo otro; por la razón, no os podéis librar de ninguno de los dos.

No acuséis, pues, de falsedad a los que han hecho una elección, porque vosotros no sabéis nada de eso. «No, pero les censuraré por haber hecho, no esa elección, sino una elección; porque, aunque tanto el que eligió cruz como el otro caigan en falta parecida, ambos incurren en falta; lo justo es no apostar.»

Sí, pero es preciso apostar. No es voluntario, estáis embarcados. ¿Por cuál os decidireis, por tanto? Veamos; puesto que es necesario escoger, veamos lo que menos os interesa. Tenéis dos cosas que perder: la verdad y el bien, y dos cosas que comprometer: vuestra razón y vuestra voluntad, vuestro conocimiento y vuestra felicidad, y vuestra naturaleza dos cosas de que huir: el error y la miseria. Vuestra razón no resulta más perjudicada, puesto que hay que escoger necesariamente, eligiendo lo uno y no lo otro. He ahí un punto resuelto. Pero, ¿y vuestra felicidad? Pesemos la ganancia y la pérdida apostando cruz a que Dios existe. Tengamos en cuenta estos dos casos: si ganáis, ganáis todo, y si perdéis, no perdéis nada: apostad, pues, a que El existe, sin vacilar. «Es admirable. Sí, hay que apostar, pero apuesto quizá demasiado.» Veamos; puesto que existe la misma posibilidad de ganar que de perder, si no fuérais a ganar más que dos vidas por una, podríais aún apostar, pero ¿y si pudiérais ganar 3?

Sería preciso jugar (puesto que estáis en la necesidad de jugar), y seríais imprudentes, estando forzados a jugar, al no arriesgar vuestra vida para ganar tres en un juego en el que hay igual posibilidad de perder que de ganar. Pero hay una eternidad de vida llena de felicidad. Y, siendo esto así, aunque hubiera una infinidad de posibilidades de las cuales una sola fuera para vosotros, tendríais todavía razón de apostar una para tener dos, y obraríais insensatamente, estando obligados a jugar, rehusando jugar una vida contra tres en un juego en el que de una infinidad de posibilidades hay una para vosotros, si hubiera una infinidad de vida infinitamente feliz por ganar: pero hay aquí una infinidad de vida infinitamente feliz por ganar, una posibilidad de ganar contra un número limitado de posibilidades de perder, y lo que jugáis es finito. Esto anula toda resistencia allí donde esté lo infinito y donde no haya una infinidad de posibilidades de perder contra una sola de ganar. No se puede vacilar, es preciso darlo todo. Y así, cuando se está forzado a jugar, es menester renunciar a la razón para conservar la vida, antes que arriesgarla por la ganancia infinita, tan pronta a llegar como la pérdida de la nada.

Porque no sirve de nada decir que es incierto que se va a ganar, y que es cierto que se arriesga, y que la infinita distancia que hay entre la certidumbre de lo que se expone y la incertidumbre de lo que se ganará, iguala el bien finito, que ciertamente se expone, al infinito, que es incierto. Esto no es así. Todo jugador arriesga con certidumbre para ganar con incertidumbre; y, sin embargo, arriesga ciertamente lo finito para ganar inciertamente lo finito, sin pecar contra la razón. No existe una distancia infinita entre esta certidumbre de lo que se expone y la incertidumbre de la ganancia: esto es falso. Hay, en verdad, distancia infinita entre la certidumbre de ganar y la certidumbre de perder, pero la incertidumbre de ganar es proporcionada a la certidumbre de lo que se arriesga, según la proporción de posibilidades de ganar y de perder. Y de ahí viene que, si hay tantas posibilidades de un lado como de otro, el partido a jugar es de igual contra igual. Y entonces la certidumbre de lo que uno se arriesga es igual a la incertidumbre de la ganancia; tan necesario es que esté infinitamente distante. Y así, nuestra proposición tiene una fuerza infinita, cuando hay que arrisga lo finito, en un juego en el que hay parecidas posibilidades de ganar que de perder, y el infinito a ganar.

Esto es demostrativo, y si los hombres son capaces de alguna verdad, ésta lo es.

«Lo confieso, lo reconozco; pero, todavía, ¿no hay algún modo de ver el revés del juego?» Sí, la Escritura y lo demás, etc. «Sí; pero tengo las manos atadas y la boca enmudecida; se me obliga a apostar y no tengo libertad; no se me deja, y estoy hecho de tal manera que no puedo creer. ¿Qué queréis que haga?» —Es verdad, pero daros cuenta, al menos, de que vuestra incapacidad para creer procede de vuestras pasiones. Puesto que la razón os lleva a ello, y que, sin embargo, no podéis conseguirlo, trabajad, pues, no en convenceros por medio de la acumulación de pruebas acerca de Dios, sino por la disminución de vuestras pasiones. Queréis llegar a la fe y no sabéis el camino. Queréis curar de vuestra infidelidad y preguntáis los

remedios que hay para ello; aprender de los que, etc., han estado maniatados como vosotros y que apuestan ahora todo su bien. Estas son gentes que conocen el camino que querríais seguir y que están curadas del mal del que vosotros querríais curar; seguid el modo con el que ellos han comenzado. Consiste en hacer todo como si creyesen, tomando agua bendita, encargando misas, etc. Naturalmente, eso mismo os hará creer y os embrutecerá[68]. «Pero eso es lo que yo temo.» —Y ¿por qué?, ¿qué podéis perder? Pero para mostraros que eso conduce ahí, es que os disminuirá las pasiones, que son los grandes obstáculos.

Fin de este razonamiento

Ahora bien, ¿qué mal puede sucederos tomando este partido? Seréis fiel, honesto, humilde, reconocido, bienhechor, amigo sincero, verdadero... En verdad, no estaréis infectados en el placer, en la gloria, en las delicias, pero ¿no tendréis otras cosas?

Yo os digo que ganaréis en esta vida, y que a cada paso que deis en este camino, veréis de tal manera la certidumbre de la ganancia y la nada de lo que habéis arriesgado, que os daréis cuenta, al fin, que habéis apostado por una cosa cierta, infinita, para la cual no habéis dado nada.

«¡Oh, este razonamiento me arrebata, me encanta, etc.!» Si este razonamiento os complace y os parece convincente, sabed que ha sido hecho por un hombre que se ha arrodillado antes y después, para suplicar al ser infinito y sin partes, al que somete todo lo suyo, que someta también lo vuestro para vuestro propio bien y para gloria suya; y que así la fuerza se armonice con esta bajeza.

419 (89-449) La costumbre es nuestra naturaleza. Quien se acostumbra a la fe la cree, y no puede más que temer al infierno, y no cree otra cosa.

Quien se acostumbra a creer que el rey es terrible, etc.

¿Quién duda, pues, que nuestra alma, acostumbrada a ver número, espacio, movimiento, cree eso y nada más que eso?

420 (231-444) ¿Creéis que es imposible que Dios sea infinito, sin partes? Sí.

Quiero, pues, haceros ver una cosa infinita e indivisible: un punto que se mueve por todas partes con una velocidad infinita.

Pues es uno en todos los sitios y permanece todo entero en cada uno de ellos.

Que este efecto de la naturaleza, que antes os parecía imposible, os haga conocer que pueden existir otros que aún no conocéis. No saquéis como consecuencia de vuestro aprendizaje que no queda nada por saber, sino que os quedan infinitas cosas por saber.

[68] En francés, abêtira.

421 (477-703) Es falso que seamos dignos de que los otros nos amen. Es injusto que lo deseemos. Si naciéramos razonables e indiferentes, y conociéndonos a nosotros mismos y a los demás, no daríamos esta inclinación a nuestra voluntad.

Nacemos, por tanto, con ella; nacemos, pues, injustos.

Porque todo tiende hacia sí: esto es contra todo orden.

Hay que tender a lo general, y la inclinación hacia sí es el comienzo de todo desorden: en guerra, en policía, en economía y en el cuerpo particular del hombre.

La voluntad está, por consiguiente, depravada. Si los miembros de las comunidades naturales y civiles tienden al bien del cuerpo, las comunidades mismas deben tender a otro cuerpo más general, del cual son miembros.

Se debe, pues, tender a lo general. Nacemos, por tanto, injustos y depravados.

421 (606-703) Ninguna religión más que la nuestra ha enseñado que el hombre nace en pecado; ninguna secta de filósofos lo ha dicho; ninguna, por tanto, ha dicho la verdad.

Ninguna secta ni religión ha existido siempre sobre la tierra, más que la religión cristiana.

422 (535-682) Estamos muy obligados con los que nos advierten de nuestros defectos, porque mortifican; saben que hemos sido despreciados; no impiden que lo seamos en el futuro, pues tenemos otros muchos defectos para serlo. Preparan el ejercicio de la corrección, y la supresión de un defecto.

423 (277-477) El corazón tiene razones que la razón no conoce; se ve en mil cosas.

Yo digo que el corazón ama al ser universal naturalmente y a sí mismo naturalmente, según se entregue a ello, y se endurece contra uno u otro a su gusto. Habéis rechazado al uno y conservado al otro; ¿es que os amáis por razón?

424 (278-481) Es el corazón el que siente a Dios y no la razón. He ahí lo que es la fe. Dios sensible al corazón, no a la razón.

425 (604-726) La única ciencia que va contra el sentido común y la naturaleza de los hombres es la única que ha subsistido siempre entre los hombres.

426 (542-695) La religión cristiana es la única que hace al hombre amable y feliz al mismo tiempo; en la honestidad no se puede ser amable y feliz a la vez.

SERIE III

427 (194-335) ... Que aprendan, al menos, cuál es la religión que combaten, antes de combatirla. Si esta religión presumiera de tener una visión clara de Dios, y de poseerlo al descubierto y sin velo, sería combatirla el decir que no se ve nada en el mundo que le muestre con esa evidencia.

Pero, puesto que ella dice, por el contrario, que los hombres están en tinieblas y en el alejamiento de Dios, que El está oculto a su conocimiento, que es precisamente el nombre que El se da en las Escrituras, *Deus absconditus;* y, en fin, si ella trabaja por igual en establecer estas dos cosas: que Dios ha dejado señales sensibles en la Iglesia para hacerse reconocer por aquellos que le buscan sinceramente; y que El, sin embargo, las ha encubierto de tal modo que no será percibido más que por aquellos que le buscan de todo corazón, ¿qué ventaja pueden conseguir, cuando desde la negligencia, en la que hacen profesión de estar a la búsqueda de la verdad, gritan que nada se la muestra, pues esta oscuridad en la que están, y que echan en cara a la Iglesia, no hace sino establecer una de las cosas que ella sostiene, dejando a un lado la otra, e instituye su doctrina, lejos de arruinarla?

Haría falta, para combatirla, que gritasen que han hecho todos sus esfuerzos para buscarla en todas partes, e incluso en aquello que la Iglesia propone para instruirse en ella, pero sin ninguna satisfacción. Si hablasen de este modo, combatirían a la verdad una de sus pretensiones. Pero yo espero mostrar aquí que no existe nadie razonable que pueda hablar de esta manera; y me atrevo incluso a decir que nunca nadie lo ha hecho. Bastante se sabe de qué manera obran los que tienen ese espíritu. Creen haber hecho grandes esfuerzos para instruirse, cuando han empleado algunas horas en la lectura de algún libro de la Escritura, y han preguntado a algún clérigo sobre las verdades de la fe. Después de esto, se vanaglorian de haber buscado sin éxito en los libros y entre los hombres. Pero, en verdad, yo les diría lo que he dicho frecuentemente, que esa negligencia no se puede tolerar. No se trata aquí del ligero interés de alguna persona extraña, para proceder de ese modo; se trata de nosotros mismos, y de nuestro todo.

La inmortalidad del alma es una cosa que nos importa tanto, que nos afecta tan profundamente, que hace falta haber perdido todo sentimiento para permanecer en la indiferencia de saber lo que hay de ello. Todas nuestras acciones y nuestros pensamientos deben tomar rutas tan diferentes, según que haya o no bienes eternos en que esperar, que es imposible dar un paso con sentido o juicio

más que regulándolo a la luz de este punto, que debe ser nuestro último fin.

Así, nuestro interés primordial y nuestro primer deber es aclararnos con este tema, del que depende toda nuestra conducta. Y es por lo que, de entre los que no están persuadidos de ello, hago una gran diferencia entre aquellos que trabajan con todas sus fuerzas por instruirse y aquellos que viven sin inquietarse y sin pensar en ello,

No puedo sentir sino compasión por los que gimen sinceramente en esta duda, que miran como la última de las desgracias, y que, no escatimando nada para salir de ella, hacen de esta búsqueda sus principales y sus más serias ocupaciones.

Pero a los que pasan su vida sin pensar en este fin último de la vida, y que, por la sola razón de que no encuentran en sí mismos las luces que les persuadan de ello, descuidan el buscarlas en otra parte, y examinar a fondo si esta opinión es de las que el pueblo recibe con crédula simplicidad, o de las que, aunque oscuras en sí mismas, tienen, sin embargo, un fundamento muy sólido e inquebrantable, los considero yo de un modo muy diferente.

Esta negligencia en un asunto en el que se trata de ellos mismos, de su eternidad, de su todo, me irrita más que me conmueve; me asombra y me espanta: es un monstruo para mí. No digo esto por el celo piadoso de una devoción espiritual. Entiendo, por el contrario, que se debe tener este sentimiento por un principio de interés humano y por un interés de amor propio: no es necesario para eso sino ver lo que ven las personas menos ilustradas.

No hace falta tener un alma muy elevada para comprender que no hay aquí satisfacción verdadera y sólida, que todos nuestros placeres no son más que vanidad, que nuestros males son infinitos, y que, en fin, la muerte, que nos amenaza a cada instante, debe infaliblemente ponernos, en pocos años, en la horrible necesidad de ser eternamente aniquilados o desgraciados.

No hay nada más real que esto, ni más terrible. Hagámosnos todo lo valientes que queramos: he ahí el fin que le espera a la más bella vida del mundo. Reflexiónese sobre ello, y dígase después si no es indudable que no hay bien en esta vida sino en la esperanza de la otra, que no se es feliz sino a medida que nos aproximamos a ella, y que, como no habrá más desgracias para los que tengan plena seguridad en la eternidad, tampoco habrá felicidad para los que no tienen ninguna luz acerca de ella.

Por tanto, es seguramente un gran mal estar en esta duda; pero es, al menos, un deber indispensable buscar cuando se está en esa duda; y así, aquel que duda y que no busca es, al mismo tiempo, muy desgraciado y muy injusto. Si está tranquilo y satisfecho con ella, que haga de

ella profesión, y, en fin, que la haga objeto de su alegría y de su vanidad: no tengo palabras para calificar una tan extravagante criatura.

¿Dónde pueden adquirir estos sentimientos? ¿Qué motivo de alegría se halla en no esperar más que miserias sin remedio? ¿Qué motivo de vanidad en verse en oscuridades impenetrables, y cómo es posible que este razonamiento se dé en un hombre razonable?

«Yo no sé quién me ha puesto en el mundo, ni qué es el mundo, ni qué soy yo; me encuentro en una terrible ignorancia de todas estas cosas; no sé lo que es mi cuerpo, ni mis sentidos, ni mi alma, ni siquiera esta parte de mi yo que piensa lo que digo, que reflexiona sobre todo y sobre sí misma y que no se conoce a sí misma mejor que al resto.

»Veo esos terribles espacios del universo que me envuelven, y me encuentro atado a un rincón de esta vasta extensión, sin que sepa por qué estoy situado en ese lugar y no en otro, ni por qué este poco de tiempo que me ha sido concedido para vivir me ha sido asignado en este momento y no en otro de toda la eternidad que me ha precedido y de toda la que me sigue. No veo más que infinitudes por todas partes, que me envuelven como a un átomo y como a una sombra que no dura más que un instante sin retorno. Todo lo que yo sé es que debo morir pronto; pero lo que más ignoro es precisamente esa muerte que no sabré evitar.

»Como no sé de dónde vengo, tampoco sé a dónde voy; y sólo sé que al salir de este mundo caeré para siempre o en la nada, o en las manos de un Dios irritado, sin saber a cuál de estas dos condiciones debo estar eternamente sujeto. He aquí mi estado, lleno de debilidad e incertidumbre. Y, de todo eso, concluyo, pues, que debo pasar todos los días de mi vida sin pretender investigar lo que me ha de suceder. Quizá podría encontrar algún esclarecimiento en mis dudas; pero no quiero tomarme la molestia, ni dar un paso para buscarlo; y luego, tratando con desprecio a los que trabajan en este sentido —(cualquier certidumbre que de ello tuviesen sería más objeto de desesperación que de vanidad)—, quiero ir, sin previsión y sin temor, a enfrentarme con un acontecimiento tan decisivo, y dejarme conducir cómodamente a la muerte, en la incertidumbre de la eternidad de mi condición futura.»

¿Quién desearía tener por amigo a un hombre que discurre de este modo?, ¿quién le escogería, entre otros, para comunicarle sus asuntos?, ¿quién recurriría a él en sus aflicciones?, y, en fin, ¿a qué utilidad en la vida se le podría destinar?

En verdad, es una suerte para la religión tener por enemigos hombres tan irrazonables; y su oposición le es tan poco peligrosa, que sirve, por el contrario, para el establecimiento de sus verdades. Pues la fe cristiana no pretende más que fundamentar estas dos cosas: la corrupción de la naturaleza y la redención de Jesucristo. Ahora bien, yo sostengo que si aquéllos no sirven para demostrar la verdad de la redención con la santidad de sus costumbres, sirven, admirablemente, al menos, para demostrar la corrupción de la naturaleza con sentimientos tan desnaturalizados.

Nada es tan importante para el hombre como su estado; nada le resulta tan temible como la eternidad. Y así, que se hallen hombres indiferentes a la pérdida de su ser y al peligro de una eternidad de miserias, no es natural. Son completamente otros con respecto a todas las demás cosas: temen hasta las más nimias, las prevén, las sienten; y este mismo hombre que pasa tantos días y noches lleno de rabia y de desesperación por la pérdida de un cargo o por cualquier ofensa imaginaria a su honor, es el mismo que sabe que va a perder todo con la muerte, sin inquietud y sin emoción. Es algo monstruoso ver en un mismo corazón y al mismo tiempo esa sensibilidad hacia las menores cosas y esa extraña insensibilidad hacia las más importantes. Es un encantamiento incomprensible, y un adormecimiento sobrenatural, que indica como causa una fuerza todopoderosa.

Hace falta que se haya producido una extraña inversión en la naturaleza del hombre para que se gloríe de estar en ese estado, en el cual parece increíble que alguien pueda encontrarse. Sin embargo, la experiencia me hace ver en él a un número tan grande de gente, que esto sería sorprendente si no supiéramos que la mayor parte de los que en ello se mezclan simulan y no son tales en realidad. Son gente que han oído decir que las bellas maneras del mundo consisten en hacerse así el indignado. Es lo que ellos llaman sacudirse el yugo, y lo que tratan de imitar. Pero no sería difícil hacerles entender cuánto se engañan al buscar por ahí la estima. No es ese el medio de obtenerla, digo yo, ni tan siquiera entre las personas de mundo que juzgan sanamente de las cosas y que saben que la única vía para tener éxito es aparecer honesto, fiel, juicioso y capaz de servir útilmente a su amigo, puesto que los hombres no aman naturalmente sino lo que puede serles útil. Ahora bien, ¿qué ventaja puede repararnos el oír decir a un hombre que ha sacudido el yugo, que no cree que haya un Dios que vele sus acciones, que se considera como único dueño de su conducta y que no piensa rendir cuenta de ella más que a sí mismo? ¿Piensa por ello inclinarnos de ahora en adelante a tener confianza en él, y a esperar consuelos, consejos y ayudas en todas las necesidades de la vida? ¿Pretende alegrarnos, al decir que piensan que nuestra alma no es más que un poco de viento y de humo, e incluso

decírnoslo con un tono de voz orgulloso y satisfecho? ¿Es algo que se pueda decir alegremente?, y, por el contrario, ¿no es algo que deba decirse tristemente, como la cosa más triste del mundo?

Si pensaran seriamente en ello, verían que eso está tan mal pensando, que es tan contrario al buen sentido, tan opuesto a la honestidad y tan alejado en todo caso de esas buenas maneras que buscan, que serían mucho más capaces de enderezar que de corromper a los que se sintieran inclinados a seguirles. Y, en efecto, hacedles darse cuenta de sus sentimientos y de las razones que tienen para dudar de la religión; os dirán cosas tan débiles y tan bajas, que os persuadirán de lo contrario. Era lo que, muy a propósito, les decía un día una persona: «Si continuáis discurriendo de ese modo —les decía— en verdad me convertiréis.» Y tenía razón, porque ¿quién no se horrorizaría de verse con sentimientos en los que se tiene por compañeros a personas tan despreciables?

Así, los que no hacen más que fingir esos sentimientos, serían muy desgraciados al contradecir su naturaleza para hacerse los hombres más impertinentes. Si en el fondo de su corazón están enfadados por no tener más luz, que no lo disimulen: esta confesión no será vergonzosa. No hay más vergüenza que el no tenerla. Nada revela más una extrema debilidad de espíritu que el no conocer la desgracia de un hombre sin Dios; nada indica mejor una mala disposición del corazón que el no desear la verdad de las promesas eternas; no hay nada más cobarde que el hacerse el valiente contra Dios. Que dejen, pues, estas impiedades para los que son lo bastante mal nacidos como para ser verdaderamente capaces de ellas; que sean, al menos, gentes honestas, si no pueden ser cristianos, y que reconozcan, en fin, que no existen más que dos clases de personas que se pueden llamar razonables: o los que sirven a Dios de todo corazón porque lo conocen, o los que le buscan de todo corazón porque no lo conocen.

Pero los que viven sin conocerle y sin buscarle, se consideran a sí mismos tan poco dignos de su propio cuidado, que no son dignos del cuidado de los otros, y se necesita tener toda la caridad de la religión que ellos desprecian para no despreciarlos hasta abandonarlos en su locura. Pero, puesto que esta religión nos obliga a respetarlos siempre, mientras estén en esta vida, como capaces de la gracia que puede iluminarlos, y a creer que, en poco tiempo, pueden estar más llenos de fe de lo que lo estamos nosotros, y que, por el contrario, podemos nosotros caer en la ceguera en la que ellos están, es menester hacer por ellos lo que quisiéramos que se hiciera por nosotros si estuviéramos en su lugar, y moverles a tener piedad de sí mismos y a dar al menos algunos pasos para intentar que encuentren luz. Que dediquen a esta lectura algunas de las horas que emplean tan inútilmente en otras cosas: aunque tengan algún prejuicio, quizá encuentren alguna cosa, y, por lo menos, no perderán mucho. Pero los que tengan una perfecta sinceridad y un verdadero deseo de encontrar la verdad, espero que hallarán satisfacción, y que quedarán convencidos por las pruebas de una religión tan divina, como las que yo he recogido aquí, y en las cuales he seguido, poco más o menos, este orden...

428 (195-334/107) Antes de entrar en las pruebas de la religión cristiana, creo necesario presentar la injusticia de los hombres que viven sin preocuparse de buscar la verdad de una cosa que les es tan importante y que les afecta tan de cerca.

De todos sus desvaríos, es este, sin duda, el que más les convence de locura y de obcecación, y en el que es más fácil confundirlos por las primeras miras del sentido común y por los sentimientos de la naturaleza. Porque es indudable que el tiempo de esta vida no es más que un instante, que el estado de la muerte es eterno, de cualquier naturaleza que sea, y que, así, todas nuestras acciones y nuestros pensamientos deben tomar caminos tan diferentes según el estado de esta eternidad que es imposible dar un paso con sentido y juicio, sin reglarlo según ese punto de vista que debe ser nuestro último objeto.

No hay nada más claro que esto, y así, según los principios de la razón, la conducta de los hombres es a todas luces irrazonable, si no toman otro camino. Júzguese, pues, por lo dicho más arriba, de los que viven sin pensar en este último fin de la vida, que se dejan llevar por sus inclinaciones y por sus placeres sin reflexión y sin inquietud, y, como si pudiesen aniquilar la eternidad apartando de ella su pensamiento, no piensan más que ser felices en el instante presente.

Sin embargo, esta eternidad subsiste, y la muerte, que debe abrirla y que les amenaza a cada momento, les debe infaliblemente poner en poco tiempo en la horrible necesidad de ser eternamente, o aniquilados, o desgraciados, sin que sepan cuál de estas eternidades les está preparada para siempre.

He ahí, sin duda, una terrible consecuencia. Están en el peligro de una eternidad de miserias; y además, como si la cosa no valiese la pena, descuidan examinar si es de esas opiniones que el pueblo acepta con una facilidad demasiado crédula, o de las que, estando oscuras por sí mismas, tienen un fundamento muy sólido, aunque oculto. Así, no saben si hay verdad o falsedad en ello, ni si hay fuerza o debilidad en las pruebas. Las tienen delante de los ojos; rehúsan mirarlas, y, en esta ignorancia, se deciden por

hacer todo lo que hace falta para caer en esa desgracia, en el caso de que exista, por esperar a hacer la prueba en la muerte, en estar, sin embargo, muy satisfechos en este estado, por hacer profesión de ello y, en fin, por envanecerse con esta situación. ¿Puede pensarse seriamente en la importancia de este asunto sin horrorizarse de una conducta tan extravagante?

Este permanecer en la ignorancia es algo monstruoso y es menester hacerles ver su extravagancia y su estupidez a los que pasan su vida en ella, presentándosela a ellos mismos, para confundirlos ante la visión de su locura. Porque he aquí cómo razonan los hombres cuando deciden vivir en esta ignorancia de lo que son y no buscan su esclarecimiento. «Yo no sé», dicen.

429 (229-414) He ahí lo que veo y lo que me perturba. Miro a todas partes, y no veo más que oscuridad. La naturaleza no me ofrece nada que no sea materia de duda e inquietud. Si no viera en ella nada que denotara una divinidad, me determinaría por la negativa; si viera por todas partes las huellas de un Creador, reposaría en paz en la fe. Pero, viendo demasiado como para llegar y demasiado poco como para asegurarme, estoy en un estado lamentable, y en el que he deseado cien veces que, si un Dios la sostiene, que ella lo denote sin equívoco[69]; y que, si las señales que nos ofrece son engañosas, las suprima del todo; que diga todo o nada, a fin de que vea qué partido debo seguir. Mientras que en el estado en que me encuentro, ignorado lo que soy y lo que debo hacer, no conozco ni mi condición ni mi deber. Mi corazón tiende todo él a conocer dónde está el verdadero bien, para seguirlo; nada me resultaría demasiado costoso para la eternidad.

Envidio a los que veo vivir en la fe con tanta negligencia, y que usan tan mal de un don del que me parece que yo haría un uso tan diferente.

430 (431-388) Ningún otro ha conocido que el hombre es la más excelente criatura. Unos, que han conocido bien la realidad de su excelencia, han tomado por cobardía e ingratitud los sentimientos bajos que los hombres tienen naturalmente de sí mismos; y otros, que han conocido bien cuán efectiva es esta bajeza, han tratado de soberbia ridícula estos sentimientos de grandeza, que son también naturales al hombre.

Levantad vuestros ojos hacia Dios, dicen unos; ved a Aquel a quienes os asemejáis, y que os ha hecho para que le adoréis. Podéis ser semejantes a El; la sabiduría os igualará a El, si queréis seguirle. «Alzad la cabeza, hombres

69 Parece referirse aquí Pascal a la naturaleza, aunque en el texto original no aparezca explícitamente.

libres», dice Epícteto. Y los otros le dicen: «Bajad vuestros ojos hacia la tierra, vil gusano que sois, y mirad las bestias de las que sois compañeros.»

¿Qué llegará a ser, pues, el hombre? ¿Será igual a Dios o a las bestias? ¡Qué espantosa distancia! ¿Qué seremos, pues, nosotros? ¡Quién no ve en todo eso que el hombre está extraviado, que ha caído de su puesto, que lo busca con inquietud, que no lo puede volver a encontrar! ¿Y quién lo enderezará hacia allí, pues? Los hombres más grandes no lo han conseguido.

431 (560-460) No concebimos ni el estado glorioso de Adán, ni la naturaleza de su pecado, ni su transmisión a nosotros. Son cosas que han sucedido en el estado de una naturaleza completamente diferente de la nuestra y que superan el estado de nuestra capacidad presente.

Saber todo esto nos es inútil para salir de él; y todo lo que nos importa conocer es que somos miserables, corrompidos, separados de Dios, pero rescatados por Jesucristo; y es de esto de lo que tenemos pruebas admirables en la tierra.

Así, las dos pruebas de la corrupción y de la redención se deducen de los impíos, que viven en la indiferencia de la religión, y de los judíos, que son los enemigos irreconciliables.

SERIE IV

432 (194 bis y ter-8/16/335a-t/336 (23.) amor propio, y porque es algo que nos interesa lo bastante como para conmovernos, el estar asegurados, que después de todos los males de la vida, una muerte inevitable que nos amenaza a cada instante debe infaliblemente, en pocos años *(ponernos)* en la horrible necesidad *(de ser eternamente aniquilados o desgraciados)*[70].

(24.) Las tres condiciones.

(25.) No hay que decir de eso que sea una muestra de razón.

(26.) Es todo lo que podría hacer un hombre que estuviera seguro de la falsedad de esta noticia, aun cuando no debiera estar alegre, sino abatido.

(27.) Nada es tan importante como eso, y nada se descuida más que eso.

(28.) Nuestra imaginación nos engrandece tanto el tiempo presente, a fuerza de hacer continuas reflexiones sobre él, y nos empequeñece de tal manera la eternidad, a falta

70 Ya que este fragmento presenta una estructura absolutamente inacabada, respetamos la puntuación que guarda el original.

de reflexionar en ella, que hacemos de la eternidad una nada, y de la nada una eternidad; y todo esto tiene en nosotros raíces tan vivas que toda nuestra razón no puede defendernos de ello, y que...

(29.) Les preguntaría si no es verdad que verifican por sí mismos ese fundamento de la fe que combaten, el cual consiste en que la naturaleza de los hombres está corrompida.

433 (783-651) ... Entonces Jesucristo viene a decir a los hombres que no tienen otros enemigos más que ellos mismos, que son sus pasiones las que les separan de Dios, que viene a destruirlas, y a darles su gracia, a fin de hacer de todos ellos una Iglesia Santa que viene a restituir a esta Iglesia a los paganos y a los judíos, que viene a destruir los ídolos de unos y la superstición de otros. A esto se oponen todos los hombres, no sólo por la oposición natural de la concupiscencia; sino, por encima de todo, los reyes de la tierra se unen para abolir esta religión naciente, como había sido predicho *(prof.: Quare fremuerunt gentes... reges terrae ... adversus Christum)*[71].

Todo lo que hay de grande sobre la tierra se une: los sabios, los prudentes, los reyes. Los unos escriben, los otros condenan, los otros matan. Y no obstante todas estas oposiciones, esta gente simple y sin fuerza resiste a todos esos poderes y someten incluso a esos reyes, esos sabios, esos prudentes, y hacen desaparecer la idolatría de toda la tierra. Y todo esto es posible por la fuerza que lo había predicho.

434 (199-341) Imagínese un número de hombres encadenados, y condenados todos a muerte, varios de los cuales son degollados cada día a la vista de los otros, quienes ven su propia condición en la de sus semejantes, y, mirándose unos a otros con dolor y sin esperanza, aguardan su turno. Esta es la imagen de la condición de los hombres.

435 (621-409) Habiendo pasado la creación y el diluvio, y no debiendo Dios destruir más el mundo, ni recrearlo, ni dar grandes señales de sí, comenzó a establecer un pueblo sobre la tierra, formado expresamente, que debía durar hasta el pueblo que el Mesías formaría por su espíritu.

SERIE V

436 (628-412) *Antigüedad de los judíos* ¡Qué diferencia hay de un libro a otro! No me sorprende que los griegos hayan escrito la *Ilíada*, ni los egipcios y los chinos sus historias. No hay más que ver cómo han nacido. Esos historiadores fabulosos no son contemporáneos de las cosas que escriben. Homero escribe una novela, que transmite como tal y que como tal es recibida; porque nadie dudaba de que Troya y Agamenón no habían existido, igual que la manzana de oro. El no pensaba tampoco en hacer una historia, sino sólo un divertimiento; es el único que escribe de su tiempo, la belleza de la obra hace durar la cosa: todo el mundo la aprende y habla de ella; hay que saberla, todos la saben de memoria. Cuatrocientos años después, los testigos de los hechos ya no están vivos; nadie sabe por propio conocimiento si es una fábula o una historia: uno la ha aprendido sólo de sus antepasados, puede pasar por verdadera.

Toda historia que no es contemporánea es sospechosa; así los libros de las Sibilas y de Trimegisto, y tantos otros que han tenido crédito en el mundo, son falsos y se hallaron falsos con el paso del tiempo. No sucede lo mismo con los autores contemporáneos.

Existe una clara diferencia entre un libro que escribe un particular, y que él lanza al pueblo, y un libro que compone un pueblo mismo. No se puede dudar de que el libro sea tan antiguo como el pueblo.

437 (399-256) No se es miserable sin sentimiento: una casa en ruinas no lo es. No hay miserable sino el hombre. *Ego vir videns*[72].

438 (848-769) Si la misericordia de Dios es tan grande que nos instruye saludablemente, incluso cuando se oculta, ¿qué luz no debemos esperar de El, cuando se descubra?

439 (656-588) Reconoced, pues, la verdad de la religión en la oscuridad misma de la religión, en la poca luz que de ella tenemos, en la indiferencia que tenemos por conocerla.

440 (559bis-446) El Ser eterno existe siempre si existe una vez.

441 (201-420) Todas las objeciones de unos y otros no van sino contra ellos mismos, y no contra la religión. Todo lo que dicen los impíos...

442 (560bis-640a) ... Así todo el universo enseña al hombre, o que está corrompido, o que está rescatado. Todo le enseña su grandeza o su miseria. El abandono de Dios se

71 Ps., II, 1-2: «¿Por qué las naciones de la tierra han temblado, *y los pueblos meditado cosas vanas?* Los reyes de la tierra *se han levantado y los príncipes se han aliado contra el Señor* y contra Cristo.»

72 Lam., III, 1-2: «Yo soy un hombre que ha visto *su miseria bajo el látigo de su cólera.*»

muestra en los paganos; la protección de Dios se muestra en los judíos.

443 (863-789) Todos yerra tanto más peligrosamente cuanto que cada uno siguen una verdad; su falta no está en seguir una falsedad, sino en no seguir otra verdad.

444 (557-603) Es, pues, verdad que todo instruye al hombre acerca de su condición, pero es preciso entenderlo bien: porque no es verdad que todo descubra a Dios y no es verdad que todo oculte a Dios. Pero es verdad, al mismo tiempo, que se oculta a los que le tientan y que se descubre a los que le buscan, porque los hombres son a la vez indignos de Dios y capaces de Dios: indignos de su corrupción, capaces por su primera naturaleza.

445 (558-604) ¿Qué concluiremos de todas nuestras oscuridades, sino nuestra indignidad?

446 (586-599) Si no hubiera oscuridad, el hombre no sentiría su corrupción; si no hubiera luz, el hombre no esperaría remedio. Así, para nosotros, no solamente es justo, sino útil que Dios esté en parte oculto y en parte descubierto, puesto que es igualmente peligroso para el hombre conocer a Dios sin conocer la propia miseria, y conocer la propia miseria sin conocer a Dios.

447 (769-652) La conversión de los paganos sólo estaba reservada a la gracia del Mesías. Los judíos han estado durante mucho tiempo combatiéndoles sin éxito: todo lo que dijeron Salomón y los profetas fue inútil. Los sabios, como Platón y Sócrates, no pudieron persuadirles.

448 (559-606) Si nunca hubiera aparecido nada de Dios, esta privación eterna sería equívoca, y podría referirse tanto a la ausencia de toda divinidad, como a la indignidad en la que se hallarían los hombres para conocerla; pero el hecho de que aparezca alguna vez, y no siempre, deshace el equívoco. Si aparece una vez, existe siempre; y así, no se puede concluir de esto sino que existe un Dios, y que los hombres son indignos de El.

449 (556-602) ... Blasfeman de lo que ignoran. La religión cristiana consiste en dos puntos; importa igualmente a los hombres conocerlos y es igualmente peligroso ignorarlos; y proviene igualmente de la misericordia de Dios haber dado señales de los dos.

Y, sin embargo, hallan motivo para concluir que uno de estos puntos no existe de lo que el otro debiera hacerles concluir. Los sabios que han dicho que no existe más que un Dios han sido perseguidos, los judíos odiados, los cristianos todavía más. Han visto por luz natural que si existe

una verdadera religión sobre la tierra, la conducta de todas las cosas debe tender a ella como a su centro. Toda la conducta de las cosas debe tener por objeto el establecimiento y la grandeza de la religión; los hombres deben tener en sí mismos sentimientos conformes a lo que ella nos enseña; y, en fin, debe ser hasta tal punto el objeto y el centro al que todas las cosas tienden, que quien conozca sus principios puede dar razón, tanto de toda la conducta del hombre en particular como de toda la conducta del mundo en general.

Y apoyados en este fundamento, toman pie para blasfemar de la religión cristiana, porque la conocen mal. Se imaginan que consiste simplemente en la adoración de un Dios al que se considera grande, poderoso y eterno; lo cual es propiamente el deísmo, casi tan alejado de la religión cristiana como el ateísmo, que le es completamente contrario. Y de ahí concluyen que esta religión no es verdadera, porque no ven que todas las cosas concurren al establecimiento de este punto, que Dios no se manifiesta a los hombres con toda la evidencia con que podría hacerlo.

Pero que concluyan lo que quieran contra el deísmo, que no concluirán nada contra la religión cristiana, que consiste propiamente en el misterio del Redentor, que al unir en sí las dos naturalezas, la humana y la divina, ha apartado a los hombres de la corrupción del pecado para reconciliarlos con Dios en su persona divina.

Enseña, por tanto, a los hombres estas dos verdades juntas: que existe un Dios, del que los hombres son capaces, y que existe una corrupción en la naturaleza, que les hace indignos de El. Importa igualmente a los hombres conocer uno y otro de estos puntos; y es igualmente peligroso para el hombre conocer a Dios sin conocer la propia miseria, que conocer la propia miseria sin conocer al Redentor que puede curarle de ella. Uno sólo de estos conocimientos causa, o la soberbia de los filósofos, que han conocido a Dios y no la propia miseria, o la desesperación de los ateos, que conocen la propia miseria sin Redentor.

Y así como es igualmente necesario al hombre conocer estos dos puntos, también es igualmente una misericordia de Dios el habérnoslos hecho conocer. La religión cristiana lo hace, y en eso consiste.

Examínese el orden del mundo según esto, y véase si todas las cosas no tienden al establecimiento de los dos puntos capitales de esta religión: Jesucristo es el fin de todo, y el centro al que todo tiende. Quien le conoce, conoce la razón de todas las cosas.

Los que se extravían no se extravían sino por falta de ver una de estas dos cosas. Pues se puede conocer bien a Dios sin la propia miseria, y la propia miseria sin Dios;

pero no se puede conocer a Jesucristo sin conocer al mismo tiempo a Dios y a la propia miseria.

Y es por esto por lo que yo no intentaré aquí probar por medio de razones naturales, ni la existencia de Dios, ni la Trinidad, ni la inmortalidad del alma, ni nada de esta naturaleza: no solamente porque no me sentiría lo bastante fuerte como para encontrar en la naturaleza con qué convencer a los ateos endurecidos, sino también porque este conocimiento, sin el de Jesucristo, es inútil y estéril. Aun cuando un hombre estuviera convencido de que las proporciones de los números son verdades inmateriales, eternas y dependientes de una primera verdad en la que subsisten, y que se llama Dios, yo no lo encontraría demasiado avanzado en su salvación.

El Dios de los cristianos no consiste en un Dios autor simplemente de las verdades geométricas y del orden de los elementos; esta es la parte de los paganos y de los epicuros. No consiste solamente en un Dios que ejerce su Providencia sobre la vida y sobre los bienes de los hombres, para dar una feliz sucesión de años a los que le adoran; esta es la parte de los judíos. Pero el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, el Dios de los cristianos, es un Dios de amor y de consolación; es un Dios que llena el alma y el corazón de los que El posee; es un Dios que les hace sentir interiormente la propia miseria, y su misericordia infinita; que se une al fondo de su alma; que la llena de humildad, de gozo, de confianza, de amor; que les hace incapaces de otro fin que no sea El mismo.

Todos los que buscan a Dios fuera de Jesucristo, y que se detienen en la naturaleza, o no hallan ninguna luz que les satisfaga, o llegan a forjarse un medio de conocer a Dios y de servirle sin mediador, y por ahí caen en el ateísmo o en el deísmo, que son dos cosas que la religión cristiana aborrece casi por igual.

Sin Jesucristo, el mundo no subsistiría; porque haría falta, o que fuera destruido, o que fuera como un infierno.

Si el mundo subsistiera para instruir al hombre de Dios, su divinidad reluciría por todas partes de una manera incontestable; pero como no subsiste sino por Jesucristo, y para Jesucristo y para instruir a los hombres tanto de su corrupción como de su redención, todo brilla con pruebas de estas dos verdades.

Lo que de El aparece no señala ni una exclusión total, ni una presencia manifiesta de divinidad, sino la presencia de un Dios que se esconde. Todo lleva este carácter.

El único que conoce la naturaleza, ¿la conocerá tan sólo para ser miserable?; el único que la conoce, ¿será el único desgraciado?

No hace falta que no vea absolutamente nada; no hace falta tampoco que vea lo bastante como para creer que lo posee, sino que vea lo bastante como para saber que lo ha perdido; porque, para saber que se ha perdido, hace falta ver y no ver; y este es precisamente el estado en el que se halla la naturaleza.

Cualquiera que sea el partido que tome, no le dejaré en reposo...

450 (494-436) Haría falta que la verdadera religión, al enseñar la grandeza, la miseria, condujese a la estima y al desprecio de sí, al amor y al odio.

SERIE VI

451 (620-408) Ventajas del pueblo judío.

En esta búsqueda, el pueblo judío atrae prioritariamente mi atención por cantidad de cosas admirables y singulares que aparecen en él.

Veo, en primer lugar, que es un pueblo compuesto todo él de hermanos, y, mientras que todos los demás están formados por el conjunto de una infinidad de familias, éste, aunque tan extrañamente abundante, ha surgido todo él de un solo hombre, y siendo así todos una misma carne y miembros los unos de los otros, componen un poderoso estado de una sola familia. Esto es único.

Esta familia o este pueblo es el más antiguo que existe en el conocimiento de los hombres, lo que me parece atraerle una veneración particular. Y principalmente en la búsqueda que llevamos a cabo, puesto que si Dios se ha comunicado a los hombres en todos los tiempos, es a ellos a quienes es preciso recurrir para saber su tradición.

Este pueblo no es solamente digno de consideración por su antigüedad, sino que es también singular por su duración, que ha continuado siempre desde su origen hasta ahora; porque, mientras que los pueblos de Grecia e Italia, de Lacedemonia, de Atenas, de Roma, y los otros que han venido tanto tiempo después, han perecido hace tanto tiempo, éste subsiste siempre, y, a pesar de las empresas de tantos poderosos reyes que cien veces han intentado hacerles perecer, como sus historiadores lo testimonian, y como es fácil de juzgar por el orden natural de las cosas durante un tan largo espacio de años. Sin embargo, se han conservado siempre, y esta conservación ha sido predicha. Y, extendiéndose desde los primeros tiempos hasta los últimos, su historia encierra en su duración la de todas nuestras historias.

La ley por la que este pueblo se gobierna es, en conjunto, la más antigua ley del mundo, la más perfecta y la única que haya sido siempre respetada sin interrupción en un estado. Esto es lo que Josefo muesta admirablemente

contra Appión y Filón el judío, en diversos lugares en los que hace ver que es tan antigua que el hombre mismo de ley no ha sido conocido por los más antiguos sino más de mil años después, de suerte que Homero, que ha escrito la historia de tantos estados, no se ha servido nunca de él. Y es fácil juzgar de su perfección por una simple lectura, por la que se ve que se ha provisto de todas las cosas con tanta sabiduría, tanta equidad y tanto juicio, que los más antiguos legisladores griegos y romanos que tuvieron alguna luz, tomaron de ella sus principales leyes, lo que aparece en lo que ellos llaman de las 12 tablas, y por otras pruebas que Josefo ha dado.

Pero esta ley es al mismo tiempo la más severa y la más rigurosa de todas en lo que respecta al culto de la religión, obligando a este pueblo, para retenerlo en su deber, a mil observaciones particulares y penosas bajo pena de muerte, de suerte que es algo asombroso que se haya siempre conservado tan constantemente durante tantos siglos por un pueblo rebelde e impaciente como éste, mientras que todos los demás estados han cambiado de tiempo en tiempo sus leyes, aunque fueran más fáciles.

El libro que contiene esta ley, la primera de todas, es, él mismo, el más antiguo libro del mundo, ya que los de Homero, Hesiodo y los demás datan de seiscientos o setecientos años después.

SERIE VII

452 (631-511) Sinceridad de los judíos.

Conservan con amor y fidelidad este libro donde Moisés declara que han sido ingratos para con Dios toda su vida, que sabe que lo serán aún más después de su muerte, pero que apela al cielo y a la tierra como testigo contra ellos, que él les ha enseñado bastante.

Y declara, al fin, que Dios, al irritarse contra ellos, los dispersará entre todos los pueblos de la tierra, y que así como ellos le han irritado adorando a los dioses que no eran sus dioses, igualmente les provocará llamando a un pueblo que no es su pueblo, y quiere que todas sus palabras sean conservadas eternamente y que su libro sea puesto en el arca de la alianza para servir siempre de testigo contra ellos. Isaías. Isaías dice lo mismo, 30, 8.

SERIE VIII

453 (610-498) Para mostrar que los verdaderos judíos y los verdaderos cristianos no tienen sino una misma religión.

La religión de los judíos —parecía— consistía esencialmente en la paternidad de Abraham, en la circuncisión, en los sacrificios, en las ceremonias, en el arca, en el templo, en Jerusalén y, en fin, en la ley y en la alianza de Moisés.

Yo digo que no consistía en ninguna de estas cosas, sino solamente en el amor de Dios, y que Dios reprobaba todas las otras cosas.

Que Dios no aceptará la paternidad de Abraham.

Que los judíos serán castigados por Dios, como los extranjeros, si le ofenden.

Deut., IX, 19. «Si os olvidáis de Dios y seguís a dioses extranjeros, os predigo que pereceréis de la misma manera que las naciones que Dios ha exterminado delante de vosotros.»

Que los extranjeros serán recibidos por Dios como los judíos, si le aman.

Is., 56, 3. «Que el extranjero no diga: El Señor no me recibirá; los extranjeros que se unan a Dios será para servirle y para amarle; yo les conduciré a mi santa montaña y recibiré de ellos sacrificios, porque mi casa es la casa de la oración.»

Que los verdaderos judíos no atribuían su mérito más que a Dios, y no a Abraham.

Is., 63, 16. «Vos sois verdaderamente nuestro padre, y Abraham nos ha conocido e Israel no ha tenido conocimiento de nosotros, sino que sois vos quien es nuestro padre y nuestro redentor.»

Moisés mismo les ha dicho que Dios no aceptará a las personas.

Deut., 10, 17. «Dios dice: Yo no acepto ni personas ni sacrificios.»

El sábado no es más que un signo. Ex., 31, 13, y en memoria de la salida de Egipto. Deut., 15, 19, con lo que no es ya necesario, puesto que es preciso olvidar a Egipto.

La circuncisión no era más que un signo. Gén., 17, 11.

Y de ahí viene que, estando en el desierto, no fueran circuncidados, ya que no podían confundirse con los otros pueblos. Y que, después de que J.-C. ha venido, no es ya necesaria.

Que la circuncisión del corazón está ordenada.

Deut., 10, 17. Jer., 4, 3. «Circuncidad el corazón, arrancad las superfluidades de vuestro corazón y no os endurezcáis más, porque vuestro Dios es un Dios grande, poderoso y terrible, que no acepta a las personas.»

Que Dios dice que El lo hará un día.

Deut., 30, 6. «Dios te circuncidará el corazón a ti y a tus hijos, a fin de que les ames de todo corazón.»

Que los incircuncisos de corazón serán juzgados.

Jer., 9, 26. «Porque Dios juzgará a los pueblos incircuncisos y a todo el pueblo de Israel, porque está incircunciso de corazón.»

Que lo exterior no sirve de nada sin lo interior.

Joel., 2, 13, *scindite corda vestra,* etc.[73]

Is., 58, 3, 4, etc.

El amor de Dios es recomendado en todo el Deuteronomio.

Deut., 30, 19. «Pongo por testigo al cielo y a la tierra que he puesto ante vosoros la muerte y la vida, a fin de que escojáis la vida y améis a Dios y le obedezcáis. Porque Dios es vuestra vida.»

Que los judíos, faltos de este amor, serían reprobados por sus crímenes y los paganos elegidos en su lugar.

Oseas, 1, 10.

Deut., 32, 20. «Me ocultaré de ellos, a la vista de sus últimos crímenes. Porque es una nación malvada e infiel.

Han provocado mi ira por las cosas que no son dioses, y yo les provocaré sus celos por un pueblo que no es mi pueblo, y por una nación sin ciencia y sin inteligencia.»

Isaías, 65.

Que los bienes temporales son falsos y que el verdadero bien consiste en estar unido a Dios.

Ps. 143, 15.

Que sus fiestas digustan a Dios.

Amón., 5, 21.

Que los sacrificios de los judíos desagradan a Dios.

Is., 66.

1, 11.

Jer., 6, 20.

David, *miserere.*

Incluso de parte de los buenos.

Expectavi. ps., 49, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14.

Que no los ha establecido sino por su dureza. Niqueas, admirablemente, 6.

1 R., 15, 22.

Oseas, 6, 6.

Que los sacrificios de los paganos serán recibidos por Dios. Y que Dios retirará su voluntad de los sacrificios de los judíos.

Malaquías, 1, 11.

Que Dios hará una nueva alianza por medio del Mesías y que la antigua será rechazada.

Jer., 31, 31.

Mandata non bona. Ezequiel.

Que las antiguas cosas serán olvidadas.

Is., 43, 18, 19.

---

73 Joel, II, 13: «Abrid vuestros corazones.»

65, 17, 18.

Que no se acordarán más del arca.

Jer., 3, 15, 16.

Que el templo sería rechazado.

Jer., 7, 12, 13, 14.

Que los sacrificios serían rechazados y otros sacrificios puros instaurados.

Mal., 1, 11.

Que el orden de los sacrificios de Aarón sería reprobado y el de Melquisedec introducido por el Mesías.

Dixit dominus.

Que el nombre de los judíos sería reprobado y dado un nuevo nombre.

Is., 65, 15.

Que este orden de sacrificios sería eterno.

Ibid.

Que Jerusalén sería reprobada y Roma admitida.

Dixit dominus.

Que este último nombre sería mejor que el de los judíos, y eterno.

Is., 56, 5.

Que los judíos deberían quedarse sin profetas. Amós.

Sin reyes, sin príncipes, sin sacrificios, sin ídolos.

Que como pueblo, los judíos, sin embargo, subsistirían siempre. Jer., 31, 36.

SERIE IX

454 (619-407) Veo a la religión cristiana fundada sobre una religión precedente, y he aquí lo que encuentro de efectivo.

No hablo aquí de los milagros de Moisés, de J.-C. y de los apóstoles, porque no parecen en principio convincentes, y no quiero sino poner aquí en evidencia todos los fundamentos de esta religión cristiana que son indudables y que no pueden ser puestos en duda por nadie, sea quien sea.

Es cierto que vemos en algunos lugares del mundo un pueblo particular, separado de todos los otros pueblos del mundo, que se llama el pueblo judío.

Veo, pues, abundantes religiones en muchos lugares del mundo y en todos los tiempos, pero no tienen ni la moral que puede satisfacerme, ni las pruebas que me pueden convencer, y así hubiera rechazado igualmente la religión de Mahoma y la de China y la de los antiguos romanos y la de los egipcios, por esta única razón: que una no tiene más señales de verdad que otra, ni nada que determine necesariamente. La razón no puede inclinarse hacia una mejor que hacia otra.

Pero, considerando también esta inconstante y curiosa variedad de costumbres y de creencias en los diversos tiempos, encuentro en un rincón del mundo a un pueblo particular, separado de todos los otros pueblos de la tierra, el más antiguo de todos, y cuyas historias preceden en muchos siglos a las más antiguas que nosotros tenemos.

Encuentro, pues, a este pueblo, grande y numeroso, salido de un solo hombre, que adora a un solo Dios, y que se conducen por una ley que dicen haber recibido de su mano. (Y) sostienen que son los únicos del mundo a los que Dios ha revelado sus misterios. Que todos los hombres están corrompidos y en la desgracia de Dios, que están todos abandonados a sus sentidos y a su propio espíritu. Y que de ahí proceden los extraños descarríos y los cambios continuos que suceden entre ellos de religiones y costumbres, en lugar de permanecer inquebrantables en su conducta. Pero que Dios no dejará eternamente a los otros pueblos en estas tinieblas, que vendrá un Liberador, para todos, que ellos están en el mundo para anunciarlo a los hombres, que han sido formados expresamente para ser los precursores y los heraldos de este gran acontecimiento, y para llamar a todos los pueblos a unirse a ellos en la espera de este Liberador.

El encuentro con este pueblo me sorprende, y me parece digno de atención.

Considero esta ley, que ellos se jactan de haber recibido de Dios, y la encuentro admirable. Es la primera ley de todas, y de tal manera que antes mismo de que la palabra ley estuviera en uso entre los griegos, hacía cerca de mil años que la habían recibido y observado sin interrupción. Así, encuentro extraño que la primera ley del mundo sea también la más perfecta, de suerte que los más grandes legisladores han tomado de ella las suyas, como aparece en la ley de las 12 tablas de Atenas, que fue inmediatamente después adoptada por los romanos, como sería fácil de demostrar si Josefo y otros no hubieran tratado suficientemente esta materia.

455 (717-535g) Profecías.
promesa de que David tendrá siempre sucesores.
Jer.

SERIE X

456 (618-406) Esto es efectivo: mientras que todos los filósofos se separan en diferentes sectas, se encuentra gente en un rincón del mundo, la más antigua de la tierra, que declara que todo el mundo está en el error, que Dios les ha revelado la verdad, que ésta existirá siempre sobre la

tierra. En efecto, todas las otras sectas desaparecen; pero ésta dura siempre, y, desde hace cuatro mil años, declaran que han recibido de sus antepasados que el hombre ha caído de la comunicación con Dios en un total alejamiento de Dios, pero que ha prometido rescatarlos, que esta doctrina existirá siempre sobre la tierra, que su ley tiene un doble sentido.

Que durante 1.600 años han tenido personas a quienes han creído profetas, las cuales han predicho el tiempo y la manera.

Que 400 años después han sido dispersados por todas partes, porque J.-C. debía ser anunciado por todas partes.

Que J.-C. ha venido en la manera y en el tiempo predicho.

Que desde entonces los judíos están dispersados por todas partes, en maldición, y, no obstante, subsistiendo.

457 (572-589a) Hipótesis de los apóstoles falsarios.
El tiempo claramente, la manera oscuramente.

5 pruebas de figurativos.

2.000 1.600 profetas
400 dispersos

SERIE XI

458 (588bis-) Contrariedades. Sabiduría infinita y locura de la religión.

459 (713bis-) Sofonio, III, 9. «Daré mis palabras a los gentiles, a fin de que todos me sirvan de único respaldo.»
Ezeq., XXVII, 25: «David, mi servidor, será eternamente príncipe de ellos.»
Exodo, IV, 22: «Israel es mi hijo primogénito.»

460 (544-721) El Dios de los cristianos es un Dios que hace sentir al alma que El es su único bien; que todo su reposo está en El, que ella no tendrá otra alegría que la de amarle; y que le hace al mismo tiempo aborrecer los obstáculos que la retienen y la impiden amar a Dios con todas sus fuerzas. El amor propio y la concupiscencia, que la detienen, le son insoportables. Este Dios le hace sentir que ella tiene ese fondo de amor propio que la pierde, y que El sólo puede curarla.

461 (584-647) El mundo subsiste para ejercer misericordia y juicio, no como si los hombres estuvieran en él saliendo de las manos de Dios, sino como enemigos de Dios, a los cuales da, por gracia, suficiente luz para volver a

El, si quieren buscarle y seguirle, o para castigarles, si rehúsan buscarle y seguirle.

462 (739-537/609) Los profetas han predicho, y no han sido predichos. Los santos después predichos, no predicentes. Jesucristo, predicho y predicente.

463 (243-6) Es algo admirable que nunca autor canónico se haya servido de la naturaleza para probar a Dios. Todos tienden a hacerlo creer. David, Salomón, etc., nunca han dicho: «No existe el vacío, luego hay un Dios.» Haría falta que fuesen más inteligentes que la gente más inteligente que ha venido después, las cuales se han servido todas de ello. Esto es muy digno de consideración.

464 (419-332) No toleraré que se apoye en lo uno ni en lo otro, para que al estar sin asiento y sin apoyo...

465 (321-304) Los niños ven con asombro que se respete a sus compañeros.

466 (428-7) Si es una señal de debilidad probar a Dios por medio de la naturaleza, no desprecies la Escritura; si es una señal de fuerza haber conocido estas contrariedades, estimad la Escritura.

467 (449-418) Orden.

Después de la corrupción decir: es justo que todos los que están en este estado lo conozcan, tanto los que se complacen con él, como los que se disgutan; pero no es justo que todos vean la redención.

468 (562-74) No hay nada sobre la tierra que no muestre, o la miseria del hombre, o la misericordia de Dios; o la impotencia del hombre sin Dios, o el poderío del hombre con Dios.

469 (577-510) *(Bajeza).*

Dios ha hecho servir la ceguera de este pueblo para el bien de los elegidos.

470 (404-276) La mayor bajeza del hombre es la búsqueda de la gloria, pero es al mismo tiempo la mayor señal de su excelencia; porque, sea cual sea la posesión que tenga en la tierra, sea cual sea su salud y comodidad esencial, no le satisface si no es apreciado por los hombres. Estima tanto a la razón del hombre que, cualquier ventaja que tenga en la tierra, si no se halla situado también ventajosamente en la razón del hombre, no está contento. Es el más bello lugar del mundo, nada le puede apartar de este deseo, y es la cualidad más indeleble del corazón humano.

Y los que más desprecian a los hombres, y los igualan a las bestias, todavía quieren por ello ser admirados y creídos, y se contradicen a sí mismos por su propio sentimiento; su naturaleza, que es más fuerte que todo, les convence de la grandeza del hombre con más fuerza de lo que la razón les convence de su bajeza.

471 (441-421) Para mí, confieso que, tan pronto como la religión cristiana descubre este principio, que la naturaleza de los hombres está corrompida y desposeída de Dios, eso abre los ojos para ver por todas partes el carácter de la verdad; pues la naturaleza es tal que indica por todas partes un Dios perdido, en el hombre y fuera del hombre, y una naturaleza corrompida.

472 (574-579) Grandeza. La religión es algo tan grande, que es justo que los que no quieran tomarse el trabajo de buscarla, si es oscura, sean privados de ella. ¿De qué se quejan, pues, si es tal que se la puede encontrar buscándola?

473 (500-715) La inteligencia de las palabras bien y mal.

474 (622-410) Al comenzar a alejarse la creación del mundo, Dios se proveyó de un historiador único contemporáneo, y confió en todo un pueblo para la custodia de este libro, a fin de que esta historia fuera la más auténtica del mundo y que todos los hombres pudiesen aprender de ella algo tan necesario de saber, y que no puede saberse sino por ella.

475 (676-564) El velo que, para los judíos, está echado sobre estos libros, lo está también para los malos cristianos, y para todos los que no se odian a sí mismos. Pero, ¡qué bien dispuesto se está para entenderlos y para conocer a Jesucristo, cuando uno se odia verdaderamente a sí mismo!

476 (688-554) Yo no digo que el *mem* es misterioso.

477 (406-144) El orgullo contrapesa y conlleva todas las miserias. He ahí un extraño monstruo, y un extravío bien visible. Hele ahí caído de su lugar, y lo busca con inquietud. Es lo que todos los hombres hacen. Veamos quién lo encontrará.

478 (137-204) Sin examinar todas las ocupaciones particulares, basta comprenderlas bajo el punto de vista del divertimiento.

479 (74bis-   ) Para los filósofos, doscientos ochenta soberanos bienes.

480 (590-395) Para con las religiones, hay que ser sincero: verdaderos paganos, verdaderos judíos, verdaderos cristianos.

481 (594-398) Contra la historia de China. Los historiadores de México, de los cinco soles, de los cuales el último es de hace sólo ochocientos años.

Diferencia de un libro recibido de un pueblo, o que forma un pueblo.

482 (289-487) PRUEBAS — 1.ª La religión cristiana, por su institución, por sí misma establecida tan sólidamente, tan dulcemente, siendo tan contraria a la naturaleza. — 2.ª La santidad, la elevación y la humildad de un alma cristiana. — 3.ª Las maravillas de la Escritura santa. — 4.ª Jesucristo en particular. — 5.ª Los apóstoles en particular. — 6.ª Moisés y los profetas en particular. — 7.ª El pueblo judío. — 8.ª Las profecías. — 9.ª La perpetuidad: ninguna religión posee la perpetuidad. — 10.ª La doctrina, que da razón de todo. — 11.ª La santidad de esta ley. — 12.ª Por la conducta del mundo.

Es indudable que después de esto no se puede rehusar, considerando lo que es la vida, y esta religión, el atender la inclinación de seguirla, si nos viene del corazón; y es cierto que no hay motivo para burlarse de los que la siguen.

SERIE XII

483 (726-532/533/535a) *Profecías.* (En Egipto, *Pugio Fidei*), p. 659, *Talmud:*

«Es una tradición entre nosotros que, cuando llegue el Mesías, la casa de Dios, destinada a la predicación de su palabra, estará llena de basura y de impureza, y que la sabiduría de los escribas estará corrompida y podrida. Los que temían pecar serán reprobados por el pueblo, y tratados de locos y de insensatos.»

Is., XLIX: «Escuchad, pueblos elegidos, y vosotros, habitantes de las islas del mar: el Señor me ha llamado por mi nombre en el vientre de mi madre, me proteje bajo la sombra de su mano, ha puesto mis palabras como una espada aguda, y me ha dicho: Tú eres mi servidor; es a través tuyo que haré aperecer mi gloria. Y yo le he dicho: Señor, ¿he trabajado en vano?, ¿es que he consumido toda mi fuerza inútilmente? Juzgadlo, Señor, mi trabajo está ante vos. Entonces el Señor, que me ha hecho El mismo en el vientre de mi madre para ser todo de El, a fin de atraer a Jacob y a Israel, me ha dicho: Tú serás glorioso en mi presencia, y yo mismo seré tu fuerza; es poca cosa que conviertas a las tribus de Jacob; te he suscitado para ser

la luz de los gentiles, y para ser mi salvación hasta los límites de la tierra. Estas son las cosas que el Señor ha dicho a aquel que ha humillado su alma, que ha sido despreciado y abominado por los gentiles y que se ha sometido a los poderosos de la tierra. Los príncipes y los reyes te adorarán, porque el Señor que te ha elegido es fiel.

»El señor me ha dicho aún. Te he escuchado en los días de salud y de misericordia, y te he establecido para ser la alianza del pueblo, y ponerte en posesión de las naciones más abandonadas; a fin de que digas a los que están encadenados: Salid en libertad; y a los que están en tinieblas: Venid a la luz, y poseed tierras abundantes y fértiles. No volverán a estar atormentados por el hambre, ni por la sed, ni por el ardor del sol, porque el que ha tenido compasión de ellos será su guía: les llevará a las fuentes vivas del agua, y aplanará ante ellos las montañas. He aquí que arribarán los pueblos de todas partes, de oriente, de occidente, de aquilón y de mediodía. Que el cielo dé por ello gloria a Dios, que la tierra se recogocije, porque plugo al Señor consolar a su pueblo, y que tendrá finalmente piedad de los pobres que esperan en El.

»Y, sin embargo, Sión ha osado decir: El Señor me ha abandonado, y no se ha acordado más de mí. ¿Puede una madre olvidar a su hijo, y puede perder la ternura hacia aquel que ha llevado en su seno? Pero, aun cuando ello fuera posible, yo no te olvidaré sin embargo jamás, Sión: te llevo siempre entre mis manos, y tus muros están siempre ante mis ojos. Los que deben restablecerte acuden corriendo; y tus destructores serán alejados. Levanta los ojos a todas partes, y considera toda esta multitud que se ha reunido para venir a ti. Juro que todos estos pueblos te serán dados como ornamento del que serás revestido para siempre; tus desiertos y tus soledades y todas tus tierras que están ahora desoladas, serán demasiado estrechas para el gran número de tus habitantes, y los hijos que te nacerán en los años de la esterilidad te dirán: El lugar es demasiado pequeño, ensancha las fronteras, y haznos sitio para habitar. Entonces dirás tú en ti mismo: ¿Quién es el que me ha dado esta abundancia de hijos, yo que ya no engendraba, que era estéril, transportada y cautiva?, ¿y quién es el que me los ha alimentado, yo que estaba abandonada sin socorro? ¿De dónde han venido, pues, todos éstos? Y el señor te dirá: He aquí que he hecho aparecer mi poder sobre los gentiles, y he alzado mi estandarte sobre los pueblos, y te trairán sus hijos en sus brazos y en sus senos; los reyes y las reinas serán tus nodrizas; te adorarán con el rostro en tierra, y besarán el polvo de tus pies, y conocerás que soy el Señor, y que los que esperan en mí no serán nunca confundidos; porque, ¿quién puede arrebatar la presa al que es fuerte y poderoso? Pero, aun cuando

se la pudiese arrebatar, nada podrá impedir que salve a tus hijos, y que pierda a tus enemigos, y todo el mundo reconocerá que yo soy el Señor tu salvador y el poderoso redentor de Jacob.»

Is., L.: «El Señor dice estas cosas: ¿cuál es ese libelo de divorcio por el cual yo he repudiado a la sinagoga?, y ¿por qué la he abandonado entre las manos de vuestros enemigos?, ¿no es por sus impiedades y por sus crímenes por lo que la he repudiado?

»Porque he venido, y nadie me ha recibido; he llamado, y nadie me ha escuchado. ¿Es que mi brazo se ha acortado, y que ya no tengo el poder de salvar?

»Por eso haré aparecer las señales de mi cólera; cubriré los cielos de tinieblas y los ocultaré bajo velos.

»El Señor me ha dado una lengua bien instruida, a fin de que sepa consolar con mi palabra al que está en la tristeza. Me ha hecho atento a sus discursos, y lo he escuchado como a un maestro.

»El Señor me ha revelado sus deseos y yo no he sido rebelde.

»He entregado mi cuerpo a los golpes y mis mejillas a los ultrajes; he abandonado mi rostro a las ignominias y a los salivazos; pero el Señor me ha sostenido, y por eso no he sido confundido.

»El que me justifica está conmigo: ¿quién se atreverá a acusarme de pecado, siendo Dios mismo mi protector?

»Todos los hombres pasarán y serán consumidos por el tiempo; que los que temen a Dios escuchen, pues, las palabras de su servidor; que el que languidece en las tinieblas ponga su confianza en el Señor. Pero, con respecto a vosotros, no hacéis más que inflamar la cólera de Dios sobre vosotros, marcháis sobre las brasas y entre las llamas que vosotros mismos habéis encendido. Es mi mano la que ha traído estos males sobre vosotros: pereceréis en los dolores.»

Is., LI: «Escuchadme, vosotros que seguís la justicia y que buscáis al Señor. Mirad la piedra de la que estáis tallados, y a la cisterna de la que habéis sido sacados. Mirad a Abraham, vuestro padre, y a Sara, que os ha engendrado. Ved que estaba solo y sin hijos cuando le he llamado y le he dado una descendencia tan abundante: ved cuántas bendiciones he derramado sobre Sión, y de cuántas gracias y consolaciones la he colmado.

»Considerad todas estas cosas, pueblo mío, y estad atentos a mis palabras, porque una ley saldrá de mí, y un juicio que será la ley de los gentiles.»

Amós, VIII: «El profeta, habiendo hecho una enumeración de los pecados de Israel, dice que Dios ha jurado tomar venganza de ellos.

«Dice así: En aquel día, dice el Señor, haré que el sol se ponga al mediodía, y cubriré la tierra de tinieblas en pleno día, transformaré vuestras fiestas solemnes en llantos, y todos vuestros cantos en lamentos.

»Todos estaréis en la tristeza y en los sufrimientos, y hundiré a esta nación en una desolación semejante a la de la muerte de un hijo único; y estos últimos tiempos serán tiempos de amargura. Porque he aquí que vienen días, dice el Señor, en que enviaré sobre esta tierra el hambre, no el hambre y la sed de pan y de agua, sino el hambre y la sed de oír las palabras del Señor. Irán errantes de un mar a otro, y se transladarán de aquilón a oriente; volverán de todas partes buscando quien les anuncie la palabra del Señor, y no lo encontrarán.

»Y sus vírgenes y sus jóvenes perecerán en esta sed, ellos, que han seguido a los ídolos de Samaria, que han jurado por el Dios adorado en Dan y que han seguido el culto de Bersabé; caerán y no se levantarán jamás de su caída.»

Amós, III, 2: «De entre todas las naciones de la tierra, no he reconocido sino a vosotros para ser mi pueblo.»

Dan., XII, 7, habiendo escrito toda la extensión del reino del Mesías, dice: «Todas estas cosas se cumplirán cuando la dispersión del pueblo de Israel se haya cumplido.»

Ageo, II, 4: «Vosotros, que, al comparar esta segunda casa con la gloria de la primera, la despreciais, tomad valor, dice el Señor, vos, Zorababel, y vos, Jesús, gran sacerdote, y vosotros, pueblo todo de la tierra, y no ceséis de trabajar en ello. Porque yo estoy con vosotros, dice el Señor de los ejércitos; la promesa subsiste, la que os hice cuando os retiré de Egipto; mi espíritu está en medio de vosotros. No perdáis la esperanza, porque el Dios de los ejércitos dice así: Todavía un poco de tiempo, y conmoveré el cielo y la tierra, y el mar y la tierra firme (manera de hablar para indicar un cambio grande y extraordinario); y conmoveré a todas las naciones. Entonces vendrá aquel que es deseado por todos los gentiles, y llenaré esta casa de gloria, dice el Señor.

»La plata y el oro son míos, dice el Señor (es decir, que no es eso con lo que quiero ser honrado; como se dice en otra parte: todos los animales del campo son míos, ¿de qué sirve ofrecérmelos en sacrificios?); la gloria de este nuevo templo será mucho más grande que la gloria del primero, dice el Señor de los ejércitos; y yo estableceré mi casa en este lugar, dice el Señor.»

Deut., XVIII, 16: «En Horeb, el día en que estábais reunidos allí, y que dijisteis: Que el Señor no nos hable más El mismo a nosotros y que no veamos este juego, por miedo a morirnos. Y el Señor me dijo: su oración es justa; les suscitaré un profeta tal como vosotros de en medio de sus hermanos, en cuya boca pondré mis palabras; y dirá todas las cosas que le haya ordenado; y acontecerá que,

quienquiera que no obedezca las palabras que llevará en mi nombre, será juzgado por mí mismo.»

Gén., XLIX: «Vos, Judá, seréis alabado por vuestros hermanos, y vencedor de vuestros enemigos; los hijos de vuestro padre os adorarán. Judá, cría de león, habéis subido a la presa, oh hijo mío, y estáis acostado como un león, y como una leona que se despertará.

»El cetro no le será arrebatado a Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que Silo venga; y las naciones se reunirán en torno a él, para obedecerle.»

SERIE XIII

484 (711-529) Predicciones de cosas particulares.

Eran extranjeros en Egipto, sin ninguna posesión propia, ni en este país, ni en otra parte. *(No había ni la menor apariencia ni de la realeza que vino tanto tiempo después, ni de ese consejo soberano de 70 jueces, que llamaban el Sanedrín, que, habiendo sido instituido por Moisés, duró hasta los tiempos de Jesucristo. Todas estas cosas estaban tan alejadas de su estado presente como les era posible)* cuando Jacob, moribundo y bendiciendo a sus 12 hijos, les declara que serán poseedores de una gran tierra, y predice particularmente a la familia de Judá, que los reyes que les gobernarían un día serían de su raza, y que todos sus hermanos serían sus súbditos. *(Y que el Mesías que debía ser la expectativa de las naciones, nacería de él, y que la realeza no sería ya arrebatada a Judá, ni el gobernante y el legislador a sus descendientes, hasta que ese Mesías esperado llegara de su familia.)*

El mismo Jacob, disponiendo de esta futura tierra como si hubiera sido su dueño, da una parcela más a José que a los otros. «Os doy, dice, una parcela más que a vuestros hermanos», y bendiciendo a sus dos hijos Efraín y Manasés, que José le había presentado, el primogénito Manasés a su derecha y el joven Efraín a su izquierda, pone sus brazos en cruz, y poniendo la mano derecha sobre la cabeza de Efraín y la izquierda sobre Manasés, les bendice de esta manera, y como José le diera a entender que prefiere al joven, le responde con una firmeza admirable: «Ya lo sé, hijo mío, ya lo sé, pero Efraín crecerá de manera diferente que Manasés», lo que ha sido en efecto tan verdad después, que, siendo él sólo casi tan abundante como dos líneas enteras que componían todo un reino, han sido ordinariamente llamadas con el único nombre de Efraín. El mismo José, al morir, recomendó a sus hijos que llevasen consigo sus huesos cuando marcharan a esa tierra, a la que no fueron hasta 200 años después.

Moisés, que escribió todas estas cosas tanto tiempo antes de que sucedieran, hizo él mismo a cada familia el reparto de estas tierras antes de entrar en ellas, como si hubiera sido su dueño. *(Y declara finalmente que Dios debe suscitar de su nación y de su raza un profeta del cual él ha sido la figura — lo cual les anuncia de parte de Dios y les predice exactamente todo lo que les debía acontecer en la tierra a dónde iban después de su muerte, las victorias, que Dios les dará, su ingratitud hacia Dios, los castigos que recibirán de Él y el resto de sus aventuras.)*

Les da los árbitros para realizar el reparto. Les prescribe toda la forma de gobierno político que observarán, las ciudades de refugio que construirán, etc.

SERIE XIV

485 (722-534) Daniel 2.

«Todos vuestros adivinos y vuestros sabios son incapaces de descubriros el misterio que pedís.

[Haría falta que este sueño le llegase bien al corazón[74].]

»Pero hay un Dios en el cielo que puede hacerlo y que os ha revelado en vuestro sueño las cosas que deben acontecer en los últimos tiempos.

»Y no es por mi propia ciencia por lo que he tenido conocimiento de este secreto, sino por la revelación de este mismo Dios que me lo ha descubierto para hacerlo manifiesto en vuestra presencia.

»Vuestro sueño era, pues, el siguiente: Habéis visto una estatua alta, grande y terrible, que estaba de pie ante vosotros. La cabeza era de oro, el pecho y los brazos eran de plata, el vientre y los muslos eran de bronce, y las piernas eran de hierro, pero los pies estaban mezclados de hierro y de tierra (arcilla).

»La contemplábais siempre de esta manera, hasta que la piedra tallada sin manos golpeó a la estatua en los pies compuestos de hierro y de tierra y los aplastó.

»Y entonces quedaron reducidos a polvo el hierro y la tierra, y el bronce y la plata, y el oro, y se disiparon en el aire; pero esta piedra que golpeó a la estatuta, creció hasta convertirse en una gran montaña y llenó toda la tierra. He ahí cuál ha sido vuestro sueño, y ahora voy a daros la interpretación.

»Vos que sois el más grande de los reyes y a quien Dios ha dado un poder tan extenso, que sois temido por todos los pueblos, estáis representado por la cabeza de oro de la estatua que habéis visto.

---

74 En esta serie, las palabras que aparecen entre corchetes indican notas marginales redactadas por Pascal.

»Pero otro imperio vendrá tras el vuestro que no será tan poderoso, e inmediatamente vendrá otro de bronce que se extenderá por todo el mundo.

»Pero el cuarto será fuerte como el hierro, y del mismo modo que el hierro quiebra y perfora todas las cosas, así este imperio quebrará y aplastará todo.

»Y lo que habéis visto, que los pies y las extremidades estaban compuestas en parte de tierra y de hierro, indica que este imperio estará dividido, y que tendrá en parte la firmeza del hierro y en parte la fragilidad de la tierra.

»Pero así como el hierro no puede unirse sólidamente con la tierra, del mismo modo los que están representados por el hierro y por la tierra no podrán establecer alianza duradera, aunque se unan en matrimonio.

»Ahora bien, en el tiempo de estos monarcas suscitará Dios un reino que nunca será destruido, ni será nunca transportado a otro pueblo. Hará desaparecer y terminará con todos esos otros imperios, pero el suyo subsistirá eternamente, según lo que se os ha revelado en esta piedra, que no estando tallada por mano alguna, cayó de la montaña y quebró el hierro, la tierra y la plata y el oro.

»He ahí lo que Dios os ha descubierto de las cosas que han de acontecer a lo largo de los tiempos. Este sueño es verdadero y su interpretación es fiel.

»Entonces Nabucodonosor se prosternó con el rostro en tierra, etc.»

Dan., 8.

«Habiendo visto Daniel el combate entre el carnero y el macho cabrío, que le venció y que dominó sobre la tierra, y habiendo caído el cuerno principal, surgieron otros cuatro hacia los cuatro vientos del cielo, de uno de los cuales salió un cuernecillo que se extendió hacia el mediodía, hacia el oriente y hacia la tierra de Israel, y se alzó contra el ejército del cielo, derrocó a las estrellas y las pisoteó, y, finalmente, abatió al príncipe e hizo cesar el sacrificio perpetuo, y desoló el santuario.

»He ahí lo que vio Daniel. Pidió su explicación y una voz gritó de este modo: Gabriel, hazle comprender la visión que ha tenido. Y Gabriel le dijo:

»El carnero que habéis visto es el rey de los medos y de los persas, y el macho cabrío es el rey de los griegos, y el gran cuerno que tenía entre los ojos es el primer rey de esta monarquía.

»Y el que este cuerno, una vez roto, haya sido reemplazado por otros cuatro, significa que cuatro reyes de esta nación le sucederán, aunque no con el mismo poder.

»Ahora bien, al declinar estos reinos, y habiendo aumentado las iniquidades, se alzará un rey insolente y fuerte, pero con un poder ficticio, con el que todas las cosas acontecerán a su agrado, y desolará al pueblo santo, y (valiéndose de, obrando con) triunfando en sus empresas con espíritu doble y engañoso, matará a muchos y se alzará finalmente, contra el príncipe de los príncipes; pero perecerá desgraciadamente. Y, sin embargo, no por una mano violenta.»

Daniel, 9, 20.

«Como rogara a Dios con todo mi corazón, y, confesando mi pecado y el de todo mi pueblo, me hallara prosternado ante mi Dios, he aquí que Gabriel, al que había visto en visión desde el comienzo, vino hasta mí y me tocó, a la hora del sacrificio de víspera, e iluminándome, me dijo: Daniel, he venido para abrirte al conocimiento de las cosas desde el comienzo de tus plegarias. He venido para descubrirte lo que deseas, porque eres hombre de deseos. Entiende, pues, la palabra y entra en la comprensión de la visión. Setenta semanas están prescritas y determinadas sobre tu pueblo y sobre tu ciudad santa, para expiar los crímenes, para poner fin a los pecados y abolir la iniquidad y para introducir la justicia eterna, para cumplir las visiones y las profecías y para ungir al Santo de los Santos. [Después de lo cual, este pueblo no será ya tu pueblo, ni esta ciudad la santa ciudad. El tiempo de cólera habrá pasado, los años de gracia vendrán para siempre.]

»Sabe, pues, y entiende que desde que la palabra salga para restablecer y reedificar Jerusalén, hasta el príncipe Mesías, habrá 7 semanas y 62 semanas. [Los hebreos acostumbran a dividir los números y a poner al pequeño en primer lugar; estos 7 y 62 hacen, pues, 69 de los 70. Quedará, por tanto, la septuagésima parte, es decir, los 7 últimos años, de los que hablará inmediatamente.] Después de que la plaza y los muros hayan sido edificados en tiempo de turbación y de aflicción, y después de de estas 62 semanas [que seguirán a las siete primeras], el Cristo será muerto [el Cristo morirá, pues, después de las 69 semanas, es decir, en la última semana] y vendrá un pueblo con su príncipe, que destruirá la ciudad y el santuario e inundará todo, y el fin de esta guerra consumará la desolación.

»Ahora bien, una semana [que es la 70.ª que queda] establecerá la alianza con muchos, y a la misma mitad de la semana [es decir, los últimos tres años y medio] abolirá el sacrificio y la hostia y hará sorprendente la extensión de la abominación, que se esparcirá y durará sobre aquellos mismos que se asombren de ella y hasta la consumación.»

Daniel, 11.

«El ángel dijo a David: Habrá [después de Ciro, bajo cuya dominación está esto escrito] aún tres reyes de Persia [Cambises, Esmerdis, Darío], y el cuarto [Jerjes], que

vendrá después, será más poderoso en riquezas y fuerzas y alzará a todos los pueblos contra los griegos.

»Pero surgirá un poderoso rey [Alejandro], cuyo imperio tendrá una extensión extrema y que triunfará en todas sus empresas según su deseo, pero cuando su monarquía haya sido establecida perecerá y será dividida en cuatro partes hacia los cuatro vientos del cielo —(como había dicho antes, VII, 6, VIII, 8)—, pero no a personas de su raza, y sus sucesores no igualarán su poderío, porque su reino incluso será dispersado en otros, además de éstos [los cuatro principales sucesores].

»Y aquel de sus sucesores [Ptolomeo, hijo de Lago] que reine hacia el mediodía [Egipto] llegará a ser poderoso, pero otro [Seleuco, rey de Siria] le sobrepasará y su estado será un gran estado [Apiano dice que es el más poderoso de los sucesores de Alejandro].

»Y en el transcurso de los años se aliarán, y la hija del rey del mediodía [Berenice, hija de Ptolomeo Filadelfo, hijo del otro Ptolomeo] vendrá al rey de Aquilón [a Antíoco II, rey de Siria y de Asia, sobrino de Seleuco Lágica] para establecer la paz entre estos príncipes.

»Pero ni ella ni sus descendientes tendrán una larga autoridad, porque ella y los que la habían emulado y sus hijos y sus amigos serán entregados a la muerte. [Berenice y su hijo fueron asesinados por Seleuco Galinico.]

»Pero se alzará un brote de sus raíces [Ptolomeo Evergetes nacerá del mismo padre que Berenice], que vendrá con un poderoso ejército a las tierras del rey Aquilón, en las que pondrá todo bajo su dominio, y llevará a Egipto sus dioses y sus príncipes, su oro y su plata y todos sus más preciosos despojos, y pasarán algunos años sin que el rey de Aquilón pueda nada contra él. [Si no hubiera sido reclamado a Egipto por razones domésticas, habría despojado completamente a Seleuco, dice Justino.]

»Y así, volverá a su reino, pero los hijos del otro [Seleuco Cerauno, Antíoco Magno], irritados, reunirán grandes fuerzas.

»Y su ejército vendrá y arrasará todo; por lo cual, el rey del mediodía [Ptolomeo Filopator], irritado, formará también un gran cuerpo de ejército y librará batalla [contra Antíoco el Magno] y vencerá [en Rafia]. Y sus tropas se insolentarán y su corazón se hinchará por ello [este Ptolomeo profana el templo. Josefo]. Vencerá a diez mil hombres, pero su victoria no será definitiva.

»Porque el rey de Aquilón [Antíoco el Magno] vendrá con más fuerzas aún que la primera vez. [Reinando el joven Ptolomeo Epifamio.] Y entonces un gran número de enemigos se levantará contra el rey del mediodía, e incluso hombres apóstatas [los que habían abandonado su religión para complacer a Evergetes cuando envió sus tropas a Escopas], violentos, de tu pueblo se levantarán a fin de que las visiones se cumplan, y perecerán. [Porque Antíoco reconquistará Escopas y los vencerá.]

»Y el rey de Aquilón destruirá las murallas y las ciudades mejor fortificadas, y toda la fuerza del mediodía no podrá resistirle.

»Y todo cederá a su voluntad; se detendrá en la tierra de Israel y cederá ante él.

»Así, pensará en hacerse dueño de todo el imperio de Egipto [despreciando la juventud de Epifamio, dice Justino].

»Y para ello, hará alianza con él y le entregará a su hija. [Cleopatra, a fin de que traicione a su marido. Sobre lo cual Apiano dice que, desconfiando de poder hacerse dueño de Egipto por la fuerza, a causa de la protección de los romanos, quiso atentar con astucia.] Querrá corromperla, pero ella no seguirá su intención.

»Así, se lanzará a otros designios y pensará en hacerse dueño de algunas islas [es decir, lugares marítimos] y tomará algunas [como dice Apiano].

»Pero un gran jefe se opondrá a sus conquistas y detendrá la vergüenza que por ello le sobreviviría [Scipión el Africano, que detendrá el avance de Antíoco el Magno, ya que ofendía a los romanos en la persona de sus aliados].

»Regresará, por tanto, a su reino y allí perecerá y no vivirá más. [Fue asesinado por los suyos.]

»Y el que le sucederá [Seleuco Filopator o Soter, hijo de Antíoco el Magno] será un tirano que afligirá con impuestos la gloria del reino, que es el pueblo, pero en poco tiempo morirá, y no por sedición o por guerra.

»Y le reemplazará un hombre despreciable e indigno de los honores de la realeza, que se introducirá en ella sagazmente y con adulaciones.

»Todos los ejércitos se doblegarán ante él. Les vencerá, e incluso al príncipe con el que se había aliado, pues, habiendo renovado la alianza con él, le engañará, y viniendo con pocas tropas a sus provincias tranquilas y sin temor tomará las mejores plazas y hará más de lo que sus padres no habían hecho jamás, y desvastándolo por todas partes formará grandes designios durante su tiempo.»

25.

SERIE XV

486 (682-568b) Is., 1, 21. Cambio del bien al mal y vengaza de Dios.

Is., 10, 1. *Vae qui condunt leges iniquas.*

Is., 26, 20. *Vade populus meus intra in cubicula tua, claude ostia tua super te, abscondere modicum ad momentum donec pertranseat indignatio.*

Is., 28, 1. *Vae coronae superbiae.*

Milagros. *Luxit et elanguit terra.*
Confusus est libanus et obsorduit, etc. Is., 23, 9.
Nunc consurgam, dicit dominus, nunc exaltabor, nunc sublevabor. I.

Omnes gentes quasi non sint. Is., 40, 17.

Quis annuntiavit ab exordio ut sciamus et a principio ut dicamus: justus es. Is., 41, 26.

Operabor et quis evertet illud. Is., 43, 13.

Neque dicet forte mendacium est in dextera mea. Is., 44, 20.

Memento horum Jacob et Israel quoniam servus meus es tu. Formavi te, servus meus es tu Israel, ne obliviscaris mei.
Delevi ut nubem iniquitates tuas et quasi nebulam peccata tua, revertere ad me quoniam redemi te. 44, 21, etc.
Laudate caeli quoniam misericordiam fecit dominus... quoniam redemit dominus Jacob et Israel gloriabitur.
Haec dicit dominus redemptor tuus, et formatur tuus ex utero, ego sum dominus, faciens omnia, extendens caelos solus, stabiliens terram, et nullus mecum. 44, 23, 24.

In memento indignationis abscondi faciem meam parum per a te et in misericordia sempiterna misertus sum tui, dixit redemptor tuus dominis. Is., 54, 8.

Qui eduxit ad dexteram Moysen brachio majestatis suae, qui scidit aquas ante eos ut faceres sibi nomen sempiternam. Is., 63, 12.

Sic adduxisti populum tuum ut faceres tibi nomen gloriae. 14.

Tu enim pater noste et Abraham nescivit nos, et Israel ignoravit nos. Is., 63, 16.

Quare indurasti cor nostrum ne timeremus te. Is., 63, 17.

Qui sanctificabantur et mundos se putabant... simul consumentur dicit dominus. Is., 66, 17.

Et dixisti absque peccato et inocens ego sum. Et propterea avertatur furor tuus a me.

Ecce ego judicio contendam tecum eo quod dixeris, non peccavi. Jer., 2, 35.

Sapientes sunt ut faciant mala, bene autem facere nescierunt. Jer., 4, 22.

Aspexi terram et ecce vacua erat, et nihili, et caelos et non erat lux in eis.
Vidi montes et ecce movebantur et omnes colles conturbati sunt; intuitus sum et non erat homo et omne volatile caeli recessit. Aspexi et ecce Carmelus desertus et omnes urbes ejus destructae sunt a facie domini et a facie viae furoris ejus.

Haec enim dicit dominus, deserta erit omnis terra sed tamen consumationem non faciam. Jer., 4, 23, etc.
Ego autem dixi forsitam pauperes sunt et stulti ignorantes viam domini judicium dei sui.
Ivo ad optimates eloquor eis. Ipsi enim cognoverunt viam domini.
Et ecce magis hi simul confugerunt jugum, ruperunt vincula.
Idcirco percussit eos leo de silva pardus vigilans super civitates eorum. Jer., 5, 4.

Nunquid super his non visitabo dicit dominus, aut super gentem hujuscemodi non ulciscetur anima mea. Jer., 5, 29.

Stupor et mirabilia facta sunt in terra.
Prophetae prophetabant mendacium et sacerdotes applaudebant manibus et populus meus dilexit talia, quid ijitur fiet in movissimo ejus. Jer., 5, 30.
Haec dicit dominus, state super vias et videte et interrogate de se mitis antiquis, quae sit via bona et ambulate in ea et invenietis refirgerium animabus vestris, et dixerunt non ambulabimus.
Et constitui super vos speculatores audite vocem tubae, et dixerunt non audiemus.
Audite gentes quanta ego faciam eis audi terra ecce ego adducam mala, etc. Jer., 6, 16.
Unión con los sacramentos exteriores. Jer., 7, 14.
Faciam domui huic in qua invocatum est nomen meum et in qua vos habetis fiduciam et loco quem dedi vobis et patribus vestris sicut ceci silo.
Tu ergo noli orare pro populo hoc.

Lo esencial no es el sacrificio exterior.
Quia non sum locutus cum patribus vestris et non praecepi eis in die qua eduxi eos de terra Egypti de verbo holocautomatum et victimarum.

Sed hoc verbum praecepi eis dicens, audite vocem meam et ero vobis deut et vos eritis mihi populus et ambulate in omni via quam mandavi vobis, ut bene sit vobis, et non audierunt. Jer., 7, 22.

Multitud de doctrinas.

Secundum numerum enim civitatum tuarum erant dei tui Juda et secundum numerum viarum Jerusalem posuisti aras confusionis, tu ergo noli orare pro populo hoc. Jer., 11, 13.

Non prophetabis in nomine domini et non morieris in manibus nostris.

Propterea hae dicit dominus. Jer., 11, 21.

Quod si dixerint ad te, quo egrediemur? dices ad eos, haec dicit dominus, qui ad mortem ad mortem, et qui ad gladium ad gladium, et qui ad famem ad famem, et qui ad captivitatem ad captivitatem. Jer., 15, 2.

Pravum est cor omnium et incrustabile, quis cognoscet illud?

(Es decir, ¿quién conocerá toda su malicia?, porque ya se conoce que es malo.)

Ego dominus scrutans cor et probans renes. Jer., 17, 9.

Et dixerunt venite et cogitemus contra Jeremiam cogitationes, non enim peribit lex a sacerdote neque sermo a propheta.

Non sis tu mihi formidini, tu spes mea in die afflictionum. Jer., 17, 17.

A prophetis enim Jerusalem egressa est polluitio super omnen terram. Jer., 23, 15.

Discunt his qui blasphemant me: locutus est dominus, pax erit vobis et omni qui ambulat in previtate cordis sui dixerunt: non veniet super vos malum. Jer., 23, 17[75].

---

75 Is , X, 1: «¡Ay, de los que establecen leyes inicuas.» Is., XXVI, 20: «Anda, pueblo mío entra en tus aposentos, cierra tus puertas tras de ti, v ocúltate por un poco, hasta que pase la cólera » Is., XXVIII, 1: «¡Ay, de la corona soberbia!» Is., XXXIII, 9: «La tierra está en luto, mustia; el Líbano se ha llenado de confusión y de envilecimiento.» Is., XXXIII, 10: «Ahora me levantaré, dice el Señor, ahora seré exaltado...» Is , XL, 17: «Todas las naciones como si no estuvieran...» Is., XLI, 26: «¿Quién anunció esas cosas desde el comienzo, para que las supiéramos, y desde el principio, para que dijéramos: Sois justo?» Is , XLIII, 13: «Obraré, ¿y quién me lo volverá?» Is , XLIV, 20: «Y no dirá: ¿Es que guardo quizá una mentira en mi mano derecha?» Is , XLIV, 21: «Acuérdate de estas cosas, Jacob, y tú, Israel, porque eres mi servidor; yo te he hecho mi servidor, Israel, no me olvides.» 22. «He borrado como una nube tus iniquidades, y como niebla tus pecados Vuelve a mí, porque yo te he rescatado » 23: «Cantad, cielos, porque el Señor ha hecho misericordia ( ), porque el Señor ha rescatado a Jacob y en Israel se glorifica.» —24: «He aquí lo que dice el Señor, tu redentor, que te ha formado en el seno de tu madre: Yo soy el Señor, hacedor de todas las cosas, el que sólo despliega los cielos, y afirma la tierra; y nadie está conmigo.» Is., LIV, 8: «En un momento de indignación oculté de ti un instante mi rostro. Pero en mi misericordia eterna, me apiadé de ti, dijo el Señor, tu creador.» Is., LXIII, 12: «¿Quién condujo a Moisés por la derecha y le sostuvo con su brazo majestuoso?, ¿quién dividió las aguas a fin de hacerse un nombre eterno?» Is., LXIII, 14: «Así condujistes a vuestro pueblo, para forjarte un nombre glorioso.»

SERIE XVI

487 (727 612) Durante el tiempo del Mesías.
Aenigmatis. Ezeq., 17.
Su precursor. Malaquías, 2.
Nacerá un niño. Is., 9.

Is., LXIII, 16: «Porque tú eres nuestro Padre; Abraham no nos ha conocido e Israel nos ha ignorado...» Is., LXIII, 17: «¿Por qué has dejado endurecer nuestros corazones contra tu temor?» Is., LXVI, 17: «Los que se santifican y purifican en sus jardines..., conjuntamente perecerán, dice el Señor.» Jer., II, 35: «Y has dicho: Estoy sin pecado, e inocente, que tu furor se aparte pues de mí. Estoy aquí para juzgarte, pues has dicho: no tengo pecado.» Jer., IV, 22: «... Son hábiles para hacer el mal, pero no saben hacer el bien.» Jer., IV, 23: «Miré a la tierra, y he aquí que estaba vacía y sin nada de valor; miré a los cielos y no había luz en ellos.» —24: «Miré las montañas, y he aquí que estaban temblando, y todas las colinas se habían conmovido.» —25: «Miré atentamente, y no se veía un hombre... y todas las aves del cielo habían huido.» —26: «Miré, y he aquí que el vergel era un desierto; y todas sus ciudades habían sido destruidas ante el rostro del Señor, ante el rostro de la cólera de su furor.» —27: «Porque he aquí lo que dice el Señor: Toda la tierra será un desierto, pero, sin embargo, yo no consumaré su destrucción.» Jer., V, 4: «Yo me decía: Quizá son pobres, insensatos que ignoran los caminos del Señor y el juicio de su Dios.» —5: «Me dirigiré, pues, a los grandes y les hablaré, porque ellos han conocido los caminos del Señor y el juicio de su Dios; y he ahí, además, que todos a una han roto el yugo. Han roto las coyundas.» —6: «Es por ello que el león de la selva les ha herido; ... el leopardo ha rondado sus ciudades...» Jer., V, 29: «¿No habré yo de pedirles cuentas por estos crímenes?, dice el Señor. ¿No se vengará mi alma de una nación semejante?» —30: «El estupor y la abominación han tomado lugar en la tierra.» —31: «Esos profetas han profetizado la mentira, y los sacerdotes han aplaudido; y mi pueblo ha amado cosas parecidas. ¿Qué acontecerá, pues, al fin?» Jer., VI, 16: «He aquí lo que dice el Señor: haced alto en los caminos y ved; preguntad, viendo los antiguos senderos, cuál es el buen camino, y marchad por él; y hallaréis reposo para vuestras almas. Y dijeron: No nos marcharemos por ahí.» —17: «Os había dado centinelas... Escuchad la voz de la trompeta; y dijeron: No la escucharemos.» —18: «Por ello, oíd naciones, y aprended, congregación de pueblos, las grandes cosas que haré con ellos.» —19: «Oíd, tierra; he ahí que yo traeré males a este pueblo..., etc.» Jer., VII, 14: «Haré de esta casa en la que se invoca mi nombre, y en la que tenéis confianza, y de este lugar que di a vosotros y a vuestros padres, lo que hice de Silo.» —16: «Y tú, pues, no me ruegues por este pueblo...» —22: «Cuando yo saqué de Egipto a vuestros padres, no fue de holocaustos y de víctimas de lo que les hablé y ordené.» —23: «Sino que he aquí lo que les ordené, escuchad mi voz, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo, y seguid el camino que os he prescrito, para que os vaya bien.» —24: «Y no escucharon...» Jer., XI, 13: «Pues según era el número de tus ciudades así era el de tus dioses, Oh Judá, y según era el número de tus calles, Oh Jerusalén, así has levantado altares de confusión...» —14: «Y tú, pues, no me ruegues por este pueblo...» Jer., XI, 21: «No profetizarás en nombre del Señor, y no morirás a manos nuestras.» —22: «Por ello, he aquí lo que dice el Señor...» Jer., XV, 2: «Y si te preguntan: ¿a dónde iremos?, tú les dirás: He aquí lo que dice el Señor: a la muerte, los que estén destinados a la muerte; a la espada, los que estén destinados a la espada; al hambre, los que estén destinados al hambre, a la cautividad, los que estén destinados a la cautividad.» Jer., XVII, 9: «El corazón de todos está depravado y pervertido, ¿quién lo conocerá?» —10: «Yo, el Señor, que escruto el corazón y pruebo los riñones...» Jer., XVIII, 18: «Y dijeron: Venid, y conspiremos contra Jeremías; pues no ha de desaparecer la ley del sacerdote, el consejo del sabio y la palabra del profeta...» Jer., XVII, 17: «No me hagas temblar: tú eres mi esperanza en el día de la

Nacerá en la ciudad de Belén. Miq., 5. Aparacerá principalmente en Jerusalén y nacerá de la familia de Judá y de David.

Debe cegar a los prudente y a los sabios. Is., 6. Is., 8, 29. Is., 29. Is., 61, y anunciar el Evangelio a los pobres y a los pequeños, abrir los ojos a los ciegos y devolver la salud a los enfermos — y llevar la luz a los que languidecen en las tinieblas. Is., 61.

Debe enseñar la vía perfecta y ser el preceptor de los gentiles. Is., 55-42, 1-7.

Las profecías deben ser ininteligibles a los impíos. Dan., 12. Oseas, ult., 10, pero inteligibles a los que están bien instruidos.

Las profecías que le representan pobre, le representan dueño de las naciones. Is., 52, 16, etc., 53. Zacar., 9, 9.

Las profecías que predicen el tiempo, no le predicen sino como Señor de los gentiles y sufriendo, y no en las nubes, ni juez. Y las que así le representan, juzgando y glorioso, no indican el tiempo.

Que debe ser la víctima por los pecados del mundo. Is., 39, 53, etc.

Debe ser la piedra fundamental y preciosa. Is., 28, 16.

Debe ser la piedra de tropiezo, de escándalo, Is., 8.

Jerusalén debe tropezar contra esta piedra.

Los edificantes reprobarán esta piedra, ps., 117, 22.

Dios debe hacer de esta piedra la clave angular.

Y esta piedra crecerá hasta convertirse en una inmensa montaña y llenará toda la tierra. Dan., 2.

Que así El debe ser rechazado, despreciado, traicionado. 108, 8.

Vendido. Zacar., 11, 12, escupido, abofeteado, burlado, afligido de múltiples maneras, obligado a beber hiel, ps. 60(72), atravesado. Zacar., 12, los pies y las manos agujereadas, muerto y sus vestidos sorteados. Ps. (22).

488 (761-520) Los judíos, matándole a fin de no recibirle como Mesías, le dieron la última señal de Mesías.

Y, al continuar desconociéndolo, se han convertido en testigos irreprochables.

Y, al matarle y seguir negándole, han hecho cumplir las profecías.

487 (727-612) Que resucitaría, ps., 15, al tercer día. Oseas, 6, 3.

Que subiría al cielo para sentarse a la derecha, ps., 110.

---

aflicción.» Jer., XXIII, 15: «... Pues por culpa de los profetas de Jerusalén la corrupción se ha extendido por toda la tierra.» Jer., XXIII, 17: «Dicen a los que blasfeman contra mí: el Señor habló, la paz estará con vosotros; y a los que sigan la depravación de sus corazones, les dicen: No vendrá sobre vosotros ningún mal.»

Que los reyes se armarían contra El. Ps., 2.

Que estando a la derecha del Padre, será vencedor de sus enemigos.

Que los reyes de la tierra y todos los pueblos le adorarán. Is., 60.

Que los judíos subsistirán como nación. Jer.

Que estarán errantes, sin reyes, etc. Os., 3.

Sin profetas. Amós.

Esperando la salvación y no hallándola. Is.

Vocación de los gentiles por J.-C. Is., 52, 15.

Is., 55.

Is., 60.

Ps., 71.

Os., 1, 9. «Vosotros no seréis más mi pueblo y yo no seré más vuestro Dios, después de que os multipliquéis en la dispersión. Los lugares a los que no se llama mi pueblo, yo los llamaré mi pueblo.»

SERIE XVII

489 (713-531) Cautividad de los judíos sin retorno.

Jer., 11, 11. «Haré caer sobre Judá males de los que no podrá librarse.»

Figuras.

«El Señor tuvo una viña de la que esperó uvas y no produjo sino agraz. Por tanto, la haré desaparecer y la destruiré. La tierra no producirá más que espinas e impediré al cielo...»

Is., 5, 8. «La viña del Señor es la casa de Israel. Y los hombres de Judá son el germen deleitable. Esperé que hiciesen acciones de justicia, y no produjeron más que iniquidad.»

Is., 8.

«Santificad al Señor con temor y temblor. No le temáis sino a El, y será para vosotros santificación. Pero será piedra de escándalo y de choque para las dos casas de Israel.

Será trampa y ruina para el pueblo de Jerusalén, y gran número de entre ellos tropezarán con esta piedra, cairán sobre ella, se quebrantarán, y serán cogidos en esta trampa y en ella perecerán.

Velad mis palabras y cubrid mi ley para mis discípulos.

Esperaré, pues, en paciencia al Señor que se vela y se oculta en la casa de Jacob.»

Is., 29. «Confundíos y sorprendeos, pueblo de Israel; vacilad, tropezad, pero no por embriaguez, pues Dios os ha preparado el espíritu de adormecimiento. El os velará los

ojos. Oscurecerá a vuestros príncipes y a vuestros profetas que tienen las visiones.»

Daniel, 12. «Los malos no lo entenderán, pero los que estén bien instruidos lo entenderán.»

Oseas, último cap., último vers., después de muchas bendiciones temporales, dice: «¿Dónde está el sabio?, y entenderá estas cosas, etc.

»Y las visiones de todos los profetas serán con respecto a vosotros como un libro sellado, tal que si se entrega a un hombre sabio y que pueda leerlo, responderá: no puedo leerlo, pues está sellado; y cuando se lo entregue a los que no saben leer, dirán: no conozco las letras.

»Y el Señor me ha dicho: porque este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está muy lejos de mí, y no me han servido más que por caminos humanos; he ahí la razón y la causa, pues si adorasen a Dios de corazón entenderían las profecías.

»Por esta razón añadiré a todo lo anterior el acarrear sobre este pueblo una maravilla sorprendente y un prodigio grande y terrible: que la sabiduría de los sabios perecerá y su inteligencia quedará o(scurecida).»

PROFECIAS. PRUEBA DE DIVINIDAD

Is., 41.

«Si sois Dioses, acercaos, anunciadnos las cosas futuras, inclinaremos nuestro corazón ante vuestras palabras. Enseñadnos las cosas que han existido al comienzo y profetizadnos las que deben acontecer.

»Así sabremos que sois Dioses; hacedlo bien o mal, si podéis. Veamos, pues, y razonemos juntos.

»Pero no sois nada, no sois más que abominación, etc.

»¿Quién de entre vosotros nos instruye, a través de autores contemporáneos, acerca de las cosas hechas desde el comienzo y el origen, a fin de que le digamos: sois el justo? No hay entre ellos nadie que nos enseñe, ni que prediga el futuro.»

Is., 42. «Yo, que soy el Señor, no comunico mi gloria a otros. Soy yo quien ha hecho predecir las cosas que han acontecido, y que predice todavía las que han de acontecer. Cantad a Dios con un cántico nuevo por toda la tierra.

»Trae aquí a este pueblo que tiene ojos y no ve, que tiene oídos y es sordo.

»Que se reúnan todas las naciones; ¿cuál de entre ellas y sus dioses nos instruirán de las cosas pasadas y futuras? Que aduzcan sus testigos para su justificación o que me escuchen y confiesen que la verdad está aquí.

»Vosotros sois mis testigos, dice el Señor, vosotros y el servidor que yo he elegido, a fin de que me conozcáis, de que creáis que soy quien soy.

»He predicho, he salvado, he hecho yo solo estas maravillas a vuestros ojos; vosotros sois los testigos de mi divinidad, dice el Señor.

»Soy yo quien por vuestro amor ha aplastado a las fuerzas de los babilonios. Soy yo quien os ha santificado y quien os ha creado.

»Soy yo quien os ha hecho pasar por medio de las aguas, y del mar y de los torrentes y quien ha sumergido y destruido para siempre los poderosos enemigos que se os resistieron.

»Pero olvidaos de estos antiguos beneficios y no dirijáis más los ojos hacia las cosas pasadas.

»He aquí que preparo cosas nuevas que pronto van a aparecer. Las conoceréis. Haré los desiertos habitables y deliciosos.

»Me he formado este pueblo, lo he establecido para anunciar mis alabanzas, etc.

»Pero por mí mismo borraré vuestros pecados y olvidaré vuestros crímenes, porque — en cuanto a vosotros, repasad en vuestra memoria vuestras ingratitudes, para ver si tenéis de qué justificaros. Vuestro primer padre pecó y vuestros doctores han sido todos prevaricadores.»

Is., 44. «Yo soy el primero y el último, dice el Señor; ¿quién se igualará a mí? Que cuente el orden de las cosas desde que formé a los primeros pueblos y que anuncie las cosas que deben acontecer.

»No temáis. ¿No os he hecho yo comprender todas estas cosas? Vosotros sois mis testigos.»

PREDICCION DE CIRO

«A causa de Jacob, a quien yo he elegido, te he llamado por tu nombre.»

Is., 45, 21. «Venid y discutamos juntos. ¿Quién ha hecho comprender las cosas desde el comienzo?, ¿quién ha predicho las cosas desde entonces? ¿No soy yo, que soy el Señor?»

Is., 46. «Rememorad los primeros siglos y reconoced que no hay nada semejante a mí, que anuncié desde el comienzo las cosas que deben acontecer hasta el fin, y desde el origen del mundo. Mis decretos subsistirán y todas mis voluntades serán cumplidas.»

Is., 42, 9. «Las primeras cosas acontecieron como habían sido predichas, y he aquí que ahora predigo otras nuevas y os las anuncio antes de que acontezcan.»

Is., 48, 3. «Hice predecir las primeras y las cumplí enseguida. Y acontecieron del modo que había dicho, porque

sé que sois duros, que vuestro espíritu es rebelde, y vuestra frente impúdica. Y por eso las quise anunciar antes de acontecer, a fin de que no podáis decir que fue obra de vuestros dioses, y efecto de su orden.

»Veis que ha acontecido lo que ha sido predicho. ¿No vais a contarlo? Ahora os anuncio cosas nuevas, que conservo en mi poder, y que todavía no habéis visto. Es ahora cuando yo las preparo, y no hace mucho tiempo; os son desconocidas. Os las he tenido escondidas, por temor a que os jactáseis de haberlas previstos vosotros mismos.

»Porque no tenéis de ellas ningún conocimiento, y nadie os ha hablado de ellas y vuestros oídos nada han oído. Porque os conozco y sé que estáis llenos de prevaricación, y os he dado el nombre de prevaricadores desde los primeros tiempos de vuestro origen.»

Is., 65.

REPROBACION DE LOS JUDIOS Y CONVERSION DE LOS GENTILES

«Me han buscado los que no me consultaban. Me han encontrado los que no me buscaban. He dicho: ¡heme aquí!, ¡heme aquí!, al pueblo que no invocaba mi nombre. He extendido mis manos todo el día al pueblo incrédulo que sigue sus deseos y que marcha por mal camino, a este pueblo que me provoca sin cesar con los crímenes que comete en mi presencia, que ha llegado a sacrificar a los ídolos, etc.

»Esos serán disipados como humo en día de mi furor, etc.

»Reuniré vuestras iniquidades y las de vuestros padres, y os pagaré a todos según vuestras obras.

»El Señor dice así: Por el amor de mis servidores no perderé a todo Israel, sino que reserveré a algunos, como se reserva un grano que queda en un racimo, del que diré que no lo arranquéis, porque es bendición.

»Así tomaré de Jacob y de Judá mis montañas para poseerlas, que mis elegidos y mis servidores tenían en herencia, y mis campos fértiles y admirablemente abundantes.

»Pero exterminaré a todos los demás, porque habéis olvidado a vuestro Dios para servir a los dioses extranjeros. Os he llamado y no habéis respodido, he hablado y no habéis oído, y habéis escogido las cosas que yo había prohibido.

»Por eso el Señor dice estas cosas. He aquí. Mis servidores serán hartos y vosotros languideceréis de hambre. Mis servidores estarán en la alegría y vosotros en la confusión. Mis servidores cantarán cánticos por la abundancia de alegría de su corazón y vosotros daréis gritos y aullidos por la aflicción de vuestro espíritu.

»Y dejaréis vuestro nombre en abominación a mis elegidos. El Señor os exterminará y nombrará a sus servidores con otro nombre, con el cual, quien sea bendecido sobre la tierra, será bendecido en Dios, etc.

»Porque, los primeros dolores se han echado en olvido.

»Pues he aquí que yo creo nuevos cielos y una nueva tierra, y las cosas pasadas no se recordarán más, y ya no volverán al pensamiento.

»Pero vosotros os alegraréis para siempre de las cosas nuevas que yo he creado, pues he creado a Jerusalén para no ser más que alegría, y su pueblo regocijo, y me complaceré en Jerusalén y en mi pueblo, y ya no se oirán en él gritos y llantos.

»Yo les satisfaceré antes de que pida. Les oiré cuando no hayan hecho más que empezar a hablar. El lobo y el cordero pacerán juntos; el león y el buey comerán la misma paja. La serpiente no comerá más que el polvo y no se cometerá más homicidio ni violencia en toda mi santa montaña.»

Is., 56.

(«El Señor dijo estas cosas: sed justos y rectos, porque mi salvación está cerca y mi justicia va a ser revelada.)

»(Bienaventurado el que hace estas cosas (y) el que observa el sábado, y guarda sus manos de cometer mal alguno.)

»Y que los extranjeros que se acercan a mí no digan: Dios me separará de su pueblo.

»Pues el Señor dice estas cosas: a cualquiera que observe mi sábado y escoja hacer mis voluntades y guarde mi alianza, le daré sitio en mi casa y le daré un nombre mejor que el que he dado a mis hijos: será un nombre eterno que no perecerá jamás.

»Es por nuestros crímenes por lo que la justicia se ha alejado de nosotros. Hemos esperado la luz y no encontramos más que las tinieblas. Hemos esperado la claridad y caminamos en la oscuridad.

»Hemos palpado la muralla como ciegos, hemos tropezado en pleno mediodía como si fuera en medio de la noche, y como muertos en lugares tenebrosos.

»Resurgiremos todos como osos; gemiremos como palomas. Hemos esperado la justicia y no llega. Hemos esperado la salvación y se aleja de nosotros.»

Is., 66, 18.

«Pero yo visitaré sus obras y sus pensamientos cuando venga para reunirlos con todas las naciones y los pueblos, y verán mi gloria.

»Y les impondré un signo, y de entre los que serán salvados enviaré a algunos a las naciones de Africa, Lidia, Italia, Grecia y a los pueblos que no han oído hablar de mí,

y que nos han visto mi gloria. Y traerán a vuestros hermanos.»

REPROBACION DEL TEMPLO

Jer., 7.
«Id a Siló, donde había establecido mi nombre al comienzo y ved lo que allí he hecho a causa de los pecados de mi pueblo. Pues lo he rechazado y me he hecho un templo en otra parte.
»Y ahora, dice el Señor, puesto que vosotros habéis cometido los mismos crímenes, haré con este templo, en el que se invoca mi nombre, y en el que confiais, y que yo mismo di a vuestros antepasados, lo mismo que he hecho con Siló.
»Y yo os rechazaré lejos de mí del mismo modo que he rechazado a vuestros hermanos, los hijos de Efraín, rechazados sin retorno.
»No oréis, pues, por este pueblo.»

Jer., 7, 22. «¿De qué os sirve añadir sacrificio sobre sacrificio? Cuando retiré a vuestros padres fuera de Egipto, no les hablé de sacrificios ni de holocaustos. No les di para ello ninguna orden y el precepto que les di era de esta suerte: sed obedientes y fieles a mi mandamiento y yo seré vuestro Dios y vosotros mi pueblo.
»Fue después de que hubieran sacrificado a los becerros de oro cuando ordené sacrificios, para transformar en bien una mala costumbre.»

Jer., 7. «No tengáis confianza en las palabras mentirosas de los que os dicen: el templo del Señor, el templo del Señor, el templo del Señor, son...»

SERIE XVIII

490 (721-535i) No tenemos más rey que César.

491 (439-422) Naturaleza corrompida.
El hombre no obra por la razón que hace su ser.

492 (630-) La sinceridad de los judíos.
Desde que dejaron de tener profetas. Macab.
Desde J.-C. Masora.
«Este libro os servirá de testimonio.»
Las letras defectuosas y finales.

Sinceros contra su honor y muriendo por él. Esto no tiene ejemplo en el mundo, ni su raíz en la naturaleza.

493 (714-535d) Profecías cumplidas.
3 R. 13. 2.
4 R. 23. 16.

Jos., 6, 26. 3 R. 16. 34. deut., 33.

Malaq., 1. 11. El sacrificio de los judíos reprobado y el sacrificio de los paganos (incluso fuera de Jerusalén) y en todos los lugares.

Moisés predice la vocación de los gentiles antes de morir. 32, 21. Y la reprobación de los judíos.
Moisés predice lo que va a suceder a cada tribu.

494 (714-) Judíos testigos de Dios. Is., 43, 9; 44, 8.
495 (641-506) Es con claridad un pueblo hecho expresamente para servir de testigo al Mesías. Is., 43, 9; 44, 8. Transmite los libros y los ama y no los entiende. Y todo eso ha sido predicho; que los juicios de Dios le son confiados, pero como un libro sellado.

496 (714-) «Endurecidos en su corazón.» ¿Y cómo? Halagando su concupiscencia y haciéndoles esperar su satisfacción.

497 (714-) Profecía.
«Vuestro nombre será execración para mis elegidos y les daré otro nombre.»

498 (715-535e) Profecía.
Amós y Zacarías. Han vendido al justo y por eso no se les volverá a llamar nunca.
J.-C. traicionado.
No se recordará más a Egipto.
Ver Is., 43, 16, 17, 18, 19. Jer., 23, 6, 7.
Profecía.
Los judíos serán esparcidos por todas partes. Is., 27, 6.
Ley nueva. Jer., 31, 32.
Los 2 templos gloriosos. Jesucristo vendrá. Agg., 2, 7, 8, 9, 10. Malaquías. Grocio.
Vocación de los gentiles. Joel, 2, 28. Oseas, 2, 24. Deut., 32, 21. Mal., 1, 11.

499 (792-636) ¿Qué hombre tuvo jamás más brillo?
El pueblo judío en su totalidad lo predice antes de su venida. El pueblo gentil lo adora después de su venida.
Estos dos pueblos, el gentil y el judío, le miran como a su centro.
Y, sin embargo, ¿qué hombre gozó jamás menos de este brillo?

De 33 años, vivió 30 sin aparecer. Durante tres años pasa por impostor. Los sacerdotes y los poderosos le rechazan. Sus amigos y sus más próximos le menosprecian; en fin, muere traicionado por uno de los suyos, renegado por otro y abandonado por todos.

¿Qué parte tiene, pues, en este brillo? Jamás hombre alguno tuvo tanto brillo, jamás hombre alguno tuvo más ignominia. Todo este brillo sólo nos ha servido para hacérnoslo reconocible, pues El no retuvo nada para sí.

SERIE XIX

500 (700-545) Resulta hermoso ver con los ojos de la fe la historia de Herodes, de César.

501 (659-556) Figuras.

Para mostrar que el Antiguo Testamento es —no es más que— figurativo y que por bienes temporales entendían otros bienes.

1.°, que esto sería indigno de Dios; 2.°, que sus discursos expresan muy claramente la promesa de los bienes temporales, y dicen, sin embargo, que sus discursos son oscuros, y que su sentido no será entendido. Por lo que parece que este sentido secreto no era el que expresaban al descubierto, y que, por consiguiente, pretendían hablar de otros sacrificios, de otro Liberador, etc. Dicen que no se entenderá hasta el fin de los tiempos. Jer., 33, ult.

La 2.ª prueba es que sus discursos son contrarios y se destruyen. De suerte que, si se piensa que no han entendido por los términos de ley y sacrificio otra cosa que la de Moisés, hay una contradicción manifiesta y grosera; por tanto, entendían otra cosa al contradecirse algunas veces en un mismo capítulo.

Ahora bien, para entender el sentido de un autor...

502 (571-574) Razón de por qué figuras.

(R. *Tenían que sustentar a un pueblo carnal y hacerlo depositario del testamento espiritual.)*

Era menester que para dar fe del Mesías tuvieran de El profecías precedentes y que fueran transmitidas por gente no sospechosa y de una diligencia y fidelidad y de un celo extraordinario y conocidas por toda la tierra.

Para alcanzar todo esto, Dios ha escogido a este pueblo carnal, en el que ha depositado las profecías que predicen al Mesías como liberador y dispensador de los bienes carnales que este pueblo amaba.

Y así, ha tenido un entusiasmo extraordinario por sus profetas y ha llevado a la vida de todo el mundo estos libros que predicen a su Mesías, asegurando a todas las naciones que debía venir y en la manera predicha en los libros que tenía abiertos ante todo el mundo. Y así, este pueblo, decepcionado por el advenimiento ignominioso y pobre del Mesías, ha sido su más cruel enemigo; de suerte que he ahí al pueblo del mundo menos sospechoso de favorecernos y el más exacto y celoso que se pueda decir por su ley y por sus profetas, a quienes transmite incorruptos.

De manera que los que han rechazado y crucificado a Jesucristo, quien ha sido para ellos un escándalo, son los que transmiten los libros que le testimonian y que dicen que será rechazado y objeto de escándalo, de suerte que, rehusándole, han indicado que era El, y ha sido probado igualmente por los judíos justos que le han recibido y por los injustos que le han rechazado, pues lo uno y lo otro había sido predicho.

Por eso las profecías tienen un sentido oculto, el espiritual, del que este pueblo era enemigo, bajo el carnal, del que era amigo. Si el sentido espiritual hubiera estado al descubierto, no serían capaces de amarlo, y, no pudiendo soportarlo, no hubieran sido celosos en la conservación de sus libros y de sus ceremonias, y si hubieran amado estas promesas espirituales y las hubieran conservado incorruptas hasta el Mesías, su testimonio no hubiera tenido fuerza, puesto que habrían sido amigos.

He ahí por qué era bueno que el sentido espiritual fuese ocultado; pero, por otro lado, si este sentido hubiera estado escondido de tal manera que no hubiera aparecido en absoluto, no hubiese podido servir de prueba al Mesías. ¿Qué se hizo, pues?

Ha estado cubierto bajo lo temporal en la mayoría de los pasajes y ha estado tan claramente al descubierto en algunos, al margen de que el tiempo y el estado del mundo han sido predichos tan claramente que resulta más claro que el sol, y este sentido espiritual está tan claramente explicado en algunos lugares, que haría falta una obcecación semejante a la que la carne arroja en el espíritu, cuando éste le está sometido, para no reconocerlo.

He ahí, pues, cuál ha sido la conducta de Dios. Este sentido está encubierto por otro en una infinidad de sitios y descubierto raramente en algunos, pero de tal manera, sin embargo, que los lugares en los que está oculto son equívocos y pueden convenir a los dos, mientras que los lugares en los que está descubierto son unívocos y no pueden convenir más que al sentido espiritual.

De suerte que esto no podía inducir a error, y no hubo más que un pueblo tan carnal que pudiera equivocarse en ello.

Porque, cuando los bienes se prometen en abundancia, ¿quién les impediría entender los verdaderos bienes, sino su codicia, que determinaba este sentido a los bienes de

la tierra? Pero los que no tenían más bien que Dios, lo referían únicamente a Dios.

Porque hay dos principios que dividen las voluntades de los hombres: la codicia y la caridad. No es que la codicia no pueda existir con la fe en Dios y que la caridad no exista con los bienes de la tierra, pero es que la codicia usa de Dios y goza del mundo, y la caridad lo contrario.

Ahora bien, el último fin es el que da el nombre a las cosas. Todo lo que nos impide llegar a él es llamado enemigo. Así, las criaturas, aunque buenas, serán enemigas de los justos cuando les aparten de Dios, y Dios mismo es el enemigo de aquellos cuya codicia perturba.

Así, la palabra enemigo depende del último fin; los justos entendían con ella sus pasiones y los carnales entendían los babilonios, y así estos términos no eran oscuros más que para los injustos.

Y es lo que dice Isaías: *signa legem in electis meis*[76].

Y que J.-C. será piedra de escándalo, pero bienaventurados los que no sean escandalizados por El.

Oseas, ult., lo dice perfectamente: «¿Dónde está el sabio?, y entenderá lo que yo digo. Los justos lo entenderán porque los caminos de Dios son rectos, pero los malos tropezarán en ellos.»

503 (675-563) ... tropezarán. Y, sin embargo, este testamento hecho para cegar a unos y esclarecer a otros, denotaba, en aquellos mismos a quienes cegaba, la verdad que debía ser conocida por los otros. Pues los bienes visibles que recibían de Dios eran tan grandes y tan divinos que se veía bien que El era poderoso para darles los invisibles y un Mesías.

Porque la naturaleza es una imagen de la gracia y los milagros visibles son imágenes de los invisibles, *ut sciatis, tibi dico surge*[77].

Is., 51, dice que la redención será como el paso del mar Rojo.

Dios ha mostrado en la salida de Egipto, del mar, en la derrota de los reyes, en el maná, en toda la genealogía de Abraham, que era capaz de salvar, de hacer descender el pan del cielo, de suerte que este pueblo enemigo es la figura y representación del mismo Mesías que ignoran..., etc. Pues nos han enseñado, al fin, que todas estas cosas no eran sino figuras, y lo que significa «verdaderamente libre», «verdadero israelita», «verdadera circuncisión», «verdadero pan del cielo», etc.

---

76 Is., VIII, 16: «Sella la ley para mis discípulos.»
77 Mc., II, 10-11: «A fin de que sepáis *que el Hijo del Hombre tiene poder sobre la tierra para perdonar los pecados*, a ti te digo: Levántate.»

Kirkero — Usserio.

En estas promesas cada uno encuentra lo que hay en el fondo de su corazón, los bienes temporales o los bienes espirituales. Dios o las criaturas, pero con esta diferencia: que los que buscan en ellas a las criaturas las encuentran, pero con numerosas contradicciones, con la prohibición de amarlas, con la orden de no amar más que a Dios y de no amarle sino a El, lo cual no es más que la misma cosa, y que, por fin, el Mesías no ha venido para ellos; mientras que en los que en ellas buscan a Dios le encuentran y sin contradicción alguna, con el mandamiento de no amar sino a El, y que ha venido un Mesías en el tiempo predicho para darles los bienes que piden.

Así, los judíos tenían milagros, profecías que veían realizarse, y la doctrina de su ley consistía en no adorar y no amar más que a un Dios. Era también perpetua. Así, tenía todas las señales de la verdadera religión. Y lo era, pero es menester distinguir la doctrina de los judíos de la doctrina de la ley de los judíos. Ahora bien, la doctrina de los judíos no era verdadera, aunque tuviese los milagros, las profecías y la perpetuidad, porque no tenía ese otro punto de no adorar y de no amar sino a Dios.

SERIE XX

504 (260-249) Se ocultan entre el gentío y llaman al número en su ayuda. Tumulto.

505 (260-249) *La autoridad.* Es tan común haber oído decir que algo es la regla de vuestra creencia, que no debéis creer nada sin poneros en un estado tal como si nunca lo hubiérais oído.

Es el consentimiento de vosotros a vosotros mismos y la voz constante de vuestra razón quien debe haceros creer.

¡Creer es tan importante!

Cien contradicciones serían verdaderas.

Si la antigüedad fuera la regla de la creencia, los antiguos estarían pues sin regla.

Si el consentimiento general, si los hombres hubieran muerto.

Falsa humildad, orgullo.

Castigo de los que pecan, error.

Levantad el telón.

Tenéis formas de buen hacer, cuando haya que creer, o negar, o dudar.

¿No tendremos, pues, una regla?

Pensamos que los animales hacen bien lo que hacen; ¿no existirá una regla para juzgar a los hombres?

Negar, creer y dudar, son al hombre lo que el correr al caballo.

506 (90-105/117) *Quod crebo videt non miratur etiamsi cur fiat nescit; quod ante non viderit id si evenerit ostentum esse censet.* Cid.[78]

583 — *Nae iste magno conatu magnas nugas dixerit.* Terenc.[79]

506 (87-106) *Quasi quicquam infelicius sit homine cui sua figmenta dominantur.* Plin.[80]

507 (363-371) *Ex senatusconsultis et plebiscitis scelera exercentur.* Sen. 588.

Nihil tam absurde dici potest quod non dicatur ab aliquo philosophorum. divin.

Quibusdam destinatis sententiis consecrati quae non probant coguntur defendere. Cic.

Ut omnium rerum sic litterarum quoque intemperantia laboramus. Senec.

Id maxime quemque decet quod est cujusque suum maxime. 588.

Hos natura modos primum dedit. georg.

Paucis opus est litteris ad bonam mentem.

Si quando turpe non sit tamen non est non turpe quum id a multitudine laudetur.

Mihi sic usus est, tibi ut opus est facto fac. Ter.[81]

508 (364-372) *Rarum est enim ut satis se quisque vereatur.*

Tot circa unum caput tumultuantes deos.

---

78 Cicerón, *De divinatione*, II, 27: «Lo que uno ve frecuentemente no le extraña, aunque ignore su causa. Pero si se produce algo que no ha visto jamás, lo toma como un prodigio.» (Montaigne, *Ensayos*, II, 30.)

79 Terencio, *Heauton.*, III, V, 8: «Probablemente ese hombre va a decirme con mucho esfuerzo grandes simplezas.» (Montaigne, *Ensayos*, III, 1.)

80 Plinio, II, 7: «¡Qué mayor desgracia que el ver al hombre esclavo de sus quimeras!» (Montaigne, *Ensayos*, II, 12.)

81 Séneca, Ep., XCV: «Son crímenes autorizados por el senadoconsulto y los plebiscitos.» (Montaigne, *Ensayos*, III, 1.) Cicerón, *De divin.*, II, 58: «No se puede decir nada tan absurdo que no haya sido dicho por algún filósofo.» (Montaigne, *Ensayos*, II, 12.) Cicerón, *Tuscul.*, II, 2: «Que por haber permitido y proclamado ciertas opiniones fijas y determinadas, se ven luego forzados a defender las mismas cosas que desaprueban.» (Montaigne, *Ensayos*, II, 12.) Séneca, *Ep.*, CVI: «En todas las cosas, aun en las referentes a las letras, trabajamos inmoderadamente.» (Montaigne, *Ensayos*, III, 12.) Cicerón, *De offic.*, I, XXXI: «Lo que mejor nos asienta es lo que nos es más natural.» (Montaigne, *Ensayos*, III, 1.) Virgilio, *Georg.*, II, 20: «He ahí las primeras leyes que da la naturaleza.» (Montaigne, *Ensayos*, I, 31.) Séneca, *Ep.*, CVI: «Obra es de pocas letras el tener buen juicio.» (Montaigne, *Ensayos*, III, 12.) Cicerón, *De Finib.*, XV: «Yo no estimo más que una cosa, que aun cuando no fuera vergonzosa, parece serlo cuando tiene la aprobación del vulgo.» «Montaigne, *Ensayos*, II, 6.) Terencio, *Heaut.*, I, 1, 28: «Yo hago las cosas así; vosotros, hacedlas como queráis.» (Montaigne, I, 28.)

Nihil turpius quam cognitioni assertionem praecurrere. Cic.

Nec me pudet ut istos, fateri nescire quod nesciam. Melius non incipient[82].

SERIE XXI

509 (49-52) Enmascarar la naturaleza y disfrazarla. Nada de rey, de Papa, de obispo, sino augusto monarca, etc., nada de París, capital del reino.

Existen lugares donde hay que llamar a París, París, y otros en los que hace falta llamarla capital del reino.

510 (7-17) A medida que se tiene más espíritu se advierte que hay más hombres originales. La gente común no halla diferencia entre los hombres.

511 (2-22) Distintas clases de sentido recto; los unos en un cierto orden de cosas, y no en los otros órdenes, en los que disparatan.

Los unos sacan bien las consecuencias de pocos principios, y es ésta una rectitud de sentido.

Los otros sacan bien las consecuencias de cosas en las que hay muchos principios.

Por ejemplo, los unos comprenden bien los efectos del agua, en lo que hay pocos principios, pero las consecuencias de ello son tan finas que sólo una extrema rectitud de espíritu puede llegar a ellas; y aquéllos no serían por eso, quizá, grandes geómetras, porque la geometría abarca un gran número de principios, y una naturaleza de espíritu puede ser tal que penetre bien en pocos principios hasta el fondo y no pueda penetrar de ninguna manera en las cosas que tienen muchos principios.

Existen, pues, dos clases de espíritu: una, penetra viva y profundamente en las consecuencias de los principios, y es el espíritu de justeza. La otra, abarca un gran número de principios sin confundirlos, y es el espíritu de geometría. El uno es fuerza y rectitud de espíritu. El otro es amplitud de espíritu. Ahora bien, el uno puede existir muy

---

82 Quintiliano, X, 7: «Es raro, en efecto, que se aprecie mucho a sí mismo.» (Montaigne, *Ensayos*, I, 39.) Séneca, *Suasoriae*, I, IV: «¡Tantos dioses se agitan alrededor de un solo hombre!» (Montaigne, *Ensayos*, II, 13.) Cicerón, *Acad.*, I, 12: «Nada es más vergonzoso que lanzar el aserto y la decisión antes que la percepción y el conocimiento.» (Montaigne, *Ensayos*, III, 13.) Cicerón, *Tuscl.*, I, XXV: «No me avergüenzo, como otra gente, de confesar que ignoro lo que ignoro.» (Montaigne, *Ensayos*, III, 11.) Séneca, *Ep.*, LXXII: «Se esforzarán menos en no comenzar que en detenerse.» (Montaigne, *Ensayos*, III, 10.)

bien sin el otro; el espíritu puede ser fuerte y estrecho, y puede ser también amplio y débil.

SERIE XXII

512 (1-21) Diferencia entre el espíritu de geometría y el espíritu de fineza.

En el uno, los principios son palpables, pero alejados del uso común, de suerte que cuesta volver la cabeza hacia ese lado, por falta de costumbre: pero por poco que se la vuelva hacia allí, se ven los principios plenamente; y haría falta tener el espíritu absolutamente falso para razonar mal sobre principios tan elementales que es casi imposible que se escapen.

Pero en el espíritu de fineza, los principios son de uso común y están a la vista de todo el mundo. No hay más que volver la cabeza, sin hacerse violencia; no es cuestión sino de tener buena vista, pero es menester tenerla buena: porque los principios son tan sutiles y tan numerosos[83] que es casi imposible que no se escape alguno. Ahora bien, la omisión de un principio conduce al error; así, es preciso tener la vista bien clara para ver todos los principios, y después el espíritu justo para no razonar falsamente sobre principios conocidos.

Todos los geómetras serían, por consiguiente, finos, si tuvieran buena vista, ya que no razonan en falso sobre los principios que conocen. Y los espíritus finos serían geómetras si pudieran fijarse en los principios desacostumbrados de la geometría.

Lo que hace, pues, que ciertos espíritus finos no sean geómetras, es que no pueden volverse de ninguna manera hacia los principios de la geometría; pero lo que hace que los geómetras no sean finos, es que no vean lo que está delante de ellos, y que, estando acostumbrados a los principios claros y elementales de la geometría, y a no razonar sino después de haber visto bien y manipulado sus principios, se pierdan en las cosas de fineza, donde los principios no se dejan manejar así. Apenas se los ve, se los siente más que se los ve; hay que hacer un esfuerzo inmenso para hacérselos sentir a aquellos que no los sienten por sí mismos. Son cosas hasta tal punto delicadas, y tan numerosas, que hace falta un sentido muy delicado y muy claro para sentirlas, y juzgar recta y justamente según este

---

[83] Lo que en el fragmento anterior llamaba *«esprit de finesse»* parece coincidir, por ambos contextos, con lo que aquí llama *«esprit de justesse»*, y aunque haya que observar que, mientras en el fragmento anterior el *«esprit de justesse»* tenía su campo de acción sobre unos pocos principios, en éste, el *«esprit de finesse»* actúa sobre numerosos principios.

sentimiento, sin poder, como sucede a menudo, demostrarlos por orden como en geometría, porque así no se poseen los principios, y sería algo infinito el emprenderlo. Es preciso ver la cosa de un golpe, de una sola mirada y no por progreso de razonamiento, al menos hasta un cierto grado. Y así, es raro que los geómetras sean finos y los finos sean geómetras, debido a que los geómetras quieren tratar geométricamente las cosas finas, y resultan ridículos al querer comenzar por las definiciones y seguir por los principios, lo que no es manera de proceder en este tipo de razonamiento. No es que el espíritu no lo haga, sino que lo hace tácitamente, naturalmente y sin arte. Porque la expresión pasa a todos los hombres, y el sentimiento no pertenece más que a unos pocos. Y los espíritus finos, por el contrario, habiéndose así acostumbrados a juzgar de un solo vistazo, se sorprenden tanto, cuando se les presentan proposiciones en las que no comprenden nada y a las que para iniciarse hace falta pasar por definiciones y principios tan estériles, que no están acostumbrados a verlos así en detalle, que se apartan y se disgustan de ello.

Pero los espíritus falsos no son nunca ni finos ni geómetras.

Los geómetras, que no son más que geómetras, tienen, pues, el espíritu recto, pero con tal de que se les explique bien todas las cosas por definiciones y principios; de otro modo son falsos e insoportables, pues no son rectos, sino sobre los principios muy claros.

Y los finos que no son más que finos, no pueden tener la paciencia de descender hasta los primeros principios de las cosas especulativas y de imaginación, que nunca han visto en el mundo, y que son absolutamente inusitadas.

513 (4-24) Geometría. Fineza.

La verdadera elocuencia se burla de la elocuencia, la verdadera moral se burla de la moral. Es decir, que la moral del juicio se burla de la moral del espíritu, que no tiene reglas.

Pues al juicio pertenece el sentimiento, como las ciencias pertenecen al espíritu. La fineza es parte del juicio, la geometría del espíritu.

Burlarse de la filosofía es verdaderamente filosofar.

514 (356-320) La nutrición del cuerpo se hace poco a poco. Plenitud de nutrición y poca sustancia.

SERIE XXIII

515 (48-61) Miscel.

Cuando en un discurso se encuentran palabras repetidas, y, al tratar de corregirlas, se las halla tan propias

que se estropearía el discurso, es preciso dejarlas, esa es la indicación. Y ahí tiene su parte la envidia, que es ciega y que no sabe que esta repetición no es una falta en ese lugar, pues no hay regla general.

516 (880-806) *(Papa)*. Amamos la seguridad, amamos el hecho de que el Papa sea infalible en asuntos de fe, y que los doctores serios lo sean en los de costumbres, a fin de tener su seguridad.

517 (869-804) Si San Agustín viniera hoy y estuviera tan poco autorizado como sus defensores, no haría nada. Dios conduce bien a su Iglesia al haberle enviado por delante con autoridad.

518 (378-327) Pirrón.

El espíritu extremo es acusado de locura, como el extremo defecto; sólo la mediocridad es buena: es la mayoría quien ha establecido eso y la que muerde a quien se escapa por el extremo que sea. No me obstinaré, consiento gustosamente en que se me ponga ahí, y rehuso estar en el extremo inferior, no porque sea inferior, sino porque es extremo, pues igualmente rehusaría que se me pusiese en el superior. Salirse de la humanidad es salirse del punto medio.

La grandeza del alma humana consiste en saber estar ahí; tan preocupante es que la grandeza consista en salirse del punto medio, que consiste precisamente en no salirse de él.

519 (70-84c) *(La naturaleza no p...*

La naturaleza nos ha situado tan bien en el medio que, si cambiáramos un lado de la balanza, cambiaríamos también el otro. Je faisons, zoa trekei[84].

Ello me hace creer que hay resortes en nuestra mente que están de tal modo dispuestos que el que toca uno toca también el contrario.)

520 (375-252) *(He pasado mucho tiempo de mi vida creyendo que había una justicia, y no me equivocaba, pues la hay, según Dios nos la ha querido revelar; pero no la tomaba así, y es en lo que me engañaba, porque creía que nuestra justicia era esencialmente justa, y que tenía el medio de conocerla y juzgarla; pero me he encontrado tantas veces falto de recto juicio que, al fin, he llegado a desconfiar de mí y después de los demás. He visto cambiar a todos*

[84] Tanto en la expresión francesa como en la griega, se articulan la singularidad del sujeto con la pluralidad del verbo. Con ello, pues, quiere Pascal señalar el continuo contrapeso que, en el pensamiento y en el lenguaje, puede observarse, aduciéndolo como ejemplo significativo de lo que expone.

los países y a los hombres. Y así, después de muchos cambios de juicio referentes a la verdadera justicia, he sabido que nuestra naturaleza no era más que un continuo cambio, y ya no he cambiado después. Y si cambiase, cambiaría mi opinión. El pirroniano Arcesilao que vuelve a ser dogmático.)

521 (387-382) *(Puede hacerse que hayan verdaderas demostraciones, pero esto no es cierto.*

Así, no demuestra otra cosa sino que no es cierto que todo sea incierto. Para gloria del pirronismo.)

522 (140-176) *(Este hombre tan afligido por la muerte de su mujer y de su único hijo, que tiene este gran dolor que le atormenta, ¿de dónde viene que en este momento no esté triste y que se le vea tan liberado de todos esos pensamientos penosos e inquietantes? No hay que extrañarse. Acaban de hacer el saque de pelota y tienen que devolvérsela al compañero. Está ocupado en cogerla cuando caiga del tejado para ganar una caza. ¿Cómo queréis que piense en sus asuntos teniendo este otro asunto entre manos? He ahí una preocupación digna de ocupar esta gran alma y de quitarle todo otro pensamiento del espíritu. Este hombre nacido para conocer el universo, para juzgar todas las cosas, para regir todo un estado, hele ahí ocupado y lleno de preocupación por coger una liebre. Y si no se rebaja a eso y quiere estar siempre en tensión, será aún más tonto, ya que querrá elevarse por encima de la humanidad, y a fin de cuentas no es más que un hombre, es decir, capaz de poco y de mucho, de todo y de nada. No es ni ángel ni bestia, sino hombre.)*

523 (145-209) *(Una sola cosa nos ocupa; no podemos pensar en dos cosas a la vez, lo que nos beneficia según el mundo, no según Dios.)*

524 (853-LXa) *(Hay que juzgar sobriamente las ordenanzas divinas, Padre mío. San Pablo en la isla de Malta.)*

525 (325-287) Montaigne no tiene razón. La costumbre no debe ser seguida más que porque es costumbre, y no porque sea razonable o justa; pero el pueblo la sigue por esta sola razón, que la cree justa. Si no, no la seguiría más, aunque fuera costumbre, pues no quiere sujetarse más que a la razón o a la justicia. Sin eso, la costumbre pasaría por tiranía, pero el imperio de la razón y de la justicia no es más tiránico que el de la delectación. Estos son los principios naturales del hombre.

Sería bueno, por tanto, que se obedeciese a las leyes y costumbres, porque son leyes *(con ello, no se rebelaría nunca, pero no querría quizá someterse, y buscaría siempre la*

verdadera); que supiera que no hay ninguna verdadera y justa que añadir, que no conocemos nada de eso y que por ello hay que seguir solamente las recibidas. Por este medio no se las abandonaría nunca. Pero el pueblo no es susceptible a esta doctrina, y así como cree que la verdad se puede encontrar y que está en las leyes y costumbres, las cree y toma su antigüedad como una prueba de su verdad (y no de su sola autoridad *(temeraria)* sin *(razón)* verdad). Por eso obedece, pero está obligado a rebelarse desde el mismo momento en que se le demuestra que no valen nada, lo cual se puede hacer ver con todas, mirándolas desde un cierto punto de vista.

526 (408-279) El mal es fácil. Hay de él una infinidad; el bien casi único. Pero un cierto tipo de mal es tan difícil de hallar como ese que se llama bien, y a menudo se hace pasar por bien de este tipo a ese mal particular. Incluso hace falta una grandeza extraordinaria de alma para llegar a él, tanta como para llegar al bien.

527 (40-67) Los ejemplos que se toman para probar otras cosas, si se quisiera probar los ejemplos, se tomarían las otras cosas para servirles de ejemplos. Porque, como se cree siempre que la dificultad está en lo que se quiere probar, se hallan los ejemplos más claros y que ayuden a demostrarlo.

Así, cuando se quiere demostrar algo general, hay que dar la regla particular de un caso; pero si se quiere demostrar un caso particular, habrá que comenzar por la regla (general). Porque se halla siempre oscura la cosa que se quiere probar y clara la que se utiliza en la prueba, pues cuando se propone algo para probar, lo primero se imagina uno que es, en efecto, oscura, y, por el contrario, que la que debe probar es clara, y así se la entiende fácilmente.

528 (57-58) No me siento bien con estos cumplidos: «Os he hecho esforzaros demasiado», «temo molestaros», «temo que esto sea demasiado largo». O se atrae, o se irrita.

529 (105-161) ¡Qué difícil es proponer algo al juicio de otro sin corromper su juicio por la manera de proponerlo! Si se dice: «Lo encuentro bello», o «lo encuentro oscuro» u otra cosa parecida, se arrastra la imaginación hacia este juicio o se la irrita al contrario. Más vale no decir nada, y entonces juzga según lo que él es, es decir, según lo que él es entonces, y según lo que las otras circunstancias, de las que no es autor, hayan puesto en ello. Pero, al menos, uno no habrá puesto nada, si es que ese silencio no hace también su efecto, según el giro y la interpretación que le venga en gana dar, o según lo conjeture de los movimientos y el aspecto del rostro, o del tono de la voz, según sea de fisonomista: ¡tan difícil es no demostrar un juicio de su asiento natural, o mejor, tan poco firme y estable es!

530 (274-474) Todo nuestro razonamiento se reduce a ceder al sentimiento.

Pero la fantasía es semejante y contraria al sentimiento; de manera que no se puede distinguir entre estos dos contrarios. El uno dice que mi sentimiento es fantasía, el otro que su fantasía es sentimiento. Haría falta tener una norma. La razón se ofrece, pero se doblega a todos los sentidos.

Y así no la hay.

531 (85-109) Las cosas que más nos importan, como esconder su poco bien, no son a menudo casi nada. Una nada que nuestra imaginación engrandece hasta convertirla en una montaña; otro giro de la imaginación nos lo hace descubrir sin esfuerzo.

532 (373-71) Pirronia.

Escribiré aquí mis pensamientos sin orden y quizá no en una confusión sin objeto. Es el verdadero orden y el que señalará siempre mi fin por el desorden mismo.

Haría demasiado honor a mi tema si lo tratara con orden, puesto que quiero mostrar que es incapaz de ello.

533 (331-294) No nos imaginamos a Platón y a Aristóteles más que con grandes togas de pedantes. Eran gentes honradas y, como los demás, reían con sus amigos. Y cuando se divirtieron en hacer sus leyes y sus políticas lo hicieron bromeando. Era la parte menos filosófica y menos seria de su vida; la más filosófica era vivir sencilla y tranquilamente.

Si han escrito de política, era con la intención de tratar de ordenar un hospital de locos.

Y sin han aparentado hablar de algo importante, es que sabían que los locos a los que se dirigían pensaban ser reyes y emperadores. Aceptaban sus principios para modelar su locura lo mejor que pudieran.

534 (5-25) Los que juzgan de una obra sin regla son, en comparación con los otros, como los que tienen reloj con respecto a los que no lo tienen. El uno dice: «hace dos horas»; el otro: «no hace más de tres cuartos de hora» Consulto mi reloj y digo a uno: «usted se aburre», y al otro: «apenas le dura el tiempo, pues hace hora y media», y me río de los que dicen que el tiempo me dura a mí y que lo juzgo según mi fantasía.

No saben que lo juzgo según mi reloj.

535 (102-140) Hay vicios que no se mantienen en nosotros sino a través de otros, y que, quitando el tronco, se arrancan como ramas.

536 (579-787) Dios y (los apóstoles), previendo que las semillas del orgullo harían nacer las herejías, y no queriendo darles ocasión de nacer por términos propios, ha puesto en la Escritura, y en las plegarias de la Iglesia, palabras y semillas contrarias para producir sus frutos en el tiempo.

De la misma manera que da en la moral la caridad que produce frutos contra la concupiscencia.

537 (407-141) Cuando la malignidad tiene a la razón de su parte, se hace soberbia y despliega a la razón en todo su esplendor.

Cuando la austeridad o la elección severa no ha alcanzado el verdadero bien, y hace falta volver a seguir a la naturaleza, se hace soberbia por causa de este retorno.

538 (531-662) El que conoce la voluntad de su amo recibirá más golpes, por causa del poder que su conocimiento le ha dado;

Qui justus est justificetur adhuc[85],

a causa del poder que la justicia le ha dado.

Al que más ha recibido se le exigirá mayor cuenta, por causa del poder que esa ayuda le ha dado.

539 (99-472) Existe una diferencia universal y esencial entre las acciones de la voluntad y todas las demás.

La voluntad es uno de los principales órganos de la creencia, no porque haga la creencia, sino porque las cosas son verdaderas o falsas según el lado por donde se las mire. La voluntad, que se complace en una más que en otra, aparta al espíritu de considerar las cualidades de aquellas que no quiere ver, y así el espíritu, yendo a una con la voluntad, se detiene a mirar al lado que ésta quiere, y así juzga de ello por lo que ve.

540 (380-229) Todas las buenas máximas están en el mundo; no falta más que aplicarlas.

Por ejemplo, no se duda que sea necesario exponer la vida para defender el bien público, y muchos lo hacen, pero no por la religión.

Es necesario que haya desigualdad entre los hombres, es verdad; pero, supuesto esto, he ahí la puerta abierta no sólo a la mayor dominación sino también a la mayor tiranía.

Es necesario relajar un poco el espíritu, pero esto abre la puerta a los más grandes desbordamientos.

85 Apoc., XXII, 11: «Quien es justo, sea aún más justificado.»

Que se señalen los límites. No hay límites en las cosas. Las leyes quieren ponerlos, y el espíritu no puede soportarlos.

541 (120-27)

(La naturaleza diversifica e imita.	*El artificio imita y diversifica.)*

542 (370-98)

El azar da los pensamientos, y el azar los quita. Ningún arte para conservar ni para adquirir.

Pensamiento escapado, quisiera escribirlo; en su lugar, escribo que se me ha escapado.

543 (938-XLVIII)

Digresión.

Vueltas menudas, ello asienta.

Me guardáis rencor por poner a cubierto a los Padres, y los...

Desde entonces los he ensalzado, pues no los había conocido.

544 (778-644b) *Omnis judaeae regio, et Jerosolimitae universi et baptisabantur*[86], a causa de todas las condiciones de hombres que allí venían.

Las piedras pueden ser hijos de Abraham.

545 (458-696) Todo lo que está en el mundo es concupiscencia de la carne o concupiscencia de los ojos u orgullo de la vida. *Libido sentiendi, libido sciendi, libido dominandi*[87]. ¡Desdichada la tierra de maldición que estos tres ríos de fuego abrasan más que riegan! ¡Bienaventurados los que, estando en estos ríos, no son sumergidos, ni arrastrados, sino que permanecen inmóviles, firmes sobre ellos, no de pie, sino sentados, en un asiento bajo y seguro, del que no se levantan antes de la luz, sino después de haber reposado en paz, y tienden la mano al que les debe levantar, para mantenerles de pie y firmes en los pórticos de la santa Jerusalén, donde el orgullo no les podrá ya combatir ni abatir, y que, sin embargo, lloran, no por ver pasar a todas las cosas perecederas que estos torrentes arrastran, sino por el recuerdo de su querida patria, de la Jerusalén celestial, de la que se acuerdan sin cesar a lo largo de su exilio!

86 Mc., I, 5: «Y toda la región de Judea y todos los de Jerusalén *iban a él* y se bautizaban.»

87 I Jn., II, 16.

546 (515-666) Los elegidos ignorarán sus virtudes y los réprobos la magnitud de sus crímenes. Señor, ¿cuándo te hemos visto hambriento, sediento, etc.?

547 (784-607) J.-C. no quiso el testimonio de los demonios ni de los que no tuvieron vocación, sino el de Dios y Juan el Bautista.

548 (779-83) Si nos convirtiéramos, Dios curaría y perdonaría.

Ne convertantur et sanem eos. Isaías. *Et dimittantur eis peccata*[88]. Marc., 3.

549 (780-646) J.-C. jamás ha condenado sin oír.

A Judas: *amice ad quid venisti*[89]. Al que no tenía el traje nupcial, lo mismo.

550 (744-181/665) Orad para no caer en la tentación. Es peligroso ser tentado. Y los que lo son es porque no rezan.

Et tu conversus confirma frater tuos, pero antes *conversus Jesus respexit Petrum*[90].

San Pedro pide permiso para golpear a Malco. Y golpea antes de oír la respuesta. Y J.-C. responde después.

La palabra de Galileo, que la multitud de los judíos pronunció como por azar acusando a J.-C. ante Pilato, dio pie a Pilato para enviar a J.-C. a Herodes. Por lo cual se cumplió el misterio de que debía ser juzgado por los judíos y los gentiles. El azar fue, en apariencia, la causa del cumplimiento del misterio.

551 (84-108) La imaginación agiganta los pequeños objetos hasta llenar con ellos nuestra alma, por una estimación fantástica; y por una insolencia temeraria empequeñece los grandes hasta su medida, como al hablar de Dios.

552 (107-163) *Lustravit lampade terras*[91]. El tiempo y mi humor tienen poca relación. Yo tengo mis nieblas y mi buen tiempo dentro de mí; el bien y el mal de mis propios asuntos influyen poco en él. Algunas veces reniego de la fortuna. La gloria de dominarla me la hace dominar alegremente, mientras que, algunas veces, me hago el disgutado en la buena fortuna.

553 (76-193) Escribir contra los que profundizan demasiado en las ciencias. Descartes.

---

88 Is., VI, 10: «No sea que se conviertan y los cure.» Mc., III, 28: «Y les serán perdonados los pecados.»
89 Mt., XXVI, 50: «Amigo, ¿a qué has venido?»
90 Lc., XXII, 32: «*Tú, cuando algún día* seas convertido, confirma a tus hermanos.» Lc., XXII, 61: «Habiéndose vuelto, Jesús miró a Pedro.»
91 Montaigne, *Ensayos*, II, 12.

554 (303-242) La fuerza es la reina del mundo, y no la opinión, pero es la opinión la que usa de la fuerza.

Es la fuerza quien hace la opinión.

La molicie es bella según nuestra opinión. ¿Por qué? Porque el que quiera danzar sobre la cuerda se quedará solo, y formaré una fuerte pandilla de gente que dirán que eso no es más decente.

555 (47-62) Hay quienes hablan bien y no escriben bien. Es que el lugar, el auditorio, les enardece y saca de su espíritu más de lo que encuentran sin este calor.

556 (371-99) *(Cuando yo era pequeño, guardaba mi libro; y algunas veces me sucedía que... creyendo haberlo guardado, desconfiaba.)*

557 (45-30) Las lenguas son cifras, donde no son las letras las que se cambian por letras, sino las palabras por palabras. De suerte que una lengua desconocida es descifrable.

558 (114-28) La diversidad es tan amplia como todos los tonos de voz, todos los andares, modos de toser, de sonarse, de estornudar. Las raíces se distinguen de los frutos, y entre ellas el moscatel, y luego condrieu, y después desargues, y por último este injerto. ¿Eso es todo?, ¿ha producido aquél alguna vez dos racimos iguales?; y un racimo, ¿tiene dos granos iguales?

Yo no he juzgado nunca de algo exactamente de la misma manera; no puedo juzgar de una obra mientras se está haciendo. Es menester que haga como los pintores y que me aleje de ella, pero no demasiado. ¿Cuánto, pues? Adivinad...

559 (27-49) Miscelánea. Lenguaje.

Los que hacen antítesis forzando las palabras son como los que hacen falsas ventanas para guardar la simetría.

Su regla no consiste en hablar justo sino en hacer figuras justas.

560 (552-735) Sepulcro de J.-C.

J.-C. estaba muerto, pero a la vista, sobre la cruz. Está muerto y oculto en el sepulcro.

J.-C. sólo ha sido enterrado por santos.

J.-C. no hizo ningún milagro en el sepulcro.

En él no entran más que santos.

Ahí es donde J.-C. toma una nueva vida, no sobre la cruz.

Es el último misterio de la pasión y de la redención.

(J.-C. enseña vivo, muerto, sepultado, resucitado.)

J.-C. no ha tenido dónde reposar en la tierra sino en el sepulcro.

Sus enemigos no han cesado de atormentarle más que en el sepulcro.

561 (173-190) Dicen que los eclipses presagian desgracia, porque las desgracias son corrientes, de modo que el mal llega tan a menudo que normalmente acierta, mientras que si dijesen que presagian felicidad, mentirían con frecuencia. No atribuyen felicidad más que a raros encuentros en el cielo. Así, dejan de acertar a menudo.

562 (534-681) No existen más que dos clases de hombres: los unos, justos que se creen pecadores; los otros, pecadores que se creen justos.

563 (886-800) Herejes.
Ezeq. Todos los paganos hablaban del mal de Israel, y también el profeta. Y tan lejos estaban los israelitas de tener derecho a decirle: habláis como los paganos, que su mayor fuerza se apoya en que los paganos hablan como él.

564 (485-712) La verdadera y única virtud consiste, pues, en odiarse a sí mismo, pues uno es odioso por su concupiscencia, y en buscar un ser verdaderamente amable para amarle. Pero como no podemos amar a lo que está fuera de nosotros, es preciso amar a un ser que esté en nosotros y que no sea nosotros. Y esto es verdad de cada uno de los hombres. Ahora bien, no existe más que un ser universal que sea tal. El reino de Dios está en nosotros. El bien universal está en nosotros, es y no es nosotros mismos.

565 (591-394)

J.-C.

Paganos   Mahoma

ignorancia
de Dios.

566 (575-580) Todo deviene favorablemente para los elegidos.
Hasta las oscuridades de la Escritura, pues las honran a causa de las claridades divinas; y todo deviene mal para los otros, hasta las claridades, pues las blasfeman a causa de las oscuridades que no entienden.

567 (874-808) No hay que juzgar de lo que es el Papa por algunas palabras de los Padres (como decían los griegos en un concilio. Reglas importantes), sino por las acciones de la Iglesia y de los Padres, y por los cánones.

La unidad y la multitud, *duo aut tres in unum*[92]: error de excluir una de las dos, como hacen los papistas que excluyen la multitud, o los hugonotes que excluyen la unidad.

568 (815-626) No es posible creer razonablemente en contra de los milagros.

569 (872-810) El Papa es primero. ¿Qué otro es conocido por todos?, ¿qué otro es reconocido de todos, teniendo poder de insinuarse en todo el cuerpo, ya que tiene la rama principal que se insinúa por todas partes?
¡Qué fácil sería hacer degenerar esto en tiranía! Por eso J.-C. les impuso este precepto: *Vos autem non sic*[93].

570 (768-610) J.-C. figurado por José.
Inocente, bien amado de su padre, enviado del padre para ver a sus hermanos, es vendido por éstos en 20 denarios. Y convertido por ello en su Señor, su salvador y el salvador de los extranjeros y el salvador del mundo. Lo que no hubiera sucedido sin el designio de perderle *(y)*, la venta y la reprobación que de él hicieron.

En la prisión, José, inocente, entre dos criminales. J.-C. en la cruz entre dos ladrones. Predice la salvación a uno y la muerte a otro con las mismas apariencias. J.-C. salva a los elegidos y condena a los réprobos por los mismos crímenes. José no hace más que predecir, J.-C. obra. José pide al que será salvado que se acuerde de él cuando llegue a su gloria. Y aquel a quien J.-C. salva, le pide que se acuerde de Él cuando esté en su reino.

571 (775-643) Se cae en herejía al explicar siempre *omnes* como todos. Y es herejía el no explicarlo algunas veces como todos, *bibite ex hoc omnes*. Los hugonotes son herejes al explicarlo como todos. *In quo omnes peccaverunt*[94]. Los hugonotes, herejes, si se exceptúa a los hijos de los fieles. Es menester, pues, seguir a los Padres y a la tradición para saber cuándo, puesto que puede temerse herejía por una y por otra parte.

572 (54-55) Miscelan. Manera de hablar.
Yo (...) hubiera querido dedicarme a eso.

573 (646-773) La sinagoga no perecía porque era la figura.
Pero porque no era más que la figura, cayó en la servidumbre.

---

92 Cf. I Cor., XIV, 27.
93 Lc., XXII, 25-26: *«Jesús les dijo: los reyes de las naciones dominan sobre ellas, y sus príncipes reciben el nombre de benefactores.* Para vosotros, no debe ser así, *sino que el mayor entre vosotros sea como el menor, y el que manda, como el que sirve.»*
94 Mt., XXVI, 27: «Bebed todos de él...» Rom., V, 12: «En quien todos han pecado.»

La figura ha subsistido hasta la verdad, a fin de que la Iglesia fuera siempre visible, o en la pintura que la prometía o en el efecto.

574 (263-440) Un milagro, dicen, fortalecería mi creencia. Se dice esto cuando no se le ve.

Razones que, vistas de lejos, parecen limitar nuestra vida, pero que cuando nos acercamos a ellas, comenzamos a ver más allá aún. Nada detiene la volubilidad de nuestro espíritu. No existe regla, dicen, que no tenga alguna excepción, ni verdad tan general que no tenga algún aspecto en el que falle. Basta que no sea absolutamente universal para darnos motivo de aplicar la excepción al caso presente, y decir: eso no siempre es verdad, pues hay casos en los que no es tal. Sólo queda por demostrar que éste es uno de ellos, y se sería muy torpe o muy desgraciado si no se encontrara algún punto de unión.

575 (651-553) Extravagancias de los Apocalípticos y Preadamitas, Milenaristas, etc.

Quien quiera fundamentar opiniones extravagantes en la Escritura, se basará por ejemplo en esto.

Se dice que esta generación no pasará hasta que todo esto se realice. Sobre ello, yo diría que después de esta generación vendrá otra generación y así sucesivamente.

En el II paralipómeno, se habla de Salomón y del rey como si fueran dos personas distintas. Yo digo que eran dos.

576 (567-791) Las dos razones contrarias. Hay que comenzar por ahí: sin eso no se entendería nada, y todo es herético. E incluso al fin de cada verdad hace falta añadir que se recuerde la verdad opuesta.

577 (234-452) Si no hiciera falta hacer nada sino por lo cierto, no se debería hacer nada por la religión, porque es incierta. Pero ¡cuántas cosas se hacen por lo incierto: viajes por mar, batallas! Digo, pues, que no haría falta hacer nada en absoluto, porque nada es cierto. Y que hay más certidumbre en la religión que no en el hecho de que vayamos a ver el día de mañana.

Porque no es seguro que veamos el mañana, pero es ciertamente posible que no lo veamos. No se puede decir otro tanto de la religión. No es cierto que exista, pero, ¿quién se atreverá a decir que es ciertamente posible que no exista?

Ahora bien, cuando se trabaja para el mañana y por lo incierto se obra con razón, pues se debe trabajar por lo incierto en virtud de la regla de los partidos que ha sido demostrada[95].

---

95 Ver nota 27

San Agustín ha visto que se trabaja por lo incierto en el mar, en la batalla, etc. —, pero no ha visto la regla de los partidos que demuestra que debe hacerse así. Montaigne ha hecho notar que un espíritu cojo molesta y que la costumbre lo puede todo, pero no ha visto la razón de este efecto.

Todas estas personas han visto los efectos, pero no han señalado las causas. Son, con respecto a los que han descubierto las causas, como los que no tienen más que ojos en comparación con los que tienen espíritu. Porque los efectos son como sensibles, y las causas son visibles solamente para el espíritu. Y aunque estos efectos sean vistos por el espíritu, este espíritu es, en comparación con el espíritu que ve las causas, como los sentidos corporales con respecto al espíritu.

578 (26-48) La elocuencia es una pintura del pensamiento. Y así, los que después de haber pintado añaden aún más, hacen un cuadro en lugar de un retrato.

579 (53-53) Carroza volcada o tumbada según la intención.

Derramar o vertir según la intención.

Alegato de M. de M. sobre el franciscano a la fuerza.

580 (28-50) Simetría.

en lo que se ve en un vistazo.

fundamentado en lo que no hay razón para hacer de otra manera.

Y fundamentado también en la figura del hombre.

De lo que resulta que no se quiere la simetría más que en anchura, no en altura ni en profundidad.

581 (12-208b) Scaramouche, quien no piensa más que en una cosa.

El doctor que habla un cuarto de hora después de haberlo dicho todo, está así tan lleno del deseo de decir.

582 (669-583a) Cambiar de figura, a causa de nuestra debilidad.

583 (56-57) Adivinar la parte que tomo de vuestro disgusto. El señor cardenal no quería ser adivinado.

Tengo el espíritu lleno de inquietud; estoy lleno de inquietud, está mejor.

584 (15-244) Elocuencia que persuade a través de la dulzura, no por dominio, como tirano, no como rey.

585 (32-37) Hay un cierto modelo de encanto y de belleza que consiste en cierta relación entre nuestra naturaleza débil o fuerte tal como es y la cosa que nos agrada.

Todo lo que está formado según este modelo nos agrada: sea casa, canción, discurso, verso, prosa, mujer, pájaros, ríos, árboles, habitaciones, vestidos, etc.

Todo lo que no está hecho según este modelo desagrada a aquellos que tienen buen gusto.

Y así como hay una relación perfecta entre una canción y una casa que están hechas según este buen modelo, pues se parecen a este modelo único, aunque cada una según su género, hay también una perfecta relación entre cosas hechas según malos modelos. No es que el mal modelo sea único, pues hay una infinidad, sino que cada mal soneto, por ejemplo, hecho sobre cualquier modelo falso, se parece perfectamente a una mujer vestida según ese modelo.

Nada da a entender mejor hasta qué punto es ridículo un falso soneto que el considerar la naturaleza y el modelo e imaginarse luego a una mujer o a una casa hechas según ese modelo.

586 (33-38) Belleza poética.

Así como se dice belleza poética se debería también decir belleza geométrica y belleza medicinal; pero no se dice, y la razón de ello está en que se sabe bien cuál es el objeto de la geometría, y que consiste en pruebas, y cuál es el objeto de la medicina, y que consiste en la curación; pero no se sabe en qué consiste el encanto, que es el objeto de la poesía. No se sabe lo que es ese modelo natural que es menester imitar, y a falta de este conocimiento se han inventado ciertos términos extraños: siglo de oro, maravilla de nuestros días, fatal, etc. Y a esta jerga se le llama belleza poética.

Pero el que se imagine a una mujer según este modelo, que consiste en decir pequeñas cosas con grandes palabras, verá a una bonita muchacha llena de espejos y de cadenas, de lo que se reirá, porque se sabe mejor en qué consiste el encanto de una mujer que el encanto de los versos. Pero los que no conocieran esto, la admirarían con esos postizos, y hay muchos pueblos en los que se la tomaría por la reina; y es por lo que nosotros llamamos a los sonetos hechos según ese modelo, las reinas del pueblo.

587 (34-39) Nadie pasa en el mundo por entendido en versos si no se le ha puesto la insignia de poeta, de matemático, etc.; pero la gente universal no quiere insignias, y no hace diferencias entre el oficio de poeta y el de bordador.

A la gente universal no se les llama ni poetas, ni geómetras, etc. Pero son todo eso y jueces de todos aquellos. No se les adivina, y hablarán de lo que se hablaba cuando entraron. No se advierte en ellos una cualidad más que otra, aparte del momento en que surge la necesidad de ponerla en juego; pero entonces se acuerda uno de ellos. Pues del mismo modo no se dice de ellos que hablan bien, cuando no se trata del lenguaje, y se dice de ellos que hablan bien cuando se trata de esa cuestión.

Es, por consiguiente, una falsa alabanza la que se hace a un hombre cuando se dice de él, en el momento en que entra, que es gran entendido en poesía; y es mala señal el no recurrir a un hombre de éstos cuando se trata de juzgar algunos versos.

588 (279-480) La fe es un don de Dios. No creáis que decimos que es un don del raciocinio. Las demás religiones no dicen esto de su fe. No ofrecen más que el razonamiento para llegar a ella, el cual, sin embargo, no lleva a la fe.

589 (704-504) El diablo turbó el celo de los judíos antes que Jesucristo, porque les hubiera sido saludable, pero no después.

El pueblo judío, mofado por los gentiles; el pueblo cristiano, perseguido.

590 (656-549b) *Adam forma futuri*[96]. Los seis días para formar a uno, las seis edades para formar al otro. Los seis días que Moisés representa para la formación de Adán no son sino la pintura de las seis edades para formar a Jesucristo y a la Iglesia. Si Adán no hubiera pecado y Jesucristo no hubiera venido, no hubiese habido más que una sola alianza, una sola edad de los hombres, y la creación hubiera sido representada como hecha en un solo tiempo.

591 (186-9a) *Ne si terrerentur et non docerentur improba quasi dominatio videretur.* Aug. ep. 48 ó 49.

4. 10. *Contra mendacium, ad consentium*[97].

SERIE XXIV

592 (750-518) Si todos los judíos hubiesen sido convertidos por Jesucristo, no tendríamos más que testigos sospecho-

96 Rom., V, 14: «Figura del que ha de venir.»

97 «Si se empleara contra (los heréticos) el terror y no la enseñanza, podría pensarse en una tiranía.»

sos. Y si hubieran sido exterminados, no tendríamos ninguno.

593 (760-519) Los judíos le rechazan, pero no todos; le reciben los santos, y no los carnales. Y esto no sólo no va contra su gloria, sino que es el último rasgo que la completa. Como la razón que tienen para ello y la única que se encuentra en todos sus escritos, en el Talmud y en los Rabinos, no es sino porque Jesucristo no ha dominado a las naciones con mano armada. *Gladium tuum potentissime*[98]. ¿No tienen nada que añadir a esto? Jesucristo fue muerto, dicen, sucumbió y no dominó a los paganos con la fuerza. No nos ha dado sus despojos. No otorga riquezas. ¿No tienen nada más que decir? Precisamente en eso me es amable. Yo no querría a aquel que se figuran. Está claro que es esta la causa que les ha impedido recibirle, y por este rechazo son testigos irreprochables, y, lo que es más, cumplen así las profecías.

(Por medio del hecho de que este pueblo no le ha recibido, ha acontecido esta maravilla, a saber:

Las profecías son los únicos milagros permanentes que se pueden hacer, pero están sujetas a contradicción.)

594 (576-581) *(Orden.)* Conducta general del mundo para con la Iglesia. Dios queriendo cegar y esclarecer.

Al haber probado los acontecimientos la divinidad de estas profecías, debe ser creído el resto; y por ahí vemos, de esta manera, el orden del mundo.

Al ser olvidados los milagros de la creación y del diluvio, Dios envía la ley y los milagros de Moisés, los profetas que profetizan cosas particulares. Y para preparar un milagro permanente, prepara las profecías y su cumplimiento. Pero como las profecías pueden ser sospechosas, quiere hacerlas no sospechosas, etc.

595 (450-419) Si uno no se ve lleno de soberbia, ambición, concupiscencia, debilidad, miseria e injusticia, es bien ciego. Y si, conociéndolo, no desea verse liberado de ello, ¿qué se puede decir de un hombre?

¿Qué se puede, pues, tener, sino estima por una religión que conoce tan bien los defectos del hombre, y deseo de la verdad de una religión que promete remedios tan deseables?

596 (202-572b) *(A los que se encuentran en la angustia de verse sin fe, se ve que Dios no les ilumina; pero a los otros, se ve que hay un Dios que les ciega.)*

98 Ps., XLIV, 4: *«Ceñid vuestra espada sobre el escudo, rey poderosísimo.»*

597 (455-136) El yo es odioso. Vos, Miton, lo encubrís, pero no lo quitáis por eso. Sois, pues, siempre odioso.

No, porque obrando como obramos, cortésmente con todo el mundo, no hay motivo para odiarnos. Eso es verdad, si no se odiara en el yo más que el desagrado que nos causa.

Pero si le odio porque es injusto que se haga centro de todo, le odiaré siempre.

En una palabra, el yo tiene dos cualidades. Es injusto en sí, pues se hace centro de todo. Es incómodo para los otros, pues quiere someterlos; porque cada uno es enemigo y quisiera ser tirano de todos los otros. Quitáis la incomodidad, pero no la injusticia.

Y así, no lo hacéis amable a los que en él odian la injusticia. No lo hacéis amable más que para los injustos, que no encuentran en él a su enemigo. Y así, seguís siendo injusto, y no podéis agradar sino a los injustos.

598 (868-803) Lo que nos impide comparar lo que aconteció en otro tiempo en la Iglesia con lo que se ve en ella ahora, es que ordinariamente se mira a San Atanasio, a Santa Teresa y a los demás, como coronados de gloria y de años, juzgados ante nosotros como dioses. Actualmente, una vez que el tiempo ha esclarecido las cosas, eso aparece así, pero en los tiempos en que se les perseguía, ese gran santo era un hombre que se llamaba Atanasio y Santa Teresa una muchacha. Elías era un hombre como nosotros y sujeto a las mismas pasiones que nosotros, dice San Pedro para desengañar a los cristianos de esta fatal idea que nos hace rechazar el ejemplo de los santos como desproporcionado a nuestro estado. Eran santos, decimos, no eran como nosotros. ¿Qué pasaba, pues, entonces? San Atanasio era un hombre llamado Atanasio, acusado de múltiples crímenes, condenado en tal y tal concilio por tal y tal crimen. Todos los obispos consintieron en ello, y, finalmente, el Papa. ¿Qué se les dice a los que resisten?: que perturban la paz, que hacen cisma, etc.

4 clases de personas: celo sin ciencia, ciencia sin celo, ni ciencia ni celo y celo y ciencia.

Las tres primeras le condenan, las últimas le absuelven y son excomulgadas por la Iglesia, y salvan, sin embargo, a la Iglesia.

Celo, luz.

599 (908-XXVI) Pero, ¿es *probable* que la *probabilidad* asegure?

Diferencia entre reposo y seguridad de conciencia. Nada da la seguridad sino la verdad; nada da el reposo sino la búsqueda sincera de la verdad.

600 (440-423) La corrupción de la razón aparece por tantas costumbres diferentes y extravagantes. Ha sido preciso que

haya venido la verdad, a fin de que el hombre no viva más en sí mismo.

601 (907-XVIII) Los casuistas someten la decisión a la razón corrompida y la elección de las decisiones a la voluntad corrompida, a fin de que todo lo que hay de corrompido en la naturaleza del hombre tenga parte en su conducta.

602 (885-801) Se hace sacerdote quien quiere serlo, como bajo Jeroboam.

Es algo horrible que se nos proponga la disciplina de la Iglesia de hoy de tal modo buena, que se cometa un crimen queriéndola cambiar. En otro tiempo era infaliblemente buena, y nos encontramos que se la pudo cambiar sin pecado. Y ahora, tal cual es, no se puede desear que cambie. Se permitió cambiar la costumbre de no ordenar sacerdotes sino con tanta circunspección que no habría casi nadie que fuese digno de ello, y no se permitirá quejarse de la costumbre que hace a tantos indignos.

603 (502-672) Abraham no tomó nada para sí, sino sólo para sus servidores. Así, el justo no toma para sí nada del mundo, ni de los aplausos del mundo, sino solamente para sus pasiones, de las que se sirve, como señor, al decir a una: Ve y ven, *sub te erit appetitus tuus*[99]. Sus pasiones así dominadas son virtudes; la avaricia, la envidia, la cólera, Dios mismo se las atribuye. Y son tan virtudes como la clemencia, la piedad, la constancia, las cuales también son pasiones. Es preciso servirse de ellas como de esclavos, y dejándoles su alimento, impedir que el alma lo tome. Porque, cuando las pasiones son las dueñas, son vicios, y entonces dan al alma su alimento, y el alma se nutre y se envenena con él.

604 (871-809) Iglesia, Papa.

Unidad — Multitud. Considerando a la Iglesia como unidad, el Papa, que es su jefe, es como el todo; considerándola como multitud, el Papa no es más que una parte. Los Padres lo han considerado tanto de una manera, como de otra. Y así, han hablado distintamente del Papa.

San Cipriano, *sacerdos dei.*

Pero, al establecer una de estas dos verdades, no han excluido a la otra.

La multitud que no se reduce a la unidad es confusión. La unidad que no depende de la multitud es tiranía.

Casi no queda ya más que Francia en donde esté permitido decir que el concilio está por encima del Papa.

---

99 Gén., IV, 7: «Someterás a tus apetitos.»

605 (36-41) El hombre está lleno de necesidades. No ama más que a los que pueden satisfacerlas todas. Es un buen matemático, se dirá, pero en cuanto me pusiese a hacer matemáticas, me tomaría por una proposición. Es un buen guerrero: me tomaría por una plaza sitiada. Hace falta, pues, un hombre honesto que pueda acomodarse a todas mis necesidades en general.

606 (155-157) Un verdadero amigo es algo muy beneficioso incluso para los más grandes señores, a fin de que hable bien de ellos y les defienda en su ausencia. Deben hacer todo lo posible por tenerlo, pero que escojan bien, porque si vuelcan todos sus esfuerzos en los necios, les será inútil, por bien que hablen de ellos. E incluso no dirán nada bueno si se sienten los más débiles, porque no tienen autoridad, y así hablarán mal de ellos en compañía.

610 (30-32) *(Véanse los discursos de la 2, 4 y 5 del jansenista. Es algo elevado y serio.)*

(Yo odio igualmente al bufón y al engreído.) No se haría amigo ni de uno ni de otro.

No se consulta más que a la oreja, porque falta corazón.

611 (30-32) Su regla es la honestidad.

Poeta y no hombre honesto.

610 (30bis-32) *(Después de mi 8 yo creía haber respondido suficientemente.)*

611 (30-32) Bellezas de omisión, de juicio.

607 (766-619) Fig.

Salvador, padre, sacrificador, hostia, alimento, rey, sabio, legislador, afligido, pobre, debiendo producir un pueblo, al que debía conducir y alimentar, e introducir en su tierra.

608 (766-619) J.-C. Oficios.

El sólo debía producir un gran pueblo, elegido, santo y escogido; conducirlo, alimentarlo, introducirlo en el lugar de reposo y de santidad, hacerlo santo para Dios, formar con él el templo de Dios, reconciliarlo con Dios, salvarlo de la cólera de Dios, librarlo de la servidumbre de pecado que reina claramente en el hombre, dar leyes a este pueblo, grabar estas leyes en su corazón, ofrecerse a Dios por ellos, sacrificarse por ellos, ser una hostia sin mácula, y ser sacrificador él mismo, debiendo ofrecerse a sí mismo, su cuerpo y su sangre. Y, sin embargo, ofrecer pan y vino a Dios.

Ingrediens mundum[100].

Piedra sobre piedra.

Lo que ha precedido, lo que ha seguido, todos los judíos subsistiendo y vagabundos.

609 (736-618) Profecías. *Transfixerunt.* Zac., 12, 10.

Que había de venir un Liberador que aplastaría la cabeza del demonio, que liberaría a su pueblo de sus pecados, *ex omnibus iniquitatis*[101]. Que había de tener un Nuevo Testamento que sería eterno, que había de tener un nuevo sacerdocio según el orden del Melquisedec, que éste sería eterno, que el Cristo sería glorioso, poderoso, fuerte, y, sin embargo, tan miserable que no sería reconocido, que no se le tendría por lo que es, que se le rechazaría, que se le mataría, que su pueblo, que renegaría de El, no sería más su pueblo, que los idólatras le recibirían y recurrirían a El, que abandonaría Sión para reinar en el centro de la idolatría, que, sin embargo, los judíos subsistirían siempre, que había de ser de Judá y cuando no hubiera ya rey.

612 (219-347) Es indudable que el alma es mortal o inmortal; esto debe introducir una diferencia fundamental en la moral, y, sin embargo, los filósofos han conducido a su moral independientemente de esto.

Piensan cómo pasar un rato.

Platón, para disponer al cristianismo.

613 (443-427) Grandeza, miseria.

A medida que se tiene más luz, se descubre más grandeza y más bajeza en el hombre.

La mayoría de los hombres.

Los que son más elevados.

Los filósofos.

Sorprenden a la mayoría de los hombres.

Los cristianos, sorprenden a los filósofos.

¿Quién se extrañará, pues, al ver que la religión no hace más que conocer a fondo lo que se reconoce tanto más, cuanta más luz se tiene?

614 (664-576) Figurativo.

Dios se sirvió de la concupiscencia de los judíos para hacerles servir a J.-C. *(que traía el remedio a la concupiscencia).*

615 (663-575) Figurativo.

100 Hebr., X, 5: *«Por eso,* al entrar en el mundo, *dijo: No habéis querido sacrificio ni oblación, pero me habéis formado un cuerpo.»*

101 Ps., CXXIX, 8: «... de todas sus iniquidades.»

Nada es tan semejante a la caridad como la codicia, y nada es tan contraria.. Así, los judíos, llenos de bienes que halagan a su codicia, estaban muy conformes con los cristianos, y muy contrarios. Y por este medio tenían las dos cualidades que hacía falta que tuvieran: estar muy conformes con el Mesías, para figurarlo, y muy contrarios, para no ser testigos sospechosos.

616 (660-557) La concupiscencia ha llegado a sernos natural y ha constituido nuestra segunda naturaleza. Así, hay dos naturalezas en nosotros: la una buena, la otra mala. ¿Dónde está Dios?, donde no estáis vosotros, y el reino de Dios está en vosotros. Rabinos.

617 (492-434) Quien no odia en sí su amor propio y este instinto que le lleva a hacerse dios, está bien ciego. ¿Quién no ve que no hay nada tan opuesto a la justicia y a la verdad? Porque es falso que merezcamos eso, y es injusto e imposible llegar a ello, puesto que todos demandan lo mismo. Es, por tanto, una injusticia manifiesta con la que todos hemos nacido, de la que no podemos deshacernos y de la que es preciso deshacerse.

Sin embargo, ninguna religión ha señalado que eso fuera un pecado, ni que nosotros hubiéramos nacido en él, ni que estuviéramos obligados a resistirlo, ni ha pensado en proporcionarnos los remedios.

618 (479-433) Si existe un Dios, es menester no amarle sino a El, y no a las criaturas pasajeras. El razonamiento de los impíos, en la *Sabiduría,* está fundado en que Dios no existe. Establecido esto, dice, gocemos, pues, de las criaturas. Es el peor camino. Pero si existiese un Dios a quien amar, no habría concluido esto, sino más bien lo contrario. Y esta es la conclusión de los sabios: Existe un Dios; no gocemos, pues, de las criaturas.

Por consiguiente, todo lo que nos incita a apegarnos a las criaturas es malo, ya que eso nos impide, o servir a Dios si le conocemos, o buscarle si le ignoramos. Ahora bien, estamos llenos de concupiscencia; por tanto, estamos llenos de mal, luego debemos odiarnos a nosotros mismos, y todo lo que nos excite a otro apego que no sea Dios.

619 (394-389) Todos los principios de los pirronianos, estoicos, ateos, etc., son verdaderos, pero sus conclusiones son falsas, porque los principios opuestos son también verdaderos.

620 (146-210) El hombre está claramente hecho para pensar. Esto constituye toda su dignidad y todo su mérito; y todo su deber es pensar como hace falta. Ahora bien, el

orden del pensamiento es comenzar por sí mismo, y por su autor y su fin.

Pero, ¿en qué piensa el mundo?: nunca en eso, sino en danzar, tocar el laúd, cantar, hacer versos, correr la sortija, etc., en batirse, hacerse rey, sin pensar en lo que es ser rey y ser hombre.

621 (412-316) Guerra intestina del hombre entre la razón y las pasiones.

Si no tuviera más que la razón sin pasiones.

Si no tuviera más que las pasiones sin razón.

Pero, al tener lo uno y lo otro, no puede estar sin guerra, pues no puede tener paz con lo uno sin tener guerra con lo otro.

Así, está siempre dividido y opuesto a sí mismo.

622 (131-201) Tedio.

Nada le es tan insoportable al hombre como estar en pleno reposo, sin pasiones, sin quehaceres, sin divertimiento, sin aplicación.

Siente, entonces, su nada, su abandono, su insuficiencia, su dependencia, su impotencia, su vacío.

Irresistiblemente surgirá del fondo de su alma el tedio, la maldad, la tristeza, la pesadumbre, el despecho, la desesperación.

623 (495-716) Si es una ceguera extraordinaria vivir sin buscar lo que se es, lo es terrible vivir mal creyendo en Dios.

624 (731-612a) Profecías.

Que J.-C. estará a la derecha, mientras que Dios le someterá a sus enemigos.

Por tanto, no los someterá El mismo.

625 (214-142) Injusticia.

Que la presunción se una a la necesidad, es la mayor injusticia.

626 (462-378) Búsqueda del verdadero bien.

La mayoría de los hombres pone el bien en la fortuna y en los bienes exteriores, o, al menos, en el divertimiento.

Los filósofos han mostrado la vanidad de todo esto y lo han puesto donde han podido.

627 (150-153) La vanidad está tan anclada en el corazón del hombre que un soldado, un escudero, un cocinero, un mozo de cuerda se jacta y puede tener sus admiradores, e incluso los filósofos lo desean; y los que escriben en contra quieren tener la gloria de haber escrito bien; y los que lo leen quieren tener la gloria de haberlo leído; y yo, que

escribo esto, tengo quizá este deseo; y quizá los que lo lean...

628 (153-150) Del deseo de ser estimados por aquellos con quienes estamos.

El orgullo se ha apoderado de nosotros de un modo tan natural en medio de nuestras miserias, error, etc. Incluso perdemos la vida con alegría con tal de que se hable de ello.

Vanidad, juego, caza, visitas, comedias, falsa perpetuidad del nombre.

629 (417-315) Esta duplicidad del hombre es tan visible que hay quien ha pensado que teníamos dos almas.

Un único sujeto les parecía incapaz de tales y tan repetidos cambios, desde una presunción desmesurada hasta un horrible abatimiento de corazón.

630 (94-121) La naturaleza del hombre es todo naturaleza, *omne animal.*

No hay nada que no se vuelva natural. No hay nada natural que no deje de serlo.

631 (422-693) Es bueno estar cansado y fatigado por la inútil búsqueda del verdadero bien, a fin de tender los brazos al liberador.

632 (198-340) La sensibilidad del hombre hacia las pequeñas cosas y la insensibilidad (hacia) las más grandes, denota un extraño trastorno.

633 (411-274) A pesar de la presencia de todas nuestras miserias, que nos afectan, que nos ahogan, tenemos un instinto que no podemos reprimir, y que nos eleva.

634 (97-127) Lo más importante de toda la vida es la elección del oficio: el azar dispone.

La costumbre hace a los albañiles, soldados, techadores. Es un excelente techador, se dice; y al hablar de los soldados: Están completamente locos, se dice; y otros, por el contrario: No hay nada más grande que la guerra; el resto de los hombres son unos tunantes. A fuerza de oír alabar en la infancia estos oficios y despreciar todos los demás, se escoge. Porque naturalmente se ama la virtud y se odia la locura; estas mismas palabras decidirán; no se peca más que al aplicarlas.

Es tan grande la fuerza de la costumbre que, de aquellos que la naturaleza no ha hecho más que hombres, se hacen todas las condiciones de los hombres.

Porque en unos países son todos albañiles, en otros todos soldados, etc. Sin duda que la naturaleza no es tan uniforme; es la costumbre, por tanto, la que hace eso, pues ella constriñe a la naturaleza, y algunas veces la naturaleza la supera y retiene al hombre en su instinto, a pesar de toda costumbre buena o mala.

SERIE XXV

635 (13-208a) Gusta ver el error, la pasión de Cleobulina, pues no la conoce: desagradaría si no estuviera engañada.

636 (42-132a) Príncipe, en un rey, gusta, porque disminuye su cualidad.

637 (59-60) Apagar la llama de la sedición: demasiada floritura.

La inquietud de su genio: demasiado dos palabras atrevidas.

638 (109-166) Cuando uno se encuentra bien, se admira de cómo podría comportarse si estuviera enfermo. Cuando lo está, toma la medicina alegremente: el mal se cura con ella; ya no se tienen las pasiones y los deseos de diversiones y de paseos que daba la salud, y que son incompatibles con las necesidades de la enfermedad. La naturaleza da entonces pasiones y deseos conformes al estado presente. No hay más temores que los que nosotros mismos nos proporcionamos, y no la naturaleza, los cuales nos trastornan porque unen al estado en que nos encontramos las pasiones del estado en que no nos encontramos.

639 (109-167) Como la naturaleza nos hace siempre desgraciados en todos los estados, nuestros deseos nos fingen un estado feliz, pues unen al estado en que nos hallamos los placeres del estado en que no nos hallamos, y aun cuando alcanzáramos esos placeres no seríamos felices, porque tendríamos otros deseos conformes a este nuevo estado.

Es menester particularizar esta proposición general.

640 (182-165) Aquellos que en asuntos molestos tienen siempre buena esperanza y se regocijan de aventuras felices, si no se afligen igualmente por las malas, son sospechosos de contentarse con la pérdida del negocio y de alborozarse al hallar esos pretextos de esperanza, para mostrar que se interesan en ello y ocultar con la alegría que fingen tener la que tienen al ver el negocio perdido.

641 (129-198) Nuestra naturaleza está en el movimiento; el reposo total es la muerte.

642 (448-417) (Miton) ve bien que la naturaleza está corrompida y que los hombres son contrarios a la honestidad, pero no sabe por qué no pueden volar más alto.

643 (159-148) Las bellas acciones ocultas son las más estimables. Cuando veo algunas en la historia, como en p. 184, me agradan mucho; pero, en fin, no han estado ocultas del todo, puesto que se han sabido y, aunque se haya hecho lo que se ha podido para ocultarlas, ese poco por el que han aparecido lo estropea todo, porque ahí está lo más bello, el haberlas querido ocultar.

644 (910-XXXI) ¿Puede ser algo distinto de la complacencia del mundo lo que os hace encontrar las cosas probables? Nos haréis creer que es la verdad, y que, si no existiera la moda del vuelo, hallaríais probable el que uno se pueda batir mirando la cosa en sí misma.

645 (312-236) La justicia es lo que está establecido; y así todas nuestras leyes establecidas serán necesariamente tenidas por justas sin ser examinadas, puesto que están establecidas.

646 (95-122) *Sentimiento*. La memoria, la alegría, son sentimientos; e incluso las proposiciones geométricas llegan a ser sentimientos, porque la razón hace a los sentimientos naturales y los sentimientos naturales se borran por la razón.

647 (35-40) *Hombre honrado*. Es preciso que no se pueda decir de uno ni que es matemático, ni predicador, ni elocuente, sino que es un hombre honrado. Sólo esta cualidad universal me agrada. Cuando al ver a un hombre uno se acuerda de su libro, es mal signo. Quisiera que uno no se apercibiera de cualidad alguna sino en el momento de encontrarla y usarla, *nequid nimis*, por miedo a que una cualidad se imponga y haga bautizar; que no se piense que habla bien, sino cuando se trata del bien hablar, y que se piense en él entonces.

648 (833-LV) Milagros.

El pueblo saca conclusiones de sí mismo, pero os hace falta darle la razón.

Es molesto ser la excepción a la regla. Hay que ser incluso severo y contrario a la excepción, pero, sin embargo, como es cierto que hay excepciones a la regla, es menester juzgar severa, pero justamente.

649 (65-78) *Montaigne*. Lo que Montaigne tiene de bueno no puede ser adquirido sino con dificultad. Lo que tiene de malo, al margen de las costumbres, puede ser corregido

en un momento, si se le hubiera advertido que componía demasiadas historias y que hablaba demasiado de sí mismo.

650 (333-301) ¿No habéis visto nunca a personas que, para quejarse del poco caso que les hacéis, os exponen ejemplos de personas de condición que les estiman? Yo les respondería a eso: muéstreme el mérito con el que ha cautivado a esas personas y yo le estimaré de la misma manera.

651 (369-97) La memoria es necesaria para todas las operaciones de la razón.

652 (14-44) Cuando un discurso natural describe una pasión o un efecto, uno halla en sí mismo la verdad de lo que oye, la cual no se sabía que estuviera allí, de suerte que se nos predispone a amar al que nos lo hace sentir, pues él no nos ha hecho ver su bien, sino el nuestro. Y así este beneficio nos le vuelve amable, al margen de que esa comunidad de inteligencia que tenemos con él incline necesariamente el corazón a amarle.

653 (913-XXIV) Probabilidad.
Cualquiera puede poner, nadie puede quitar.

654 (939-) No me acuséis nunca de falsedad con relación a Escobar, porque se le conoce.

655 (377-187) Los discursos de humildad son materia de orgullo para la gente gloriosa y de humildad para los humildes. Así, los del pirronismo son materia de afirmación para los afirmativos. Pocos hablan de la humildad humildemente, de la castidad castamente, del pirronismo dudando de él. No somos más que mentira, duplicidad, contrariedad, y nos ocultamos y disfrazamos ante nosotros mismos.

656 (372-100) Al escribir mi pensamiento se me escapa algunas veces; pero esto me hace recordar mi debilidad, que olvido a cada momento, lo cual me instruye tanto como mi pensamiento olvidado, porque yo no aspiro más que a conocer mi nada.

657 (452-133) Compadecer a los desgraciados no va contra la concupiscencia; al contrario, es muy fácil rendir ese testimonio de amistad y adquirir fama de ternura sin dar nada.

658 (391-387) Conversación.
Grandes palabras para la religión: yo la niego.
Conversación:
El pirronismo sirve a la religión.

659 (911-XXXII) ¿Es preciso matar para impedir que haya malvados?
Eso es hacer dos en lugar de uno, *Vince in bono malum* [102]. San Agus.

660 (91-118) *Spongia solis* [103].
Cuando vemos a un efecto suceder siempre de la misma manera, concluimos de ello una necesidad natural, como que mañana será de día, etc., pero a menudo la naturaleza nos desmiente y no se sujeta a sus propias reglas.

661 (81-103) El espíritu cree naturalmente y la voluntad ama naturalmente, de suerte que, a falta de verdaderos objetos, es menester que se apeguen a los falsos.

662 (521-674) La gracia estará siempre en el mundo y también en la naturaleza; de suerte que ella es así de algún modo natural. Y así siempre habrá pelagianos y siempre católicos, y siempre combate.
Porque el primer nacimiento hace a unos y la gracia del segundo nacimiento a los otros.

663 (121-128) La naturaleza recomienza siempre las mismas cosas, los años, los días, las horas, los espacios, incluso. Y los número están de principio a fin unos a continuación de otros; resulta así una especie de infinito y de eterno. No es que haya algo en todo ello que sea infinito y eterno, pero esos seres acabados se multiplican infinitamente. Así, me parece que no hay sino el número, que los multiplica, que sea infinito.

664 (94bis-121) El hombre es, propiamente, *omne animal* [104].

665 (311-243) El imperio fundado sobre la opinión y la imaginación reina durante algún tiempo, y este imperio es agradable y voluntario. El de la fuerza reina siempre. Así, la opinión es como la reina del mundo, pero la fuerza es su tirano.

666 (932-XXXIX) Estará bien condenado el que lo sea por Escobar.

667 (25-47) Elocuencia.
Necesita de lo agradable y de lo real, pero es menester que lo agradable *(también lo real)* sea ello mismo extraído de lo verdadero.

---

102 «Vence al mal con el bien.»
103 «Las manchas del sol», que anuncian su extinción total.
104 Ecle., XIII, 19: «Todo animal *ama a su semejante.*»

668 (457-139) Cada uno es un todo para sí mismo, porque muerto él, todo está muerto para sí. Y de ahí procede el que cada uno crea ser todo para todos. No hay que juzgar de la naturaleza según nosotros, sino según ella.

669 (188-10) Es preciso, en todo diálogo y discurso, que se pueda decir a los que se ofenden: ¿de qué os quejáis?

670 (46-14) Decidor de buenas palabras, mal carácter.

671 (44-15) ¿Queréis que se piense bien de vosotros? No lo digáis.

672 (124-114) No solamente miramos las cosas desde otros lados, sino con otros ojos; no tenemos peligro de encontrarlas parecidas.

673 (123-113) No ama ya a esa persona a la que amaba hace diez años. Creo ciertamente: ella ya no es la misma, ni tampoco él. El era joven y ella también; ella es otra. Quizá él la amaría aún tal y como ella era entonces.

674 (359-325) No nos mantenemos en la virtud por nuestra propia fuerza, sino por el contrapeso de dos vicios opuestos, del mismo modo que permanecemos de pie entre dos vientos contrarios. Quitad uno de estos vicios y caeremos en el otro.

675 (29-36) Estilo. Cuando se ve el estilo natural, uno se asombra y se entusiasma, pues se espera ver a un autor y se halla a un hombre. En cambio, aquellos que tienen buen gusto y que viendo un libro creen encontrar un hombre, se sorprenden de encontrar un autor. *Plus poetice quam humane locutus es*[105].

Honran bien a la naturaleza quienes le enseñan que puede hablar de todo, incluso de teología.

676 (937-XXXVII) Es menester que el mundo esté muy ciego si os cree.

677 (873-LXIV) El Papa odia y teme a los sabios que no le están sometidos por voto.

678 (358-329) El hombre no es ni ángel ni bestia, y la desgracia quiere que quien haga el ángel haga la bestia.

679 (894-796) Prov. Los que aman a la Iglesia se quejan de ver corrompidas las costumbres, pero al menos las leyes permanecen. Pero aquellos corrompen las leyes. El modelo está estropeado.

680 (63-77) Montaigne.

Los defectos de Montaigne son grandes. Palabras lascivas.

105 Cf. Petronio, XC: «Has hablado más poética que humanamente.»

Eso no vale nada, a pesar de Mlle. de Gournay. Crédulo: gente sin ojos. Ignorante: cuadratura del círculo, mundo más grande. Sus sentimientos sobre el homicidio voluntario, sobre la muerte. Inspira una dejadez para la salvación, sin temor ni arrepentimiento. No estando hecho su libro para llevar a la piedad, no estaba obligado hacia ella; pero uno está siempre obligado de no apartarse de ella. Se pueden excusar sus sentimientos un poco libres y voluptuosos en ciertas ocasiones de la vida —730,331—, pero no pueden excusarse sus sentimientos completamente paganos sobre la muerte. Pues es menester renunciar a toda piedad si uno no quiere, al menos, morir cristianamente. Ahora bien, a lo largo de todo su libro no piensa más que en morir descansada y relajadamente.

681 (353-323) No admiro el exceso de una virtud, como la del valor, si no veo al mismo tiempo el exceso de la virtud opuesta: como en Epaminondas, que tenía el valor extremo y la extrema benignidad, pues de otro modo no es subir, sino caer. No se demuestra su grandeza por estar en un extremo, sino más bien por alcanzar los dos a la vez y llenar todo lo que hay entre ambos.

Pero quizá esto no sea más que un repentino movimiento del alma de un extremo al otro, y no esté nunca en efecto más que en un punto, como el tizón de fuego. Sea; pero al menos eso señala la agilidad del alma, ya que no la extensión.

682 (232-445) Movimiento infinito.

El movimiento infinito, el punto que llena todo, el momento de reposo. Infinito sin cantidad, indivisible e infinito.

683 (20-68) Orden.

¿Por qué intentaré dividir yo mi moral en 4 mejor que en 6? ¿Por qué estableceré la virtud en 4, en 2, en 1? ¿Por qué en *abstine et sustine*[106] mejor que en seguir la naturaleza o llevar sus negocios particulares sin injusticia, como Platón, u otra cosa?

Pero he ahí, diréis, todo condensado en una palabra: sí, pero eso es inútil si no se explica. Y cuando se va a explicar, desde que se abre este concepto que contiene a todos los demás, éstos salen en la primera confusión que quisísteis evitar. Así, cuando están todos encerrados en uno, están ocultos y son inútiles, como en un cofre, y no aparecen nunca más que en su confusión natural. La natu-

106 Cf. Charrón, *De la Sabiduría*, II, VII, 4: «*Lo que el gran filósofo Epicteto a señalado con claridad, resume en dos palabras toda la filosofía moral:* sustine et abstine; aguanta *los males, la adversidad;* abstente *de los bienes, es decir, de las voluptuosidades y de la prosperidad.*»

raleza los tiene a todos establecidos, sin encerrar al uno en el otro.

684 (21-69) Orden. La naturaleza ha puesto todas sus verdades en sí misma. Nuestro arte las encierra a unas en otras, pero esto no es natural. Cada una tiene su lugar.

685 (401-277) Gloria.

Las bestias no se admiran. Un caballo no admira a su compañero. No es que no haya entre ellos emulación en la carrera, pero sin consecuencias, porque en el establo, el más pesado y de peor talla no cede la avena al otro, como los hombres quieren que se haga con ellos. Su virtud se satisface en sí misma.

686 (368-94) Cuando dicen que el calor no es más que el movimiento de ciertos glóbulos, y la luz el *conatus recedendi* [107] que sentimos, nos extrañamos. ¡Qué! ¿Que el placer no es otra cosa que el baile de los espíritus? ¡Nos hemos hecho una idea tan diferente y esos sentimientos nos parecen tan alejados de esos otros que decimos ser los mismos que aquellos con los que los comparamos! El sentimiento del fuego, ese calor que nos afecta de manera tan distinta a la del tacto, la recepción del sonido y de la luz, todo ello nos parece misterioso. Y sin embargo es grosero como una pedrada. Es verdad que la pequeñez de los espíritus que entran en los poros toca otros nervios, pero no dejan de ser nervios (tocados).

687 (144-80) Yo había pasado mucho tiempo en el estudio de las ciencias abstractas y la poca comunicación que se puede sacar de ellos me había hastiado. Cuando comencé el estudio del hombre, vi que las ciencias abstractas no son propias del hombre, y que me alejaba más de su condición profundizando en ellas que los demás ignorándolas. He perdonado a éstos por saber poco acerca de ellas, pero creí, al menos, haber encontrado muchos compañeros en el estudio del hombre, y que éste es el estudio que verdaderamente le es propio. Me he equivocado. Aún hay menos que lo estudian que la geometría. No es sino falta de saber estudiar lo que buscan los demás. Pero, ¿no es verdad que esa no es aún la ciencia que el hombre debe tener, y que le es mejor ignorarse para ser feliz?

688 (323-306) ¿Qué es el yo?

Un hombre que se asoma a la ventana para ver a los que pasan; si yo paso por ahí, ¿puedo decir que se ha

[107] Cf. Descartes, *Princip.*, III.ª parte, Cap. 54: «... fuerza que anima... todos los cuerpos que se mueven en redondo para alejarse de los cuerpos alrededor de los que giran.» (1644, definición del *conatus recedendi.)*

asomado para verme? No, pues él no piensa en mí particularmente; pero el que ama a alguien por su belleza, ¿lo ama? No, pues la viruela, que destruirá la belleza sin destruir a la persona, hará que ya no le ame.

Y si me ama por mi juicio, por mi memoria, ¿me ama a *mí?* No, pues yo puedo perder esas cualidades sin perder mi yo. ¿Dónde está, pues, ese *yo*, si no reside ni en el cuerpo ni en el alma?, y ¿cómo amar el cuerpo o el alma, sino por estas cualidades, que no son lo que hace al yo, puesto que son perecederas? Porque ¿se amaría la sustancia del alma de una persona, abstractamente, y algunas cualidades que están en ella? Esto no es posible, y sería injusto. Por tanto, no se ama nunca a nadie, sino solamente sus cualidades.

Que no se burle uno más, pues, de aquellos que se hacen honrar por sus cargos y oficios, porque no se ama a nadie sino por sus cualidades prestadas.

689 (64-79) No es en Montaigne, sino en mí, en quien encuentro lo que veo en él.

690 (506-655) Que no nos impute Dios nuestros pecados, es decir, todas las consecuencias y efectos de nuestros pecados, que son espantosos, de las menores faltas, si quiere perseguirlas sin misericordia.

691 (432-384) El pirronismo es la verdad. Porque después de todo, los hombres, antes de Jesucristo, no sabían dónde estaban, ni si eran grandes o pequeños. Y los que han dicho lo uno o lo otro no sabían nada y adivinaban sin razón y por azar. E incluso erraban siempre al excluir lo uno o lo otro.

Quod ergo ignorantes quaeritis religio annuntiat vobis [108].

692 (915-XX) Montalte.

Las opiniones relajadas agradan tanto a los hombres que es extraño que las suyas desagraden. Es que han excedido todo límite. Y además, hay mucha gente que ve la verdad y que no puede alcanzarla, pero hay poca que no sepa que la pureza de la religión es contraria a nuestras corrupciones. Resulta ridículo decir que se ofrece una recompensa eterna a costumbres hipócritas.

693 (906-720) Las condiciones más fáciles de vivir según el mundo son las más difíciles de vivir según Dios; y al contrario: nada es tan difícil según el mundo como la vida religiosa; nada es más fácil de vivirla según Dios. Nada es más fácil que tener un gran cargo y grandes bienes según

[108] Cf. Act., XVII, 23: Del discurso de San Pablo a los atenienses. «Lo que buscáis sin conocer, la religión os lo anuncia.»

el mundo; nada es más difícil que vivir en él según Dios, y sin tomar en él parte ni gusto.

694 (61-70) Orden. Tomaría con agrado tanto este desarrollo de orden como aquel: para mostrar la vanidad de todo tipo de condiciones, mostrar la vanidad de las vías comunes, y luego la vanidad de las vías filosóficas, pirronianas, estoicas; pero no se guardaría el orden. Yo sé un poco lo que es eso, y qué poca gente lo entiende. Ninguna ciencia humana lo puede guardar. Santo Tomás no lo guardó. La matemática lo guarda, pero es inútil en su profundidad.

695 (445-448) El pecado original es locura ante los hombres, pero se le presenta como tal. No debéis, por tanto, reprocharme la falta de razón de esta doctrina, puesto que la presento como algo sin razón. Pero esta locura es más sabia que toda la sabiduría de los hombres, *sapientius est hominibus*. Porque, sin esto, ¿qué se dirá que es el hombre? Todo su estado depende de este punto imperceptible. ¿Y cómo hubiera podido apercibirse de él por medio de su razón, puesto que se trata de algo que es contra la razón, y que su razon, lejos de inventarla por sus vías, se aleja de ellas cuando se le presenta?

696 (22-65) Que no se diga que yo no he dicho nada nuevo: la disposición de las materias es nueva. Cuando se juega a la palma, uno y otro juegan con la misma pelota, pero uno la coloca mejor. Me gustaría, por lo mismo, que se me dijera que me he servido de palabras antiguas. ¡Cómo si los mismos pensamientos no formasen otro cuerpo de discurso por una disposición diferente, así como las mismas palabras forman otros pensamientos por su diferente disposición!

697 (383-87) Los que se hallan en el desorden dicen a los que están en el orden que son ellos quienes se alejan de la naturaleza, mientras que éstos creen seguirla; como los que se hallan en un barco creen que los que están en la orilla se alejan. El lenguaje es parecido en todas partes. Es menester tener un punto fijo para poder juzgar. El puerto juzga a los que se hallan en el barco, ¿pero dónde tendremos un puerto en la moral?

698 (119-31) *La naturaleza se imita*. La naturaleza se imita. Un grano sembrado en buena tierra produce. Un principio sembrado en un buen espíritu produce.

Los números imitan el espacio, aunque sean de naturaleza tan diferente.

Todo está hecho y es conducido por un mismo señor.

La raiz, las ramas, los frutos, los principios, las consecuencias.

699 (382-86) Cuando todo se remueve por igual nada se remueve en apariencia; como en un barco, cuando todos van hacia el abismo, nadie parece ir hacia él. El que se detiene hace notar el arrebato de los otros, como un punto fijo.

700 (934-XVI) Superiores.

No les basta introducir en nuestros templos tales costumbres, *templis inducere mores*. No solamente quieren ser tolerados en la Iglesia, sino que, como si hubieran llegado a ser los más fuertes, quieren expulsar a los que no lo son.

Mohatra. Extrañarse de ello no es ser teólogo.

¿Quién le hubiera dicho a vuestros superiores que estaba tan próximo el tiempo en que darían estas costumbres a la Iglesia universal y llamarían guerra al rechazo de estos desórdenes? *Et tanta mala pacem* [109].

701 (9-93) Cuando uno quiere reprender con utilidad y mostrar a otro que se equivoca, es menester fijarse por qué lado enfoca éste la cosa, porque ordinariamente es verdadera de ese lado, y confesarle esta verdad, pero descubriéndole el lado en el que es falsa. Se contenta con eso, pues ve que no se equivocaba y que solamente le faltaba ver todos los aspectos. Ahora bien, uno no se disgusta por no ver todo, pero no quiere haberse equivocado, y quizá esto provenga de que el hombre naturalmente no puede ver todo, y de que naturalmente no se puede equivocar en el aspecto que considera, pues las aprehensiones de los sentidos son siempre verdaderas.

702 (507-653) Gracia. Los movimientos de la gracia, la dureza de corazón, las circunstancias ajenas.

703 (516-668) Gloria. Rom., 3, 27, excluye la gloria. ¿Por qué ley?, ¿de las obras?; no, sino por la fe. Luego la fe no está dentro de nuestras posibilidades, como las obras de la ley, y no es dada de otra manera.

704 (954-XLIV) Venecia.

¿Qué ventaja obtendréis de ella si no es por la necesidad que de ella tienen los príncipes y el horror que le tienen los pueblos?

Si os hubiesen preguntado y para obtenerla hubieran implorado la asistencia de los príncipes cristianos, podríais hacer valer esta (búsqueda). Pero que durante cincuenta años los príncipes se hayan empleado en ella inútilmente y haya hecho falta una tan acuciante necesidad para obtenerla...

---

109 Sab., XIV, 22: *«No les basta con errar en lo referente a la ciencia de Dios, sino que, viviendo en una gran lucha causada por la ignorancia, llaman* paz a tantos y tan grandes males.»

705 (180-223) Los grandes y los pequeños sufren los mismos accidentes, el mismo pesar, la misma pasión; pero uno está en lo alto de la rueda y el otro cerca del centro, y, por tanto, menos agitado por los mismos movimientos.

706 (870-818) *Unir y desunir.* Dios no ha querido absolver sin la Iglesia. Como ésta tiene parte en la ofensa, quiere que tenga parte en el perdón. Le asocia a este poder como los reyes (y) los parlamentos; pero si absuelve o une sin Dios, ya no es la Iglesia: como en el parlamento; porque aun cuando el rey haya dado gracia a un hombre, hace falta que sea ratificado; pero si el parlamento ratifica sin el rey o rehúsa ratificar por orden del rey, no es ya el parlamento del rey, sino un cuerpo rebelde.

707 (898-798) No pueden tener la perpetuidad y buscar la universalidad, y por eso corrompen a toda la Iglesia, a fin de que ellos sean santos.

708 (877-812) *Papas.* Los reyes disponen de su imperio, pero los Papas no pueden disponer del suyo.

709 (175-220) Nos conocemos tan poco que muchos piensan que se van a morir cuando se encuentran bien y otros muchos creen que se hallan bien cuando están a punto de morir, no sintiendo la fiebre cercana o el abceso pronto a producirse.

710 (24-46) Lenguaje.
No conviene desviar el espíritu hacia otra parte sino para dejarle descansar, pero en el tiempo oportuno; dejarle descansar cuando es menester y no de otro modo. Pues quien descansa inoportunamente, cansa; y quien cansa a deshora descansa, pues se abandona todo ahí. Tanto se complace la malicia de la concupiscencia en hacer todo lo contrario de lo que se quiere obtener de nosotros sin darnos placer, que es la moneda por la cual damos todo lo que se quiera.

711 (301-240) Fuerza. ¿Por qué se sigue a la mayoría? ¿Es porque tienen más razón? No, sino más fuerza.
¿Por qué se acatan las antiguas leyes y opiniones antiguas?, ¿es que son más sanas? No, pero son las únicas, y nos quitan la raíz de la diversidad.

712 (530-680) Una persona me decía un día que sentía una gran alegría y confianza al acabar de confesarse. Otro me decía que quedaba con temor. Yo pensé acerca de esto que con ambos sentimientos se hacía uno bueno y que cada uno fallaba en no tener el sentimiento del otro. Lo mismo sucede a menudo en otras cosas.

713 (923-468) No es solamente la absolución la que perdona los pecados en el sacramento de la penitencia, sino la contricción, que no es verdadera si no busca el sacramento.
Del mismo modo no es la bendición nupcial la que impide la transmisión del pecado, sino el deseo de engendrar hijos para Dios, que no es verdadero más que en el matrimonio.
Y así como el contrito sin sacramento está más dispuesto a la absolución que un impenitente con el sacramento, así las hijas de Loth, por ejemplo, que no tenían más deseos que el de los hijos, eran más puras sin matrimonio que los casados sin deseos de hijos.

714 (944-XXIII) *Papa.* Hay contradicción, pues por un lado dicen que es preciso seguir la tradición, y no se atreverían a desaprobarla, y por otro dirán lo que les plazca. Uno creerá siempre lo primero, puesto que igualmente sería serles contrarios el no creerles.

715 (118-129) Talento principal el que regula todos los demás.

716 (215-219) Teme a la muerte fuera del peligro, y no en el peligro, pues es preciso ser hombre.

717 (17-45) Los ríos son caminos que andan y llevan a donde se quiere ir.

718 (830-621) Las profecías eran equívocas: ya no lo son.

719 (788-826) Yo me he reservado 7.000. Amo a los adoradores desconocidos por el mundo y por los mismos profetas.

720 (912-20) Universal.
Moral y lenguaje son ciencias particulares, pero universales.

721 (917-XXVII) Probabilidad.
El ardor de los santos en buscar la verdad era inútil si lo probable es seguro.
El temor de los santos que habían seguido siempre lo más seguro.
Santa Teresa, que siguió siempre a su confesor.

722 (922-XXX) Probable.
Véase si se busca sinceramente a Dios por la comparación de las cosas a las que se es aficionado.
Es probable que esta carne no me envenene.
Es probable que no pierda mi proceso al no solicitarlo

Probable.

Aun cuando fuera verdad que los autores serios y las razones bastaran, yo digo que no son ni serios, ni razonables.

¡Qué! ¡Un marido puede disfrutar de su mujer, según Molina! La razón que de ello da, ¿es razonable? Y la contraria de Lessius, ¿lo es también?

¿Os atreveréis así, vosotros, a jugar con los edictos del rey? Sería lo mismo que decir que no es batirse en duelo sino ir al campo a esperar a un hombre.

Que la Iglesia prohibió el duelo, pero no pasearse.
Y también la usura, pero no...
Y la simonía, pero no...
Y la venganza, pero no...
Y los sodomitas, pero no...
Y el *quam primum*, pero no...

723 (69-84) 2 infinitos. Medio.
Cuando se lee demasiado deprisa o demasiado despacio no se entiende nada.

724 (352-322) Lo que puede la virtud de un hombre no se debe medir por sus esfuerzos, sino por su modo de ser ordinario.

725 (884bis-801) Pecadores sin penitencia, justos sin caridad, un Dios sin poder sobre la voluntad de los hombres, una predestinación sin misterio.

726 (876-807) Papa. Dios no hace milagros en la conducta ordinaria de su Iglesia. Sería extraño que la infalibilidad estuviera en uno, pero que esté en la multitud parece tan natural, que la conducta de Dios está oculta bajo la naturaleza, como en todas sus otras obras.

727 (904-XXII) Hacen de la excepción la regla.
¿Han administrado los antiguos la absolución antes que la penitencia? Hacedlo con espíritu de excepción. Pero de la excepción hacéis una regla sin excepción, de suerte que no queréis ya que la regla tenga excepción.

728 (31-33) Todas las falsas bellezas que censuramos a Cicerón tienen admiradores, y en gran número.

728 (31-) Milagros, Santo Tomás, t. III, 1. VIII, cap. 20.

729 (931-XXI) Casuistas.
Una limosna considerable, una penitencia razonable.
Aun cuando no se pueda calibrar lo justo, se ve bien lo que no lo es. Los casuistas se complacen en creer poder interpretar eso tal y como lo hacen.

Gente que se acostumbra a mal hablar y a mal pensar.

Su renombre, lejos de señalar su perfección, señala lo contrario.

La humildad de uno solo hace el orgullo de muchos.

SERIE XXVI

730 (754-594) CC. *homo existens (te deum facis).*

Scriptum est dii estis et non (potest solvi scriptura).

CC. *haec infirmitas non est ad (mortem) sed ad vitam.*

Lazarus dormit, et deinde dixit Lazarus mortuus (est) [110].

731 (196-338) Esta gente está falta de corazón.

No nos haremos sus amigos.

732 (38-32) Poeta y no hombre honrado.

733 (862-788) La Iglesia ha sido siempre combatida por errores contrarios. Pero quizá nunca al mismo tiempo como en el presente, y si ella sufre más por ello a causa de la multiplicidad de errores, tiene, sin embargo, la ventaja de que aquéllos se destruyen.
Se queja de los dos, pero mucho más de los calvinistas, a causa del cisma.
Es cierto que muchos de los dos contrarios están equivocados. Es preciso desengañarles.
La fe abraza varias verdades que parecen contradecirse, tiempo de reír y de llorar, etc., *respondes, no respondes,* etc.

Su fuente reside en la unión de las dos naturalezas en Jesucristo.

Y también los dos mundos. La creación de un nuevo cielo y una nueva tierra. Nueva vida, nueva muerte.

Todas las cosas duplicadas y conservando los mismos nombres.

---

110 Jn., X, 33-35: «*Los judíos le respondieron: No es por una buena obra por lo que te lapidamos, sino por una blasfemia, y porque* siendo hombre te haces Dios. *Jesús les respondió:* ¿No está escrito *en vuestra ley: Yo he dicho*, dioses sois? *Puesto que ha llamado dioses a los que la palabra de Dios fue dirigida* (y la Escritura no puede ser desmentida).» Jn., XI, 11-14: «... y les dijo: Lázaro, nuestro amigo, duerme. Lázaro está muerto.»

Y, finalmente, los dos nombres que existen en los justos. Porque son los dos mundos, y miembro e imagen de Jesucristo. Y así les convienen todos los nombres: justos pecadores, muerto vivo, vivo muerto, elegido réprobo, etc.

Hay, pues, un gran número de verdades, tanto de fe como de moral, que parecen repelerse y que subsisten todas en un orden admirable.

La fuente de todas las herejías es la exclusión de algunas de estas verdades.

Y la fuente de todas las objeciones que nos hacen los herejes es la ignorancia de algunas de nuestras verdades.

Y de ordinario sucede que, al no poder concebir la relación entre dos verdades opuestas, y creyendo que la confesión de una encierra la exclusión de la otra, se adhieren a una, excluyen la otra, y piensan que nosotros hacemos lo contrario. Ahora bien, la exclusión es la causa de su herejía; y la ignorancia de creer que nos apoyamos en la otra, causa sus objeciones.

2. Ejemplo. Acerca del Santo Sacramento, nosotros creemos que la sustancia del pan, al ser convertida y transsubstanciada en la del cuerpo de Nuestro Señor, Jesucristo está en ella realmente presente: he aquí una de las verdades. Otra es que este sacramento es también una figura de la cruz, y de la gloria, y una conmemoración de los dos. He ahí a la fe católica, que comprende estas dos verdades que parecen opuestas.

La herejía de hoy, al no concebir que este sacramento contenga al mismo tiempo la presencia y la figura de Jesucristo, y que sea sacrificio, y conmemoración de sacrificio, cree que no se puede admitir una de estas verdades sin excluir a la otra, por esta razón.

Se adhieren únicamente a que este sacramento es figurativo, y en ello no son herejes. Piensan que nosotros excluimos esta verdad. Y de ahí procede el que nos hagan tantas objeciones sobre los pasajes de los Padres que lo dicen. Finalmente, niegan la presencia, y en ello son herejes.

1. Ejemplo. Jesucristo es Dios y hombre. Lo arrianos, al no poder aliar estas cosas que creen incompatibles, dicen que es hombre: en esto son católicos; pero niegan que sea Dios: en esto son herejes. Consideran que nosotros negamos su humanidad: en esto son ignorantes.

3. Ejemplo. Las indulgencias.

Por esto, el medio más corto para impedir las herejías es instruir de todas las verdades, y el medio más seguro de refutarlas todas es el declararlas todas.

Porque, ¿qué dirán los herejes?

Para saber si un sentimiento es de un Padre...

734 (817-825) Título.

De dónde proviene que se crea a tantos mentirosos que dicen que han visto milagros y que no se crea a ninguno de los que dicen que tienen secretos para hacer al hombre inmortal o para rejuvenecer.

Habiendo considerado de dónde proviene que se preste tanta fe a tantos impostores que dicen que tienen remedios, hasta el punto de ponerse a menudo en sus manos, me ha parecido que la verdadera causa es que los hay auténticos, pues no sería posible que hubiera tantos falsos y se les diera tanto crédito si no los hubiese verdaderos. Si nunca hubiera habido remedio para ningún mal y todos los males hubieran sido incurables, es imposible que los hombres se hubiesen imaginado que podían darlo y todavía más que tantos otros hubiesen dado crédito a los que se vanagloriaron de tenerlo. Por la misma razón, si un hombre se jactase de impedir la muerte, nadie le creería, porque no hay ningún ejemplo de ello. Pero como ha habido cantidad de remedios que se han hallado verdaderos incluso por el conocimiento de los más grandes hombres, la fe de los hombres se ha rendido ante ello, y al ser conocido como posible se ha concluido que existe, pues el pueblo razona así ordinariamente: una cosa es posible, luego existe. Porque la cosa no puede ser negada en general, puesto que hay efectos particulares que son verdaderos; el pueblo, que no puede discernir cuáles de entre estos efectos particulares son los verdaderos, los cree todos. Por la misma razón, lo que hace que se crean tantos falsos efectos de la luna es que los hay verdaderos, como el flujo del mar. Lo mismo sucede con las profecías, milagros, adivinaciones por los sueños, sortilegios, etc., pues si nunca hubiese habido nada verdadero de todo esto, no se habría creído nunca nada de ello; y así, en lugar de concluir que no hay verdaderos milagros porque hay tantos falsos, es menester decir, por el contrario, que hay ciertamente verdaderos milagros, puesto que hay tantos falsos, y que no hay falsos sino por razón de que hay verdaderos. Es preciso razonar de la misma manera con respecto a la religión, pues no sería posible que los hombres se hubiesen imaginado tantas religiones falsas si no hubiera una verdadera. La objeción que se puede hacer a esto es que los salvajes tienen una religión, pero respondemos que se debe a que han oído hablar

de ella, como se ve por el diluvio, la circuncisión, la cruz de San Andrés, etc.

735 (818-825a) Habiendo considerado de dónde proviene el que haya tantos falsos milagros, falsas revelaciones, sortilegios, etc., me ha parecido que la verdadera causa está en que los hay verdaderos, pues no sería posible que hubiera tantos falsos milagros si no los hubiera verdaderos, ni tantas religiones falsas si no hubiera una verdadera, pues si nunca hubiese habido nada de esto, es como imposible que los hombres se lo hubiesen imaginado y todavía más imposible que tantos lo hubiesen creído. Pero como ha habido grandes cosas verdaderas, y, por ello, han sido creídas por grandes hombres, esta impresión ha sido la causa de que casi todo el mundo se haya hecho capaz de creer también las falsas, y así, en lugar de concluir que no hay verdaderos milagros, puesto que hay tantos falsos, es menester decir, por el contrario, que hay verdaderos milagros, puesto que hay tantos falsos, y que no hay tantos falsos sino por la razón de que los hay verdaderos, y que, de la misma manera, no hay falsas religiones sino porque hay una verdadera. La objeción que se puede hacer a esto es que los salvajes tienen una religión, pero es que han oído hablar de la verdadera, como aparece por la cruz de San Andrés, el diluvio, la circuncisión, etc. Esto procede de que el espíritu del hombre, encontrándose plegado en ese lado por la verdad, se hace susceptible por ello de todas las falsedades de ésta...

736 (96-123) Cuando uno está acostumbrado a servirse de malas razones para probar efectos de la naturaleza, no quiere ya aceptar las buenas cuando son descubiertas. El ejemplo que se aducía era el de la circulación de la sangre, para dar razón de por qué la vena se hincha debajo de la ligadura.

737 (10-43) Ordinariamente, uno se convence mejor por las razones que encuentra por sí mismo que con aquellas que proceden del espíritu de los demás.

738 (341-259) La historia del lucio y de la rana de Liancourt. Lo hacen siempre y nunca de otro modo, ni relacionado con el espíritu.

739 (864-793) La verdad está tan oscurecida en este tiempo y la mentira tan establecida, que a menos de amar la verdad no se sabrá conocerla.

740 (583-792) Los maliciosos son gente que conoce la verdad, pero que no la sostienen sino en tanto que su interés coincide con ella; pero fuera de ahí la abandonan.

741 (340-262) La máquina de aritmética produce efectos que se acercan más al pensamiento que todo lo que hacen los animales; pero no consigue nada que pueda decirse que tiene voluntad como los animales.

742 (108-174) Aunque las personas no tengan interés en lo que dicen, no hay que concluir por ello absolutamente que no mienten, pues hay gente que miente simplemente por mentir.

743 (859-783) Hay placer en estar dentro de un barco batido por la tempestad cuando uno está seguro que no perecerá. Las persecuciones que agitan la Iglesia son de esta naturaleza.

744 (18-147) Cuando no se sabe la verdad de una cosa, es bueno que haya un error común que fije el espíritu de los hombres, como, por ejemplo, la luna, a la que se atribuye el cambio de estaciones, el progreso de las enfermedades, etc.; porque la principal enfermedad del hombre es la inquieta curiosidad acerca de las cosas que no alcanza a saber, y no le es tan molesto estar en el error como en esta inútil curiosidad.

745 (18bis-44a) La manera de escribir de Epícteto, de Montaigne y de Salomón de Tultie es la más usada, la que mejor se insinúa, la que permanece más en la memoria y la que más se cita, porque toda ella está compuesta de pensamientos nacidos en las conversaciones ordinarias de la vida, como, cuando se habla del error común que existe en el mundo, que la luna es causa de todo, no se dejará nunca de decir que Salmón de Tultie afirma que, cuando no se sabe la verdad de una cosa, es bueno que haya un error común, etc. (que es el pensamiento del otro lado).

746 (787-630) Acerca del hecho de que ni Josefo ni Tácito, ni los demás historiadores, han hablado de Jesucristo.

Lejos de que esto vaya en su contra, va, por el contrario, en su favor. Pues es cierto que Jesucristo ha existido y que su religión causó un gran impacto y que esta gente no la ignoraba, y que, así, es manifiesto que aquellos no la han ocultado sino intencionadamente; o bien, que han hablado de ello, y se lo ha suprimido o cambiado.

747 (589-824) Acerca del hecho de que la religión cristiana no es la única.

Tan lejos está de que sea ésta una razón que haga creer que no es la verdadera, que, por el contrario, es la que hace ver que lo es.

748 (239-456) Obj. Los que esperan su salvación son felices con eso, pero tienen por contrapeso el temor del infierno. Resp. ¿Quién tiene más motivo para temer el infierno, el que vive en la ignorancia de si existe un infierno y en la certidumbre de la condenación en caso de que lo

haya, o el que vive en un cierto convencimiento de que existe un infierno, y en la esperanza de salvarse si lo hay?

749 (456)-221) ¡Qué desorden de juicio, por el que no hay nadie que no se ponga por encima de todo el resto del mundo, y que no ame más su propio bien y la duración de su felicidad y de su vida que la de todo el resto del mundo!

750 (176-221) Cronwell iba a desvastar a toda la cristiandad; la familia real estaba perdida, y la suya poderosa como nunca, sin un granito de arena que se pusiese en su ureter. Incluso Roma iba a temblar ante él. Pero, al meterse ahí esa arenilla, él murió, su familia quedó humillada, todo en paz, y el rey fue restablecido.

751 (3-23) Los que están acostumbrados a juzgar según el sentimiento no comprenden nada de las cosas de razonamiento. Pues enseguida quieren penetrar de un sólo golpe de vista, y no están acostumbrados a buscar los principios; y los otros, por el contrario, que están habituados a razonar por principios, no comprenden nada de las cosas del sentimiento, y, buscando los principios, no pueden ver con una sola mirada.

752 (866-19) Dos clases de gente igualan las cosas, como las fiestas con los días de trabajo, los cristianos con los sacerdotes, todos los pecados entre sí, etc. Y de ahí, unos concluyen que lo que es malo para los sacerdotes lo es también para los cristianos; y otros, que lo que no es malo para los cristianos le está permitido a los sacerdotes.

753 (179-225) Cuando Augusto se enteró que entre los niños que Herodes había mandado matar, por debajo de la edad de dos años, estaba su propio hijo, dijo que era mejor ser el puerco de Herodes que su hijo. Macrobio, libro II, Sat., Cap. IV.

754 (501-718) 1.er grado: ser censurado al hacer el mal o alabado al hacer el bien.
2.º grado: no ser ni alabado, ni censurado.

755 (258-363) *Unusquisque sibi deum fingit*[111].

El hastío.

756 (365-263) Pensamiento.
Toda la dignidad del hombre reside en el pensamiento; pero, ¿qué es este pensamiento?, ¡qué necio es!
El pensamiento es, pues, algo admirable e incomparable por su naturaleza. Haría falta que tuviera extraños defectos para ser despreciable, pero los tiene tales que nada es más ridículo. ¡Qué grande es por su naturaleza!, ¡qué bajo por sus defectos!

111 Sab., XV, 8 y 16: «Cada uno se finge un Dios a sí mismo.»

757 (212-350) Fugacidad.
Es horrible sentir que se nos escapa todo lo que poseemos.

758 (857-786) Claridad. Oscuridad.
Habría demasiada oscuridad si la verdad no tuviera señales visibles. Es una admirable el estar conservada siempre en una Iglesia y una comunidad visible. Habría demasiada claridad si no hubiera en esta Iglesia más que un sentimiento. Lo que siempre ha existido es la verdad, pues la verdad ha existido siempre, y nada falso ha estado siempre.

759 (346-257) El pensamiento hace la grandeza del hombre.

760 (568-587) Ob. La Escritura está visiblemente llena de cosas no dictadas por el Espíritu Santo.
R. No perjudican en nada a la fe.
Ob. Pero la Iglesia ha decidido atribuírselo todo al Espíritu Santo.
R. Respondo dos cosas: primero, que la Iglesia nunca ha decidido tal cosa; lo otro, que en caso de haberlo decidido, se podría sostener.

761 (568bis-587) Hay muchos espíritus falsos.

762 (568bis-587) Denys posee la caridad: estaba en su lugar.

763 (568-587) Las profecías citadas en el Evangelio, ¿creéis que han sido referidas para haceros creer?; no, es para alejaros de creer.

764 (11-208) Todos los grandes divertimientos son peligrosos para la vida cristiana; pero entre todos aquellos que el mundo ha inventado, no hay ninguno que sea más temible que la comedia. Es una representación tan natural y tan delicada de las pasiones, que las provoca y las hace nacer en nuestro corazón, y sobre todo la del amor; principalmente cuando se *(le)* representa muy puro y muy honesto. Pues cuanto más inocente parece a las almas inocentes, más capaces son de ser alcanzadas por él; su violencia agrada a nuestro amor propio, que engendra al punto el deseo de causar los mismos efectos, los cuales ve tan bien representados; y se crea al mismo tiempo una conciencia fundada en la honestidad de los sentimientos que ve allí, los cuales disipan el temor de las almas puras, que se imaginan que no es herir la pureza el amar con un amor que les parece tan prudente.

Así, se sale de la comedia con el corazón tan lleno de todas las bellezas y de todas las dulzuras del amor y con el alma y el espíritu tan persuadidos de su inocencia, que se está plenamente preparado para recibir sus primeras impresiones, o más bien para buscar la ocasión de hacerlas nacer en el corazón de alguien, para recibir los mismos placeres y los mismos sacrificios que se han visto tan bien pintados en la comedia.

765 (39-35) Si el rayo cayera sobre los lugares bajos, etc., los poetas y los que no saben razonar sino acerca de las cosas de esta naturaleza, carecerían de pruebas.

766 (8-18) Existen muchas personas que oyen el sermón de la misma manera que oyen vísperas.

767 (306-290) Como los ducados, realezas y magistraturas son reales y necesarios (a causa de que la fuerza lo regula todo), los hay en todas partes y siempre; pero, como no es más que fantasía el que tal o cual lo sea, no es algo constante, está sujeto a cambio, etc.

768 (345-266) La razón nos ordena mucho más imperiosamente que un amo, pues desobedeciendo a éste se es desgraciado y desobedeciendo a aquélla se es un necio.

769 (903 y 903bis-815) *(State super vias et interrogate de semitis antiquis et ambulate in eis et dixerunt non ambulabimus, sed post cogitationes nostras ibimus*[112]*. Han dicho a los pueblos: Venid con nosotros, sigamos las opiniones de los nuevos autores; la razón natural será nuestra guía; seremos como los demás pueblos, que siguen cada uno su luz natural. Los filósofos la poseen.)*

Todas las religiones y las sectas del mundo han tenido a la razón natural por guía; sólo los cristianos se han visto obligados a tomar sus reglas fuera de sí mismos, y a informarse de las que Jesucristo ha dejado para nosotros a los antiguos y que transmiten a los fieles. Esta imposición cansa a estos buenos Padres. Quieren tener, como los demás pueblos, la libertad de seguir sus imaginaciones. En vano les gritamos, como los profetas decían en otro tiempo a los judíos: Id en medio de la Iglesia, informaros de los caminos que los antiguos le han dejado y seguid sus senderos. Han respondido como los judíos: No caminaremos por él, sino que seguiremos los dictados de nuestro corazón. Y han dicho: Seremos como los demás pueblos.

112 Cf. Jer., VI, 16: ver nota 76. Jer., XVIII, 12: «*Y dijeron: Ya no tenemos esperanza,* seguimos a nuestros pensamientos, *cada uno de nosotros cumplirá la depravación de su corazón perverso.*»

SERIE XXVII

770 (103-182) El ejemplo de la castidad de Alejandro no ha hecho tantos continentes como intemperantes ha hecho su embriaguez. No es vergonzoso el no ser tan virtuoso como él, y parece excusable el no ser más vicioso que él. Uno cree no encontrarse de hecho en los vicios del común de los hombres cuando se ve en los vicios de estos grandes hombres. Y, sin embargo, no se repara en que, con respecto a esto, ellos son del común de los hombres. Se está adherido a ellos por el extremo por el que ellos se adhieren al pueblo. Pues, por elevados que estén, están unidos a los más bajos hombres por algún sitio. No están suspendidos en el aire, completamente abstraídos de nuestra sociedad. No, no; si son más grandes que nosotros es que tienen la cabeza más elevada, pero tienen los pies tan bajos como los nuestros. Están todos al mismo nivel y se apoyan sobre la misma tierra, y, por este extremo, están tan bajos como nosotros, como los más pequeños, como los niños, como las bestias.

771 (355-319) La continua elocuencia aburre.

Los príncipes y reyes juegan algunas veces. No están siempre sobre sus tronos. Se aburren en ellos. La grandeza tiene necesidad de ser abandonada para poderse sentir. La continuidad disguta en todo. El frío es agradable para calentarse.

La naturaleza obra progresivamente. *Itus et reditus*, va y vuelve, después va más lejos, luego dos veces menos, después más que nunca, etc.AAa

El flujo del mar se sucede así aAaaAaa, el sol parece avanzar así.

772 (58-59) Tenéis poca delicadeza — excusadme, por favor; sin esta excusa, no me hubiera dado cuenta de la injuria.

Con perdón, y no hay nada de malo más que su excusa.

773 (135-203) No nos agrada más que el combate, pero no la victoria.

Nos gusta ver los combates de animales, no al vencedor encarnizado sobre el vencido. ¿Qué se quería ver, sino el fin de la victoria?; y una vez que ha llegado, nos hartamos. Así en el juego, así en la búsqueda de la verdad. Nos gusta ver en las discusiones el combate entre las opiniones; pero contemplar la verdad hallada, nada en absoluto. Para hacer que se la contemple con gusto, es preciso que se la haga nacer de la disputa. Lo mismo sucede con las pasiones: existe placer en ver enfrentarse a dos contrarios, pero cuando una es superior, ya no es más que brutalidad.

Nunca buscamos las cosas, sino la búsqueda de las cosas. Así, en las comedias, las escenas desenfadadas, sin temor, no valen nada, ni las extremas miserias sin esperanza, ni lo amores brutales, ni las ásperas severidades.

774 (497-725) Contra los que, apoyados en la confianza de la misericordia de Dios, permanecen en la indolencia, sin hacer buenas obras.

Dado que las dos fuentes de nuestros pecados son el orgullo y la pereza, Dios nos ha mostrado dos cualidades en Él para curarlas, su misericordia y su justicia. Lo propio de la justicia es abatir el orgullo, por santas que sean las obras, y *non intres in judicium*[113], etc., y lo propio de la misericordia es combatir la pereza, invitando a las buenas obras según este pasaje: La misericordia de Dios invita a la penitencia; y este otro de los Ninivitas: Hagamos penitencia para ver si por ventura se apiadara de nosotros. Y así, tan lejos está la misericordia de autorizar el relajamiento que es, por el contrario, la cualidad que lo combate formalmente. De suerte que en vez de decir: Si no hubiese misericordia en Dios, haría falta hacer todo tipo de esfuerzos por la virtud, hay que decir, por el contrario, que es porque hay en Dios misericordia por lo que es preciso hacer todo tipo de esfuerzos.

775 (899-820) *Contra los que abusan de los pasajes de la Escritura y se valen del hecho de que encuentran alguno que parece favorecer sin error.* El capítulo de vísperas, el domingo de Pasión, la oración por el rey.

Explicación de estas palabras: «Quien no está conmigo, está contra mí.» Y de estas otras: «Quien no está contra vosotros, está con vosotros.» Una persona que dice: «Yo no estoy ni a favor ni en contra»; se le debe responder...

776 (858-778) La historia de la Iglesia debe ser propiamente llamada la historia de la verdad.

777 (847-770) Una de las antífonas de las vísperas de Navidad: *exortum est in tenebris lumen rectis corde*[114].

778 (68-82) No se enseña a los hombres a ser honrados, y se les enseña todo lo demás. Y nunca se precian tanto de no saber nada de lo demás como de ser hombres honrados. No se precian de saber más que la única cosa que no aprenden.

---

113 Ps., CXLII, 2: «No entres en juicio *con tu siervo, pues ningún hombre viviente es justo ante ti.*»

114 Ps., CXI, 4: «La luz se ha elevado en las tinieblas para los hombres rectos.»

779 (88-111) Los niños que se asustan del rostro que ellos mismos han embadurnado. Son niños; pero ¡el miedo de que esto, tan débil siendo niño, sea más fuerte siendo mayor!, no se hace más que cambiar de fantasía. Todo lo que se perfecciona por medio de progreso perece también por progreso. Todo lo que ha sido débil no puede nunca ser absolutamente fuerte. Se suele decir: ha crecido, ha cambiado; sigue siendo el mismo.

780 (62-76) Prefacio de la primera parte.

Hablar de los que han tratado del conocimiento de sí mismo, de las divisiones de Charrón, que entristecen y molestan. De la confusión de Montaigne, de que había ya sentido falta de un recto método. Que lo evitaba saltando de asunto en asunto, que buscaba el buen estilo.

Su necio proyecto de describirse, y no de pasada y contra sus principios, como le sucede a todo el mundo al equivocarse, sino por sus propios principios y por un designio primero y principal. Pues decir necedades por azar y por debilidad es un mal corriente, pero decirlas por propia voluntad, eso es lo insoportable, y decirlas tales como estas...

781 (242-366) Prefacio de la segunda parte.

Hablar de los que han tratado de esta materia.

Admiro con qué atrevimiento estas personas intentan hablar de Dios.

Al dirigir sus razonamientos a los impíos, su primer capítulo consiste en probar la divinidad por las obras de la naturaleza. No me sorprendería de su tentativa si dirigiesen sus razonamientos a los fieles, porque es cierto que los que tienen la fe viva dentro del corazón ven enseguida que todo lo que existe no es más que la obra de Dios que ellos adoran, pero a aquellos en los que esta luz está extinguida, y en los cuales se intenta hacerla revivir, personas privadas de la fe y de la gracia, que buscan con todo su entendimiento todo lo que ven en la naturaleza que les pueda llevar a este conocimiento, y no hallan más que oscuridad y tinieblas, decirles que no tienen más que ver las cosas más pequeñas que les rodean y que en ellas verán a Dios al descubierto, y darles por toda prueba de este grande e importante tema el curso de la luna y de los planetas y pretender haber concluido su prueba con semejante razonamiento, es darles motivo para creer que las pruebas de nuestra religión son muy débiles, y veo, por razón y por experiencia, que nada es más propio que esto para engendrar en ellos el desprecio. No es esta la manera de hablar de la Escritura, que conoce mejor las cosas que son de Dios. Dice, por el contrario, que Dios es un Dios oculto, y que, desde la corrupción de la naturaleza, les ha dejado en una ceguera de la que no pueden salir más que a través de

J.-C., fuera del cual toda comunicación con Dios es imposible. *Nemo novit patrem nisi filius et sui filius voluit revelare* [115].

Es lo que la Escritura nos indica cuando dice en tantos pasajes que los que buscan a Dios le hallan. No es de esta luz de la que se dice como el día en pleno mediodía. No se dice que los que buscan en pleno mediodía la luz o en el mar el agua, la hallarán, y así, es preciso que la evidencia de Dios no sea tal en la naturaleza. También nos dice en otra parte: *vere tu es deus absconditus* [116].

782 (266-460) ¡Cuántos astros nos han descubierto los anteojos que no existían para nuestros filósofos de antes! Se atacaba francamente a la Sagrada Escritura acerca del gran número de estrellas, diciendo: no hay más que 1.022, lo sabemos.

Hay hierbas sobre la tierra, nosotros las vemos; desde la luna no se verían. Y en estas hierbas, filamentos; y en estos filamentos, animalillos. Pero después de eso, nada más. ¡Oh, presuntuosos!

Las cosas mixtas están compuestas de elementos, y los elementos no. ¡Oh, presuntuosos, he ahí un rasgo delicado!

No hace falta decir que existe lo que no se ve. Es menester, pues, hablar como los demás, pero no pensar como ellos.

783 (357-324) Cuando se quieren llevar las virtudes hasta sus extremos por una parte y por otra, se presentan vicios que se insinúan insensiblemente, en sus rutas invisibles, por el lado del pequeño infinito, y se presentan vicios en multitud por el lado del gran infinito, de modo que uno se pierde en los vicios y ya no ve las virtudes.—Nos creemos en la perfección misma.

784 (23-66) Las palabras, diferentemente agrupadas, producen sentidos diversos. Y los sentidos, distintamente ordenados, producen diferentes efectos.

785 (776-644a) *Ne timeas, pusillus grex; Timore et tremore.*
Quid ergo, ne timeas, modo timeas.

No temáis, con tal de que temáis; pero si no teméis, temed.

Qui me recipit, non me recipit sed eum qui me misit.
Nemo scit neque filius [117].

115 Mt., XI, 27: «... Nadie conoce al Padre, excepto el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiere revelárselo.»
116 Is., XLV, 15: «En verdad, tú eres un Dios escondido.»
117 Lc., XII, 32: «No temas, pequeño rebaño.» Phil., II, 12: «*Empleaos en vuestra salvación con* temor y temblor.» Mc., IX, 36: «El que me recibe, no me recibe a mí, sino a Aquel que me envió.» —XIII, 32: «Nadie lo sabe... ni el Hijo.»

786 (865-790) Si hay siempre un tiempo en el que se debe hacer profesión de dos contrarios, es cuando se reprocha el que se oculte uno de ellos; por tanto, los jesuitas y los jansenistas se perjudican al ocultarlos; pero los jansenistas más, pues los jesuitas han hecho mejor profesión de los dos.

787 (943-711) M. de Condren. No hay comparación, dice él, entre la unión de los santos y la de la Santa Trinidad.

J.-C. dice lo contrario.

788 (486-424) La dignidad del hombre consistía, en su inocencia, en usar y dominar las criaturas; pero hoy, en separarse de ellas y en someterse.

789 (50-51) Los sentidos.

Un mismo sentido cambia según las palabras que lo expresan. Los sentidos reciben de las palabras su dignidad, en lugar de dársela. Hace falta buscar ejemplos.

790 (627-524b) Creo que Josué es el primero del pueblo de Dios que tiene este nombre. Como Jesucristo el último del pueblo de Dios.

785 (776-644a) *Nubes lucida obumbravit* [118].

San Juan debía convertir los corazones de los Padres hacia los hijos, y J.-C. introducir la división; sin contradicción.

791 (777-660) Los efectos *in communi* e *in particulari* [119].

Los semi-pelagianos yerran al decir de *in communi* lo que no es verdad sino *in particulari*, y los calvinistas al decir *in particulari* lo que es verdad *in communi*; eso me parece.

SERIE XXVIII

792 (101-131) Doy por hecho que si todos los hombres supieran lo que dicen los unos de los otros, no habría 4 amigos en el mundo. Esto se deja ver en las querellas que causan las referencias indiscretas que se hacen algunas veces.

793 (737-600) Por ello rechazo todas las demás religiones.

En ello encuentro respuesta a todas las objeciones.

118 Mt., XVII, 5: «Una nube resplandeciente les cubría.»
119 Cf. Escritos sobre la gracia: «Podemos considerar la justificación bien sea desde el punto de vista de los efectos *particulares*, y entonces se pueden alegar las causas (pues la oración las obtiene), y esto es lo que han ignorado los calvinistas — bien tomándolos todos *en conjunto*, y entonces no hay causa alguna que no sea la voluntad divina, y es lo que han ignorado los pelagianos.»

Es justo que un Dios tan puro no se descubra más que a aquellos cuyo corazón está purificado.

Por ello, esta religión me es amable, y yo la hallo ya suficientemente autorizada por una moral tan divina; pero encuentro en ella más.

Encuentro, en efecto, que, desde que la memoria de los hombres dura, hay un pueblo que subsiste, más antiguo que todo otro pueblo.
Se anuncia constantemente a los hombres que están en una corrupción universal, pero que vendrá un Reparador.
No es un hombre el que lo dice, sino una infinidad de hombres, y un pueblo entero que profetiza el hecho concreto durante 4.000 años; los libros dispersados durante 400 años.
Cuanto más los examino, más verdad encuentro en ellos. Un pueblo entero lo predice antes de su venida, un pueblo entero lo adora después de su venida; y lo que ha precedido y lo que ha seguido; y esta sinagoga que le ha precedido *(y este número de judíos)* miserables y sin profetas, que le siguen y que, siendo todos enemigos, son para nosotros admirables testigos de la verdad de estas profecías, en las que su miseria y su obcecación está predicha. En fin, ellos sin ídolos ni rey.
Las tinieblas de los judíos, terribles y predichas. *Eris palpans in meridie. Dabitur liber scienci litteras et dicet non possum legere*[120].
Estando todavía el cetro en las manos del primer usurpador extranjero.
El ruido de la venida de Jesucristo.
Admiro una primera y augusta religión, completamente divina en su autoridad, en su duración, en su perpetuidad, en su moral, en su conducta, en su doctrina, en sus efectos y

Así, tiendo los brazos a mi Liberador, que, habiendo sido predicho durante 4.000 años, ha venido a sufrir y a morir por mí sobre la tierra en el tiempo y en todas las circunstancias que han sido predichas, y, por su gracia, espero la muerte en paz, en la esperanza de estar eternamente unido a El; y vivo, sin embargo, con alegría, sea en los bienes que le place darme, sea en los males que El me envía para mi bien y que me ha enseñado a sufrir con su ejemplo.

794 (393-286) Resulta divertido ver que hay personas en el mundo que, habiendo renunciado a todas las leyes de Dios y de la naturaleza, se han hecho ellos mismos otras

120 Deut., XXVIII, 29: «Andarás a tientas en pleno mediodía.» Cf. Is., XXIX, 11: «Será dado el libro a quien sabe leer, y dirá: No puedo leer.»

a las que obedecen con exactitud, como por ejemplo los soldados de Mahoma, etc., los ladrones, los herejes, etc., y también los lógicos.
Parece que su licencia no debía tener límites ni barreras, al ver que han franqueado tantas, tan justas y tan santas.

795 (160-267) El estornudo absorbe todas las funciones del alma tanto como el trabajo, pero no se extraen de ello las mismas consecuencias contra la grandeza del hombre, porque se produce contra su voluntad; y aunque se le procure, es contra su voluntad que se le procura. No sucede por razón de la cosa misma, sino por otro fin. Y así, no es un signo de la debilidad del hombre, ni de su esclavitud bajo esta acción.
No es vergonzoso que el hombre sucumba al dolor, pero es vergonzoso que sucumba al placer. Lo cual no proviene de que el dolor nos venga de fuera, y de que busquemos el placer. Pues se puede buscar el dolor y sucumbir a él por propia voluntad, sin ese género de bajeza. ¿De dónde viene entonces que sea glorioso para la razón sucumbir bajo el esfuerzo del dolor, y que sea vergonzoso sucumbir bajo el esfuerzo del placer? No es el dolor quien nos tienta y nos atrae; somos nosotros mismos los que voluntariamente lo escogemos y queremos que nos domine, de manera que nosotros somos dueños de la situación, y en esto es el hombre el que sucumbe a sí mismo. Pero en el placer, es el hombre el que sucumbe al placer. Ahora bien, sólo el dominio y el poder producen la gloria, y la servidumbre el deshonor.

796 (314-246) Dios.
ha creado todo para sí.
Se ha dado a sí mismo el poder de otorgar penas y bienes.

Podéis aplicarlo a Dios o a vosotros.

Si a Dios, el Evangelio es la regla.
Si a vosotros, ocuparéis el lugar de Dios.

Así como Dios está rodeado de personas llenas de caridad, que le piden los bienes de la caridad que están en su poder, así

Conoceos, pues, y sabed que no sois más que un rey de concupiscencia, y tomad los caminos de la concupiscencia.

797 (310-245) Rey, y tirano.

Tendré también mis pensamientos ocultos.
Tomaré precauciones en cada viaje.

Grandeza de institución, respeto a la institución.

El placer de los grandes es poder hacer felices.

Lo propio de la riqueza es darse con liberalidad.

Lo propio de cada cosa debe ser buscado. Lo propio del poder es proteger.

Cuando la fuerza provoca el gesto, cuando un simple soldado toma el bonete cuadrado de un primer presidente y lo echa a volar por la ventana.

798 (41-34/132) Epigramas de Marcial.

El hombre ama la malignidad, pero no para usarla contra los miserables, o los desgraciados, sino contra los felices soberbios. De otro modo se equivoca, pues la concupiscencia es la fuente de todos nuestros movimientos, y la humanidad,

Es menester agradar a los que tienen sentimientos humanos y tiernos.

El de los dos tuertos no vale nada, pues no los consuela, y no hace más que aportar agudeza a la gloria del autor.

Todo lo que no es más que para el autor no vale nada.

Ambitiosa recidet ornamenta[121].

SERIE XXIX

799 (612-500) Gén., 17. *Statuam pactum meum inter me et te foedere sempiterno ut sim deus tuus.*

Et tu ergo custodies pactum meum[122].

800 (532-683) La Escritura ha proporcionado pasajes para consolar todas las condiciones, y para intimidar todas las condiciones.

La naturaleza parece haber hecho lo mismo por esos dos infinitos naturales y morales. Porque siempre tendremos de arriba y de abajo, de más inteligentes y de menos inteligentes, de más elevados y de más miserables, para doblegar nuestro orgullo y levantar nuestra abyección.

801 (666-722) *Fascinatio — Somnum Suum — figura hujus mundi.*

Eucaristía.

121 Horacio, Ep. a los Pisones, V, 447-448, núm. CX: «Suprimirá los ornamentos ambiciosos.»

122 Gén., VII, 7: «Estableceré mi alianza entre tú y yo, en un acto eterno, para ser tu Dios. Tú guardarás mi alianza.»

Comedes panem tuum — panem nostrum.

Inimici dei terram lingent. Los pecadores lamen la tierra, es decir, aman los placeres terrestres.

El Antiguo Testamentos contenía las figuras de la alegría futura y el Nuevo contiene los medios de llegar a ella.

Las figuras eran de alegría, los medios de penitencia, y, sin embargo, el cordero pascual era comido con lechugas salvajes, *cum amaritudinibus.*

Singularis sum ego donec transeam[123]. J.-C., antes de su muerte, era casi el único mártir.

802 (122-112) El tiempo cura los dolores y las querellas, pues se cambia. No se es ya la misma persona; ni el que ofende ni el ofendido son ya los mismos. Es como un pueblo al que se ha irritado y al que se vuelve a a ver después de dos generaciones. Son todavía los franceses, pero no los mismos.

803 (386-380) Si soñáramos todas las noches lo mismo, nos afectaría tanto como los objetos que vemos todos los días. Y si un artesano estuviera seguro de soñar todas las noches, durante doce horas, que es rey, creo que sería casi tan feliz como un rey que soñara todas las noches, durante doce horas, que es un artesano.

Si soñáramos todas las noches que somos perseguidos por enemigos y agitados por estos penosos fantasmas, y que pasamos todos los días en diversas ocupaciones, como cuando se hace un viaje, sufriríamos casi tanto como si eso fuera verdadero, y tendríamos miedo a dormir como se tiene miedo a despertar, cuando se teme entrar, efectivamente, en tales desgracias. Y en efecto, produciría poco más o menos los mismos males que la realidad.

Pero como los sueños son todos diferentes, y dado que uno mismo se diversifica, lo que se ve en ellos afecta mucho menos que lo que se ve en la vigilia, a causa de la continuidad, la cual no es, por tanto, tan continua e igual como para no cambiar también, aunque menos bruscamente, si no es en raras ocasiones, como cuando se viaja; y entonces se dice: Me parece que estoy soñando, porque la vida es un sueño un poco menos inconstante.

804 (447-425) ¿Se dirá que, por haber dicho que la justicia es parte de la tierra, los hombres han conocido el pecado

123 Sab., IV, 12: «*Pues la* fascinación *de la frivolidad oscurece el bien.*» Ps., LXXV, 6: «*Han dormido* su sueño.» I Cor., VII, 31: «... *Pues pasa* la figura de este mundo.» Deut., VIII, 9: «... Comerás tu pan.» Lc., XI, 3: «*Danos hoy* nuestro pan *de cada día.*» Ps., LXXI, 9: «... sus enemigos lamerán el polvo.» Ex., XII, 8: «*Y comerán esa noche las carnes asadas al fuego con panes ácimos* v lechugas salvajes.» Ps., CXL, 10: «*Los pecadores caerán en su red; en cuanto* a mí, *yo estoy solo, hasta que pase.*»

original? *Nemo ante obitum beatus*[124]. ¿Es decir, que han conocido que con la muerte comienza la beatitud eterna y esencial?

805 (106-162) Conociendo la pasión dominante de cada uno, se está seguro de agradarla, y, sin embargo, cada uno tiene sus fantasías, contrarias a su propio bien, en la idea misma que él tiene de bien, y es una extravagancia que pone fuera de tono.

806 (147-145) No nos contentamos con la vida que tenemos en nosotros y en nuestro propio ser. Queremos vivir en la idea de los demás con una vida imaginaria y nos esforzamos, por eso, en aparentar. Trabajamos incesantemente en embellecer y conservar nuestro ser imaginario y descuidamos el verdadero. Y si tenemos tranquilidad o generosidad, o fidelidad, nos apresuramos en hacerlo saber, a fin de unir aquellas virtudes a nuestro otro ser, y las desvinculamos antes de nosotros para unirlas al otro. Seríamos de buena gana cobardes con tal de adquirir la reputación de ser valientes. ¡Gran señal de la nada de nuestro propio ser, al no estar satisfecho del uno sin el otro, y de cambiar a menudo el uno por el otro! Pues quien no muriese por conservar su honor, sería infame.

807 (519-670) Joh., 8.
Multi crediterunt in eum.
Dicebat ergo Jesus, si manseritis vere mei discipuli eritis et veritas liberabit vos.
Responderunt semen Abrahae sumus et nemini servimus unquam[125].

Hay mucha diferencia entre los discípulos y los verdaderos discípulos. Se les reconoce diciéndoles que la verdad les hará libres. Porque responden que son libres y que está en ellos el liberarse de la esclavitud del diablo. Son buenos discípulos, pero no verdaderos discípulos.

808 (245-482) Hay tres medios de creer: la razón, la costumbre, (la) inspiración. La religión cristiana, que es la única que tiene razón, no admite como verdaderos hijos suyos a los que creen sin inspiración. No es que excluya la razón y la costumbre, al contrario; pero hay que abrir el espíritu a las pruebas, confirmarse por la costumbre, pero ofrecerse por medio de las humillaciones a las inspiraciones, las únicas que pueden hacer el verdadero y saludable efecto, *ne evacuetur crux Christi*[126].

809 (230-447) Incomprensible que Dios exista e incomprensible que no exista, que el alma exista con el cuerpo, que no tengamos alma, que el mundo haya sido creado, que no lo haya sido, etc., que el pecado original exista y que no exista.

810 (193-361a) *Quid fiet hominibus qui minima contemnunt majora non credunt*[127].

811 (741-538) Los dos libros más antiguos del mundo son Moisés y Job. El uno judío, el otro pagano; ambos miran a J.-C. como a su centro común y su fin. Moisés, transmitiendo las promesas de Dios a Abraham, Jacob, etc., y sus profecías, y Job. *Quis mihi det ut*, etc. *Scio enim quod redemptor meus vivit*, etc.[128]

812 (798-742) El estilo del Evangelio es admirable en tantas cosas, y, entre otras, en no inferir nunca invectiva alguna contra los verdugos y enemigos de Jesucristo. Pues no hay ninguna de los historiadores contra Judas, Pilato, ni ninguno de los judíos.

813 (895-794) Nunca se hace el mal tan plenamente y tan alegremente como cuando se hace con conciencia.

814 (6-26) Así como se echa a perder el espíritu se echa a perder también el sentimiento.
El espíritu y el sentimiento se forma por las conversaciones, y el espíritu y el sentimiento se echa a perder por las conversaciones. Así las buenas o las malas lo forman o lo echan a perder. Importa, pues, saber escoger bien para formárselo y no echarlo a perder. Y no se puede hacer esta elección si no se lo ha formado ya y se lo ha echado a perder. Es así que resulta un círculo, y son dichosos los que salen de él.

815 (259-485) La gente corriente tiene el poder de no pensar en lo que no quiere pensar. No pienses en los pasajes del Mesías, decía el judío a su hijo. Así hacen los nuestros a menudo, así se conservan las falsas religiones, e incluso la verdadera, con respecto a muchas personas.

---

124 Ovidio, *Metam.*, III, 135: «Nadie es feliz antes de su muerte.» (Montaigne, *Ensayos*, I, 19.)
125 Jn., VIII, 31-33: «Muchos creyeron en El. Decía, pues, Jesús: Si permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, y la verdad os hará libres. Respondiéronle: Somos de la estirpe de Abraham, y a nadie servimos jamás.»
126 I Cor., I, 17: «A fin de que la cruz del Cristo no sea desvirtuada.»
127 Este texto latino es posiblemente del mismo Pascal: «¿Qué pasará con los hombres que desprecian las pequeñas cosas y no creen en las grandes?»
128 Job, XIX, 23-25: «¿Quién me permitirá que *mis palabras sean escritas?*, ... Sé que mi Redentor vive, etc.»

Pero hay quien no tiene el poder de abstenerse así de pensar y que piensan tanto más cuanto más se les prohíbe. Éstos se deshacen de las falsas religiones, e incluso de la verdadera, si no encuentran razonamientos sólidos.

816 (240-457) Habría abandonado inmediatamente los placeres, dicen, si tuviera fe. Y yo os digo: Tendríais al punto la fe si hubiérais abandonado los placeres. Ahora bien, sois vosotros los que debéis comenzar. Si yo pudiera, os daría la fe. No puedo hacerlo, ni comprobar, por tanto, la verdad de lo que decís, pero bien podéis vosotros abandonar los placeres y comprobar si lo que yo digo es verdad.

817 (615-830) Se ha dicho bien: Hay que confesar que la religión cristiana tiene algo sorprendente. Es porque habéis nacido en ella, se dirá. Ni con mucho me resisto contra ella por esta razón, por miedo a que esta prevención me soborne; pero, aunque he nacido en ella, no dejo de encontrarlo así.

818 (782-649) La victoria sobre la muerte. ¡De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma! Quien quiera guardar su alma, la perderá.

Yo no he venido a destruir la ley, sino a cumplirla.

Los corderos no quitaban los pecados del mundo, mas yo soy el cordero que quita los pecados.

Moisés nos ha dado el pan del cielo.

Moisés nos ha liberado de la cautividad y nos ha hecho verdaderamente libres.

819 (712-530) Las profecías mezcladas con cosas particulares y con las del Mesías, a fin de que las profecías del Mesías no carecieran de pruebas y las profecías particulares no carecieran de fruto.

820 (561-814) Hay dos maneras de persuadir las verdades de nuestra religión; una, por la fuerza de la razón, otra por la autoridad del que habla. No nos servimos de la última, sino de la primera. No decimos: Es preciso creer eso, pues la Escritura que lo dice es divina, sino que decimos que hay que creerlo por tal y tal razón, que son débiles argumentos, al ser la razón flexible a todo.

SERIE XXX

821 (252-470) Porque es necesario no desconocerse: Somos autómatas tanto como espíritus. Y de ahí proviene que el instrumento con el que la persuasión se logra no sea sólo la demostración. ¡Qué pocas cosas hay demostradas! Las pruebas no convencen más que al espíritu; la costumbre hace de nuestras pruebas las más fuertes y las más admitidas. Inclina al autómata, el cual arrastra al espíritu sin darse cuenta de ello. ¿Quién ha demostrado que mañana amanecerá y que moriremos?, ¿y qué hay que esté más admitido que eso? Es, por tanto, la costumbre la que nos persuade. Es ella la que hace tantos cristianos, la que hace turcos, paganos, oficios, soldados, etc. Los cristianos tienen, sobre los paganos, la fe recibida en el bautismo. En fin, es necesario recurrir a ella una vez que el espíritu ha visto dónde está la verdad, a fin de empaparnos e impregnarnos de esta creencia que se nos escapa a cada instante, pues tener las pruebas siempre presentes es demasiado costoso. Es necesario adquirir una creencia más fácil, como es la del hábito, que sin violencia, sin arte, sin argumento, nos hace creer en las cosas e inclina todas nuestras potencias hacia esta creencia, de suerte que nuestra alma llegue naturalmente a ella. Cuando no se cree más que por la fuerza de la convicción, y el autómata se inclina a creer lo contrario, no es suficiente. Es necesario, por consiguiente, hacer creer a nuestras dos partes: al espíritu, por medio de las razones, que le basta haber visto una vez en su vida; y al autómata, por medio de la costumbre, y sin permitirle que se incline a lo contrario. *Inclina cor meum deus.*

La razón actúa con lentitud y con tantas miras sobre tantos principios, que ha de tener siempre presentes, que a cada momento se adormece o se extravía por no tener presentes todos sus principios. El sentimiento no obra así: actúa en un instante y siempre está dispuesto a actuar. Es menester, pues, poner nuestra fe en el sentimientos; de otro modo será siempre vacilante.

432 (194bis y ter-16/335a-t/336) (1.) *Se debe tener compasión de unos y de otros; pero para unos, se debe tener una compasión que nace de la ternura, y para otros una compasión que nace del menosprecio.*

(2.) *Es necesario tener la religión que ellos desprecian para no despreciarles.*

(3.) *Eso no es propio del buen estilo.*

(4.) *Eso demuestra que no hay nada que decirles, no por desprecio, sino porque no tienen sentido común. Es menester que Dios les ilumine.*

(5.) *La gente de esta clase son académicos, escolares, y es el peor carácter de hombre que conozco.*

(6.) *Vosotros me convertiréis.*

(7-22.) *No hago eso por beatería, sino por la manera en que el corazón está hecho; no por excesiva devoción e indiferencia, sino por un principio puramente humano y por un movimiento de interés y amor propio.*

(8.) *Es indudable que no hay bien alguno sin el conocimiento de Dios; que somos felices a medida que nos aproximamos a El y que la última felicidad consiste en conocerle con certeza; que somos desgraciados a medida que nos alejamos de El y que la última desgracia consistiría en la certeza contraria.*

(9.) *Dudar es pues una desgracia, pero es un deber indispensable el buscar en la duda, y, así, el que duda y no busca es, al mismo tiempo, desgraciado e injusto; y si además de eso es alegre y presuntuoso, no tengo palabras para calificar a una tan extravagante criatura.*

(10.) ¿No es suficiente que se realicen milagros en un sitio, y que la Providencia se muestre sobre un pueblo?

(11.) Sin embargo, es cierto que el hombre está tan desnaturalizado que hay en su corazón una semilla de alegría en ello.

(12.) *¿Es algo como para decirlo alegremente? Es una cosa que se debe decir tristemente.*

(13.) *El sujeto presuntuoso se regocija y se jacta, con la cabeza levantada, de este modo: regocijémonos pues; vivamos sin temor y sin inquietud y esperemos la muerte, puesto que eso es incierto, y veremos después qué será de nosotros. Yo no veo su consecuencia.*

(15.) *¿Es valentía la de un hombre moribundo que va, en la debilidad y en la agonía, a hacer frente a un Dios todopoderoso y eterno?*

(14.) El buen estilo consiste en no complacerse, y la buena piedad en complacer a los demás.

(16.) Dichoso de mí, si estuviera en ese estado, y se tuviera compasión de mi necedad, y se tuviera la bondad de sacarme de ella a pesar mío.

(17.) *(No estar apesadumbrado por ello y no amar eso, ¡denota tanta debilidad de espíritu y tanta malicia en la voluntad!)*

(18.) ¡Qué motivo de alegría el no esperar ya más que miserias sin recurso!, ¡qué consolación para la desesperación de todo consolador!

(Pero si no podemos iluminarlos, no serán inútiles.)

(19.) Pero aquellos mismos que parecen más opuestos a la gloria de la religión no serán por eso inútiles para los demás.

(20.) Formularemos el primer argumento *(diciendo)* que hay algo sobrenatural, pues un obcecamiento de este tipo no es una cosa natural. Y si su locura les hace tan contrarios a su propio bien, servirá para garantizar el de los demás, por el horror de un ejemplo tan deplorable y de una locura tan digna de compasión.

(21.) ¿Es que son tan firmes que son insensibles a todo lo que les pertenece? Probémoslos en la parte de los bienes o del honor. ¿Qué? Es un encantamiento.

822 (593-397) Historia de China.

No creo más que en las historias cuyos testigos se dejarían degollar.

(¿Cuál de los dos es más creíble, Moisés o China?)

No se trata de ver esto en líneas generales; os digo que hay con que obcecar y con que iluminar.

Con esta sola palabra echo por tierra todos vuestros razonamientos; pero la China oscurece, decís. Y yo respondo: la China oscurece pero hay una claridad que encontrar. Buscadla.

Así, todo lo que decís favorece a uno de los propósitos y no al otro. Así, eso sirve y no perjudica.

Es preciso, pues, ver esto en detalle. Hay que poner las cartas sobre la mesa.

823 (217-345) Un heredero que encuentra los título de su casa, ¿dirá quizá que son falsos?, y ¿descuidará el examinarlos?

824 (522-667) La ley obligaba a lo que no daba; la gracia da a lo que obliga.

825 (901-550a) Parece refutar (?).

Humilibus dat gratiam; an ideo non dedit humilitatem?

Sui eum non receperunt, quotquot autem non receperunt, an non erant sui? [129]

SERIE XXXI

826 (673-572) *Fac secundum exemplar quod tibi ostensum est in monte* [130].

La religión de los judíos estaba, pues, formada en base a la semejanza de la verdad del Mesías, y la verdad del Mesías ha sido reconocida por la religión de los judíos, que era figura suya.

En los judíos, la verdad no estaba sino figurada; en el cielo, está descubierta.

---

129 St., IV, 6 y I Pe., V, 5: «*Dios resiste a los orgullosos* y da gracia a los humildes.» Y Pascal añade: «Es decir, ¿que no les ha dado la humildad?» Jn., I, 11: «Los suyos le recibieron.» Y Pascal añade: «Pero todos los que no le recibieron, ¿no eran suyos?»

130 Ex., XXV, 40: «Mira y obra según el modelo que te ha sido mostrado en la montaña.»

En la Iglesia, está cubierta y reconocida por referencia a la figura.
La figura ha sido hecha en base a la verdad.
Y la verdad ha sido reconocida en base a la figura.

827 (673-586) San Pablo mismo dice que habrá gente que prohibirá el matrimonio, y él mismo habla de ello a los corintos de una manera que es una ratonera. Porque si un profeta hubiera dicho una cosa y San Pablo hubiera dicho después otra, se le habría acusado.

828 (304-289) Los lazos que obligan al respeto de los unos hacia los otros, son lazos, en general, de necesidad; porque es necesario que haya diferentes grados, al querer dominar todos los hombres y al no conseguirlo todos, sino solamente algunos.

Figurémonos, pues, que les vemos comenzar a formarse. Es indudable que se batirán hasta que la parte más fuerte oprima a la más débil, y, al fin, haya un partido dominante. Pero, una vez que esto haya quedado determinado, entonces los amos, que no quieren que la guerra continúe, ordenan que la fuerza que tienen entre sus manos suceda como les plazca: unos la usan en la elección de los pueblos, otros en la sucesión por nacimiento, etc.

Y es ahí donde la imaginación comienza a jugar su papel. Hasta ahí, lo ha hecho la pura fuerza. Aquí es la fuerza la que se mantiene por medio de la imaginación en un cierto partido: en Francia, en el de los gentilhombres, en Suiza, en el de los plebeyos, etc.

Ahora bien, estos lazos que obligan, pues, a tal o a cual en particular, son lazos de la imaginación.

829 (351-321) Esos grandes esfuerzos del espíritu, a los que el alma llega alguna vez, son algo en los que ella no se detiene; se limita a saltar sobre ellos, no como sobre el trono, para siempre, sino sólo por un instante.

Sección III

Milagros

SERIE XXXII

830-*app.*-XIII Las cuestiones a las que he pedido que conteste M., abate de Saint-Cyran, son, principalmente, las siguientes. Pero, como no tengo copia de ellas, sería necesario que tuviera la amabilidad de devolver este papel con la respuesta que tenga la bondad de dar.

1. Si es necesario, para que un efecto sea milagroso, que sobrepase la fuerza de los hombres, de los demonios, de los ángeles y de toda la naturaleza creada.

Los teólogos dicen que los milagros son sobrenaturales o en su sustancia, quoad sustantiam, *como en la penetración de dos cuerpos, o en la situación de un mismo cuerpo en dos lugares y a un mismo tiempo; o que son sobrenaturales en el modo de producirlos,* quoad modum: *como cuando son producidos por medios que no tienen ninguna virtud natural en que apoyarse: así, cuando Jesucristo devuelve la visión al ciego con el lodo y a la suegra de Pedro inclinándose sobre ella, y a la mujer enferma del flujo de sangre, al tocar el borde de su vestido ... Y la mayor parte de los milagros que El nos ha hecho según el Evangelio, son de este segundo género. Tal es también la curación de una fiebre, u otra enfermedad curada en un momento, o más perfectamente de lo que lo puede hacer la naturaleza, por tocar una reliquia o por invocar el nombre de Dios; de manera que el pensamiento del que propone estas dificultades es verdadero y conforme al de todos los teólogos, incluso de este tiempo.*

2. Si no basta que sobrepase la fuerza natural de los medios que se emplean en él; siendo mi opinión que todo efecto es milagroso (cuando) sobrepasa la fuerza natural de los medios que se emplean en él. Así, llamamos milagrosa a la curación de una enfermedad conseguida por el contacto con una santa Reliquia, la curación de un demoníaco alcanzada por la invocación del nombre de Jesús, etc. ..., porque estos efectos sobrepasan la fuerza natural de las palabras con las que se invocan a Dios y la fuerza natural de una reliquia (que) no puede curar las enfermedades y alejar los demonios. Pero no llamo milagro al hecho de alejar los demonios por medio del arte del diablo; pues, aun cuando se emplee el arte del diablo para alejar al diablo, el efecto no sobrepasa a la fuerza natural de los medios que se emplean en él; y así, me parece que la verdadera definición de los milagros es la que acabo de exponer.
Lo que el diablo pueda hacer no es milagro, no es más que lo que pueda hacer una bestia, aunque el hombre no lo pueda hacer por sí mismo.

3. Si Santo Tomás no es contrario a esta definición y si no es de la opinión de que un efecto, para ser milagroso, debe sobrepasar la fuerza de toda la naturaleza creada.
Santo Tomás es de la misma opinión que los demás, aunque divida en dos la segunda especie de milagros: milagros quoad subjectum, *y milagros* quoad ordinem naturae. *Dice que los primeros son aquellos que la naturaleza puede producir absolutamente, pero no en un sujeto concreto, como puede producir la vida, ni en un cuerpo muerto, y que los segundos son aquellos que pueden producir en un sujeto, pero no por un medio concreto y con tanta celeridad como curar en un momento y por el solo contacto una fiebre o una enfermedad, aunque no incurable.*

4. Si los herejes declarados y reconocidos pueden hacer verdaderos milagros para confirmar un error.
No se pueden hacer nunca verdaderos milagros por lo que se es, católico o hereje, santo o malvado, para confirmar un error, porque Dios afirmaría, y aprobaría por su carisma, al error como falso testigo, o mejor como falso juez; eso es seguro y constante.

5. Si los herejes conocidos y declarados pueden hacer milagros como la curación de enfermedades que no son incurables; por ejemplo, si pueden curar una fiebre para confirmar una proposición errónea: el P. Lingendes predica que sí.
(No ha respondido a esta cuestión.)

6. Si los herejes declarados y conocidos pueden hacer milagros que sobrepasen a toda la naturaleza creada por medio de la invocación del nombre de Dios y por medio de una santa reliquia.
Pueden hacerlos para confirmar una verdad, y hay ejemplos de ello en la historia.

7. Si los herejes ocultos, y que no se separan de la Iglesia, y están, sin embargo, en el error, y que no se declaran contra la Iglesia, a fin de poder seducir más fácilmente a los fieles y fortificar su partido, por medio de la invocación del nombre de Jesús, o por medio de una santa reliquia, pueden hacer milagros que sobrepasen a la naturaleza entera, o incluso si pueden hacerlos no sobrepasando más que al hombre, como curar, sobre el terreno, males que no son incurables.
Los herejes ocultos no tienen más poder de hacer milagros que los herejes declarados; nada está oculto ante Dios, que es el único autor y hacedor de milagros, sean cuales sean, con tal de que sean verdaderos.

8. Si los milagros hechos en el nombre de Dios, o por la intervención de cosas divinas, no constituyen las señales de la verdadera Iglesia, y si todos los católicos no han tenido la afirmación contra los herejes.
Todos los católicos están de acuerdo en ello, y, sobre todo, los autores jesuitas. No hay más que leer a Bellarmino. Aun cuando los herejes hayan hecho milagros, lo que ha sucedido algunas veces, aunque raramente, estos milagros eran señales de la Iglesia, porque no se hacían más que para confirmar la verdad que la Iglesia enseña, y no el error de los herejes.

9. Si no ha sucedido nunca que los herejes hayan hecho milagros, y de qué naturaleza han sido.
Hay poca seguridad en esta cuestión; pero aquellos de los que se habla son milagros solamente quoad modum, *es decir, de efectos naturales producidos milagrosamente en una manera que sobrepasa el orden de la naturaleza.*

10. Si ese hombre del Evangelio que alejaba los demonios en el nombre de J.-C. y del que J.-C. dice «quien no está contra nosotros está con nosotros», era amigo o enemigo de J.-C., y lo que de él dicen los intérpretes del Evangelio. Pregunto esto porque el P. Ligendes predica que este hombre era contrario a J.-C.
El Evangelio testimonia suficientemente que no era contrario a J.-C. Y los Padres le siguen, y casi todos los autores jesuitas.

11. Si el Anticristo hará signos en nombre de J.-C. o en su propio nombre.

Como no vendrá en nombre de J.-C., sino en el suyo propio, según el Evangelio, no hará milagros en nombre de J.-C., sino en el suyo y contra J.-C., para destruir la fe y su Iglesia; a causa de esto no serán verdaderos milagros.

12. Si los oráculos han sido milagrosos.
Los milagros de los paganos y de los ídolos no han sido más milagrosos que las otras operaciones de demonios y magos.

831 (810-627b) El segundo milagro puede suponer el primero: el primero no puede suponer el segundo.

SERIE XXXIII

832 (803-750) 5. Milagros. Comienzo.
Los milagros disciernen la doctrina y la doctrina discierne los milagros.

Los hay falsos y verdaderos. Hace falta una señal para conocerlos; de otro modo serían inútiles.
Ahora bien, no son inútiles, y son, por el contrario, fundamento.
No obstante, hace falta que la regla que nos dé sea tal que no destruya la prueba que los verdaderos milagros dan de la verdad, que es el fin principal de los milagros.

Moisés dio dos: que no haya predicción, Deut., 18, y que no conduzcan a la idolatría, Deut., 13, y J.-C. una.

Si la doctrina regula los milagros, los milagros son inútiles para la doctrina.
Si los milagros regulan...

Objeción a la regla.

El discernimiento de los tiempos: una regla durante Moisés, otra regla en el presente.

833 (487-430) Toda religión es falsa si en su fe no adora a un Dios como principio de todas las cosas y si en su moral no ama a un solo Dios como fin de todas las cosas.

834 (826-760) Razones de por qué no se cree.
Joh., 12, 37.
Cum autem tanta signa fecisset non credebant in eum. Ut sermo Isaiae impleretur. Excaecavit, etc.
Haec dixit Isaias quando vidit gloriam ejus et locutus est de eo.

Judaes signa petunt et graeci sapientiam quaerunt.

Nos autem Jesum Crucifixum.
Sed plenum signis, sed plenum sapientia.
Vos autem Christum, non crucifixum, et religionem sine miraculis et sine sapientia[131].

Lo que hace que no se crean los verdaderos milagros es la falta de caridad. Joh. *sed vos non creditis quia non estis ex ovibus*[132].
Lo que hace creer en los falsos es la falta de caridad. 2 tes., 2.

Fundamento de la religión.

Son los milagros. ¿Pues qué? ¿Habla Dios contra los milagros, contra los fundamentos de la fe que se tiene en El?

Si existe un Dios, era preciso que la fe de Dios existiese sobre la tierra. Ahora bien, los milagros de J.-C. no son predichos por el Anticristo, pero los milagros del Anticristo son predichos por J.-C. Y así, si J.-C. no fuera el Mesías, habría inducido a error; pero el Anticristo no puede inducir a error.
Cuando J.-C. predijo los milagros del Anticristo, ¿ha creído destruir la fe en sus propios milagros?

No hay ninguna razón para creer en el Anticristo que no lo sea para creer en J.-C., pero las hay en J.-C. que no existen en el otro.

Moisés predijo a J.-C. y ordenó seguirle. J.-C. predijo al Anticristo y prohibió que se le siguiera.
Era imposible que en tiempos del Mesías se guardase fe en el Anticristo, que les era desconocido; pero es bien fácil en tiempos del Anticristo creer en J.-C., ya conocido.

835 (564-831) Las profecías, los milagros mismos y las pruebas de nuestra religión no son de tal naturaleza que se pueda decir que son absolutamente convincentes, pero lo son también de tal manera que no puede decirse que sea irrazonable el creerlas. Así, hay evidencia y oscuridad para iluminar a unos y oscurecer a otros, pero la evidencia es tal que sobrepasa o iguala, al menos, la evidencia de lo contrario, de manera que no es la razón la que puede determinar el no seguirla, y, así, no puede ser sino la concu-

---

131 Jn., XII, 37-40: «Aun habiendo hecho tantos milagros en su presencia, no creaín en él, para que se cumpliese la palabra de Isaías: Ciega, etc.» Jn., XII, 41: «Al decir estas cosas, Isaías veía su gloria y hablaba de El.» I Cor., I, 22-23: «Los judíos piden señales, los griegos buscan sabiduría, y nosotros predicamos a Cristo crucificado.» Y Pascal añade: «Pero lleno de signos, de sabiduría. Y vosotros, a un Cristo no crucificado y a una religión sin milagros y sin sabiduría.»
132 Jn., X, 26: «Pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas.»

piscencia y la malicia del corazón. Y por este medio hay evidencia bastante para condenar, y no la suficiente para convencer, a fin de que aparezca en los que la siguen que es la gracia y no la razón la que les hace seguirla; y en los que la huyen, que es la concupiscencia y no la razón la que les hace huir.

Vere discipuli, vere israelita, vere liberi, vere cibus[133].

Supongo que se cree en los milagros.

836 (855-LXII) Corrompéis la religión o en favor de vuestros amigos o contra vuestros enemigos. Disponéis de ella a vuestro gusto.

837 (823-759) Si no hubiera falsos milagros no habría certeza.
Si no hubiera criterio para discernirlos, los milagros serían inútiles y no habría razón para creer.
Ahora bien, no hay, humanamente, certeza humana, sino razón.

838 (671-584) Los judíos, que estaban llamados a dominar a las naciones y a los reyes, fueron esclavos del pecado, y los cristianos, cuya vocación ha sido servir y estar sujetos, son los hijos libres.

839 (827-756a) Juec., 13, 23. Si el Señor hubiera querido hacernos morir no nos habría mostrado todas estas cosas.

Ezequías. Senaquerib.

Jeremías; Ananías, falso profeta, muere el 7.º mes.

3. marc., 3 el templo, a punto de ser saqueado, socorrido milagrosamente.

2. marc., 15.

3. Reyes, 17. La viuda a Elías, que había resucitado al niño. Por esto sé que tus palabras son verdaderas.

3. Reyes, 18. Elías con los profetas de Baal.

Nunca en el orden del verdadero Dios, de la verdad de la religión, ha sucedido milagro de parte del error y no de la verdad.

840 (843-754) No es este el país de la verdad; ésta anda errante desconocida entre los hombres. Dios la ha cubierto con un velo, desconocida para aquellos que no oyen su voz; el lugar está abierto al blasfemo e incluso a las verdades, al menos, aparentes. Si se publican las verdades del Evangelio, se publican las contrarias, y se oscurecen las cuestiones, de manera que el pueblo no puede discenir. Y se pregunta: ¿Qué tenéis vosotros para que os hagáis creer mejor que los otros?, ¿qué signo hacéis? No tenéis sino palabras, y nosotros también. Si tuviérais milagros, bien. Eso es una verdad, que la doctrina debe estar sostenida por los milagros, de los que se abusa para blasfemar contra la doctrina. Y si los milagros llegan, se dice que los milagros no bastan sin la doctrina, y es esta otra verdad para blasfemar contra los milagros.

[133] Cf. Jn., I, 47; VIII, 36; VI, 32: «Verdadero discípulo, verdadero israelita, verdaderamente libre, verdadero pan.»

J.-C. curó al ciego de nacimiento e hizo cantidad de milagros en el día del sábado, por lo que cegaba a los fariseos, que decían que era necesario juzgar los milagros por la doctrina.
Nosotros tenemos a Moisés, pero éste no sabemos de dónde es. Esto es lo que es admirable, que no saben de dónde es y, sin embargo, hace tales milagros.

J.-C. no hablaba ni contra Dios, ni contra Moisés.
El Anticristo y los falsos profetas, predichos por uno y otro testamento, hablarán abiertamente contra Dios y contra J.-C.
Al que no está contra El, al que es enemigo oculto, Dios no le permitirá que haga milagros abiertamente.

Nunca en una disputa pública en la que las dos partes se dicen de Dios, de J.-C., de la Iglesia, han estado los milagros del lado de los falsos cristianos, y el otro lado sin milagros.

Tiene el diablo. Joh., 10, 21. Y los otros decían: ¿Puede el diablo abrir los ojos a los ciegos?

Las pruebas que J.-C. y los apóstoles sacan de la Escritura no son demostrativas, porque solamente afirman que Moisés dijo que vendría un profeta, pero no prueban con esto que sea éste, y esta era toda la cuestión. Estos pasajes no son útiles, por consiguiente, más que para mostrar que no es contrario a la Escritura y que no aparece ninguna repugnancia, pero no que haya conformidad. Ahora bien, esto basta: exclusión de repugnancia ante los milagros.
Hay un deber recíproco entre Dios y los hombres. Es necesario perdonar este término, *quod debui;* acusadme, dice Dios en Isaías.
1. Dios debe cumplir sus promesas, etc.
Los hombres deben a Dios el recibir la religión que les envía.

Dios debe a los hombre el no inducirles a error.
Ahora bien, serían inducidos a error si los autores (de) milagros anunciaran una doctrina que no apareciera manifiestamente falsa a las luces del sentido común, y si un mayor autor de milagros no hubiera advertido ya el de no creerles.
Así, si hubiera división en la Iglesia y los arrianos, por ejemplo, que decían estar basados en la Escritura, como los católicos, hubiesen hecho milagros, y no los católicos, se habría inducido a error.

Así como un hombre que nos anuncia los secretos de Dios no es digno de ser creído por su autoridad privada, y por ello los impíos dudan de él, también un hombre que, como señal de la comunicación que tiene con Dios, resucita a los muertos, predice el futuro, transporta los mares, cura las enfermedades, no hay impío que no se le rinda; y la incredulidad del faraón y los fariseos es el efecto de un endurecimiento sobrenatural.

Cuando se ven, pues, los milagros y la doctrina no sospechosa juntos, no hay dificultad; pero cuando se ven los milagros y la doctrina sospechosa de un mismo lado, entonces es necesario ver qué es lo más claro. J.-C. era sospechoso.

Barjesu obcecado. La fuerza de Dios sobrepasa a la de sus enemigos.

Los exorcistas judíos derrotados por los diablos, diciendo: Conozco a Jesús, y a Pablo, pero vosotros, ¿quiénes sois vosotros?

Los milagros son para la doctrina y no la doctrina para los milagros.

Si los milagros son verdaderos, ¿podrán persuadir toda doctrina?; no, pues eso no sucederá.
Si angelus [134].

Regla

Hay que juzgar la doctrina por los milagros, hay que juzgar los milagros por la doctrina.
Todo esto es verdadero, pero no se contradice.
Porque hace falta distinguir los tiempos.

¡Qué fácil os es conocer las reglas generales, pensando con ello sembrar la turbación y hacer todo inútil! Se impedirá, Padre mío: la verdad es una y firme.

134 Gal., I, 8: «Si un ángel *bajado del cielo os anunciara otro Evangelio que el que yo os he predicado, que sea anatema.»*

Es imposible, por deber de Dios, que un hombre, ocultando su mala doctrina y no haciendo aparecer más que una buena, y diciéndose conforme a Dios y a la Iglesia, haga milagros con objeto de introducir insensiblemente una doctrina falsa y sutil. Esto es imposible.

Y menos aún que Dios, que conoce los corazones, haga milagros en favor de tal persona.

841 (829-623) J.-C. dice que las Escrituras dan testimonio de El, pero no muestra en qué.

Las mismas profecías no podían probar a J.-C. durante su vida, y así nadie hubiera sido culpable de no creer en El antes de su muerte, si los milagros no hubiesen sido suficientes sin la doctrina; ahora bien, los que no creían en El mientras vivía, eran pecadores, como lo dice El mismo, y sin excusa. Pues hacía falta que tuviesen una demostración a la que resistir; ahora bien, no tenían la Escritura, sino solamente los milagros, que son suficientes cuando la doctrina no es contraria. Y se les debe creer.

Jn., 7, 40. Discusión entre los judíos, como entre los cristianos de hoy.
Unos creían en J.-C. y los otros no creían en El, a causa de las profecías que decían que debía nacer en Belén.
Mejor debían haberse asegurado de si no era de allí; porque, siendo sus milagros convincentes, debían asegurarse bien de estas pretendidas contradicciones de su doctrina con la Escritura; y esta oscuridad no les excusaba, sino que les obcecaba.
Así, los que rehúsan creer los milagros hoy, por una pretendida contradicción quimérica, no tienen excusa.
Los fariseos decían al pueblo que creían en El por sus milagros: Este pueblo que no conoce la ley está maldito. Pero, ¿hay un príncipe o un fariseo que haya creído en El?; pues sabemos que ningún profeta sale de Galilea. Nicodemo respondió: ¿Juzga nuestra ley a un hombre antes de haberle oído?

842 (588-828) Nuestra religión es sabia y loca. Sabia, porque es la que más sabe y la más fundada en milagros, profecías, etc.; loca, porque no es todo eso lo que hace que se pertenezca a ella. Eso hace que se condene a los que no pertenecen a ella, pero no que crean los que pertenecen. Lo que les hace creer es la cruz — *ne evacuata sit crux* [135].
Y así San Pablo, que vino en sabiduría y signos, dice que no vino en sabiduría ni en signos, porque venía a con-

135 Cg., I, Cor., I, 17: «*Para que el sacrificio* de la cruz no sea en vano.»

vertir, pero los que no vienen más que para convencer pueden decir que vienen en sabiduría y signos.

843 (836-751) Hay gran diferencia entre no estar por J.-C. y decirlo, y no estar por J.-C. y fingir estarlo. Los unos pueden hacer milagros, no los otros; pues está claro que los unos están contra la verdad, no los otros. Y así los milagros son más claros.

844 (837-629) Es algo tan claro que hay que amar a un solo Dios, que no son precisos milagros para probarlo.

845 (861-784) ¡Bello estado el de la Iglesia cuando no está sostenida más que por Dios!

846 (808-627) J.-C. ha verificado que El era el Mesías, no verificando nunca su doctrina por la Escritura o las profecías, sino siempre por sus milagros.

Prueba que perdona los pecados por medio de un milagro.

No os regocijéis de vuestros milagros, dice J.-C., sino de que vuestros nombres estén escritos en los cielos.

Si no creen a Moisés, no creerán a un resucitado.

Nicodemo reconoce, por sus milagros, que su doctrina es de Dios. *Scimus quia venisti a deo magister, nemo enin potest facere quare tu facis nisi deus fuerit cum illo*[136]. No juzga a los milagros por la doctrina, sino a la doctrina por los milagros.

Los judíos tenían una doctrina de Dios como nosotros tenemos una de J.-C. Y confirmación por milagros, y prohibición de creer a todos los obradores de milagros; y, además, orden de recurrir a los grandes padres y de atenerse a ellos. Y así, todas las razones que nosotros tenemos para rehusar el creer a los obradores de milagros, las tenían ellos con respecto a sus profetas. Y, sin embargo, eran muy culpables de rehusar a los profetas, a causa de sus milagros, y a J.-C. Y no hubieran sido culpables si no hubiesen visto los milagros. *Nisi fecissem peccatum non haberent*[137].

Pues toda la creencia está basada en los milagros.

La profecía no es llamada milagro. Así San Juan habla del 1. milagro en Canaán, y después de lo que Jesucristo

[136] Jn., III, 2: «Maestro, sabemos que vienes de Dios *para enseñar,* pues nadie podría hacer los prodigios que tú haces, si Dios no estuviera con él.»

[137] Jn., XV, 24: «Si yo hubiera hecho *entre ellos obras que ninguno otro ha hecho,* no hubiesen pecado; *pero ahora las han visto, y me han odiado a mí y a mi padre.*»

dice a la samaritana, a quien descubre toda su vida oculta, y después cura al hijo de un señor. Y San Juan llama a eso el 2 signo.

847 (893-795) Mostrando la verdad se la hace creer, pero mostrando la injusticia de los poderosos no se la corrige; se asegura la conciencia mostrando la falsedad, no se asegura la bolsa mostrando la injusticia.

848 (806-746) Los milagros y la verdad son necesarios a causa de que es preciso convencer al hombre entero, en cuerpo y en alma.

849 (665-608) La caridad no es un precepto figurativo. Decir que J.-C., que vino a quitar las figuras para poner en su lugar la verdad, no habría venido sino a traer la figura de la caridad para quitar la realidad que imperaba antes, es horrible.

Si la luz está en tinieblas, ¿qué será de las tinieblas?

850 (821-758) Hay gran diferencia entre tentar e inducir a error. Dios tienta, pero no induce a error. Tentar es procurar las ocasiones en que, sin imponer necesidad, se haría una cierta cosa si no se amara a Dios. Inducir a error es emplazar al hombre en la necesidad de concluir y seguir una falsedad.

851 (842-627a)
Si tu es Christus dic nobis.
Opera quae ego facio in nomine patris mei.
Haec testimonium perhibent de me.
Sed vos non creditis, quia non estis ex ovibus meis.
Oves meae vocem meam audiunt.

J., 6, 30, *quod ergo tu facis signum, ut videamus et credamus tibi; non dicunt: quam doctrinam predicas nemo potest facere signa, quae tu facis nisi deus fuerit cum illo.*
2 mach., 14, 15.
Deus qui signis evidentibus suam portionem protegit.
Volumus signum videre de caelo tentantes eum luc. 11. 16.
Generatio prava signum quaerit, et non dabitur.
Et ingemiscens ait, quid generatio ipsa signum quaerit. 8. 12. pedía un signo con mala intención. *Et non poterat facere.* Y, sin embargo, les promete el signo de Jonás, de su resurrección, el grande e incomparable.

Nisi videritis signa non creditis. No les reprocha el que no crean sin que haya milagros, sino el que tengan que ser ellos mismos los espectadores.

El Anticristo. *In signis mendacibus,* dice San Pablo. 2. thess., 2.

Secundum operationem satanae. In seductione iis qui pereunt eo quod charitatem veritatis non receperunt ut salvi fierent. Ideo mittet illis deus operationes erroris ut credant mendacio. Como en el pasaje de Moisés.

Ecce praedixi vobis vos ergo videte[138].

852 (835-752) En el Antiguo Testamento, cuando se os aparte de Dios; en el Nuevo, cuando se os aparte de J.-C.

He ahí señaladas las ocasiones de exclusión de la fe en los milagros; no es necesario señalar otras exclusiones.
¿Se sigue de ahí que tendrían derecho de excluir a todos los profetas que les vinieron? No. Habrían pecado no excluyendo a los que negaban a Dios, y habrían pecado excluyendo a los que no negaban a Dios.
En el mismo momento, pues, en que se ve un milagro hay que someterse, o tener extrañas señales de lo contrario. Es necesario ver si niega a Dios, o a Jesucristo, o a la Iglesia.

853 (192-337) Reprochar a Miton el no conmoverse cuando Dios le reproche.

854 (839-753) Si no creéis en mí, creed al menos en los milagros. Les remite como a lo más fuerte.

Se había dicho a los judíos, así como a los cristianos, que no creyeran siempre a los profetas; pero, sin embargo, los fariseos y los escribas hacen gran ostentación de sus milagros, y tratan de mostrar que son falsos o hechos por el diablo, viéndose necesitados de ser convencidos si reconocieran que son de Dios.

No tenemos, hoy, que tomarnos la molestia de hacer este discernimiento; es, sin embargo, bien fácil de hacer. Los que no niegan ni a Dios, ni a Jesucristo, no hacen milagros que no sean seguros.

---

138 Jn., X, 24: «Si tú eres el Cristo, dínoslo.» —25-27: «Las obras que yo hago en nombre de mi Padre dan testimonio de mí. Pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas escuchan mi voz.» Jn., VI, 30: «¿Qué milagro haces, pues, para que veamos y creamos en ti?» Pascal añade: «Ellos no dicen: ¿qué doctrina predicas tú?» II Mc., XIV, 15: «Dios, que protege a su heredad con milagros evidentes.» Jn., III, 2: «Nadie puede hacer los signos que tú haces, si Dios no está con él.» Lc., II, 16: «(Los judíos dijeron) para tentarle. Queremos ver un signo del cielo.» Mt., XII, 39: «Una generación mala..., pide un milagro, y no se le dará.» Mc., VIII, 12: «Gimiendo dijo: ¿Por qué esta generación pide un prodigio?» Mc., VI, 5: «Y no podía hacerlo.» Jn., IV, 48: «Si no veis milagros y prodigios no creéis.» II Tes., II, 9-10: «(Vendrá) según la operación de Satanás, signos y (prodigios) falsos, y con seducción de iniquidad para los destinados a la perdición, porque no han recibido el amor de la verdad (a fin de ser salvados). Por eso Dios les enviará a una situación errónea, para que crean en la mentira.» Deut., XIII, 3: «Pues Dios os tienta, para ver si le amáis.» Mt., XXIV, 25: «He aquí que os he predicho... Vosotros veréis todas estas cosas.»

Nemo facit virtutem in nomine meo et cito possit de me male loqui[139].
Pero no tenemos que hacer este discernimiento. He ahí una religión sagrada, he aquí una espina de la corona del salvador del mundo, en quien el príncipe de este mundo no tiene poder, que hace milagros por el propio poder de esta sangre derramada por nosotros. He aquí que Dios escoge El mismo esta casa para hacer brillar en ella su poder.
No son hombres los que hacen estos milagros por medio de una virtud desconocida y dudosa que nos obliga a un difícil discernimiento. Es Dios mismo, es el instrumento de la pasión de su hijo único, que, estando en muchos lugares, escoge éste, y hace venir a los hombres de todas partes para recibir estos alivios milagrosos en sus dolencias.

855 (834-LVI) Jn., 6, 26: *non quia vidistis signum sed quia saturati estis*[140]. Los que siguen a J.-C. a causa de sus milagros honran su poder en todos los milagros que hacen, pero los que, haciendo profesión de seguirle por sus milagros, no le siguen en realidad sino porque les consuela y les sacia de los bienes del mundo, deshonran sus milagros cuando son contrarios a sus comodidades.
Jn., 9: *non est hic homo a deo quia sabbatum non custodit. Alii: quomodo potest homo peccator haec signa facere*[141]. Lo que es más claro.
Esta casa es de Dios, pues El hace en ella extraños milagros.
Los otros: esta casa no es de Dios, pues no se cree en ella que las 5 proposiciones se encuentren en Jansenio. ¿Cuál es el más claro? *Tu quid dicis, dico, quia propheta est, nisi esset hic a deo non poterat facere quidquam*[142].

856 (828-766a) Polémicas.
Abel, Caín / Moisés, Magos / Elías, falsos profetas / Jeremías, Ananías / Miqueas, falsos profetas / J.-C., fariseos / San Pablo, Bargesu / apóstoles, exorcistas / los cristianos y los infieles / los católicos, los herejes / Elías, Enoc, Anticristo.
Siempre lo verdadero prevalece en milagros. Las dos cruces.

857 (819-755a) Ger., 23, 32, los milagros de los falsos profetas, en el hebreo y vatable. Hay ligerezas.

---

139 Mc., IX, 38: «Nadie puede hacer un milagro en mi nombre y hablar mal de mí.»
140 Jn., VI, 26: «No porque hayáis visto milagros, sino porque os habéis saciado.»
141 Jn., IX, 16: «Este hombre no es de Dios, pues no guarda el sábado. Pero decían otros. ¿Cómo un pecador puede hacer tales milagros?»
142 Jn., IX, 17: «Y tú, ¿qué dices? Digo que es profeta.» —33: «Si no fuese de Dios no podría hacer esto.»

Milagro no significa siempre milagros. 1, Reyes, 14, 15, milagro significa temor y es así en el hebreo. Lo mismo en Job manifiestamente 33, 7, y aun Is., 21, 4. Jer., 44, 22.

Portentum significa *simulachrum*. Jer., 50, 38, y es así en el hebreo y en vatable.

Is., 8, 18, J.-C. dice que El y los suyos estarán en milagros.

858 (840-LVII) La Iglesia tiene tres clases de enemigos: los judíos, que nunca han pertenecido a su cuerpo; los herejes, que se han apartado de él, y los malos cristianos, que la desgarran por dentro. Estas tres clases de diferentes adversarios la combaten de ordinario diversamente, pero aquí la combaten de una misma manera.

Como carecen todos de milagros y la Iglesia ha tenido siempre milagros contra ellos, han tenido todos el mismo interés en eludirlos. Y todos se han servido de este pretexto: que no hay que juzgar la doctrina por los milagros, sino los milagros por la doctrina. Había dos partidos entre los que escuchaban a J.-C.: unos, que seguían su doctrina por sus milagros, otros que decían ... había dos partidos en tiempos de Calvino. Están ahora los jesuitas, etc.

SERIE XXXIV

859 (852-765/772/800a/LXI) Injustos perseguidores de los que Dios protege visiblemente.

Si os reprochan vuestros excesos, hablan como los herejes.

Si dicen que la gracia de Jesucristo nos discierne, son herejes.

Si se hacen milagros, es la señal de su herejía.

Ezequiel.

Se dice: He ahí el pueblo de Dios que habla así.

Ezequías.

Mis reverendos Padres, todo eso sucedía en figura. Las demás religiones perecen, aquélla no perece.

Los milagros son más importantes de lo que pensáis. Han servido para la fundación y servirán para la continuación de la Iglesia hasta el Anticristo, hasta el fin. Los dos testigos.

La sinagoga era la figura y, por eso, no perecía; y no era sino la figura, y, por eso, pereció. Era una figura que contenía la verdad, y por eso subsistió hasta que ya no tuvo la verdad.

Está dicho: Creer en la Iglesia; pero no está dicho: Creer en los milagros, a causa de que lo último es natural y lo primero no. Lo uno tenía necesidad de precepto, lo otro no.

En el Antiguo Testamento y en el Nuevo los milagros se hicieron en relación a las figuras, salvación o algo inútil, si no es para mostrar que hay que someterse a las criaturas / figura de los sacramentos.

860 (807-748) O los hombres han hablado siempre del verdadero Dios, o el verdadero Dios ha hablado siempre a los hombres.

861 (805-745) Los dos fundamentos: el uno interior, el otro exterior, la gracia, los milagros, ambos sobrenaturales.

862 (883-XLVII) Los desgraciados que me han obligado a hablar del fondo de la religión.

863 (814-749a) Montaigne, contra los milagros.

Montaigne, a favor de los milagros.

864 (884-802a) Pecadores purificados sin penitencia, justos santificados sin caridad, todos los cristianos sin la gracia de Jesucristo, Dios sin poder sobre la voluntad de los hombres, una predestinación sin misterio, una redención sin certidumbre.

865 (832-LIII) Los milagros ya no son necesarios a causa de que ya los tenemos, pero cuando no se escucha ya a la tradición, cuando ya no se propone sino al Papa, cuando se le ha sorprendido, y habiendo excluido así la verdadera fuente de la verdad, que es la tradición, y habiendo prevenido al Papa, que es su depositario, la verdad no tiene ya libertad para aparecer, luego los hombres no hablan ya de la verdad. La verdad misma debe hablar a los hombres. Es lo que sucedió en tiempos de Arrio.

Milagros, bajo Diocleciano.

Y bajo Arrio.

866 Perpetuidad.

¿Está vuestro carácter fundado en Escobar?

Quizá tengáis razones para no condenarlos.

Basta con que aprendiérais lo que yo os he dicho.

867 (875-813) ¿Sería el Papa deshonrado por recibir de Dios y de la tradición sus luces?, ¿y no es dehonrarle el separarle de esta Santa Unión, etc.?

868 (890-816a) Tertuliano: *numquam ecclesia reformabitur* [143].

869 (508-654) Para hacer de un hombre un santo es necesaria la interseción de la gracia, y quien dude de esto no sabe lo que es un santo ni lo que es un hombre.

870 (845-LIX) Los herejes han combatido siempre estas tres señales que ellos no tienen.

871 (844bis-LXXI) Perpetuidad — Molina — Novedad.

872 (813-749) Milagros.
¡Cómo odio a los que se hacen los escépticos [144] con los milagros!
Montaigne habla de ellos, como es menester, en dos lugares. Se ve, en uno, cuán prudente es, y, sin embargo, en el otro cree en ellos y se burla de los incrédulos.

Sea como sea, la Iglesia carece de pruebas si ellos tienen razón.

873 (824-761) O Dios ha confundido los falsos milagros o los ha predicho. Y, por medio de una u otra cosa, se ha elevado por encima de lo que es sobrenatural para nosotros, y nos ha elevado a nosotros mismos.

874 (881-817) La Iglesia enseña y Dios inspira, uno y otra infaliblemente. La acción de la Iglesia no sirve más que como preparación para la gracia, o para la condenación. Lo que ella hace basta para condenar, no para inspirar.

875 (820-757) *Omne regnum divisum*, pues J.-C. obraba contra el diablo y destruía su dominio sobre los corazones, del que el exorcismo es la figura, para establecer el reino de Dios, y por eso añade: *in digito dei ... regnum dei ad vos* [145].

Si el diablo favoreciera la doctrina que le destruye, estaría dividido, como decía J.-C.
Si Dios favoreciera la doctrina que destruye a la Iglesia, estaría dividido.

876 (300-239) Cuando el fuerte armado posee su bien, lo que posee está en paz.

---

143 «Jamás la Iglesia será reformada.»
144 En francés, *les douteux.* Aunque Pascal no emplee expresamente el término *sceptiques*, cabe traducir así por su inmediata referencia a Montaigne.
145 Cf. Lc., XI, 14-20: «Todo reino dividido *será asolado, y caerá casa por casa.*» «*Pero si es por* el dedo de Dios *por el que expulsa a los demonios, es que* el reino de Dios ha llegado hasta vosotros.»

877 (849-805/LX) *Est et non est:* ¿será recibido en la fe tan bien como en la moral, ya que es tan inseparable de los actos?

Cuando San Javier hace milagros.

Jueces y justos, no hagáis estas leyes en el momento; juzgad según aquellas que están establecidas, y establecidas por vosotros mismos.
Vae qui conditis leges iniquas [146].
Para debilitar a vuestros adversarios desarmáis a toda la Iglesia.
Vae qui conditis.
San Hilario, miserables que nos obligáis a hablar de milagros.
Milagros continuamente falsos.

Si dicen que son sumisos al Papa, es una hipocresía.
Si están prestos a suscribir todas sus constituciones, esto nos basta.
Si dicen que nuestra salvación depende de Dios, son herejes.
Si dicen que no hay que matar por una manzana, combaten la moral de los católicos.
Si se hacen milagros entre ellos, no es una señal de santidad y es, por el contrario, una sospecha de herejía.

La manera por la que la Iglesia ha subsistido está en que la verdad no admite discusión, o, si ha sido discutida, ha tenido al Papa, y, sino, ha tenido a la Iglesia.

878 (846-768) 1.ª objeción. Angel del cielo.
No hay que juzgar la verdad por los milagros, sino los milagros por la verdad.
Luego los milagros son inútiles.
Ahora bien, sirven, y no hay que estar contra la verdad.
Así pues, lo que ha dicho el P. Lingendes, que Dios no permitirá que un milagro pueda inducir a error...
Cuando haya discusiones en la Iglesia misma, el milagro decidirá.

2.ª objeción.
Pero el Anticristo hará signos.
Los magos de faraón no inducían a error.
Así, no se podrá decir a J.-C. acerca del Anticristo: me habéis inducido a error, porque el Anticristo los hará contra J.-C., y por eso no pueden inducir a error.
O Dios no permitirá falsos milagros, o se los procurará mayores.

---

146 Is., X, 1: «¡Ay de aquellos que establecen leyes inicuas...!»

(Desde el comienzo del mundo J.-C. subsiste; esto tiene más peso que todos los milagros del Anticristo.)

Si en la misma Iglesia se produjese un milagro por parte de los que yerran, seríamos inducidos a error.
El cisma es visible, el milagro es visible, pero el cisma es mayor señal de error que el milagro lo es de verdad; luego el milagro no puede inducir a error.

Pero, fuera de cisma, el error no es tan visible como el milagro, pues el milagro induciría a error.

Ubi est deus tuus[147]. Los milagros lo muestran, y son un relámpago.

879 (138-205a) Hombres naturalmente pizarreros y de todas vocaciones, salvo de aposento.

880 (831-LII) Las 5 proposiciones eran equivocadas: ya no lo son[148].

881 (850-764/LI) Las 5 proposiciones condenadas, ningún milagro. Porque la verdad no era atacada, pero la Sorbona, pero la bula...
Es imposible que los que aman a Dios con todo su corazón desconozcan a la Iglesia, tan evidente es.
Es imposible que los que no aman a Dios sean convencidos por la Iglesia.

Los milagros tienen tal fuerza que ha sido necesario que Dios advirtiera que no se piense contra El, por muy claro que sea que existe un Dios.
Sin lo cual hubiesen sido capaces de turbar.
Y así, lejos de que estos pasajes, Deut., 13, vayan contra la autoridad de los milagros, nada muestra mejor su fuerza.
Y lo mismo respecto al Anticristo, hasta seducir a los elegidos si ello fuera posible.

882 (222-357) Ateos.
¿Qué razón tiene para decir que no se puede resucitar? ¿Qué es más difícil, nacer o resucitar, que exista lo que nunca ha existido o que lo que ha existido siga existiendo? ¿Es más difícil empezar a ser que volver a ser? La costumbre nos hace lo uno fácil, la falta de costumbre hace lo otro imposible.
Vulgar forma de juzgar.

¿Por qué una virgen no puede dar a luz? ¿No pone una gallina huevos sin el gallo? ¿Qué les distingue por fuera

147 Ps., XLI, 4: «¿Dónde está tu Dios?»
148 Hace referencia Pascal a las cinco proposiciones extraídas del *Augustinus* de Jansenio defendidas por Port-Royal y más tarde condenadas por la Sorbona. Ver el fr. que sigue.

de los otros? ¿Y quién nos ha dicho que la gallina no puede producir ese germen tan bien como el gallo?

883 (946-XLIII) Hay tanta desproporción entre el mérito que cree tener y la necedad que, podría creerse, que se equivoca fuertemente.

884 (860-782) Después de tantas señales de piedad, tienen aún la persecución, que es la mejor de las señales de piedad.

885 (936-XXXVI) Es bueno que hagan injusticias, por miedo a que no parezca que los molinistas han obrado con justicia, y que así no haga falta evitárselas. Son dignos de cometerlas.

886 (51-386) Pirroniano por obstinado.

887 (78-195) Descartes, inútil e incierto.

888 (52-54) Nadie dice cortesano sino los que no lo son; pedante sino un pedante; provincial sino un provincial, y yo apostaría a que es el impresor el que ha puesto el título de *cartas al provincial.*

889 (165-212) Pensamientos.
In omnibus requiem quaesivi[149].
Si nuestra condición fuera verdaderamente feliz, no nos haría falta dejar de pensar en ella para ser felices.

890 (436bis-197a) Todas las ocupaciones de los hombres tienden a lograr el bien, y no tienen ni título para poseerlo con justicia, ni fuerza para poseerlo con seguridad. Lo mismo sucede con la ciencia, con los placeres: no tenemos ni la verdad ni el bien.

891 (804-755) Milagro.
Es un efecto que excede a la fuerza natural de los medios que se emplean en él. Y no milagro es un efecto que no excede a la fuerza natural de los medios que se emplean en él. Así, los que curan por medio de la invocación del diablo no hacen un milagro. Pues eso no excede a la fuerza natural del diablo; pero...

892 (822-763) Abraham, Gedeón: signo por encima de la revelación.
Los judíos se obcecaban al juzgar los milagros por la Escritura.
Dios no ha dejado nunca a sus verdaderos adoradores.
Me agrada más seguir a J.-C. que a ningún otro, porque El tiene el milagro, profecías, doctrina, perpetuidad, etc.

149 Cf. Ecle., XXIV, 11: «Y en todas las cosas he buscado reposo.»

Donatistas, ningún milagro que obligue a decir que existe el diablo.

Si se particulariza más, Dios, J.-C., la Iglesia.

893 (573-578) Obcecación de la Escritura.

La Escritura, decían los judíos, dice que no se sabe de dónde vendrá el Cristo. Jn., 7, 27 y 21, 34. La Escritura dice que el Cristo permanece eternamente, y éste dice que morirá. Así, dice San Juan, ellos no creían, aunque hubiese hecho tantos milagros, para que la palabra de Isaías se cumpliese: Los ha cegado, etc.

894 (844-LXX) Las tres señales de la religión: la perpetuidad, la vida buena, los milagros.

Destruyen la perpetuidad por la probabilidad, la vida buena por su moral, los milagros destruyendo su verdad, o su consecuencia.

Si se les cree, la Iglesia no tendrá nada que hacer con la perpetuidad, la santidad, o los milagros.

Los herejes los niegan, o niegan su consecuencia, lo mismo que ellos, pero sería preciso carecer de sinceridad para negarlos, o aun perder el sentido para negar su consecuencia.

895 (285-836) La religión está proporcionada a toda clase de espíritus. Los primeros se detienen en su mera institución, y esta religión es tal que su simple institución basta para probar su verdad. Los demás llegan hasta los apóstoles, los más instruidos hasta el comienzo del mundo. Los ángeles la ven todavía mejor y desde más lejos.

896 (390-385) ¡Dios mío, qué necios razonamientos!

¿Habría hecho Dios el mundo para condenarlo?, ¿exigiría tanto de gente tan débil?, etc. Pirronismo es el remedio a este mal, y abatirá esta vanidad.

897 (533-694) *Comminuentes cor*[150]. San Pablo. He ahí el carácter cristiano. Alba os ha nombrado, no os conozco ya. Corneille. He ahí el carácter inhumano. El carácter humano es el contrario.

898 (933-XXXVIII) Los que han escrito eso en latín, hablan en francés.

Al haber sido hecho el mal de ponerlos en francés, haría falta hacerlo bien condenándoles.

Hay una única herejía que se explica de modo diferente en la escuela y en el mundo.

150 Cf. Ps., LI, 19: «... corazón contrito y humillado.»

899 (844-) Nunca se ha dejado nadie martirizar por los milagros que dice haber visto, pues por aquellos que los turcos creen por tradición, la locura de los hombres llega quizá hasta el martirio, pero no por los que se han visto.

900 (887-802b) Los jansenistas se parecen a los herejes en la reforma de las costumbres, pero vosotros os les parecéis en el mal.

901 (841-766) Los milagros distinguen a las cosas dudosas, entre los pueblos judío y pagano, judío y cristiano, católico *(y)* hereje, calumniados y calumniadores, entre las dos cruces.

Pero para los herejes los milagros serían inútiles, porque la Iglesia, autorizada por los milagros que han preocupado la creencia, nos dice que no poseen la verdadera fe. No hay duda de que no la poseen, puesto que los primeros milagros de la Iglesia excluyen la fe de los suyos. Hay así milagro contra milagro, y primeros y mayores del lado de la Iglesia.

902 (841-LIV) Estas vírgenes, asombradas de lo que se dice, de que se hallan en la vía de la perdición; que sus confesores las lleven a Ginebra, que les sugieran que J.-C. no está en la Eucaristía, ni a la derecha del Padre. Saben que todo eso es falso, se ofrecen, pues, a Dios en este estado: *vide si via iniquitatis in me est*[151]. ¿Qué pasa con esto? De este lugar, que se dice ser el templo del diablo, ha hecho Dios su templo. Se dice que hay que sacar a los niños de ahí, Dios les cura en él. Se dice que es el arsenal del infierno, Dios hace de él el santuario de sus gracias. Se le amenaza, en fin, con todos los furores y todas las venganzas del cielo, y Dios les colma con sus favores. Haría falta haber perdido el sentido para concluir de ello que están, por tanto, en el camino de la perdición.

903 (851-747/767/771/LXIII) La historia del ciego de nacimiento.

¿Qué dice San Pablo?, ¿alude a las profecías a cada momento? No, sino a su milagro.

¿Qué dice J.-C.?, ¿alude a las profecías? No, a su muerte no las había cumplido, pero dice: *si non fecissem*, creed en las obras.

Dos fundamentos sobrenaturales de nuestra religión completamente sobrenatural, el uno visible, el otro invisible.

Milagros con la gracia, milagros sin la gracia.

La sinagoga, que ha sido tratada con amor como figura de la Iglesia y con odio porque no era sino la figura, fue

151 Ps., CXXXVIII, 24: «Y ved si hay en mí una vía de iniquidad.»

realzada, presta a sucumbir, cuando estaba a bien con Dios, y así figura.

Los milagros prueban el poder que Dios tiene sobre los corazones, por el que ejerce sobre los cuerpos.

Nunca la Iglesia ha aprobado un milagro entre los herejes.

Los milagros, apoyo de la religión. Han discernido a los judíos. Han discernido a los cristianos, a los santos, a los inocentes, a los verdaderos creyentes.

Un milagro entre los cismáticos no es tan de temer, pues el cisma, que es más visible que el milagro, señala claramente su error; pero cuando no hay cisma y el error está en discusión, el milagro discierne.

Si non fecissem quae alius non fecit [152].

Estos desgraciados que nos han obligado a hablar de milagros.

Abraham, Gedeón.
Confirmar la fe por milagros.

Judith, al fin Dios habla en las últimas opresiones.

Si el enfriamiento de la caridad deja a la Iglesia casi sin verdaderos adoradores, los milagros los suscitarán.

Estos son los últimos efectos de la gracia.

¡Si se hiciera un milagro para los jesuitas!

Cuando el milagro engaña la expectación de aquellos en presencia de los cuales sucede, y hay desproporción entre el estado de su fe y el instrumento del milagro, entonces debe llevarles a cambiar, pero..., etc. De otra manera, habría igual razón en decir que si la Eucaristía resucitara un muerto, haría falta hacerse calvinista antes que seguir siendo católico; pero cuando corona la expectación y aquellos que han esperado que Dios bendiciera los remedios se ven curados sin remedios...

Impíos.
Nunca ha habido signo por parte del diablo sin un signo más fuerte por parte de Dios, al menos sin que hubiese sido predicho que eso sucedería.

152 Jn., XV, 24: «Si no hubiese hecho *entre ellos las obras que* ningún otro ha hecho...»

904 (927-V) La disparatada idea que tenéis de la importancia de vuestra Compañía os ha hecho establecer estas horribles vías. Está muy claro que ello es lo que os ha hecho seguir la de la calumnia, puesto que me echáis en cara, como horribles, las mínimas imposturas, que excusáis en vosotros; porque me consideráis como un particular, y a vosotros como *Imago.*

Bien parece que vuestras alabanzas son locuras para los débiles, como el privilegio de no estar condenado.
¿Es dar coraje a vuestros hijos el condenarles cuando sirven a la Iglesia?

Es un artificio propio del diablo el distraer en otra parte las armas con las que estas gentes combaten las herejías.

Sois malos políticos.

905 (385-228) Pirronismo.
Cada cosa es aquí en parte verdadera, en parte falsa. La verdad esencial no es así, es completamente pura y completamente verdadera. Esta mezcla la destruye y la aniquila. Nada es puramente verdadero, y así nada es verdadero en el sentido de puramente verdadero. Se dirá que es verdad que el homicidio es malo: sí, pues conocemos bien el mal y lo falso. Pero, ¿qué diremos que sea bueno? ¿La castidad? Yo digo que no, pues el mundo se acabaría. ¿El matrimonio? No, la continencia vale más. ¿No matar? No, pues los desórdenes serían horribles, y los malos matarían a todos los buenos. ¿Matar? No, pues eso destruye la naturaleza. No tenemos verdad ni bien sino en parte, y mezclado con mal y falsedad.

906 (916-XXV) Probabilidad.
Tienen algunos principios verdaderos, pero abusan de ellos; ahora bien, el abuso de las verdades debe ser tan castigado como la introducción de la mentira.

¡Cómo si hubiera dos infiernos, uno para los pecados contra la caridad, otro contra los de la gracia!

907 (55-56) Virtud aperitiva de una llave, atractivo de un gancho.

908 (262-282) Superstición y concupiscencia.
Escrúpulos, malos deseos.
Temor malo.
Temor, no el que proviene de creer en Dios, sino de la duda de si existe o no. El temor bueno viene de la fe, el falso temor de la duda. El buen temor va unido a la esperanza, porque nace de la fe y porque se espera en el Dios en quien se cree; el malo va unido a la desesperanza,

porque se teme al Dios en quien no se tiene fe. Unos temen perderlo, otros encontrarlo.

909 (924-VI) Gente sin palabra, sin fe, sin honor, sin verdad, de doble corazón, de doble lengua y semejantes, como se os reprochó en otra ocasión, a este animal anfibio de la fábula, que se hallaba en un estado ambiguo entre los peces y los pájaros.

Port-Royal bien vale Voltigerod.

Lo mismo que vuestro proceder es justo según este punto de vista, es injusto si se considera desde la piedad cristiana.

Importa a los reyes y príncipes el ser estimados como piadosos, y para eso es menester que se confiesen con vosotros.

910 (781-645) Las figuras de la totalidad de la redención, como que el sol ilumina a todos, no señalan más que una totalidad, pero las figuras de las exclusiones, como la de los judíos elegidos con exclusión de los gentiles, indican la exclusión.

911 (781-645) J.-C. redentor de todos. Sí, porque se ha ofrecido como un hombre que ha rescatado a todos los que quisieron venir a El. Los que mueran en el camino, es su desgracia; pero, en cuanto a El, les ofreció redención.

Eso está bien en este ejemplo, donde el que rescata y el que impide morir son dos, pero no en J.-C., que hace lo uno y lo otro. No, porque J.-C., en calidad de redentor, no es quizá señor de todos, y así, en cuanto que de El depende, es redentor de todos.

912 (781-645) Cuando se dice que J.-C. no ha muerto por todos, abusáis de un vicio de los hombres que se aplican inmediatamente esta excepción, lo que significa favorecer la desesperación, en lugar de apartarles de ella para favorecer la esperanza.

Pues así se acostumbra a las virtudes interiores por medio de estos hábitos exteriores.

Sección IV

Fragmentos no registrados por la copia

I. LA RECOPILACION ORIGINAL

Fue confeccionada en Clermont gracias al esmero del canónigo Louis Périer en 1710-1711. *Depositada, en rústica, en la abadía de Saint-Germain-des-Prés el* 25 *de septiembre de* 1711, *y encuadernada después de* 1731. *Se conserva en la B. N. desde* 1795.

Conocemos, gracias a él, tanto los papeles que Gilberte Périer no juzgó oportuno remitir a los copistas (cf. Pensamientos suprimidos), *como los borradores de las* Provinciales, *y algunos olvidados por el copista*[153].

EL MEMORIAL

En la 3.ª Selección Guerrier (B. N. *f. fr.* 13913, *pp.* 213/214), *la nota siguiente acompaña a la copia del* Memorial; *fue redactada por el padre Guerrier en* 1732: *«Pocos días después de la muerte de Pascal, un criado de la casa se dio cuenta, por casualidad, que en el dobladillo del jubón de este ilustre difunto había algo que abultaba algo más que el resto, y, al descoser aquella parte de la ropa para ver lo que era, halló un pequeño pergamino doblado y escrito por la mano de Pascal, y en este pergamino un papel escrito por la misma mano: el uno era la copia fiel del otro.*

153 Creemos interesante señalar que se encuentran en la Recopilación Original, y en diversos lugares, pedacitos de papel titulados. ¿Proceden todos de la mano de Pascal? No nos atrevemos a afirmarlo.

Estos dos papeles fueron puestos inmediatamente en las manos de la Sra. Périer, quien se los mostró a muchos de sus amigos íntimos. Todos convinieron en que, indudablemente, este pergamino, escrito con tanto cuidado y con caracteres tan notables, era una especie de Memorial *que ocultaba muy cuidadosamente para conservar el recuerdo de algo que quería tener siempre presente ante sus ojos y ante su espíritu, puesto que, durante ocho años, puso cuidado en coserlo y descoserlo cada vez que cambiaba de ropa.»*

El Memorial *fue publicado en la Selección de Utrecht* (1740).

913

Año de gracia de 1654.

Lunes, 23 de noviembre, día de San Clemente, Papa y mártir, y de otros en el martirologio.

Víspera de San Crisógono, mártir, y de otros.

Desde alrededor de las diez y media de la noche hasta más o menos las doce y media.

Fuego

Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, no de los filósofos y de los sabios.

Certidumbre, certidumbre, sentimiento, alegría, paz.

(Dios de Jesucristo.)

Deum meum et deum vestrum.

Tu Dios será mi Dios.

Olvido del mundo y de todo, menos de Dios.

No se le halla más que a través de los caminos señalados en el Evangelio.

Grandeza del alma humana.

Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo sí.

Alegría, alegría, alegría, lágrimas de alegría.

Yo me aparté de El.

De reliquerunt me fontem aquae vivae[154].

Dios mío, ¿me abandonarás?

¡Que no se me separe de ti eternamente!

Esta es la vida eterna, que te conozcan como único y verdadero Dios, y a Aquél a quien tú has enviado, a J.-C.

Jesucristo.

Jesucristo.

Yo me he separado de El, le he huido, renunciado, crucificado.

¡Que nunca sea separado de El!

No se le conserva más que a través de los caminos señalados en el Evangelio.

[154] Jer., II, 13: «... me han abandonado, a mí, manantial de agua viva.»

Total y dulce renuncia.

Etc.

Total sumisión a Jesucristo y a mi director.

Eternamente en alegría por un día de ejercicio en la tierra.

Non obliviscar sermones[155]. *Tuos. Amen.*

914 (882-LXV) Cuantas veces los jesuitas sorprendan al Papa se hará perjura a toda la cristiandad.

Es muy fácil sorprender al Papa a causa de sus asuntos y de la fe que tiene en los jesuitas, y los jesuitas son muy capaces de sorprenderle a causa de la calumnia.

915 (902bis-) Bajo el ruido de los fulienses lo hice ver, dice mi antiguo amigo; al hablar de devoción creyó que tenía por ello algún sentimiento.

Y que bien podría ser un fuliense.

Y que podría obtener provecho al escribir, sobre todo en este tiempo, contra los innovadores.

Hemos actuado, desde hace poco, contra nuestro objetivo general, que estriba en la firma de la bula.

¡Cómo desearía que Dios me inspirara!

Padre mío, ¿sería necesario firmar?

916 (920-XXIX/LXVI) 3. Si no renuncian a la probabilidad, sus máximas buenas son tan poco santas como las malas, pues están basada en la autoridad humana. Y así, si son más justas, serán más razonables, pero no más santas; tienen algo en el tallo salvaje en el que están injertas.

Si lo que digo no os sirve para esclareceros, servirá al pueblo.

Si aquellos se callan, las piedras hablarán.

El silencio es la mayor persecución. Nunca los santos se han callado. Es verdad que hace falta vocación, pero no es de los decretos del Consejo de donde hay que aprender si uno es llamado, sino de la necesidad de hablar. Ahora bien, una vez que Roma ha hablado y se piensa que ha condenado la verdad, y que lo han escrito, y que los libros que se han pronunciado en contra están censurados, hay que gritar tanto más alto cuanto más injustamente se es censurado y cuanto más violentamente se quiere sofocar la palabra, hasta que venga un Papa que escuche a las dos partes y consulte a la antigüedad para hacer justicia.

[155] Ps., CXVIII, 16: «No olvidaré tus palabras.» Las tres últimas líneas no figuran en el autógrafo de la Copia, pero sí en el pergamino original.

Así los buenos Papas hallarán todavía a la Iglesia en clamor.

La Inquisición y la Compañía, las dos plagas de la verdad.

¿Cómo no les acusáis de arrianismo?, pues han dicho que J.-C. es Dios; quizá lo entienden, no por naturaleza, sino como está dicho: *dii estis*[156].

Si mis cartas son condenadas en Roma, lo que yo condeno en ellas es condenado en el cielo.
Ad tuum domine Jesu tribunal appello[157].

Vosotros mismos sois corruptibles.

Temí, al verme condenado, que hubiese escrito mal, pero el ejemplo de tantos escritos piadosos me convence de lo contrario. Ya no está permitido escribir bien.

¡Tan corrompida o ignorante es la Inquisición!

Es mejor obedecer a Dios que a los hombres.

No temo nada, no espero nada. Los obispos no son así. Port-Royal teme, y es una mala política separarlos. Porque ya no temerían y serían más de temer.

Ni siquiera temo vuestras censuras; palabras si no están basadas en las de la tradición.

¿Censuráis todo? ¿Qué? ¿Incluso mi respeto? No, pues decid qué, o no hacéis nada si no designáis el mal, y por qué es mal. Y les costará mucho hacer esto.
Probad.
Han explicado amablemente la seguridad, porque después de haber establecido que todas sus vías son seguras, seguro que no han apelado a lo que conduce al cielo, sin peligro de no llegar a él, sino a lo que conduce a él sin peligro de salir de esta vía.

917 (540-687) La esperanza que los cristianos tienen de poseer un bien infinito está mezclada de gozo efectivo, así como de temor, porque no es lo mismo que aquellos que esperan un reino del que, siendo súbditos, no tendrán nada; mas ellos esperan a la santidad, la erradicación de la injusticia, y tiene ya algo de ello.

918 (559-697) Los ríos de Babilonia corren y caen, y arrastran.

156 Jn., X, 34: «Sois dioses.»
157 San Bernardo: «Apelo, Señor Jesús, a tu tribunal.» (E. Vacandard, *Vida de San Bernardo*, I, p. 92.)

¡Oh Santa Sión, donde todo es estable y donde nada cae!

Es menester sentarse en esos ríos, no debajo ni dentro, sino encima, y no de pie sino sentado, para ser humilde, al estar sentado, y seguro, al estar encima; pero estaremos de pie en los pórticos de Jerusalén.

Véase si ese placer es estable o pasajero; si pasa, es un río de Babilonia.

EL MISTERIO DE JESUS

Esta meditación, presumiblemente redactada por Pascal a principios de 1655, *quizá durante su permanencia en Port-Royal-des-Champs, no fue comunicada a los copistas. Publicada por Faugère en* 1844.

918 (553 y 791-736 y 636b) Jesús sufre en su pasión los tormentos que le infligen los hombres, pero en la agonía sufre los tormentos que se inflige a sí mismo. *Turbare semetipsum*[158]. Es un suplicio de una mano no humana, sino todopoderosa, y hay que ser todopoderoso para soportarlo.

Jesús busca algún consuelo al menos entre sus tres amigos más queridos, y ellos duermen; les ruega que permanezcan un poco con El, y le dejan con una total negligencia, teniendo tan poca compasión que ni siquiera les impide dormir un momento. Y así Jesús estuvo solo, abandonado a la cólera de Dios.

Jesús está solo en la tierra, no solo porque nadie siente ni comparte su pena, sino porque nadie la conoce. El cielo y El son los únicos que tienen este conocimiento.

Jesús está en un jardín, no de delicias como el primer Adán, donde se perdió, y con El todo el género humano, sino en uno de sus suplicios, donde se salvó, y con El todo el género humano.

Sufre esta pena y este abandono en el horror de la noche.

Yo creo que Jesús no se ha quejado nunca más que esta sola vez. Pero entonces se queja como si ya no pudiese contener su dolor excesivo. Mi alma está triste hasta la muerte.

Jesús busca compañía y alivio de parte de los hombres.

158 Jn., XI, 33: «Se estremeció en su espíritu y se conmovió.»

Me parece que esto es algo único en toda su vida; pero no lo encuentra, pues sus discípulos duermen.

Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo. No hay que dormir durante ese tiempo.

Jesús, en medio de ese abandono universal y de sus amigos escogidos para velar con El, hallándoles dormidos, se disgusta con ellos a causa del peligro al que se exponen, no El, sino ellos mismos, y les advierte acerca de su propia salvación y de su bien con una ternura cordial para con ellos, en medio de su ingratitud. Y les advierte que el espíritu está pronto y la carne es débil.

Jesús, hallándoles dormidos otra vez, sin que su consideración ni la de ellos les haya contenido, tiene la bondad de no despertarlos y les deja descansar.

Jesús ruega en la incertidumbre de la voluntad del Padre y teme a la muerte. Pero, habiéndola conocido, se adelanta y se ofrece a ella. *Eamus processit*[159].

Jesús ha rogado a los hombres y no ha sido atendido.

Jesús, mientras sus discípulos dormían, ha obrado su salvación. Lo ha hecho con cada uno de los justos mientras dormían, en la nada antes de su nacimiento y en los pecados después de su nacimiento.

No ruega más que una vez que el cáliz pase y aún con sumisión, y dos veces que venga si hace falta.

Jesús en la pesadumbre.

Jesús, al ver a todos sus amigos dormidos, y a todos sus enemigos vigilantes, se encomienda por entero a su Padre.

Jesús no ve en Judas su enemistad, sino la orden de Dios que ama, y la ve tan poco que le llama amigo.

Jesús se aleja de sus discípulos para entrar en agonía; hay que desprenderse de los más próximos y los más íntimos, para imitarle.

Al estar Jesús en la agonía y en las mayores penas, oremos más largamente.

Imploremos la misericordia de Dios, no para que nos deje en paz en nuestros vicios, sino para que nos libre de ellos.

159 Jn., XVIII, 4-5: «Se adelantó.»

Si, de su mano, Dios nos diera maestros, ¡oh, cómo habría de obedecerlos de todo corazón! La necesidad y los acontecimientos lo son infaliblemente.

Consuélate. No me buscarías si no me hubieses encontrado.

Pensaba en ti en mi agonía; derramé gotas de sangre por ti.

Es tentarme a mí más que probarte a ti el pensar si harías bien tal o cual cosa ausente.—Yo lo haré en ti si llega la ocasión.

Déjate conducir a mis reglas. Mira cómo he conducido bien a la Virgen y a los santos que me han dejado obrar en ellos.

El Padre ama todo lo que Yo hago.

¿Quieres que me cueste siempre sangre de mi humanidad sin que tú des lágrimas?

Tu conversión es mi tarea; no temas, y ruega con confianza como por mí.

Yo estoy presente ante ti con mi palabra en la Escritura, con mi espíritu en la Iglesia y con las inspiraciones, con mi poder en los sacerdotes, con mi oración en los fieles.

Los médicos no te curarán, pues al fin has de morir; mas soy yo quien cura y hace al cuerpo inmortal.

Sufre las cadenas y la servidumbre corporal. De momento, no te libro mas que de la espiritual.

Soy más amigo tuyo que tal o cual, pues he hecho por ti más que ellos, y no sufrirían lo que yo he sufrido por ti, ni morirían por ti en el tiempo de tus infidelidades y crueldades, como he hecho y estoy dispuesto a hacer y hago en mis elegidos — y en el Santo Sacramento.

Si conocieras tus pecados, te descorazonarías. Me descorazonaré, pues, Señor, porque creo en su malicia por vuestra palabra. No, porque yo, por quien tú lo sabes, te puedo curar de ellos, y que te lo diga es una señal de que quiero curarte. A medida que los espíes, los conocerás y te será dicho: mira los pecados que te son perdonados.
Haz, pues, penitencia por tus pecados ocultos y por la oculta malicia de los que conoces.

Señor, os doy todo.

Te amo más ardientemente de lo que tú has amado tus mancillas. *Ut immundus pro luto*[160].

Sea para mí la gloria y no para ti, gusano y tierra.

Interroga a tu Director cuando mis propias palabras te sean ocasión de mal y de vanidad o curiosidad.

(A la vuelta.) La falsa justicia de Pilato no sirve más que para hacer sufrir a J.-C. Porque le hace azotar por su falsa justicia y luego lo mata. Más valdría haberle matado al principio. Así, los falsos justos. Hacen buenas y malas obras para complacer al mundo y mostrar que no están del todo con J.-C., pues les da vergüenza; y, al final, en las grandes tentaciones y ocasiones, le matan.

Veo mi abismo de orgullo, de curiosidad, de concupiscencia. No guardo relación alguna con Dios, ni con J.-C. justo. Pero ha sido hecho pecado por mí. Todas vuestras plagas han caído sobre El. Es más abominable que yo, y, lejos de aborrecerme, se siente honrado de que vaya a El y le socorra. Pero se ha curado a sí mismo y, con mayor razón, me curará a mí.

Tengo que añadir mis heridas a las suyas y unirme a El, y, salvándose, me salvará.

Pero no hay nada que añadir en el futuro.

Eritis sicut dii scientes bonum et malum[161]; todo el mundo hace de Dios al juzgar: eso es bueno o malo, y afligiéndose o alegrándose demasiado de los acontecimientos.

Hacer las pequeñas cosas como si fueran grandes a causa de la majestad de J.-C. que las hace en nosotros y que vive nuestra vida, y las grandes como si fueran pequeñas y fáciles a causa de su omnipotencia.

920 (957-VIII) Ni siquiera nosotros mismos hemos recibido máximas generales. Si viérais nuestras constituciones difícilmente nos conoceríais: ellas nos convierten en mendigos y nos excluyen de la Corte, y sin embargo, etc., pero esto no significa transgredirlas, pues la gloria de Dios está en todas partes.

Existen diversas vías para llegar a ellas. San Ignacio ha tomado unas y luego otras. Era mejor tomar el resto a continuación. Pues hubiese asustado comenzar por lo último. Ello es contra natura.

Esto no significa que la regla general no consista más que en la necesidad de atenerse a las instituciones, pues

[160] Cf. Horacio, Ep., Libro I, 2, 26: «(Ulises) había vivido la vida de un perro inmundo, de una cerda atada a su fango.» (E. Jovy, *Estudios pascalianos*, VIII, Vrin 1932.)

[161] Gén., III, 5: «Seréis como los dioses, que conocen el bien y el mal.»

se abusaría de ellas; se encontrarán pocos como nosotros que sabemos elevarnos sin vanidad.

Unam sanctam[162].

Los jansenistas pondrán en ello su esfuerzo.

El P. Saint-Jure — Escobar.

Tanto viro[163].

Aquaviva 14 diciem. 1621. Tanner. q. 2. dub. 5. n. 86.

Clemente y Pablo 5. Dios nos protege claramente.

Contra los juicios temerarios y los escrúpulos.

Santa Teresa, 474.

Roman Rose.

Falso crimine...[163]

Sutileza para ser.

Toda la verdad de un lado, nosotros la extendemos a los dos.

Dos obstáculos: el Evangelio, leyes del Estado; *a majori ad minus. Junior*[163].

No hablar de los vicios personales.

Hermosa carta de Aquaviva, 18 junio 1611.

Contra las opiniones probables.

San Agustín, 262.

Y para Santo Tomás, los pasajes en los que ha tratado expresamente las materias.

Clemens placet[164].

Y novedades.

Y no haberlo sabido no es excusa para los superiores, pues debían saberlo, 279 — 194, 192.

Para la moral, 283, 288.

A la Iglesia le importa la sociedad, 236.

En el bien y en el mal, 156.

Aquaviva ha confesado a las mujeres, 360.

921 (518-663) Toda condición, e incluso los mártires, tienen que temer, según la Escritura.

La mayor pena del purgatorio es la incertidumbre del juicio.

Deus absconditus.

922 (856-L) Sobre el milagro.

Como Dios no ha hecho a ninguna familia más feliz, haga también que no encuentre otra más agradecida.

923 (905-819) Sobre las confesiones y absoluciones sin señales de arrepentimiento.

[162] Cf. Símbolo de Nicea: «*(Yo creo en la Iglesia)* una, santa, *católica y apostólica*.» Alusión a la bula *Unam Sanctam*, de Bonifacio VIII.

[163] Referencia a las proposiciones casuistas: «De tal hombre», «De un falso crimen», «Del mayor al menor», «El más reciente».

[164] «Clemente (¿el Papa?) admite.»

Dios no mira sino lo interior; la Iglesia no juzga sino por lo exterior. Dios absuelve tan pronto como ve la penitencia en el corazón; la Iglesia, cuando la ve en las obras. Dios hará una Iglesia pura en lo interior, que confunda, por su santidad interior y completamente espiritual, la impiedad interior de los soberbios y de los fariseos. Y la Iglesia formará una comunidad de hombres cuyas costumbres exteriores sean tan puras que confundan las costumbres de los paganos; si hay en ella hipócritas, aunque tan bien disfrazados que no reconozca su veneno, los sufre. Porque, aun cuando no han sido recibidos por Dios, a quien no pueden engañar, lo son por los hombres, a quienes engañan. Y así no está ella deshonrada por su conducta, que parece santa. Pero vosotros..., vosotros queréis que la Iglesia no juzgue (ni de lo interior, porque eso no pertenece más que a Dios, ni de lo exterior, porque a Dios no se le tiene más que en lo interior. Y así, al quitarle toda elección de hombres, retenéis en la Iglesia a los más desbordados y a los que la deshonran tan fuertemente, que las sinagogas de los judíos y las sectas de los filósofos les habrían excluido como indignos y les habrían aborrecido como impíos).

924 (498-723) Es verdad que causa pena el sentir la piedad, pero esta pena no procede de la piedad que comienza a existir en nosotros, sino de la impiedad que aún queda. Si nuestros sentidos no se opusieran a la penitencia y nuestra corrupción no se opusiese a la pureza de Dios, no habría en ello nada penoso. En cuanto a nosotros, no sufrimos sino en la proporción en que el vicio, que no es natural, resiste a la gracia sobrenatural; nuestro corazón se siente desgarrado entre estos esfuerzos contrarios, pero sería muy injusto el imputar esta violencia a Dios, que nos atrae, en lugar de atribuírsela al mundo, que nos retiene. De la misma manera, un niño al que su madre arranca de entre los brazos de unos ladrones, debe amar en la pena que sufre la violencia amorosa y legítima de la que procura su libertad, y no detectar sino la violencia injuriosa y tiránica de los que le retienen injustamente. La guerra más cruel que Dios puede hacer a los hombres en esta vida es dejarles sin esta guerra que El ha venido a traer. He venido a traer la guerra, dice, y para hacer posible esta guerra he venido a traer el hierro y el fuego. Antes de El, el mundo vivía en esta falsa paz.

925 (520-669) La ley no ha destruido la naturaleza, pero la ha instruido. La gracia no ha destruido la ley, pero la hace cumplir.

La fe recibida en el bautismo es la fuente de toda la vida del cristiano, y de los convertidos.

926 (582-597) Se hace un ídolo de la verdad misma, pues la verdad fuera de la caridad no es Dios, y es su imagen y un ídolo que no hay que amar ni adorar, y aún menos hay que amar o adorar a su contrario, que es la mentira.

Bien puedo amar la oscuridad total, pero si Dios me introduce en un estado semioscuro, ese poco de oscuridad que ahí hay me desagrada, y ya que no veo el mérito de una oscuridad absoluta, no me satisface. Es un defecto y una señal de que me hago un ídolo en la oscuridad, separado del orden de Dios. Ahora bien, no hay que adorar sino un orden.

927 (505-656) Qué me serviría.

Abominables.

Singlin.

Todo puede sernos mortal, incluso las cosas hechas para servirnos, como en la naturaleza las murallas pueden matarnos, y los escalones, si no vamos con tiento.

El menor movimiento importa a toda la naturaleza, el mar entero cambia por una piedra. Así, en la gracia, la menor acción importa a todo por sus consecuencias; luego todo es importante.

En cada acción es menester mirar, además de la acción, nuestro estado presente, pasado, futuro y otros, a quienes importa. Y ver las conexiones de todas estas cosas, y entonces estaremos bien retenidos.

928 (499-719) Obras exteriores.

No hay nada tan peligroso como lo que agrada a Dios y a los hombres, pues los estados que complacen a Dios y a los hombres tienen una cosa que agrada a Dios y otra que agrada a los hombres, como la grandeza de Santa Teresa; lo que complace a Dios es su profunda humildad en sus revelaciones, lo que complace a los hombres son sus luces. Y así, se matan en imitar sus discursos pensando imitar su estado, y no tanto en amar lo que Dios ama.

Vale más no ayunar y ser humillado por ello, que ayunar y complacerse en ello.

Fariseo, publicano.

¿De qué me serviría acordarme de ello si eso puede igualmente perjudicarme que servirme, y si todo depende de la bendición de Dios, la cual no otorga más que a las cosas hechas por El, y según sus reglas y sus vías?

Siendo así la manera tan importante como la cosa, y quizá más, puesto que Dios puede del mal conseguir el bien, y que sin Dios se obtiene el mal del bien.

929 (555-737) No te compares a los otros, sino a mí. Si no me encuentras en aquellos con quienes te comparas, te comparas a alguien abominable. Si me encuentras, compárate;

pero, ¿a quién compararás?, ¿será a ti o a mí en ti? Si eres tú, es alguien abominable; si soy yo, me comparas a mí conmigo mismo. Ahora bien, yo soy Dios en todo.

Yo te hablo y te aconsejo a menudo porque tu Conductor no te puede hablar, pues no quiero que carezcas de Conductor.

Y quizá yo lo hago por sus plegarias. Y así él te conduce sin que tú lo veas.

No me buscarías si no me poseyeras.

No te inquietes pues.

(He recibido de la señorita presidenta Pascal la suma de cuatrocientas libras.)

930 (513-659) ¿Por qué ha instituido Dios la oración?
1. Para comunicar a sus criaturas la dignidad de la casualidad.
2. Para enseñarnos de quién recibimos la virtud.
3. Para hacernos merecer las otras virtudes por medio del trabajo.

Pero para reservarse la preeminencia da la oración a quien le place.

Objeción: pero se creerá que tiene la oración por sí mismo.

Eso es absurdo, porque, si teniendo la fe no se pueden tener las virtudes, ¿cómo tendremos la fe? ¿Hay más distancia de la infidelidad a la fe que de la fe a la virtud?

Mérito, esta palabra es ambigua.

Meruit habere redemptorem.

Meruit tam sacra membra tangere.

Digna tam sacra membra tangere.

Non sum dignus, qui manducat indignus.

Dignus est accipere.
Dignare me[165].

Dios no da más que al que sigue sus promesas.
Ha prometido conceder la justicia a las oraciones.

[165] Cf. Oficio del Sábado Santo: «Mereció tener un Redentor.» Cf. Oficio del Viernes Santo: «Mereció tocar miembros tan sagrados.» Cf. Vexilla Regis: «Digno » Lc., VII, 6: «No soy digno.» I Cor., XI, 29: «Pues quien come *y bebe* indignamente, *come y bebe su condenación.*» Apoc., IV, 11: «*Señor Dios nuestro, tú* eres digno de recibir *gloria, honor y poder.*» Oficio de la Santa Virgen: «Júzgame digno.»

No ha prometido nunca las oraciones más que a los hijos de la promesa.

San Agustín ha dicho formalmente que las fuerzas le serían quitadas al justo.

Pero lo dijo por casualidad, pues podía suceder que la ocasión de decirlo no se ofreciera. Pero sus principios dejan ver que presentándose la ocasión, era imposible que no lo dijera o que dijera algo contrario. Es más, pues, verse forzado a decirlo al ofrecerse la ocasión, que haberlo dicho cuando la ocasión ya se había presentado. Lo uno es por necesidad, lo otro por casualidad. Pero ambas cosas es todo lo que se puede pedir.

931 (550-732) *(Amo a todos los hombres como a hermanos míos, porque todos están redimidos.)*

Amo la pobreza porque El la ha amado. Amo los bienes porque me proporcionan el medio de asistir a los miserables. Guardo fidelidad a todo el mundo. (No) hago el mal a los que me lo hacen, sino que les deseo una condición semejante a la mía, en la que no se recibe ni bien ni mal de parte de los hombres. Trato de ser justo, verdadero, sincero y fiel a todos los hombres y siento enternecerse mi corazón por aquellos a quienes Dios me ha unido más estrechamente.

Y tanto si estoy solo o a la vista de los hombres, pongo todas mis acciones bajo la mirada de Dios, que debe juzgarlas y a quien las he consagrado todas.

He aquí cuáles son mis sentimientos.

Y bendigo todos los días de mi vida a mi Redentor, quien los ha puesto en mí y quien, de un hombre lleno de debilidad, miseria, concupiscencia, orgullo y ambición, ha hecho un hombre exento de todos estos males por la fuerza de la gracia, a la cual toda la gloria le es debida, no habiendo en mí sino miseria y error.

932 (191-13) ¿Y cuál se burlará del otro?

¿Quién debe burlarse? Y sin embargo, éste no se burla del otro, sino que tiene piedad de él.

933 (460-698) Concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, orgullo, etc.

Hay tres órdenes de cosas. La carne, el espíritu, la voluntad.

Los carnales son los ricos, los reyes. Tienen por objeto el cuerpo.

Los curiosos y doctos tienen por objeto el espíritu.

Los sabios tienen por objeto la justicia.

Dios debe reinar sobre todo y referirse todo a El.

En las cosas de la carne reina propiamente su concupiscencia.

En los espirituales, la curiosidad.
En la sabiduría, el orgullo.
No es que no podamos vanagloriarnos del bien o de los conocimientos, pero no es este el lugar del orgullo, pues, concediendo a un hombre que es sabio, no dejaremos de convencerle de que no tiene razón para ser soberbio.
El lugar propio de la soberbia es la sabiduría, pues no se puede conceder a un hombre que se ha hecho sabio y que no tiene razón para vanagloriarse.
Así, sólo Dios da la sabiduría, y es por eso que: *qui gloriatur in domino glorietur*[166].

934 (580-416) La naturaleza tiene perfecciones para mostrar que es imagen de Dios y defectos para mostrar que no es más que su imagen.

935 (490-450) Al no estar acostumbrados los hombres a hacer méritos, sino solamente a recompensarlos allí donde los encuentran hechos, juzgan de Dios por ellos mismos.

936 (698-523) No se entienden las profecías más que cuando se ven las cosas cumplidas; así las pruebas del retiro y de la dirección, del silencio, etc., no se prueban más que a los que las saben y las creen.

San José, tan interior en una ley completamente exterior.

Las penitencias exteriores disponen a la interior, como las humillaciones a la humildad, así los...

937 (104-183) Cuando nuestra pasión nos lleva a hacer alguna cosa, olvidamos nuestro deber; como nos guste un libro, lo leemos, cuando deberíamos hacer otra cosa. Pero, para acordarse de ello, hay que proponerse hacer alguna cosa que odiemos, y entonces se excusa uno con que tiene otra cosa que hacer y se acuerda de su deber por este medio.

938 (658-562e) 20 V. Las figuras del Evangelio, para el estado del alma enferma, son cuerpos enfermos. Pero como un cuerpo no puede estar suficientemente enfermo para expresarlo bien, se han hecho falta varios. Así, existe el sordo, el mudo, el ciego, el paralítico, el Lázaro muerto, el poseído: todo eso junto está en el alma enferma.

939 (897-797) El siervo no hace[167] (más) que lo que hace el amo, pues el amo le indica solamente la acción y no el fin. Por eso se somete servilmente y peca a menudo contra el fin. Pero J.-C. nos ha dicho el fin.

---

166 I Cor., I, 31: «... el que se glorifica, se glorifica en el Señor.»
167 Tanto Brunschvicg como Chevalier leen *sait* en vez de *fait*.

Y vosotros destruís este fin.

940 (790-636a) J.-C. no quiso morir sin las formalidades de la justicia, pues es mucho más ignominioso morir por justicia que por una sedición injusta.

941 (264-253) No nos aburrimos de comer y dormir todos los días, pues el hambre y el sueño renacen; sin ello nos aburriríamos.
Así, sin hambre de cosas espirituales nos hastiamos; hambre de justicia, bienaventuranza 8.ª.

942 (941-XXVII) Fin. ¿Tenemos seguridad de él? Este principio, ¿es seguro? Examinemos. Nulo testimonio de sí. Santo Tomás.

943 (554-734) 24. Aa. Me parece que J.-C., después de su resurrección, no se deja tocar más que sus llagas *noli me tangere*[168]. No nos es preciso más que unirnos a sus sufrimientos.

Se ha dado en comunión como mortal en la Cena, como resucitado a los discípulos de Emaús, como ascendido al cielo a toda la Iglesia.

944 (250-469) Es necesario que lo exterior se una a lo interior para obtener algo de Dios; es decir, que se ponga de rodillas, rece con los labios, etc., a fin de que el hombre orgulloso que no ha querido someterse a Dios esté ahora sometido a la criatura. Esperar ayuda de este exterior es ser supersticioso; no querer unirlo a lo interior es ser soberbio.

945 (661-724) La penitencia, la única de todos los misterios, fue declarada manifiestamente a los judíos por San Juan, precursor, y después los demás misterios, para indicar que en cada hombre, como en el mundo entero, este orden debe ser observado.

946 (785-731) 2. Considerar a J.-C. en todas las personas, y en nosotros mismos. J.-C. como padre en su Padre. J.-C. como hermano en sus hermanos. J.-C. como pobre en los pobres. J.-C. como rico en los ricos. J.-C. como doctor y sacerdote en los sacerdotes. J.-C. como soberano en los príncipes, etc. Porque El es por su gloria todo lo que hay de grande siendo Dios, y por su vida mortal todo lo que hay de miserable y de abyecto. Por ello tomó esta desgraciada condición, para poder estar en todas las personas y ser modelo de todas las condiciones.

---

168 Jn., XX, 17: «No me toques.»

947 (504-671) 25. Bb. otro motivo: que la caridad considera eso como una privación del espíritu de Dios y una acción mala, a causa del paréntesis o interrupción del espíritu de Dios en él, y se arrepiente en su aflicción.

El justo obra por fe en las menores cosas. Cuando reprende a sus servidores desea su conversión por el espíritu de Dios y pide a Dios que les corrija, y espera tanto de Dios como de sus reprensiones, y ruega a Dios que bendiga sus correcciones, y así en las otras acciones.

948 (668-648) Uno no se aleja sino alejándose de la caridad.

Nuestras oraciones y nuestras virtudes son abominables ante Dios si no son las oraciones y las virtudes de J.-C. Y nuestros pecados no serán nunca objeto de la (misericordia), sino de la justicia de Dios, si no son (los pecados) de J.-C.

El ha adoptado nuestros pecados y nos ha (admitido en su) alianza, porque las virtudes le son propias (y los) pecados extraños, y las virtudes nos (son) extrañas y nuestros pecados nos son propios.

Cambiemos la regla que hemos tomado hasta aquí para juzgar de lo que es bueno. Teníamos por regla nuestra voluntad; tomemos ahora la voluntad de Dios: todo lo que El quiere nos es bueno y justo, todo lo que no quiere (malo e injusto).

Todo lo que Dios no quiere está prohibido. Los pecados están prohibidos por la declaración general que ha hecho de que no los quería. Las demás cosas que ha dejado sin prohibición general, y que se llaman por esta razón permitidas, no están sin embargo siempre permitidas, pues cuando Dios aleja a alguna de ellas de nosotros, y, por este acontecimiento, que es una manifestación de la voluntad de Dios, parece que Dios no quiere que tengamos una cosa, ésta nos está prohibida entonces como el pecado, puesto que la voluntad de Dios es que ya no tengamos la una más que la otra. La única diferencia que hay entre estas dos cosas es que es seguro que Dios nunca querrá el pecado, en lugar de que no quiera nunca la otra cosa. Pero mientras que Dios no la quiera, debemos considerarla como pecado; mientras que la ausencia de la voluntad de Dios, que es ella sola toda la bondad y toda la justicia, la haga injusta y mala.

949 (930-XV) Que se les trató tan humanamente como era posible hacerlo para mantenerse en el punto medio entre el amor de la verdad y el deber de la caridad.

Que la piedad no consiste en no alzarse nunca contra sus hermanos. Sería bien fácil, etc.

Es una falsa piedad el conservar la paz en perjuicio de la verdad.

Es también falso celo el conservar la verdad hiriendo con ello a la caridad.

Tampoco ellos se quejan de eso.

Sus máximas tienen su tiempo y su lugar.

La vanidad va a acrecentarse con sus errores.
Conforme a los Padres por sus faltas.
Y a los mártires por su suplicio.

Aún no desaprueban por ello a ninguno.

No tenían más que tomar el extracto y desautorizarlo.

Sanctificant praelium[169].

M. Bourseys. ¿No pueden al menos desaprobar el que se opongan a la condenación?

950 (951-XVIIa) En la bula *Cum ex apostolatus officio*, de Pablo IV, publicada en 1558.

Ordenamos, estatuimos, decretamos, definimos que todos y cada uno de aquellos que se encuentren —por desviación o por convencimiento— caídos en herejía o cisma, y de cualquier cualidad y condición que sean, laicos, eclesiásticos, sacerdotes, obispos, arzobispos, patriarcas, primados, cardenales, condes, marqueses, duques, reyes y emperadores, además de las sentencias y penas susodichas, sean, por eso mismo, sin ningún ministerio de derecho o de hecho, privados de todo y para todo, perpetuamente, de sus órdenes, obispados, beneficios, oficios, reino, imperio, e imposibilitados para no volverlos a poseer nunca. Cedemos a la discreción del poder secular el ser castigados, no admitiendo otra gracia a los que por una verdadera penitencia se arrepintieran de su extravío, sino la de que, por la benignidad y clemencia de la Santa Sede, sean considerados merecedores de ser recluidos en un monasterio para hacer en él perpetua penitencia a pan y agua, pero permaneciendo siempre privados de toda dignidad, orden, prelatura, condado, ducado, reino. Y que los que les encubrieran y defendieran, serán por eso mismo excomulgados e infames, privados de todo reino, ducado, bien y posesión, los cuales corresponderán de derecho y de propiedad a los que primero se apoderen de ellos.

---

169 Cf. Mic., III, 5: «Guerra santa.»

Si hominem excommunicatum interfecerunt, non eos homicidas reputamus, quod adversus excommunicatos zelo catholicae matris ardentes aliquem eorum trucidasse contigerit[170]. 23. q., 5, de Urbano II.

951 (950-XVIII) *(Después de haberlos atormentado bien se os devolverán a vuestra casa.)*

(Es una consolación tan débil como la de los recursos de queja. Pues suprimida una gran parte de abuso

además de que la mayoría no tendrán la posibilidad de venir desde Périgord y Anjou a pleitear al parlamento de París;

además de que tendrán a cada momento órdenes del consejo para defender estos recursos de queja.)

(Pues aun cuando no pudiesen obtener lo que han pedido, esta petición no deja de mostrar su poder, que es tanto más grande cuanto que les ha llevado a pedir algo tan injusto que estaba claro que no lo podrían obtener.

Ello no ayuda, pues, más que a conocer mejor su intención y la necesidad que tienen de no autorizar, por medio de un registro, la bula que ellos quieren hacer servir de base a esta nueva institución.)

(No se trata aquí de una simple bula, sino de una base. Al salir del palacio.)

121. El Papa prohíbe al rey casar a sus hijos sin su consentimiento. 1294.

Scire te volumus[171]. 124. 1302.

La pueril.

952 (956-X) *Clemens placentium*[172].

Nuestros superiores temían el descrédito a causa de sus ocupaciones exteriores, 208, 152, 150; a causa de la Corte, 209, 203, 216, 218; a causa de que no se seguían las opiniones más seguras y más autorizadas. Santo Tomás, etc., 215, 218.

Stipendium contra consti[173].

Mujeres, 225, 228.

Príncipes y política, 227, 168, 177.

Probabilidad, novedad, 279, 156 — novedad, verdad.

Para pasar el tiempo y divertirse más que para ayudar a las almas, 158.

Opiniones relajadas, 160. pecado mortal y venial. Contricción, 102. Política, 162. Anticipantes o 162.

Las comodidades de la vida crecen a los jesuitas, 166.

---

170 «Si matan a un excomulgado, nosotros no les consideramos homicidas, porque, contrarios a los excomulgados, por su ardiente celo para con su madre Iglesia son arrastrados a matar a uno de ellos.»

171 «No queremos que sepas.»

172 De lectura dudosa. Ver nota 165.

173 «Honorarios contra las constituciones.»

Bienes aparentes y falsos que les engañan, 192 ad.

(Y no es una excusa para los superiores el no haber sabido los...)

El P. Lemoine, 10.000 escudos, fuera de su provincia.

Ved cuán débil es la previsión de los hombres. Es debido a todas las cosas, por las que nuestros primeros superiores temían la pérdida de nuestra Sociedad, por lo que ésta se ha acrecentado, por los grandes, por la oposición a nuestras constituciones, por la multitud de religiosos, la diversidad y novedad de las opiniones, etc., 182, 157.

Política, 181.

El primer espíritu de la Sociedad, apagado. 170, 171 al 174, 183 al 187. *Non e piu quilla*[174] Vittelescus, 183. *(Altri tempi altri cure)*[175].

Quejas de los superiores. Ninguna de San Ignacio. Ninguna de Laynez. Algunas de Borgia y de Aquaviva. Infinitas de Mutius, etc.

¿Tenéis de nuestra Sociedad la idea que es necesaria?

La Iglesia ha subsistido mucho tiempo sin estas cuestiones.

Las otras también, pero no es lo mismo.

¿Qué comparación creéis que hay entre 20.000 separados y 200.000 unidos, que perecerán el uno por el otro? Un cuerpo inmortal.

Nosotros nos ayudamos hasta morir, Lamy.

Incitamos a nuestros enemigos, P. Puys.

Todo depende de la probabilidad.

El mundo quiere naturalmente una religión, pero dulce.

Me entran ganas de mostrároslo a través de una extraña suposición. Os diré, pues: aun cuando Dios no nos ayudara por medio de una providencia particular para el bien de la Iglesia, quiero mostraros que al hablar de ello, incluso humanamente, no podemos perecer.

Estad de acuerdo conmigo en este principio y os lo probaré todo. Es que la sociedad y la Iglesia corren la misma suerte.

Sin estos principios no se prueba nada.

No se vive mucho tiempo en la impiedad total, ni naturalmente en las grandes austeridades.

---

174 «No es la misma.»

175 «Otros tiempos, otros cuidados.»

Una religión acomodada es propia a durar.
Se les busca por libertinaje.

Los particulares que no quieren dominar por medio de las armas no sé si podrán hacerlo mejor.

Reyes, Papa.
3 Reg., 246.

6 recto y de buena fe en la devoción.

(231. *Jesuitas consultados acerca de todo.)*
(165, 166, 164, 165, *transplantados.)*
6, 452. Reyes putativos.
4, odio a causa de su mérito.
(Universidad.)
(3, *reg.)*
Apol. universo, 159, decreto de la Sorbona.
Los reyes, 241, 228.
Jesuitas ahorcados, 112.

La religión. Y la ciencia (?).

Jesuita omnis homo[176].

(Colegios — niños a elegir.)

Colegios, padres, amigos, niños a elegir.
Constituciones.
253, pobreza, ambición.
257, principalmente los príncipes, los grandes señores que pueden perjudicar y servir.
12. Inútiles, rechazados / buen aspecto / Riqueza, nobleza, etc.
¿Y de qué tenéis miedo, de que se falte en recibirles más pronto?
27.
47, otorgar su bien a la sociedad para la gloria de Dios. Lecl.
51, 52. Unión de sentimientos, decl. someterse a la sociedad y así guardar su uniformidad. Ahora bien, hoy esta uniformidad reside en la diversidad. Porque la sociedad lo quiere así.
117, const. el Evangelio y Santo Tomás. Decl. alguna teología complaciente.
65, raros sabios piadosos; nuestros antepesados han cambiado de opinión.

23, 74, mendigar.

176 «El jesuita es todo hombre», es decir, que sabe plegarse a las circunstancias.

19, no dar nada a los padres, sin apoyarse en los consejeros proporcionados por el superior.
1, no practicar el examen. Decl.
2, pobreza total, nada de misas, ni para el sermón ni por limosna compensadora.
4, decl. de la misma autoridad que los const.
Fin. leer las const. cada mes.
149, las declaraciones estropean todo.
154. Ni incitar a dar limosnas perpetuas, ni pedirlas en justicia, ni cepillo. Decl. *non taliquam Eleemozina*[177].
200, 4. Advertirnos de todo.
190, const. no quiere grupo decl. grupo interpretado.

Un cuerpo universal e inmortal.

Afección por la comunidad grande y sin escrúpulo — peligroso.

Por la religión, seríamos todos ricos; sin nuestras constituciones, somos pobres.

Y por medio de la verdadera religión, y sin ella, somos fuertes[178].

953 (958-XII)[179].

Ep. 16. *Aquavivae. De formandis concionatoribus.*	
p. 373. *Longe falluntur qui ad — irrigaturae.*	*(Esta cita no se encuentra)*, leer a los Padres para ajustarlos a su imaginación, en lugar de ajustar su pensamiento al de los Padres.
Ep., 1. *Mutii Vitelesci.*, p. 389. *Quamvis enim probe norim — et absolutum.*	*(Estas tampoco* — estaban en 373/389. *Ambas están escritas.)*
p. 390. *Dolet ac queritur — esse modestiam.*	Modestia.
p. 392. *Lex me dimidiata — reprehendit.*	La misa. No sé qué es lo que dice.
p. 408. *Ita feram illam — etiam irrumpat.*	Política.

177 «No en tanto que limosna.»
178 Las abreviaturas «decl.» y «const.» hacen referencia a las «*Notas y Declaraciones de las constituciones de la Compañía de Jesús*» (Anvers, 1635), texto al que Pascal hace observaciones. Véase, asimismo, la nota 31.
179 Los textos en latín son notas que Arnauld —uno de los jansenistas más influyentes de Port-Royal— tomó de las «*Cartas de los Superiores de la Compañía de Jesús*» (Anvers, 1635). Las reflexiones en francés son de Pascal.

p. 409. *Ad extremum per velim — circumferatur.*

Por una desgracia, o, mejor, un singular acierto de la sociedad, lo que uno hace, es atribuido a todos.

p. 410. *Quaerimoniae — deprehendetis,* p 412.

Obedecer a los obispos exactamente, que no parezca que queremos ajustarnos a ellos, como en el ejemplo de San Javier.

p. 412. *Ad haec si a litibus — avididatis.*

Testamentos, proceso.

p. 413. *Patris Borgiae — videbitur illam futuram.*

Argumentan, incluso inventan falsas historias.

p. 415. *Ita res domesticas — nunc dimittis,* etc.

Ep., 2. *Mutii Vitelesci.*

p. 432. *Quarto nonullorum — quam ardentissime possum urgere.*

Probabilidad, *tueri pius potest, probabilis est auctore non caret.*

p. 433. *Quoniam vero de loquendi licentia — aut rare plectatur.*

Falta castigar a los murmuradores.

Ep., 3. *Mutti Vitelesci.*

p. 437. *Nec sane dubium — nihil jam detrimenti acceperit.*

Que la sociedad no se desprestigia.

p. 440. *Ardentissime Deum exoremus — operari non est gravatus et tu fili hois,* etc. Ezeq., 37.

(Falta de obediencia para buscar su reputación.)

p. 441. *Secundum caput tanti facimus.*

Falta de obediencia para buscar su reputación.

p. 442. *Haec profecto una si deficiet — qui haec molitur.*

Falta de obediencia, buscar el apoyo de los grandes.

p. 443. *Ex hoc namque vitio — importunum praebeas.*

Hacen cosas indecentes, y fuera del estado de la sociedad, y dicen que los grandes señores les importunan por ello, pero son ellos quienes les importunan, de suerte que es preciso tenerles por enemigos si se les rechaza o perder la sociedad al estar de acuerdo con ellos.

p. 443. *Spectabit tertium caput — mutatus est color optimus.*

Castidad.

p. 445. *De paupertate — non adversentur veritati.*

Pobreza, relajamiento de las opiniones contrarias a la verdad.

p. 446. *Faxit Deus — atque si praetermitterentur.*

Viñas, etc.

954 (925-I) Examinar el motivo de la censura por medio de los fenómenos; formular una hipótesis que convenga a todos.

El ropaje hace a la doctrina.

(Confesáis tanta gente que no se confiesa más que una vez al año.)

(Creía que había una opinión contra una opinión.)

(Cuando uno es tan malvado que ya no tiene por ello ningún remordimiento, no se peca más.)

(Perseguís, pues, a M. Arnauld sin remordimientos.)

Me resisto a esta doctrina, pues me es demasiado suave, vista la malignidad que se dice que hay en mí.

(Que no eligiréis alguna grave herejía.)

Me resisto a su unión, vista sus contradicciones particulares.

Esperaré a que se pongan de acuerdo antes de tomar partido. Por un amigo tendría demasiados enemigos. No soy lo bastante sabio como para responderles.

(Yo creía que uno era condenado por no haber tenido

buenos pensamientos, pero por creer que nadie los tiene, me es nuevo.)

(¿De qué sirve eso para consolar a los justos y salvar al desesperado?; no, porque nadie puede estar en condición de creerse justo.)

(M. Chamillard sería hereje, lo que es una manifiesta falsedad, pues ha escrito para M. Arnaud.)

En el año 1647, la gracia para todos; en 1650 fue más rara, etc.

(Gracia de M. Cornet, de M.)

Todo Lutero, fuera de la verdad.

Si no hubiera habido en la Iglesia ocasiones parecidas; pero en ellos sigo a mi cura.

A poco que ella incomode usan otras (gracias), pues disponen de ellas como de su obra.

Sólo uno dice la verdad.

(A cada ocasión cada gracia; a cada persona, gracia para los grandes, gracia para los tunantes.)

En fin, M. Chamillard está tan cercano a ello que si hay grados para descender hacia la nada (esa gracia suficiente) está ahora muy próximo.

(Resulta divertido ser hereje por eso.)

No hay nadie que no fuera sorprendido por ello, pues no se ha visto jamás en la Escritura, ni en los Padres, etc.

¿Cuántas cosas hay, Padre mío, que sean artículo de fe? Esto no sucede, a lo sumo, que desde las palabras del poder cercano. Y yo creo que, al nacer, ha hecho esta herejía, y que no ha nacido sino para este solo designio.

(La censura prohíbe solamente hablar así de San Pedro, y nada más. Les agradezco el favor.)

(Es gente inteligente. Temen que las cartas que se han escrito a los provinciales...)

(No valía la pena por una palabra.)

(ingenuidad pueril.)

(alabado sin ser conocido.)

(malos acreedores.)

(yo creo que son brujos.)

Lutero *(todo salvo la verdad).*

Miembro hereje.

Unam sanctam.

Los iluminados nos han perjudicado.

Una misma proposición es buena en un autor y mala en otro. Sí, pero existen otras malas proposiciones.

Hay gente que difiere de la censura, otros de las razones, y todos de razones. Me sorprendo de que no hayáis tomado el camino general en vez del particular, o al menos que no los hayáis unido.

Pluralidad de gracias.
Traductores jansenistas.

San Agustín es el que más traductores tiene a causa de la división de sus enemigos. Por otro lado, puede considerarse una tradición sin interrupción de 12.000 papas, concilios, etc.

Pues es preciso que M. Arnaud tuviese muy malos sentimientos para corromper a los que le abrazan.

La censura les hace este bien: cuando se les censure, la combatirán diciendo que imitan a los jansenistas.

Me siento aliviado; ningún francés que sea buen católico...

Las letanías. Clemente 8, Pablo 5, Censura. Dios nos protege claramente.

El hombre es muy insensato. No puede crear un cirón.

En lugar de Dios, la gracia para llegar a El.

955 (929-VII) *(Y se disponen a expulsar de la Iglesia a los que rehúsan esta declaración.)* Todo el mundo declara que lo son. M. Arnaud, y sus amigos, protestan de que las condene en sí mismas, y en cualquier lugar en el que se hallen, que si están en Jansenio se las condene.

Que aun cuando no estén ahí, si el sentido hereje de estas proposiciones que el Papa ha condenado se halla en Jansenio, que condene a Jansenio.

Pero no estáis satisfechos con estas protestas, queréis que asegure que estas proposiciones están, palabra por pa-

labra, en Jansenio. El ha contestado que no puede asegurarlo, al no saber si eso es así, que las ha buscado, junto con otros muchos, sin encontrarlas jamás. Os han pedido a vosotros y a todos los demás que digáis en qué páginas están (y) nadie lo ha hecho. Y queréis, sin embargo, apartarlo de la Iglesia en base a esta negativa, aunque condene todo lo que ella condena, por la sola razón de que no asegura más que palabras, o un sentido que está en un libro en el que nunca lo ha encontrado y que nadie lo quiere mostrar. En verdad, Padre mío, este pretexto es tan vano que no ha habido nunca quizá en la Iglesia proceder tan extraño, tan injusto y tan tirano.

(La Iglesia bien puede obligar.)

(Clemente 8.)

(Si quis dixerit.)

No es preciso ser teólogo para ver que su herejía no consiste sino en la oposición que os hacen; yo lo experimento en mí mismo, y se ve en ello la prueba general de todos los que os han atacado.

Los curas de Rouen, jansenistas.

Voto de Caen.

Creéis a vuestros designios tan honrados que los hacéis materia de voto.

Hace dos años su herejía era la bula, el año pasado era interior. Hace seis meses era *totidem;* actualmente, es el sentido.

No veo bien que no queráis que les hagan herejes. Santo Sacramento.

He reñido con vosotros al hablar para los demás.

Sois bien ridículos llamando tanto la atención acerca de las proposiciones. No sirve de nada, es necesario que se entiendan.

Sin nombres de autores, pero como se conocía vuestro designio 70 se opondrán. Fechar la interrupción.

Para que aquel que no habéis podido convertir en hereje en base a sus propias palabras, etc.

(¿Quién me guarda rencor por mostrar que todo eso pertenece a vuestros autores, hasta las más horribles?)

Pues todo se sabe.

(¿No podréis responder más que eso?, y ¿sólo tenéis esta manera de probarlo?)

Sabe que sí o que no, o duda, pecador o hereje.

Prefacio Villeloin.

Jansenio, Aurelio, Arnaud, Provinciales.

(Un cuerpo de réprobos.)

(Se abrirían todos los cepillos de Saint-Merry, sin que fuérais menos inocentes.)

(Después de Pelayo.)

(Tampoco ello es extraño. Falso derecho. Baronio.)

(Por lo que a mí respecta, me gustaría ser más impostor que etc.)

¿Qué razón tenéis para ello? Decís que soy jansenista, que P. R. sostiene las 5 p(roposiciones) y que por ello yo las sostengo, 3 mentiras.

No considerando sino a los paganos.

Esta misma luz que descubre las verdades sobrenaturales, las descubre sin error, en vez de que la luz que etc.

¿Cómo el sentido de Jansenio puede estar en proposiciones que no son de él?

Y os ruego no venir a decirme que no sois vosotros *(sino los obispos)* quienes movéis todo eso. *(Os respondería cosas que no os gustarían ni a vosotros ni a los demás.)* Ahorrarme la repuesta.

Eso está en Jansenio o no. Si lo está, hele ahí condenado por ello; si no, ¿por qué le queréis condenar?

Que se condene solamente una de vuestras proposiciones del padre Escobar. Llevaría de una mano a Escobar, de la otra a la censura y haría con ellos un argumento como es debido.

El Papa no ha condenado dos cosas, no ha condenado más que el sentido de las proposiciones.

¿Diréis que no lo ha condenado? Pero el sentido de Jansenio está contenido en ellas, dice el Papa. Me doy perfecta cuenta de que el Papa lo ha pensado a causa de vuestros *totidem*, pero no lo ha enunciado bajo pena de excomunión.

¿Cómo no lo hubiese creído, al igual que los obispos de Francia? Lo decíais *totidem*, y ellos no sabían que teníais poder para decirlo aun siendo falso.

Impostores, no habíais visto mi 15.ª carta.

956 (928-II) Diana.

¿Para qué sirve Diana?

11. Se permite no dar los beneficios que tienen cargo de almas a los más dignos; el Concilio de Trento parece decir lo contrario. Pero he aquí cómo lo prueba, porque si eso fuera cierto todos los prelados estarían en estado de condenación. Pues los usan todos de este modo

11. El rey y el Papa no están obligados a elegir los más dignos. Si eso fuera cierto, el Papa y los reyes soportarían una terrible carga.

21. Y, por otra parte, si esta opinión no fuera verdadera los penitentes y los confesores tendrían más ocupaciones, y por eso estimo que es preciso seguirla en la práctica.

(21. *Si esta opinión fuera verdadera con respecto a la restitución, ¡oh, cuántas restituciones habría por hacer!)*

Y en otro lugar, donde enumera las condiciones necesarias para hacer que un pecado sea mortal, fija para ello tantas circunstancias que a penas pecamos mortalmente, y después de haberlo establecido, exclama: ¡Oh, qué dulce y liviano es el yugo del Señor!

11. Y en otra parte, no se está obligado a dar limosna con lo que sobra en las comunas necesitadas de los pobres. Si lo contrario fuera verdad, sería preciso condenar a la mayor parte de los ricos y de sus confesores.

Estas razones me impacientan cuando digo al Padre: pero ¿quién impide decir que lo están?

Es lo que ha previsto también en este lugar, me responde, o después de haber dicho —22—: si eso fuera verdad los más ricos estarían condenados. Añade: a eso, Arragonio responde que ellos lo están también, y Bauny, jesuita, añade, además, que sus confesores lo están igualmente, pero yo contesto, con valentía, otros jesuita, y demás autores, que hay muchas razones para excusar a los ricos y sus confesores.

Yo estaba encantado con este razonamiento, cuando terminó con este otro:

Si esta opinión fuera verdadera para la restitución, ¡oh, cuántas restituciones habría por hacer!

¿Oh, Padre mío, qué buena razón! — ¡Oh, me dice el Padre, he aquí un hombre como es debido! — ¡Oh, Padre mío, le contesto, sin vuestros casuistas, qué de gente habría condenada! *(¡Oh, replicó él, qué equivocados al no dejarnos hablar!)* — ¡Oh, Padre mío, qué ancho hacéis el camino que lleva al cielo! ¡Oh, y cuánta gente hay que lo encuentra! He ahí un...

957 (512-639) Toda ella es el cuerpo de J.-C. en su dialecto, pero no puede decir que es todo el cuerpo de J.-C.

La unión de dos cosas sin cambio, no permite que se pueda decir que la una se convierte en la otra.

Así el alma al estar unida al cuerpo.

El fuego a la madera, sin cambio.

Pero es preciso el cambio que haga que la forma de una se transforme en la forma de la otra.

Así la unión del Verbo con la humanidad.

Porque mi cuerpo sin mi alma no sería el cuerpo de un hombre. Pues mi alma, unida a la materia que sea, constituirá mi cuerpo.

No distingue la condición necesaria de la condición suficiente; la unión es necesaria paro no suficiente.

El brazo izquierdo no es el derecho.

La impenetrabilidad es una propiedad del cuerpo.

Identidad de *número,* con respecto al mismo tiempo, exige la identidad de la materia.

Así, si Dios uniese mi alma a un cuerpo en la China, el mismo cuerpo *idem número* estaría en la China.

El mismo río que ahí fluye es *idem número* que el que fluye al mismo tiempo en la China.

958 (75-191) Parte 1. 1. 2. C. I. S.

(Conjetura: no será difícil lograr aún descender un grado y hacerla parecer ridícula.)

¿Qué hay más absurdo que decir que los cuerpos inanimados tienen pasiones, temores, horrores, que los cuerpos insensibles, sin vida, e incluso incapaces de vida, tienen pasiones que presuponen al menos un alma sensitiva para sentirlas? Más aún, ¿qué el objeto de ese horror sea el vacío? ¿Qué hay en el vacío que les pueda asustar? ¿Qué hay más bajo y más ridículo?

No lo es todo el que tengan en sí mismos un principio de movimiento para evitar el vacío. ¿Tienen brazos, piernas, músculos, nervios?

959 (636-524a) *Si* no señala la indiferencia.

Malaq.

Isaías.

Isa. *si volueris,* etc.

In quacumque die [180].

960 (362 y 921-371/III)

(¿Qué habéis ganado acusándome de ridicularizar las cosas santas? No ganaréis más acusándome de impostura.)

---

180 Is., I, 19: «Si quisiérais *y me escuchárais, conseguiríais los bienes de la tierra.*» «En no importa qué día.»

(No lo he dicho todo, ya lo veréis.)

Yo no soy hereje. No he sostenido las 5 proposiciones. Lo decís y no lo probáis. Yo digo que habéis dicho eso y lo pruebo.

Os he dicho que sois impostores y lo pruebo. Y que no lo ocultéis insolentemente. Brisacier, Megnier, d'Alby. Y que lo autorizáis; *Elidere*[181].

Cuando creíais a M. Puys enemigo de la Compañía, era indigno pastor de su Iglesia, ignorante, hereje, de mala fe y costumbres; desde entonces es digno pastor de buena fe y costumbre.

Calumniar, *haec est magna caecitas cordis*[182].

No ver en ello el mal, *haec est major caecitas cordis.*
Defenderlo en lugar de confesarse de él como de un pecado, *tunc hominem concludit profunditas iniquitatis*[183], etc., 230, Próspero.
Los grandes señores se dividen en las guerras civiles.
Y así vosotros en la guerra civil de los hombres.

(Yo quiero decíroslo a vosotros mismos a fin de que ello tenga más fuerza.)

(De los que examinan los libros, estoy seguro de su aprobación, pero de los que no leen más que los títulos y que son los más numerosos, podrían creer en vuestra palabra (Es necesario) no... — que los religiosos fueran impostores — ya se ha desautorizado a los nuestros con la fuerza de las citas. Es preciso desautorizar a los demás por elidere.)

Ex senatus consultis et plebiscitis.
Preguntar pasajes parecidos.
Estoy muy contento de que publiquéis lo mismo que yo.
Ex contentione[184], San Pablo.

Me causan fecit[185].

(No es que no vea hasta qué punto estáis apurados, pues si quisiérais retractaros eso estaría solucionado, pero etc.)

181 «Suprimir».
182 «Es la gran ceguera del corazón.»
183 San Próspero (?): «Entonces el abismo de la iniquidad encarcela al hombre.»
184 Tito Livio, III, 9: «En cuanto a las cuestiones imprudentes, genealogías, tensiones, discusiones acerca de la ley, evitadlas...»
185 «Me ha rendido cuentas.»

Los santos sutilizan para considerarse criminales y acusarse de sus mejores acciones, y aquellos sutilizan para excusar las peores.

No pretendáis que esto se pierda en discusiones. Se harán imprimir vuestras obras, enteras y en francés; de ellas se hará juez a todo el mundo.

Los sabios paganos construían un edificio igualmente bello por fuera, pero apoyado en un mal cimiento, y el diablo engaña a los hombres a través de esta aparente semejanza basada en el fundamento más diferente.

Nunca un hombre ha tenido tan buena causa como yo, y nunca otros han ofrecido tan bella caza como la vuestra.

Las gentes del mundo no creen estar en las buenas vías.

Cuanta más debilidad señalen en su persona, tanto más autorizan mi causa.

Decís que soy hereje. ¿Está eso permitido? Y si no teméis que los hombres hagan justicia, ¿no teméis que me la haga Dios?

Sentiréis la fuerza de la verdad y cederéis a ella.

Ruego que se me haga justicia no creyendo más en su palabra.

Habría que obligar al mundo a creeros bajo pena de pecado mortal. *Elidere.*

Es pecado creer temerariamente las murmuraciones.

Non credebant temere calumniatori[186]. San Agustín.

Fecitquaea cadendo undique me cadere[187], por medio de la máxima murmuración.

Hay algo de sobrenatural en una tal obcecación. *Digna necesitas*[188].

Estoy solo contra treinta mil — no. ¿Cuidáis vosotros la Corte? Vosotros la impostura, yo la verdad — Es toda mi fuerza. Si la pierdo, estoy perdido; no me faltarían acusadores y castigadores. Pero yo tengo la verdad y veremos quién ganará.
Yo no merezco defender la religión, pero vosotros no merecéis defender el error. Y... espero que Dios, por su mi-

186 «No creer temerariamente al calumniador.»
187 «Me ha hecho, al caer por todos lados, caer a mí mismo.»
188 Sab., XIX, 4: «Una justa necesidad les conducía, en efecto, a este fin.»

sericordia, no considerando el mal que hay en mí y atendiendo el bien que hay en vosotros, nos dé a todos la gracia de que la verdad no sucumba entre mis manos y que la mentira no...

mentiris impudentissime[189].

230, defenderla es un pecado extremo. *Elidere.*

340-23. La hora de los malos.

doctrina sua noscetur vir[190].

66, *labor mendacii*[191].

80, limosna.

falsa piedad, doble pecado.

Elidere. Caramuel.

Me amenazáis.

Puesto que no habéis tratado más que eso, hay que aprobar todo lo demás.

961 (888-802c y d) B. Ignoráis las profecías si no sabéis que todo esto debe suceder: príncipes, profetas, Papa —e incluso los sacerdotes—; y, sin embargo, la Iglesia debe subsistir.

Por la gracia de Dios nosotros no somos de ellos. ¡Ay de vuestros sacerdotes! Pero nosotros esperamos que Dios nos hará la misericordia de no ser de ellos.

1. San Pedro c. 2. Falsos profetas —pasados— imagen de los futuros.

962 (902-251) Es muy necesario, dice el fuliense, que esto no sea tan cierto, pues la discusión denota la incertidumbre.

San Atanasio. San Crisóstomo.

La moral. Los infieles.

Los jesuitas no han hecho incierta la verdad, pero han hecho cierta su impiedad.

La contradicción siempre se ha dejado para cegar a los malos, pues todo el que choca contra la verdad o la caridad es malo. He ahí el verdadero principio.

963 (940-XIII) Le es indiferente al corazón del hombre

189 Cf. 15.ª Provincial: «Mentís descaradamente.»
190 Prov., XII, 8: «Se conocerá al hombre a través de su doctrina.»
191 Jer., IX, 5: «La labor es mentir.»

creer 3 ó 4 personas en la Trinidad, pero, etc. Y de ahí viene que se acaloren por sostener lo uno y no lo otro.

Es bueno hacer lo uno, pero no hay que dejar lo otro, el mismo Dios que nos ha dicho, etc.

Y así, quien no cree más que lo uno y no cree lo otro, no lo cree, porque Dios lo ha dicho, pero porque su ansia no lo deniegue y sea muy fácil consentir en ello y tener así, sin esfuerzo, un testimonio de su conciencia que le...

Mas esto es un testimonio falso.

964 (953-XIV) Carta sobre los establecimientos violentos de los jesuitas por todas partes.

Obecación sobrenatural.

Esta moral que tiene en mente un Dios crucificado.

He ahí a los que han hecho votos de obediencia *tamquam Christo.*

La decadencia de los jesuitas.

Nuestra religión que es toda divina.
Un casuista, Miroüer.

Si lo encontráis bueno, es buen signo.

Es algo extraño que no halle medio de darle la idea de la religión.

Un Dios crucificado.

Al desatar este asunto punible del cisma serán castigados.

Peso qué inversión: los niños, al abrazarlos, aman a los corruptores. Los enemigos les aborrecen.

Nosotros somos los testigos.

Para la mayoría de los casuistas tan lejos está de que esto sea un motivo de acusación contra la Iglesia como, por el contrario, un motivo de queja de la Iglesia.

Y a fin de que no seamos sospechosos.

Así como los judíos que transmiten los libros no son sospechosos para los gentiles, nos transmitimos sus constituciones.

965 (889-802) De modo que si es verdad, por una parte, que algunas religiones relajadas y algunos casuistas corrompidos, que no son miembros de la jerarquía, se han comprometido en estas corrupciones, es constante, por otra,

que los verdaderos pastores de la Iglesia, que son los verdaderos depositarios de la palabra divina, la han conservado inmutable contra los esfuerzos de aquellos que se han propuesto arruinarla.

Y así los fieles no tienen ningún pretexto para seguir estos relajamientos que no les son ofrecidos, sino por las manos extranjeras de estos casuistas, en lugar de la sana doctrina que les es presentada por las manos paternales de sus propios pastores. Y los impíos y los herejes no tienen ningún motivo para cometer estos abusos por las señales de la falta de la providencia de Dios sobre su Iglesia, puesto que, siendo la Iglesia propiamente el cuerpo de la jerarquía, lejos de poderse concluir del presente estado de cosas que Dios la haya abandonado a la corrupción, nunca ha aparecido mejor que hoy que Dios la defiende claramente de la corrupción.

Pues si algunos de estos hombres que, por una vocación extraordinaria, han hecho profesión de salir del mundo y de tomar el hábito de religiosos para vivir en un estado más perfecto que el común de los cristianos, han caído en extravíos que horrorizan al común de los cristianos y han llegado a ser entre nosotros lo que los falsos profetas entre los judíos, es esta una desgracia particular y personal que hay, en verdad, que deplorar, de la que no se puede concluir nada contra el cuidado que Dios tiene de su Iglesia, puesto que todas las cosas están tan claramente predichas y se ha anunciado desde hace tanto tiempo que estas tentaciones se alzarían de parte de estas clases de personas, que, cuando se está bien instruido, se ven más bien en ello señales de la conducta de Dios que de su olvido para con nosotros.

966 (926-IX) Hay que oír a las dos partes; en esto pongo yo cuidado.

Cuando no se ha escuchado más que a una parte, siempre se inclina uno de ese lado, pero el contrario hace cambiar; mientras que aquí el jesuita confirma.

No lo que hagan, sino lo que digan.

Sólo se grita contra mí. No veo inconveniente. Yo sé a quién rendir cuentas.

J.-C. fue piedra de escándalo.

Condenable, condenado.

Política.

Nosotros hemos encontrado dos obstáculos al designio de aliviar a los hombres: uno en las leyes interiores del Evangelio, el otro en las leyes exteriores del Estado y de la religión.

En uno somos nosotros maestros, en el otro he aquí cómo hemos hecho. *Amplianda, restringenda, a majori ad minus. Junior*[192].

Probable.

Razonan como los que manifiestan que es de noche al mediodía.

Si tan malas razones como éstas son probables, todo lo será.

1, razón. *Dominus actuum conjugalium.* Molin.

2, razón. *Non potest compensari*[193]. Less.

Oponer no máximas santas, sino abominables.

Bauny, quemar graneros.

Mascarehnas, Concilio de Trento para los sacerdotes en pecado mortal. *Quam primum.*

967 (896-799) En vano ha establecido la Iglesia estas palabras de anatemas, herejías, etc.; se sirven de ellas contra ella.

968 (654-562 y a/740) Diferencia entre la comida y la cena.

En Dios la palabra no difiere de la intención, porque es verdadera, ni la palabra del efecto, porque es poderoso, ni los medios del efecto, porque es sabio. Bern. *ult. serm. In missus*[194].

Agust., 5, *De civit.*, 10. Esta regla es general. Dios puede todo, menos las cosas que, si las pudiera, dejaría de ser todopoderoso, como morir, engañarse, etc., mentir, etc.

Varios evangelistas para la confirmación de la verdad. Su disemejanza útil.

Eucaristía después de la Cena. Verdad después de la figura.

Ruina de Jerusalén, figura de la ruina del mundo. 40 años después de la muerte de Jesús.

J. no sé como hombre o como legado. Mat., 24-36.

J. condenado por los judíos y gentiles.

Los judíos y gentiles, figurados por los dos hijos. Agust., 20. *De Civit.*, 29.

---

192 «Ampliándolos, disminuyéndolos, del mayor al menor.» «El más reciente.»

193 A la cuestión de Escobar de «si una mujer debe restituir a su marido la ganancia que ha recibido del adulterio», Molina responde afirmativamente, porque «el marido es *dueño de los actos conyugales* de su mujer». Lessius juzgaba, por el contrario, que «la injusticia o el adulterio no *puede ser compensado con dinero*».

194 San Bernardo, *Ultimos Sermones*, sobre el texto de San Lucas (I, 26): «*El ángel Gabriel* fue enviado.»

969 (514-661/664) Obrad vuestra salvación con temor.

Pobres de la gracia.

Potenti dabitur[195]. Por tanto, está en nuestra mano pedir; lo contrario, pues, no lo está, porque la obtención que lo suplica no lo está. Pues ya que la salvación no lo está, y la obtención lo está, la oración no lo está.

El justo no debería, por tanto, esperar más en Dios, porque no debe esperar, sino esforzarse en obtener lo que pide.

Concluyamos, pues, que, como el hombre es ahora incapaz de usar este poder cercano y Dios no quiere que sea por eso por lo que no se aleje de El, no es sino por un poder eficaz por lo que no se aleja.

Por lo tanto, los que se alejan no tienen este poder sin el que uno no se aleja de Dios, y los que no se alejan tienen este poder eficaz.

Pues los que habiendo perseverado algún tiempo en la oración por este poder eficaz, dejan de orar, carecen de este poder eficaz.

Y por consiguiente Dios quita el primero en este sentido.

II. LA SEGUNDA COPIA

Es el duplicado de la Copia 9203. *Gilberte Périer la mandó confeccionar para su uso personal. Le permitió supervisar la preparación de la edición de los* Pensées *que se hacía en París. A partir de* 1667, *los cuadernos de los diversos capítulos le eran enviados para su aprobación (ms.* B. N. *f. fr.*, 12449).

970 (632-411a) Sobre Esdras.

fábula: los libros se quemaron con el templo, falso para los Macab.: Jeremías les da la ley.

fábula: que recitó todo de memoria; Josefo y Esdras señalan que leyó el libro:

Baron. anno. 180 *nullus penitus haebraeorum antiquorum reperitur qui tradiderit libros periisse et per Esdarm esse restitutos nisi in* 4 *Esdr.*[196]

fábula: que cambió las letras.

Filón, *in vita Moyse. Illa lingua ac caractere quo antiquitus scripta est lex sic permansit usque ad* 70[197].

195 «Al que pida se le dará.»

196 Baronius, X-XVIII: «No se halla ningún hebreo antiguo que diga que los libros se perdieron y fueron reconstruidos por Esdras, salvo en el libro IV de Esdras.»

197 Filón, lib., II: «La lengua y los caracteres en los que se escribió antiguamente la ley permanecieron los mismos hasta el 70.»

Josefo dice que la ley estaba en hebreo cuando fue traducida por los 70.

Bajo Antíoco y Vespasiano, cuando se quiso abolir los libros y cuando no había ningún profeta, no se pudo hacer, y bajo los babilonios, cuando no se hizo ninguna persecución y había tantos profetas, ¿los hubiera dejado quemar?

Josefo se burla de los griegos que no sufrirían...

Terlt. *Perinde potui abolefactam eam violentia cataclysmi, in spiritu rursus reformare: quemadmodum et hierosolymus babylonia expugnatione deleta, est omne instrumentum judaicae litteraturae per Esdram constat restauratum*[198]. Tert., I, 1, *De cultu femin.*, C. 3.

Dice que Noé también pudo restablecer en espíritu el libro de Enoc perdido por el diluvio, igual que Esdras pudo restablecer las Escrituras perdidas durante la cautividad.

Θεὸς ἐν τῇ ἐπὶ Ναβουκοδόνοσορ ἀιχμαλωσίᾳ τοῦ λαοῦ, διαφθαρεισῶν τῶν γραφῶν, ἐνέπνευσε Ἐσδρᾷ τῷ ζερεῖ ἐκ τῆς φυλῆς Λευὶ τοῦς τῶν προγεγονότον προφητῶν πάντας ἀνατάξασθαι λόγους, καὶ ἀποκαταστῆσαι τῷ λαῷ τὴν διὰ Μωσέως νομοθεσίαν.

Alega esto para probar que no es imposible que los 70 hayan explicado las Santas Escrituras con esa uniformidad que se admira en ellos. Euseb., I, 5, hist., C. 8, y ha tomado esto de San Irineo, Libr., 3, cap., 25.

San Hilario, en el prefacio a los Salmos, dice que Esdras puso los Salmos en orden.

El origen de esta tradición viene del cap. 14 del libro 4 de Esdras.

Deus glorificatus est, et scripturae vera divinae creditae sunt, omnibus eamdem, et eisdem verbis et aisdem nominibus recitantibus ab initio usque ad finem uti et preaesentes gentes cognoscerent quoniam per aspirationem dei interpretatae sunt scripturae. Et non esset mirabile deum hoc in eis operatum quando in ea captivitate populi quae facta est a Nabuchodonosor corruptis scripturis *et post 70 annos judaeis descendentibus in regionem suam, et post deinde temporibus Artaxerxis persarum regis* inspiravit Esdrae sacerdoti tribus levi praeteritorum prophetarum omnes remorare sermones et restituere populo eam legem quae data est per Moysen[199].

198 Tertuliano, lib., I, *De cultu femin.*, Cap. 3: «(Noé) pudo también restablecer en su espíritu el libro (de Enoc) destruido por la violencia del cataclismo, como es cierto que Esdras pudo hacer la restauración de los libros hebraicos destruidos en la toma de Babilonia.»

199 La traducción latina del texto de Eusebio es de Pascal: «Dios ha sido glorificado, y las Escrituras han sido creídas verdaderamente desde el comienzo hasta el fin, para que los pueblos presentes conociesen que las Escrituras han sido interpretadas por inspiración de Dios, y que no era extraño que Dios hubiera realizado en ellos esta obra, puesto que,

971 (633-411b) Contra la fábula de Esdras.
2 mac., 2.

Josefo ant., 11, 1. Ciro se motivó en la profecía de Isaías de liberar al pueblo — Los judíos, bajo Ciro, tenían una tranquila situación en Babilonia.
Pues podían tener la ley.

Josefo, en toda la historia de Esdras, no dice una palabra sobre este restablecimiento.
4 Reyes — 17, 27.

972 (634-411) Si la fábula de Esdras es creíble, hay que creer en consecuencia que la Escritura es Escritura Santa; porque esta fábula no está fundada sino en la autoridad de los que afirman la de los 70, que muestra que la Escritura es santa.

Por tanto, si este cuento es verdadero, llevamos nuestra cuenta por ahí; si no la llevamos por otra parte. Y así, los que querrían arruinar la verdad de nuestra religión, fundada en Moisés, la establecen por medio de la misma autoridad por la que la atacan. Así, por esta providencia, subsiste siempre.

973 (919-XXXIII) Son los efectos de los pecados de los pueblos y de los jesuitas: los grandes han deseado que se les adule; los jesuitas han deseado ser amados por los grandes. Todos han sido dignos de ser abandonados al espíritu de la mentira, los unos para engañar, los otros para ser engañados. Han sido avaros, ambiciosos, voluptuosos: *coacervabunt sibi magistros*[201]. Dignos discípulos de tales maestros, *digni sunt*, han buscado aduladores y los han encontrado.

974 (949-822) Así como la paz en los estados no tiene por objeto sino conservar los bienes de los pueblos con seguridad, de la misma manera la paz en la Iglesia no tiene por objeto sino conservar con seguridad la verdad que es su bien, y el tesoro en el que está su corazón. Y así como sería ir contra el objetivo de la paz el dejar entrar a extranjeros en un estado para saquearlo, sin oponerse a ello, por temor a turbar la paz (porque la paz, no siendo justa y útil sino para la seguridad del bien, se convierte en injusta y perniciosa cuando deja que se pierda, y la guerra que lo puede defender se convierte en justa y necesaria);

en la cautividad del pueblo bajo *Nabucodonosor, estando destruidas las Escrituras*, y que 70 años más tarde retornaran los judíos a sus país, y después, en tiempos de Artajerjes, rey de los persas, *inspiró a Esdras, sacerdote de la tribu de Leví, la idea de recordar las antiguas profecías y restituir al pueblo la ley dada por Moisés.»*

200 Cf. II, Tim., IV, 3: *«Porque vendrán tiempos en que los hombres ya no soportarán la Santa doctrina, sino que, según sus deseos,* amontonarán los maestros.»

de la misma manera, en la Iglesia, cuando la verdad se ve ofendida por los enemigos de la fe, cuando se la quiere arrancar del corazón de los fieles con el fin de que reine el error, permanecer entonces en paz, ¿será servir a la Iglesia, o traicionarla?, ¿será defenderla, o arruinarla? Y, ¿no está claro que, así como es un crimen turbar la paz donde la verdad reina, es asimismo un crimen permanecer en paz cuando se destruye la verdad? Existe, pues, un tiempo en el que la paz es justa y otro en el que es injusta. Y está escrito que «existen tiempos de paz y tiempos de guerra», y es el interés por la verdad quien los discierne. Pero no hay tiempos de verdad y tiempos de error, y está escrito, por el contrario, que «la verdad de Dios permanece eternamente»; y por ello Jesucristo, que dijo venir a traer la paz, dijo también que vino a traer la guerra; pero no dijo que viniera a traer la verdad y la mentira. La verdad es, pues, la primera regla y el último fin de las cosas.

III. LA EDICION DE PORT-ROYAL (1678)

975 (275-475) Los hombres confunden a menudo su imaginación con su corazón; y creen estar convertidos desde el mismo comienzo en que piensan convertirse.

976 (19-63) La última cosa que se halla al hacer una obra es saber la que hay que poner la primera.

IV. LOS PORTAFOLIOS VALLANT

Son los manuscritos B. N. f. fr. 17040-17058. *El doctor Vallant era el médico de la marquesa de Sablé y de los Périer. Sus manuscritos fueron confeccionados en* 1648. *En ellos se reúnen los papeles dejados por la marquesa* (1678) *y los documentos personales. El texto que nosotros reproducimos fue publicado por Faugère en* 1844, *como inédito de Pascal. En efecto, se trata de un texto redactado por Nicole para la edición de los* Pensée, *quien no lo tuvo apartado. Se sirvió de los fragmentos* 30 *y* 94. *Nicole los volvió a desarrollar en sus* Essais de Morale, *t.* II. De la *Grandeur, 1.ª parte, Cap. V.*

977 (320-296) Las cosas del mundo más sin razón se convierten en las más razonables por el desorden de los hombres. ¿Qué hay menos razonable que escoger, para gobernar un Estado, al primer hijo de una reina? No se elige para gobernar a un barco al viajero de mejor familia. Esta ley sería ridícula e injusta; pero, porque ellos lo son y lo serán siempre, se vuelve razonable y justa, porque, ¿a quién se escogerá? ¿Al más virtuoso y más inteligente? Henos aquí llegar a las manos, cada uno pretende ser el más virtuoso

y el más inteligente. Atribuyamos, pues, esta cualidad a algo incontestable. Es el hijo primogénito del rey; esto es evidente, no tiene discusión. La razón no puede proceder mejor, pues la guerra civil es el mayor de los males.

V. EL MANUSCRITO PERIER (1710)

Era el manuscrito del canónigo Louis Périer (1651-1713), *último sobrino de Pascal. El original fue parcialmente reproducido por el P. Demolets* (1728) *y Dom Clemencet (hacia* 1750). *Desapareció, pero una copia, única sin duda, fue hecha en el transcurso del siglo* XVIII. *Esta copia permitió a Condorcet, Bossut, Faugère, Saint-Beuve, publicar inéditos.*

Reencontrada en 1944, *después de haber desaparecido en* 1869, *contiene textos conocidos únicamente gracias a ella, principalmente el* «Esprit géométrique».

978 (100-130) La naturaleza del amor propio y de este *yo* humano es la de no amar más que a sí mismo y de no considerar más que a sí mismo. Pero, ¿qué hará? No podrá impedir que este objeto que él ama no esté lleno de defectos y de miseria; quiere ser grande, se ve pequeño; quiere ser feliz, y se ve miserable; quiere ser perfecto, y se ve lleno de imperfecciones; quiere ser objeto de amor y de la estima de los hombres, y ve que sus defectos no merecen sino su aversión y su desprecio. Esta confusión en la que se halla produce en él la más injusta y la más criminal pasión que se pueda imaginar; porque concibe un odio mortal contra esta verdad que le reprende, y que le convence de sus defectos Desearía aniquilarla, y, no pudiendo destruirla en sí misma, la destruye, tanto como puede, en su conocimiento y en el de los demás; es decir, que pone todo su cuidado en encubrir sus defectos ante los demás y ante sí mismo,. y no puede soportar que se los hagan ver ni que se les vea.

Es sin duda un malestar lleno de defectos; pero es todavía un mal mayor el estar lleno de ellos y no quererlos reconocer, puesto que es añadir aun el de una ilusión voluntaria. Nosotros no queremos que los demás nos engañen; no hallamos justo que quieran ser estimados por nosotros más de lo que merecen: no es, pues, justo tampoco que les engañemos y que queramos que nos estimen más de lo que merecemos.

Así, cuando no descubren sino imperfecciones y vicios que en efecto tenemos, es claro que no nos hacen agravio ninguno, puesto que no son ellos su causa, y que nos hacen un bien, puesto que no ayudan a librarnos de un mal, como es la ignorancia de esas imperfecciones. No debemos disgustarnos de que las conozcan, y nos desprecien, siendo

justo que nos conozcan en lo que somos, y que nos desprecien, si somos despreciables.

He ahí los sentimientos que nacerían de un corazón que estuviera lleno de equidad y justicia. ¿Qué debemos decir, pues, del nuestro, viendo en él una disposición totalmente contraria? Porque, ¿no es cierto que odiamos la verdad y a aquellos que nos la dicen, y que nos gusta que se equivoquen en provecho nuestro, y que queremos ser estimados por ellos como no somos en efecto?

He ahí una prueba que me horroriza. La religión católica no obliga a descubrir los pecados indiferentemente a todo el mundo; permite que permanezcan ocultos a todos los demás hombres; pero exceptúa a uno solo, a quien manda descubrir el fondo de su corazón, y dejarse ver tal como se es. No hay más que este único hombre en el mundo al que ella nos ordene desengañar, y al que obliga a un secreto inviolable, que hace que este conocimiento esté en él como si no estuviera. ¿Se puede imaginar nada más caritativo ni más dulce? Y, sin embargo, la corrupción del hombre es tal que aún halla dureza en esta ley; y es esta una de las principales razones que han hecho rebelarse contra la Iglesia a una gran parte de Europa.

¡Qué injusto e irracional es el corazón del hombre, cuando encuentra mal que se le obligue a hacer ante un hombre lo que sería justo, de alguna manera, que hiciera ante todos los hombres! Pues, ¿es justo que les engañemos?

Existen diferentes grados en esta aversión contra la verdad; pero se puede decir que existe en todos en algún grado, porque es inseparable del amor propio. Es esta mala delicadeza la que obliga a los que tienen necesidad de reprender a los demás a elegir tantos rodeos y templanzas para evitar disgustarlos. Es necesario que disminuyan nuestros defectos, que aparenten excusarlos, que mezclen alabanzas y testimonios de afección y de estima. Con todo esto, esta medicina no deja de ser amarga al amor propio. Toman de ella lo menos posible, y siempre con disgusto, y a menudo incluso con un secreto despecho contra los que se la presentan.

Por eso sucede que, si uno tiene algún interés en ser amado por nosotros, se aparta de prestarnos un servicio que sabe que nos es desagradable; nos trata como queremos ser tratados: odiamos la verdad, nos la oculta; queremos ser adulados, nos adula; nos gusta ser engañados, nos engaña.

Esto es lo que hace que cada grado de buena fortuna que nos eleva en el mundo nos aleja más de la verdad, porque se teme más herir a aquellos cuyo aprecio es más útil y cuya aversión es más peligrosa. Un príncipe será el hazmerreír de toda Europa, y él será el único que no lo sabrá. No me sorprendo por ello: decir la verdad es útil

para aquel a quien se le dice, pero desventajoso para los que la dicen, porque le hacen odiar. Ahora bien, los que viven con los príncipes aman más sus intereses que el del príncipe al que sirven; y así, no se cuidan de procurarle ningún beneficio, perjudicándose a sí mismos.

Esta desgracia es, sin duda, mayor y más ordinaria en las grandes fortunas; pero las pequeñas no están exentas de ella, porque hay siempre algún interés en hacerse amar por los hombres. Así, la vida humana no es sino una ilusión perpetua; no se hace más que engañarse y adularse recíprocamente. Nadie habla de nosotros en presencia nuestra como lo hace en nuestra ausencia. La unión que existe entre los hombres no está basada más que sobre este mutuo engaño; y pocas amistades subsistirían, si cada uno supiera lo que su amigo dice de él cuando no está delante, aunque hable sinceramente y sin pasión.

El hombre no es, pues, sino disfraz, mentira e hipocresía, y ante sí mismo y ante los demás. No quiere, por tanto, que se le diga la verdad. Evita decírsela a los demás; y todas estas disposiciones, tan apartadas de la justicia y de la razón, tienen una raíz natural en su corazón.

979 (945-823) El día del juicio.

¡Ahí está, pues, Padre mío, lo que llamáis el sentido de Jansenio! ¡Ahí está, pues, lo que hacéis comprender al Papa y a los obispos!

Si los jesuitas estuviesen corrompidos y fuera verdad que estábamos solos, con mayor razón deberíamos persistir.

Quod bellum firmavit, pax ficta non auferat.

Neque benedictione, neque maledictione movetur, sicut angelus Domini[201].

Se ataca a la mayor de las virtudes cristianas.

Si la firma significa eso, que se me permita explicarla, a fin de que no haya equívoco: pues estoy de acuerdo en lo que algunos creen, en que firmar indica conocimiento.

Si el ponente no firmara, la decisión sería invalidada; si la bula no se firmase, sería válida; esto no es, pues...

«Pero, ¿podéis estar equivocado?» Juro que creo que yo puedo haberme equivocado; pero no juro que crea que estoy equivocado.

No es culpable de no creer, pero se será culpable de jurar sin creer... ¡menudos problemas!; el...

Estoy disgustado de deciros aquí: yo no hago más que relatar.

201 «Lo que la guerra ha confirmado es que una falsa paz no la evita.» Cf. *«Respuesta a los curas de París... (1.º de abril de 1658).»* II Reyes, XIV, 17: *«Pues igual que* un ángel de Dios, *así es mi Señor el rey,* que no se conmueve ni de la bendición ni de la maldición.»

Eso, con Escobar, los coloca a la cabeza; pero nó lo toman así: y testimonian el disgusto de verse entre Dios y el Papa[202]

980 (918bis-) Dicen que la Iglesia dice lo que (ella) no dice, y que (ella) no dice lo que (ella) dice.

981 (918-XXXIV) ¿Qué sería de los jesuitas sin la probabilidad y de la probabilidad sin los jesuitas?

Quitad la *probabilidad*, ya no se puede agradar al mundo; introducir la *probabilidad*, ya no se le puede desagradar.

En otro tiempo, era difícil evitar los pecados, y difícil expiarlos; ahora, es fácil encontrarlos de mil maneras y fácil de expiarlos.

982 (918ter-) Hemos formado la uniformidad de la diversidad, pues somos todos uniformes en aquello a lo que todos hemos llegado, a ser uniformes.

VI. LOS MANUSCRITOS GUERRIER

Existen tres del puño y letra del P. Pierre Guerrier. Los dos primeros, denominados gros in-4.º *y* grand in-4.º, *se conservan en los archivos de la familia Bellaigue de Bughas. La* B. N. *tiene copias de ellos: f. fr.* 12988 *y* 15281. *El tercero es el ms.* B. N. *f. fr.* 13913. *Los textos aquí reproducidos están tomados del* grand in-4.º *y* B. N. *f. fr.* 12988.

983 (276-473) M. de Roannez decía: «las razones me vienen después, pero antes la cosa me agrada o me disgusta sin saber la razón, y, sin embargo, me disgusta por esa razón que no descubro sino poco después». Pero yo creo que eso me disgustaba no por esas razones que uno encuentra después, sino que uno encuentra esas razones porque eso disgusta.

984 (216-222) Muerte repentina, única a temer, y por eso los confesores viven en casa de los grandes.

985 (942-XLI) ... Ahora bien, la probabilidad es necesaria para las otras máximas, como para la de Lamy y (la del) calumniador.

A fructibus eorum...[203] — Juzgar su fe por su moral.

202 En la edición de Chevalier, el fragmento que aquí nos da Lafuma, además del 823, contiene la última parte del *«Fragmento de una 19.ª Provincial, dirigida al padre Annat.»*

203 Mt., VII, 16: *«Los juzgaréis* por sus frutos.»

La probabilidad es poco sin los medios corrompidos, y los medios no son nada sin la probabilidad.

Hay placer en tener seguridad de poder hacer bien y de saber hacer bien: «Scire et posse». La gracia y la probabilidad lo dan, porque se puede rendir cuenta a Dios basándose en sus autores.

986 (891-XLIX) Hay que dar a conocer a los herejes que se valen de la doctrina de los jesuitas, que ésta no es la de la Iglesia..., la doctrina de la Iglesia; y que nuestras divisiones no nos separan de la unidad.

987 (892-XI/LXVII) Si al diferir condenáramos, tendríais razón. La uniformidad sin diversidad es inútil para los demás, la diversidad sin uniformidad es ruinosa para nosotros — La una, perjudicial para fuera; la otra, para dentro.

988 (488-429) ... Mas es imposible que Dios sea jamás el fin, si no es el principio. Uno dirige su vista a lo alto, pero se apoya sobre la arena: y la tierra cederá, y caerá mirando al cielo.

989 (935-XXXV) *Los jesuitas* — Los jesuitas han querido unir Dios al mundo, y no han conseguido sino el desprecio de Dios y del mundo. Pues, del lado de la conciencia, eso es evidente; y, del lado del mundo, no son buenos cabalistas. Tienen poder, como he dicho a menudo, pero con respecto a los demás religiosos. Tendrán crédito para hacer edificar una capilla y para tener una estación de jubileo, no para procurarse obispados, gobiernos locales. Es un necio puesto en el mundo el que los monjes tienen, según su propia confesión (P. Brisacier, *benedictinos)*. Sin embargo..., os doblegáis ante los más poderosos, y oprimís con todo vuestro pequeño crédito a los que tienen menos poder que vosotros en el mundo.

990 (948-XLV) Al corromper a los obispos y a la Sorbona, si no han tenido la ventaja de hacer el juicio justo, han tenido la de hacer los jueces injustos. Y de este modo, cuando en un futuro sean condenados, dirán *ad hominem* que son injustos, y refutarán así su sentencia. Pero eso no sirve de nada. Porque, así como no pueden concluir que los jansenistas estén bien condenados, por la sola razón de que están condenados, de la misma manera no podrán concluir entonces que ellos mismos sean mal condenados por jueces corruptibles. Pues su condenación será justa, no porque ella sea pronunciada por jueces siempre justos, sino por jueces justos en eso; lo que se demostrará por medio de las otras pruebas.

991 (952-XLVI) Ya que los dos principales intereses de la Iglesia son la conservación de la piedad de los fieles y la conversión de los herejes, estamos llenos de dolor al ver las facciones que hoy se forman para introducir los errores más capaces de cerrar para siempre a los herejes la entrada en nuestra comunión y de corromper mortalmente a las pocas personas piadosas y católicas que nos quedan. Esta acción que se emprende hoy tan abiertamente contra las verdades de la religión más importantes para la salvación, no sólo nos llena de disgusto, sino de espanto y de temor, porque, al margen del sentimiento que todo cristiano debe tener de estos desórdenes, tenemos además la obligación de remediarlos y de emplear la autoridad que Dios nos ha dado para hacer que los pueblos que El nos ha encomendado, etc.

992 (946bis-) Annat. Ejerce la disciplina sin ignorancia, y la autoridad sin presunción.

993 (909-717) Toda la sociedad entera de sus casuistas no puede asegurar a la conciencia en el error, y por eso es importante escoger buenos guías.

Así, serán doblemente culpables: por haber seguido caminos que no debían seguir, y por haber escuchado a doctores a los que no debían escuchar.

VII. PENSAMIENTOS INEDITOS

Fueron descubiertos por M. Jean Mesnard, profesor de la Facultad de Letras de Bordeaux. Cf. Blaise Pascal, textos inéditos, *recogidos y presentados por Jean Mesnard, extraídos de la edición del Tricentenario (Biblioteca Europea, Desclée de Brouwer).*

I. *En el margen de un opúsculo de los Papeles de Saint-Jean-d'Angély (Bibl. Mazarine).*

II. *Papel pegado en la Copia* 9203 *entre las páginas* 154 *y* 155. *Estaba atribuido a Nicole, cuando en realidad se trata de un autógrafo de Pascal.*

III-XV. B. N. *Colección Joly de Fleury,* 2466, *folios* 247, 248, 249.

I. Así los jesuitas hacen abrazar los errores o jurar que se los ha abrazado, y caer en el error o en el perjurio, y envenenar el espíritu o el corazón.

II. Porque, aunque hubiesen tenido, desde que hubieron sido hechas, alrededor de dos mil años, las escasas generaciones que habían pasado hacían que fueran tan recientes para los hombres de aquel tiempo como lo son para

nosotros en el presente las que han acaecido hace aproximadamente trescientos años. Ello proviene de la larga vida de los primeros hombres. De suerte que Sem, que ha visto a Lamech, etc. Esta prueba basta para convencer a las personas razonables de la veracidad del diluvio y de la creación, y ello manifiesta la providencia de Dios, la cual, viendo que la creación comenzaba a alejarse, ha suministrado un historiador que se puede llamar contemporáneo, y ha encomendado a todo un pueblo la custodia de su libro. Y lo que es aún más admirable es que este libro ha sido abrazado unánimemente y sin ninguna contradicción, no solamente por todo el pueblo judío, sino también por todos los reyes y por todos los pueblos de la tierra, que lo han recibido con un respeto y una veneración muy particular.

III. Es bueno llevar a las personas renovadas interiormente por la gracia a hacer obras de piedad y de penitencia proporcionadas a su capacidad, porque lo uno y lo otro son conservados por la proporción que hay entre la bondad de las obras y el espíritu con el cual son hechas. Cuando se obliga a obras extraordinarias de piedad y de penitencia al que aún no está renovado interiormente, se echa a perder lo uno y lo otro: corrompiendo el hombre, por su malicia, las obras, y colmando las obras la debilidad del hombre, que no es capaz de asumirlas.

Es un mal signo el ver a una persona hacer obras externas desde el momento mismo de su conversión. El orden de la caridad debe arraigar en el corazón antes de realizar buenas obras exteriores.

IV. Cuando nuestra pasión nos lleva a hacer algo olvidamos nuestro deber, como: amamos un libro, lo leemos, cuando deberíamos hacer otra cosa. Pero, para recordarlo, hay que proponerse hacer algo que odiemos, y entonces nos excusamos con el hecho de que hay otra cosa que hacer, y uno se acuerda de su deber por este medio.

V. Hay algo en mi interior que me impide convenir con lo que dice Montagine, que la vivacidad y la firmeza se debilitan en nosotros con la edad. No quisiera que eso pasase. Me doy envidia a mí mismo. Este yo de veinte años ya no es el mío.

VI. El sueño es la imagen de la muerte, decís; y yo os digo que es más bien la imagen de la vida.

VII. Aristóteles, que ha escrito un *Tratado del Alma*, no habla, según Montaigne, más que de los efectos del alma, lo cual no es ignorado por nadie; y no dice nada de su esencia, ni de su origen, ni de su naturaleza, y es eso lo que se quiere saber.

VIII. Uno se retira y oculta ocho meses en el campo, para vivir cuatro con éxito en la corte.

IX. Ningún placer tiene sabor para mí, dice Montaigne, sin comunicación: señal de la estima que el hombre hace del hombre.

X. La Escritura remite al hombre a las hormigas: gran señal de la corrupción de su naturaleza. ¡Es bueno ver al dueño del mundo remitirse a las bestias como a los maestros de la sabiduría!

XI. Quien se da cuenta de haber dicho o hecho una tontería cree siempre que ésa será la última. Lejos de concluir por ello que hará bien otras, concluye que aquélla le impedirá hacerlas.

XII. Los filósofos de la Escuela hablan de la virtud y de los retóricos de la elocuencia sin conocerlos. Presentadles a los unos un hombre verdaderamente virtuoso, pero sin brillantez, y a los otros un discurso lleno de bellezas naturales, pero sin florituras: no entenderán nada.

XIII. Yo no hallo nada tan fácil como el tratar de narración a todo eso. Pero no hallo nada tan difícil como responder a ello.

XIV. ¿Por qué Dios no se muestra? — ¿Sois digno de El? — Sí. — Sois muy presuntuoso, e indigno por eso — No — Sois, pues, digno de El.

XV. Dios está oculto. Pero se deja hallar por los que le buscan. En todos los tiempos ha habido señales claras de El. Las nuestras son las profecías. En otros tiempos han habido otras. Todas estas pruebas se han conservado. Si una es verdadera, la otra también. Así, cada tiempo, habiendo tenido las que le eran propias, ha conocido por ellas a las otras. Los que han visto el diluvio han creído en la creación, y han creído en el Mesías por venir. Los que han visto a Moisés han creído en el diluvio y en el cumplimiento de las profecías. Y nosotros, que vemos el cumplimiento de las profecías, debemos creer en el diluvio y la creación.

PALABRAS ATRIBUIDAS A PASCAL

1000 M. Pascal decía de *los autores que, al hablar de sus obras, dicen: «Mi libro, mi comentario, mi historia, etc.», sienten que sus ideas tienen casa propia, y siempre un «mi» en los labios. Mejor harían,* añadía este hombre ex-

traordinario, *en decir: «Nuestro libro, nuestro comentario, nuestra historia, etc.», ya que, de ordinario, hay en ello más buen juicio ajeno que propio.* (Referido por De Vigneul-Marville.)

1001 *No puedo perdonar a Descartes: él hubiera querido, en toda su filosofía, poder prescindir de Dios; pero no ha podido evitar darle un papirotazo para poner al mundo en movimiento; después de eso, no sabe qué hacer de Dios.* (Referido por Margarita Périer.)

1002 1.° Se me pregunta si no me arrepiento de haber escrito las *Provinciales.* Respondo que, muy lejos de arrepentirme de ello, si las tuviera que escribir de nuevo (1662), las haría todavía más fuertes.

2.° Se me pregunta por qué he citado el nombre de los autores de los que he tomado todas las proposiciones abominables que he referido en ellas. Respondo que, si estuviera en una ciudad en la que hubiesen doce fuentes, y sospechara ciertamente que una de ella estaba envenenada, me vería obligado a advertir a todo el mundo que no fuera a sacar agua de esa fuente; y, dado que podría creerse que es una pura imaginación mía, estaría obligado a nombrar a aquel que la ha envenenado, antes que exponer a toda una ciudad a envenenarse.

3.° Se me pregunta por qué he empleado un estilo agradable, burlón y divertido. Respondo que, si hubiera escrito en un estilo dogmático, no hubiera tenido más lectores que los sabios, y aquellos no tendrían necesidad de hacerlo, al saber tanto como yo sobre ese asunto: así, he creído que haría falta escribir de una manera propia para hacer leer mis cartas a las mujeres y a la gente de mundo, a fin de que conociesen el peligro de todas esas máximas y de todas esas proposiciones que se extienden por todas partes, y ante las que uno se deja fácilmente convencer.

4.° Se me pregunta si yo mismo he leído todos los libros que cito. Respondo que no: ciertamente, hubiese hecho falta que hubiera empleado mi vida en leer muy malos libros; pero he leído por completo a Escobar dos veces; y, en lo que respecta a los demás, los he hecho leer por mis amigos; pero no he empleado un solo pasaje sin haberlo leído yo mismo en el libro citado, y sin haber examinado la materia sobre la que está versado, y sin haber leído lo que precede y lo que sigue, para no arriesgarme a citar una objeción por una respuesta, lo que habría sido reprochable e injusto. (Referido por Margarita Périer.)

1003 *¡He ahí una bella ocupación para M. Arnauld, el trabajar en una lógica! Las necesidades de la Iglesia requieren todo su trabajo.* (Referido por el abate Pascal.)

1004 Se le oye a menudo decir (a propósito de la educación de un príncipe) que *No hay nada a lo que más desearía contribuir, si estuviera en ello comprometido y sacrificara voluntariamente su vida por algo importante.* (Referido por Nicole.)

1005 El difunto Pascal, cuando quería dar un ejemplo de un ensueño que podía ser aprobado por terquedad, proponía de ordinario la opinión de Descartes sobre la materia y sobre el espacio. (Referido por Nicole.)

1006 *La piedad cristiana aniquila al yo humano, y la civilización humana lo oculta, y lo suprime.* (Referido en *La lógica de Port-Royal.)*

1007 M. Pascal ha escrito en el lomo de su Biblia: *Toda las falsas bellezas que hallamos en San Agustín tienen admiradores y en gran número.* (Manuscrito 4333. Biblioteca Nacional, *f. fr.)*

1008 El difunto M. Pascal llamaba a la filosofía cartesiana *la novela de la naturaleza, comparable poco más o menos a la historia de Don Quijote...* (Referido por Menjot.)

1009 M. le Maistre. Informes.

M. Pascal se burlaba de ellos y decía a M. le Maistre que estaban bien escritos para los intrigantes de palacio, que no entendían nada de eso. (B. N. n. acq. ms. 4333.)

1010 M. Pascal deseaba que todas las formas de hablar en verso fueran francesas y buenas; que fueran nobles y muy bien sostenidas: de lo contrario, es un galimatías. (B. N. n. acq. ms. 4333.)

Tablas de concordancias

(Ediciones Lafuma, Brunschvicg y Chevalier)

I

Br.	La.	Ch.
1	512	21
2	511	22
3	751	23
4	513	24
5	534	25
6	814	26
7	510	17
8	766	18
9	701	93
10	737	43
11	764	208
12	581	208b
13	635	208a
14	652	44
15	584	244
16		24a
17	717	45
18	744	147
18	745	44b
19	976	63
20	683	68
21	684	69
22	696	65
23	784	66
24	710	46
25	667	47
26	578	48
27	559	49
28	580	50
29	675	36
30	610	32
30	611	

Br.	La.	Ch.
30 bis	610	
31	728	33
32	585	37
33	586	38
34	587	39
35	647	40
36	605	41
37	195	42
38	732	32
39	765	35
40	527	67
41	798	34-132
42	636	132a
43		64
44	671	15
45	557	30
46	670	14
47	555	62
48	515	61
49	509	52
50	789	51
51	886	386
52	888	54
53	579	53
54	572	55
55	907	56
56	583	57
57	528	58
58	772	59
59	637	60
60	6	73
61	694	70

Br.	La.	Ch.
62	780	76
63	680	77
64	689	79
65	649	78
66	72	81
67	23	196
68	778	82
69	41	84a
69	723	
70	519	84c
71	38	84b
72	199	84
73	76	189
74	408	188
74 bis	479	
75	958	191
76	553	193
77	1001	194
78	887	195
79	84	192
80	98	101
80	99	
81	661	103
82	44	104-92
83	45	92
84	551	108
85	531	109
86	196	110
87	506	106
88	779	111
89	419	449
90	506	105-117
91	660	118
92	125	119
93	126	120
94	630	121
94 bis	664	
95	646	122
96	736	123
97	634	127
98	193	124
99	539	472
100	978	130
101	792	131
102	535	140
103	770	182
104	937	183
105	529	161
106	805	162
107	552	163
108	742	174
109	638	166-167
109	639	
110	73	170
111	55	172
112	54	171
113	17	173
114	558	28
115	65	29
116	129	125
117	35	126
118	715	129
119	698	31
120	541	27

Br.	La.	Ch.
121	663	128
122	802	112
123	673	113
124	672	114
125	124	159
126	78	160
127	24	199
128	79	200
129	641	198
130	415	202
131	622	201
132	49	179
133	13	115
134	40	116
135	773	203
136	43	175
137	478	204
138	879	205a
139	136	205
140	522	176
141	39	177
142	137	206
143	139	207
144	687	80
145	523	209
146	620	210
147	806	145
148	120	151
149	31	152
150	627	153
151	63	149
152	77	146
153	628	150
154	51	233a
155	606	157
156	29	155
157	123	156
158	37	154
159	643	148
160	795	267
161	16	178
162	413	180
163	46	180a
163 bis	197	
164	36	211
165	889	212
165 bis	70	
166	138	218
167	10	215
168	133	213
169	134	214
170	132	216
171	414	217
172	47	168
173	561	190
174	403	169 y a
174 bis	69	
175	709	220
176	750	221
177	62	224
178	320	225a
179	753	225
180	705	223
181	56	164

Br.	La.	Ch.
182	640	165
183	166	226
184	4	365
185	172	9
186	591	9a
187	12	1
188	669	10
189	162	11
190	156	12
191	932	13
192	853	337
193	810	361a
194	427	335
194 bis	432	8-16-335(a-t)-336
194 ter	432	
195	428	334-107
196	731	338
197	383	339
198	632	340
199	434	341
200	163	342
201	441	420
202	596	572b
203	386	343
204	159	344 y a
204 bis	293	
205	68	88
206	201	91
207	42	90
208	194	89
209	361	158
210	165	227
211	151	351
212	757	350
213	152	349
214	625	142
215	716	219
216	984	222
217	823	345
218	164	346
219	612	347
220	409	348
221	161	354
222	882	357
223	227	358
224	168	359
225	157	360
226	150	361
227	2 y 3	353
228	244	352
229	429	414
230	809	447
231	420	444
232	682	445
233	418	451
234	577	452
235	206	452a
236	158	453
237	154	454
238	153	455
239	748	456
240	816	457
241	387	458

Br.	La.	Ch.
242	781	366
243	463	6
244	3	362
245	808	482
246	11	441
247	5	442
248	7	471
249	364	467
250	944	469
251	219	834
252	821	470
253	183	3
254	187	280
255	181	780
256	179	781
257	160	364
258	755	363
259	815	485
260	504	249
260 bis	505	
261	176	248
262	908	282
263	574	440
264	941	253
265	185	459
266	782	460
267	188	466
268	170	461
269	167	463
270	174	462
271	82	464
272	182	465
273	173	4
274	530	474
275	975	475
276	983	473
277	423	477
278	424	481
279	588	480
280	377	476
281	155	478
282	110	479
283	298	72
284	380	835
285	895	836
286	381	837
287	382	838-840
288	394	839
289	482	487
290	402	486
291	9	232
292	20	233
293	51	233
294	60	230
295	64	231
296	59	234
297	86	235
298	103	285
299	81	238
300	876	239
301	711	240
302	88	241
303	554	242
304	828	289

Br.	La.	Ch.
305	50	291
306	767	290
307	87	292
308	25	293
309	61	237
310	797	245
311	665	243
312	645	236
313	94	295
314	796	246
315	89	299
316	95	298
317	80	303
317 bis	32	303a
318	19	302a
319		302
320	977	296
320 bis	30	
321	465	304
322	104	305
323	688	306
324	101	307
325	525	287
326	66	288
327	83	308
328	93	309
329	96	300
330	26	297
331	533	294
332	58	244
333	650	301
334	97	247
335	92	310
336	91	311
337	90	312
338	14	313
339	111	258
339 bis	108	355
340	741	262
341	738	259
342	105	260
343	107	261
344	112	272
345	768	266
346	759	257
347	200	264
348	113	265
349	115	356
350	146	374
351	829	321
352	724	322
353	681	323
354	27	318
355	771	319
356	514	320
357	783	324
358	678	329
359	674	325
360	144	376
361	147	375
362	960	371
363	507	371
364	508	372
365	756	263
366	48	95
367	22	96
368	686	94
369	651	97
370	542	98
371	556	99
372	656	100
373	532	71
374	33	185
375	520	252
376	34	186
377	655	187
378	518	327
379	57	326
380	540	229
381	21	85
382	699	86
383	697	87
384	177	250
385	905	228
386	803	380
387	521	382
388	52	381
389	75	367
390	896	385
391	658	387
392	109	383
393	794	286
394	619	389
395	406	273
396	128	271
397	114	255
398	116	269
399	437	256
400	411	278
401	685	277
402	118	284
403	106	283
404	470	276
405	71	143
406	477	144
407	537	141
408	526	279
409	117	268
410	15	268a
411	633	274
412	621	316
413	410	317
414	412	184
415	127	254
416	122	314
417	629	315
418	121	328
419	464	332
420	130	330
421	405	333
422	631	393
423	119	331
424	404	437
425	148	370
426	397	368
427	400	275
428	466	7
429	53	369

Br.	La.	Ch.
430	149	483
430 bis	230	
431	430	388
432	691	384
433	215	436
434	131	438
435	208	439
436	28	197 y a
436 bis	890	
437	401	270
438	399	415
439	491	422
440	600	423
441	471	421
442	393	428
443	613	427
444	229	833
445	695	448
446	278	421a
447	804	425
448	642	417
449	467	418
450	595	419
451	210	134
452	657	133
453	211	135
454	74	137
455	597	136
456	749	138
457	668	139
458	545	696
459	918	697
460	933	698
461	145	373
462	626	378
463	142	379
464	143	390
465	407	391
466	140	692
467	100	691
468	220	700
469	135	443
470	378	699
471	396	832
472	362	702
473	371	704
474	368	705
475	374	706
476	373	707
477	421	703
478	395	701
479	618	433
480	370	708
481	359	714
482	360	709
483	372	710
484	376	713
485	564	712
486	788	424
487	833	430
488	988	429
489	205	431
490	935	450
491	214	432
492	617	434
493	216	435
494	450	436
495	623	716
496	365	717
497	774	725
498	924	723
499	928	719
500	473	715
501	754	718
502	603	672
503	375	673
504	947	671
505	927	656
506	690	655
507	702	653
508	869	654
509	141	377
510	239	484
511	231	605
512	957	639
513	930	659
514	969	661-664
515	546	666
516	703	668
517	202	657
518	921	663
519	807	670
520	925	669
521	662	674
522	824	667
523	226	675
524	354	676
525	398	392
526	352	677
527	192	75
528	212	618
529	353	679
530	712	680
531	538	662
532	800	683
533	897	694
534	562	681
535	422	682
536	99	102
537	351	684
538	358	685
539	356	686
540	917	687
541	357	688
542	426	695
543	190	5
544	460	721
545	271	689
546	416	690
547	189	730
548	417	729
549	191	728
550	931	732
551	213	733
552	560	735
553	919	736
554	943	734
555	929	737

Br.	La.	Ch.
556	449	602
557	444	603
558	445	604
559	448	606
599 bis	440	446
560	431	640 y a
560 bis	442	
561	820	814
562	468	74
563	175	2
564	835	831
565	439	588
566	232	573
567	576	791
568	760	587
568	763	
568 bis	761	
568	762	
569	313	785
570	223	571
571	502	574
572	457	589a
573	893	578
574	472	579
575	566	580
576	594	581
577	469	510
578	236	582
579	536	787
580	934	416
581	234	596
582	926	597
583	740	792
584	461	647
585	242	598
586	446	599
587	291	827
588	842	828
588 bis	458	
589	747	824
590	480	395
591	565	394
592	204	396
593	822	397
594	481	398
595	203	399
596	1	404
597	207	401
598	218	400
599	209	402
600	321	403
601	243	413
602	8	405
603		
604	425	726
605	284	727
606	421	703
607	287	495
608	289	496
609	286	497
610	453	498
611	369	499
612	799	500
613	281	776

Br.	La.	Ch.
614	280	777
615	817	830
616	282	774
617	390	775
618	456	406
619	454	407
620	451	408
621	435	409
622	474	410
623	350	529a
624	292	489
625	296	490
626	290	491
627	790	524b
628	436	412
629	295	511a
630	384	512
630 bis	492	
631	452	511
632	970	411a
633	971	411b
634	972	411
635	277	512a
636	959	524a
637	342	507
638	305,	509
639	314	508
640	311	505
641	495	506
642	274	541
643	275	560
644	392	542
645	238	561
646	573	773
647	245	549
648	252	550
649	254	551
650	217	552
651	575	553
652	349	562c
653	248	562d
654	968	562 y a-740
655	283	549a
656	590	549b
657	246	562b
658	938	562e
659	501	556
660	616	557
661	945	724
662	256	577
663	615	575
664	614	576
665	849	608
666	801	722
667	250	519a
668	948	648
669	582	583a
670	270	583
671	838	584
672	367	585
673	826	572-586
673 bis	827	
674	247	572a
675	503	563

Br.	La.	Ch.
676	475	564
677	265	565
678	260	566
679	253	567
680	267	568
681	249	568a
682	486	568b
683	268	569
684	257	558
685	259	559
686	263	559a
687	272	555
688	476	554
689	288	492
690	279	493
691	276	558a
692	269	570
693	198	393
694	326	522
695	343	524d
696	171	524c
697	312	534e
698	936	523
699	319	525
700	500	454
701	317	503-544
702	297	501
703	294	502
704	589	504
705	240	524
706	335	526
707	385	527
708	333	546
709	336	547
710	332	528
711	484	529
712	819	530
713	489	531
713 bis	459	
714	493	535d
714	494	
714	496	
714	497	
715	498	535e
716	334	535f
717	455	535g
718	348	355b
719	266	535b
720	340	535d
721	490	535l
722	485	534
723	341	548
724	338	535
725	330	532a
726	483	532-533-535a
727	487	612
727 bis	345	
728	258	535c
729	346	615
730	324	614
731	624	612a
732	328	617
733	325	616
734	329	543

Br.	La.	Ch.
735	347	613
736	609	618
737	793	600
738	339	536
739	462	537-609
740	388	488
741	811	538
742	299	540
743	304	539
744	550	181-665
745	273	515
746	264	494
747	222	516
747 bis	178	779a
747 ter	366	779
748	331	517
749	391	514
750	592	518
751	228	591
752	315	592
753	337	593
754	730	594
755	318	644
756	344	595
757	261	590
758	255	589
759	102	513
760	503	519
761	488	520
762	262	521
763	306	635
764	307	634
765	241	601
766	607	619
766 bis	608	
767	355	641
768	570	610
769	447	652
770	327	611
771	235	658
772	301	650
773	323	642a
774	221	642
775	571	643
776	785	644a
777	791	660
778	544	644b
779	548	83
780	549	646
781	910	645
781	911	
781	912	
782	818	649
783	433	651
784	547	607
785	946	731
786	300	631
787	746	630
788	719	826
789	225	638
790	940	636a
791		636b
792	499	636
793	308	829

Br.	La.	Ch.	Br.	La.	Ch.
794	389	632	854		
795	237	637	855	836	LXII
796	233	633	856	922	L
797	309	744	857	758	786
798	812	742	858	776	778
799	303	743	859	743	783
800	316	741	860	884	782
801	310	739	861	845	784
802	322	738	862	733	788
803	832	750	863	443	789
804	891	755	864	739	793
805	861	745	865	786	790
806	848	746	866	752	19
807	860	748	867	285	816
808	846	627	868	598	803
809	302	627a	869	517	804
810	831	627b	870	706	818
811	184	624	871	604	809
812	169	625	872	569	810
813	872	749	873	677	LXIV
814	863	749a	874	567	808
815	568	626	875	867	813
816	224	281	876	726	807
817	734	825	877	708	812
818	735	825a	878	85	821
819	857	755a	879	67	811
820	875	757	880	516	806
821	850	758	881	874	817
822	892	763	882	914	LXV
823	837	759	883	862	LXVII
824	873	761	884	864	802a
825	379	762	884 bis	725	
826	834	760	885	602	801
827	839	756-756a	886	563	800
828	856	766a	887	900	802b
829	841	623	888	961	802c y d
830	718	621	889	965	802
831	880	LII	890	868	816a
832	865	LIII	891	986	XLIX
833	648	LV	892	987	XI-LXVII
834	855	LVI	893	847	795
835	852	752	894	679	796
836	843	751	895	813	794
837	844	629	896	967	799
838	180	620	897	939	797
839	854	753	898	707	798
840	858	LVII	899	775	820
841	901	766-LIV	900	251	550b
841	902		901	825	550a
842	851	627a	902	962	251
843	840	754	902 bis	915	
844	894	LXX	903 y bis	769	815
844	899		904	727	XXII
844 bis	871	LXXI	905	923	819
845	870	LIX	906	693	720
846	878	768	907	601	LVIII
847	777	770	908	599	XXVI
848	438	769	909	993	717
849	877	805-LX	910	644	XXXI
850	881	764-LI-800a	911	659	XXXII
851	903	747-767-771-LXIII	912	720	20
			913	653	XXIV
852	859	765-772-LXI	914	363	XIX
853	524	LXa	915	692	XX

Br.	La.	Ch.	Br.	La.	Ch.
916	906	XXV	937	676	XXXVII
917	721	XXVII	938	543	XLVIII
918	981	XXXIV	939	654	
918 bis	980		940	963	XIII
918 ter	982,		941	942	XXVII
919	973	XXXIII	942	985	XLI
920	916	XXIX-LXVI	943	787	711
921	960	III	944	714	XXIII
922	722	XXX	945	979	823
923	713	468	946	883	XLIII
924	909	VI	946 bis	992	
925	954	I	947	186	XLII
926	966	IX	948	990	XLV
927	904	V	949	974	822
928	956	II	950	951	XVIII
929	955	VII	951	950	XVIIa
930	949	XV	952	991	XLVI
931	729	XXI	953	964	XIV
932	666	XXXIX	954	704	XLIV
933	898	XXXVIII	955	18	IV
934	700	XVI	956	952	X
935	989	XXV	957	920	VIII
936	885	XXXVI	958	953	XII

II

Ch.	Br.	La.	Ch.	Br.	La.
1	178	12	31	119	698
2	563	175	32	30	610
3	253	183	32	38	732
4	273	173	33	31	728
5	543	190	34	41	798
6	243	463	35	39	765
7	428	466	36	29	675
8	194 bis	432	37	32	585
9	185	172	38	33	586
9a	186	591	39	34	587
10	188	669	40	35	647
11	189	162	41	36	605
12	190	156	42	37	195
13	191	932	43	10	737
14	46	670	44	14	652
15	44	671	44b		745
16	194 bis	432	45	17	717
17	7	510	46	24	710
18	8	766	47	25	667
19	866	752	48	26	578
20	912	720	49	27	559
21	1	512	50	28	580
22	2	511	51	50	789
23	3	571	52	49	509
24	4	513	53	53	579
24a	16		54	52	888
25	5	534	55	54	572
26	6	814	56	55	907
27	120	541	57	56	583
28	114	558	58	57	528
29	115	65	59	58	772
30	45	557	60	59	637

Ch.	Br.	La.	Ch.	Br.	La.
61	48	515	122	95	646
62	47	555	123	96	736
63	19	976	124	98	193
64	43		125	116	129
65	22	696	126	117	35
66	23	784	127	97	634
67	40	527	128	121	663
68	20	683	129	118	715
69	21	684	130	100	978
70	61	694	131	101	792
71	373	532	132	41	798
72	283	298	132a	42	636
73	60	6	133	452	657
74	562	468	134	451	210
75	527	192	135	453	211
76	62	780	136	455	597
77	63	680	137	454	74
78	65	649	138	456	749
79	64	689	139	457	668
80	144	687	140	102	535
81	66	72	141	407	537
82	68	778	142	214	625
83	779	548	163	405	71
84	72	199	144	406	477
84a	69	41	145	147	806
84b	71	38	146	152	77
84c	70	519	147	18	744
85	381	21	148	159	643
86	382	699	149	151	63
87	383	697	150	153	628
88	205	68	151	148	120
89	208	194	152	149	31
90	207	42	153	150	627
91	206	201	154	158	37
92	83	45	155	156	29
93	9	701	156	157	123
94	368	686	157	155	606
95	366	48	158	209	631
96	367	22	159	125	124
97	369	651	160	126	78
98	370	542	161	105	529
99	371	556	162	106	805
100	372	656	163	107	552
101	80	98	164	181	56
102	536	99	165	182	640
103	81	661	166	109	638
104-92	82	44	167	109	638
105	90	506	168	172	47
106	87	506	169 y a	174	403
107	195	428	170	110	73
108	84	551	171	112	54
109	85	531	172	111	55
110	86	198	173	113	17
111	88	779	174	108	742
112	122	802	175	136	43
113	123	673	176	140	522
114	124	672	177	141	39
115	133	13	178	161	16
116	134	40	179	132	49
117	90	506	180	162	413
118	91	660	180a	163	46
119	92	125	181	744	550
120	93	126	182	103	770
121	94	630	183	104	937

Ch.	Br.	La.	Ch.	Br.	La.
184	414	412	243	311	665
185	374	33	244	332	58
186	376	34	244a	15	584
187	377	655	245	310	797
188	74	408	246	314	796
189	73	76	247	334	97
190	173	561	248	261	176
191	75	958	249	260	504
192	79	84	250	384	177
193	76	553	251	902	962
194	77	1001	252	375	520
195	78	887	253	264	941
196	67	23	254	415	127
197 y a	436	28	255	397	114
198	129	641	256	399	437
199	127	24	257	346	759
200	128	79	258	339	111
201	131	622	259	341	738
202	130	415	260	342	105
203	135	773	261	343	107
204	137	478	262	340	741
205	139	136	263	365	756
205a	138	879	264	347	200
206	142	137	265	348	113
207	143	139	266	345	768
208	11	764	267	160	795
208a	13	635	268	409	117
208b	12	591	268a	410	15
209	145	523	269	398	116
210	146	620	270	437	401
211	164	36	271	396	128
212	165	889	272	344	112
213	168	133	273	395	406
214	169	134	274	411	633
215	167	10	275	427	400
216	170	132	276	404	470
217	171	414	277	401	685
218	166	138	278	400	411
219	215	716	279	408	526
220	175	709	280	254	187
221	176	750	281	816	224
222	216	984	282	262	908
223	180	705	283	403	106
224	177	62	284	402	118
225	179	753	285	298	103
225a	178	320	286	393	794
226	183	166	287	325	525
227	210	165	288	326	66
228	385	905	289	304	828
229	380	540	290	306	767
230	294	60	291	305	50
231	295	64	292	307	87
232	291	9	293	308	25
233	293	51	294	331	533
233a	154	51	295	313	94
233b	292	20	296	320	977
234	296	59	297	330	26
235	297	86	298	316	95
236	312	645	299	315	89
237	309	61	300	329	96
239	300	876	301	333	650
240	301	711	302	319	
241	302	88	302a	318	19
242	303	554	303	317	80

Ch.	Br.	La.
303a	317 bis	32
304	321	465
305	322	104
306	323	688
307	324	101
308	327	83
309	328	93
310	335	92
311	336	91
312	337	90
313	338	14
314	416	122
315	417	629
316	412	621
317	413	410
318	354	27
319	353	771
320	356	514
321	351	829
322	352	724
323	353	681
324	357	783
325	359	674
326	379	57
327	378	518
328	418	121
329	358	678
330	420	130
331	423	119
332	419	464
333	421	405
334	195	428
335	194	427
335 y a	194 bis	432
336	194 bis	432
337	192	853
338	196	731
339	197	383
340	198	632
341	199	434
342	200	163
343	203	386
344 y a	204	159
345	217	823
346	218	164
347	219	612
348	220	409
349	213	152
350	212	757
351	211	151
352	228	244
353	227	2 y 3
354	221	161
355	339 bis	108
356	349	115
357	222	882
358	223	227
359	224	168
360	225	157
361	226	150
361a	193	810
362	244	3
363	258	755
364	257	160
365	184	4
366	242	781
367	389	75
368	426	397
369	429	53
370	425	148
371	362	960
371	363	507
372	364	508
373	481	145
374	350	146
375	361	147
376	360	144
377	509	141
378	462	626
379	463	142
380	386	803
381	388	52
382	387	521
383	392	109
384	432	691
385	390	896
386	51	886
387	391	658
388	431	430
389	394	619
390	464	143
391	465	407
392	525	398
393	693	198
394	591	565
395	590	480
396	592	204
397	593	822
398	594	481
399	595	203
400	598	218
401	597	207
402	599	209
403	600	321
404	596	1
405	602	8
406	618	456
407	619	454
408	620	451
409	621	435
410	622	474
411	634	972
411a	632	970
411b	633	971
412	628	436
413	601	243
414	229	429
415	438	399
416	580	934
417	448	642
418	449	467
419	450	595
420	201	441
421	441	471
421a	446	278
422	439	491
423	440	600
424	486	788

Ch.	Br.	La.
425	447	804
426	433	215
427	443	613
428	442	393
429	488	988
430	487	933
431	489	205
432	491	214
433	479	618
434	492	617
435	493	216
436	494	450
437	424	404
438	434	131
439	435	208
440	263	574
441	246	11
442	247	5
443	469	135
444	231	420
445	232	682
446	559 bis	440
447	230	809
448	445	695
449	89	419
450	490	935
451	233	418
452	234	577
452a	235	206
453	236	158
454	237	154
455	238	153
456	239	748
457	240	816
458	241	387
459	265	185
460	266	782
461	268	170
462	270	174
463	269	167
464	271	82
465	272	182
466	267	188
467	249	364
468	923	713
469	250	944
470	252	821
471	248	7
472	99	539
473	276	983
474	274	530
475	275	975
476	280	377
477	277	423
478	281	155
479	282	110
480	279	588
481	278	424
482	245	808
483	430	149
484	510	239
485	259	815
486	290	402
487	289	482
488	740	388
489	624	292
490	625	296
491	626	290
492	689	288
493	690	279
494	746	284
495	607	287
496	608	289
497	609	286
498	610	453
499	611	369
500	612	799
501	702	297
502	703	294
503	701	317
504	704	589
505	640	311
506	641	495
507	637	342
508	639	314
509	638	305
510	577	469
511	631	452
511a	629	295
512	630	384
512a	635	277
513	759	102
514	749	391
515	745	273
516	747	222
517	748	331
518	750	592
519	760	593
519a	667	250
520	761	488
521	762	262
522	694	326
523	698	936
524	705	240
524a	636	954
524b	627	790
524c	696	171
524d	695	343
525	699	319
526	706	335
527	707	385
528	710	332
529	711	848
529a	623	350
530	712	819
531	713	489
532	726	483
532a	725	330
533	726	483
534	722	485
534a	697	312
535	724	338
535b	718	348
535b	719	266
535c	728	258
535d	714	493
535e	715	498
535f	716	334

Ch.	Br.	La.	Ch.	Br.	La.
535g	717	455	583	670	270
535l	721	490	583a	669	582
535j	720	340	584	671	838
536	738	339	585	672	367
537	739	462	586	673	826
538	741	811	587	568	760
539	743	304	588	565	439
540	742	299	589	758	255
541	642	274	589a	572	457
542	644	392	590	757	261
543	734	329	591	751	228
544	701	317	592	752	315
545	700	500	593	753	337
546	708	333	594	754	730
547	709	336	595	756	354
548	723	341	596	581	234
549	647	245	597	582	926
549a	655	283	598	585	242
549b	656	590	599	586	446
550	648	252	600	737	793
550a	901	825	601	765	241
550b	900	251	602	556	449
551	649	254	603	557	444
552	650	217	604	558	445
553	651	575	605	511	231
554	688	476	606	559	448
555	687	272	607	784	547
556	659	501	608	665	849
557	660	616	609	739	462
558	684	257	610	768	540
558a	691	276	611	770	327
559	685	259	612	727	487
559a	686	263	612d	731	624
560	643	275	613	735	347
561	645	238	614	730	324
562b	657	246	615	729	346
562c	652	349	616	733	325
562d	553	248	617	732	328
562 y a	654	968	618	736	609
562e	658	938	619	766	607
563	675	503	620	838	180
564	676	475	621	830	718
565	677	265	622		
566	678	260	623	829	841
567	679	253	624	811	184
568	680	267	625	812	169
568a	681	249	626	815	568
568b	682	486	627	808	846
569	683	268	627a	809	302
570	692	269	627b	810	831
571	570	223	627d	842	851
572	673	826	628		
572a	674	247	629	837	844
572b	202	596	630	787	746
573	566	232	631	786	300
574	571	502	632	794	389
575	663	615	633	796	233
576	664	614	634	764	307
577	662	256	635	763	306
578	573	893	636	792	499
579	574	472	636a	790	940
580	575	566	636b	791	
581	576	594	637	795	237
582	578	236	638	789	225

Ch.	Br.	La.	Ch.	Br.	La.
639	512	957	700	468	220
640 y a	560	431	701	478	395
641	767	355	702	472	362
642	774	221	703	477	421
642a	773	323	703 bis	606	421
643	775	571	704	473	371
644	755	318	705	474	368
644a	776	385	706	475	374
644b	778	540	707	476	373
645	781	910	708	480	370
646	780	549	709	482	360
647	584	461	710	483	372
648	668	948	711	982	943
649	782	818	712	485	564
650	772	301	713	483	376
651	783	433	714	481	359
652	769	447	715	500	473
653	507	702	716	495	623
654	508	869	717	496	365
655	506	690	717 bis	909	993
656	505	927	718	501	754
657	517	202	719	499	928
658	771	235	720	906	693
659	513	930	721	544	460
660	777	791	722	666	801
661	514	969	723	498	924
662	531	538	724	661	945
663	518	921	725	497	774
664	514	969	726	604	425
665	744	550	727	605	284
666	515	546	728	549	191
667	522	824	729	548	417
668	516	703	730	547	189
669	520	925	731	785	946
670	519	807	732	550	931
671	504	947	733	551	213
672	502	603	734	554	943
673	503	385	735	552	560
674	521	662	736	553	919
675	523	226	737	555	929
676	524	354	738	802	322
677	526	352	739	801	310
678	528	212	740	654	968
679	529	353	741	800	316
680	530	712	742	798	812
681	534	562	743	799	303
682	535	422	744	797	309
683	532	800	745	805	861
684	537	351	746	806	848
685	538	358	747	851	903
686	539	356	748	807	860
687	540	917	749	813	872
688	541	357	749d	814	863
689	545	271	750	803	832
690	546	416	751	836	843
691	467	100	752	835	852
692	466	140	753	839	854
693	422	631	754	843	840
694	533	897	755	804	891
695	542	426	755a	819	857
696	458	545	756	827	839
697	459	918	756b	827	839
698	460	933	757	820	875
699	470	378	758	821	850

Ch.	Br.	La.	Ch.	Br.	La.
759	823	837	816a	890	868
760	826	834	817	881	874
761	824	873	818	870	706
762	825	379	819	905	923
763	822	892	820	899	775
764	850	881	821	878	85
765	852	859	822	949	974
766	841	901	823	945	979
766d	828	856	824	589	747
767	851	903	825	817	734
768	846	878	825a	818	735
769	848	438	826	788	719
770	847	777	827	587	291
771	851	903	829	588	842
772	852	859	829	793	308
773	646	573	830	615	817
774	616	282	831	564	835
775	617	390	832	471	396
776	613	281	833	444	229
777	614	280	834	251	219
778	858	776	835	284	380
779	747 ter	366	836	285	895
779d	747 bis	178	837	286	381
780	255	181	838	278	382
781	256	179	839	288	394
782	860	884	840	287	382
783	859	743	I	925	954
784	861	845	II	928	956
785	569	313	III	921	960
786	857	758	IV	955	18
787	579	536	V	927	904
788	862	733	VI	924	909
789	863	443	VII	929	955
790	865	786	VIII	957	920
791	567	576	IX	926	966
792	583·	740	X	956	952
793	864	739	XI	892	987
794	895	813	XII	958	953
795	893	847	XIII	940	963
796	894	679	XIV	953	964
797	897	939	XV	930	949
798	898	707	XVI	934	700
799	896	967	XVIIa	951	950
800	886	563	XVIII	950	951
800d	851	903	XVIII	907	601
801	885	602	XIX	914	363
802	889	965	XX	915	692
802a	884	864	XXI	931	724
802b	887	900	XXII	904	727
802c y d	888	961	XXIII	944	714
803	868	598	XXIV	913	653
804	869	517	XXV	916	906
805	849	877	XXVI	908	599
806	880	516	XXVII	941	942
807	876	726	XXVIII	917	721
808	874	567	XXIX	920	916
809	871	604	XXX	922	722
810	872	569	XXXI	910	644
811	879	67	XXXII	911	659
812	877	708	XXXIII	916	973
813	875	867	XXXIV	918	981
814	561	820	XXXV	935	989
815	903 y bis	769	XXXVI	936	885
816	867	285	XXXVII	937	676

Ch.	Br.	La.	Ch.	Br.	La.
XXXVIII	933	898	LV	833	648
XXXIX	932	666	LVI	834	855
XLI	942	985	LVII	840	858
XLII	947	186	LX	849	877
XLIII	946	883	LXa	853	524
XLIV	954	704	LXI	852	859
XLV	948	990	LXII	920	916
XLVI	952	991	LXII	855	836
XLVII	883	862	LXIII	851	903
XLVIII	938	543	LXIV	873	677
XLIX	891	986	LXV	882	914
L	856	922	LXVII	892	987
LI	850	881	LIX	845	870
LII	831	880	LXX	844	894
LIII	832	865	LXXI	844 bis	871
LIV	841	901			

Indice

El transcurso del tiempo no sólo no ha disminuido la vigencia de los PENSAMIENTOS de BLAISE PASCAL (1623-1662), sino que incluso la ha potenciado, hasta el punto de que tal vez sea en nuestra época cuando sus ideas han calado de forma más profunda. Esta obra inconclusa, que ha sido objeto de sucesivas ediciones cada vez más ajustadas a los textos póstumos que la componen, es uno de los grandes monumentos de la literatura francesa y, a la vez, una fuente inagotable de reflexión, debate y comentario. Su estructura aforística, su apertura en múltiples direcciones y su propio inacabamiento posibilitan la variedad interpretativa y de lecturas, al filo de preguntas y búsquedas sobre el sentido de la existencia y el desgarramiento del ser humano, arrojado a una vida que no ha elegido y abocado a una muerte que le viene impuesta. El carácter contradictorio y paradójico de la naturaleza humana se manifiesta a través de «la guerra intestina del hombre entre la razón y las pasiones», en la que «el corazón tiene razones que la razón no conoce». La presente edición -traducida, anotada y prologada por J. LLANSO- acepta los criterios de ordenación y fijación del texto de los últimos investigadores pascalianos.

ISBN 84-206-180

9 788420 6180

El libro de bolsillo
Alianza Editorial